



B

BIBLIOTECA

CLÁSICA.



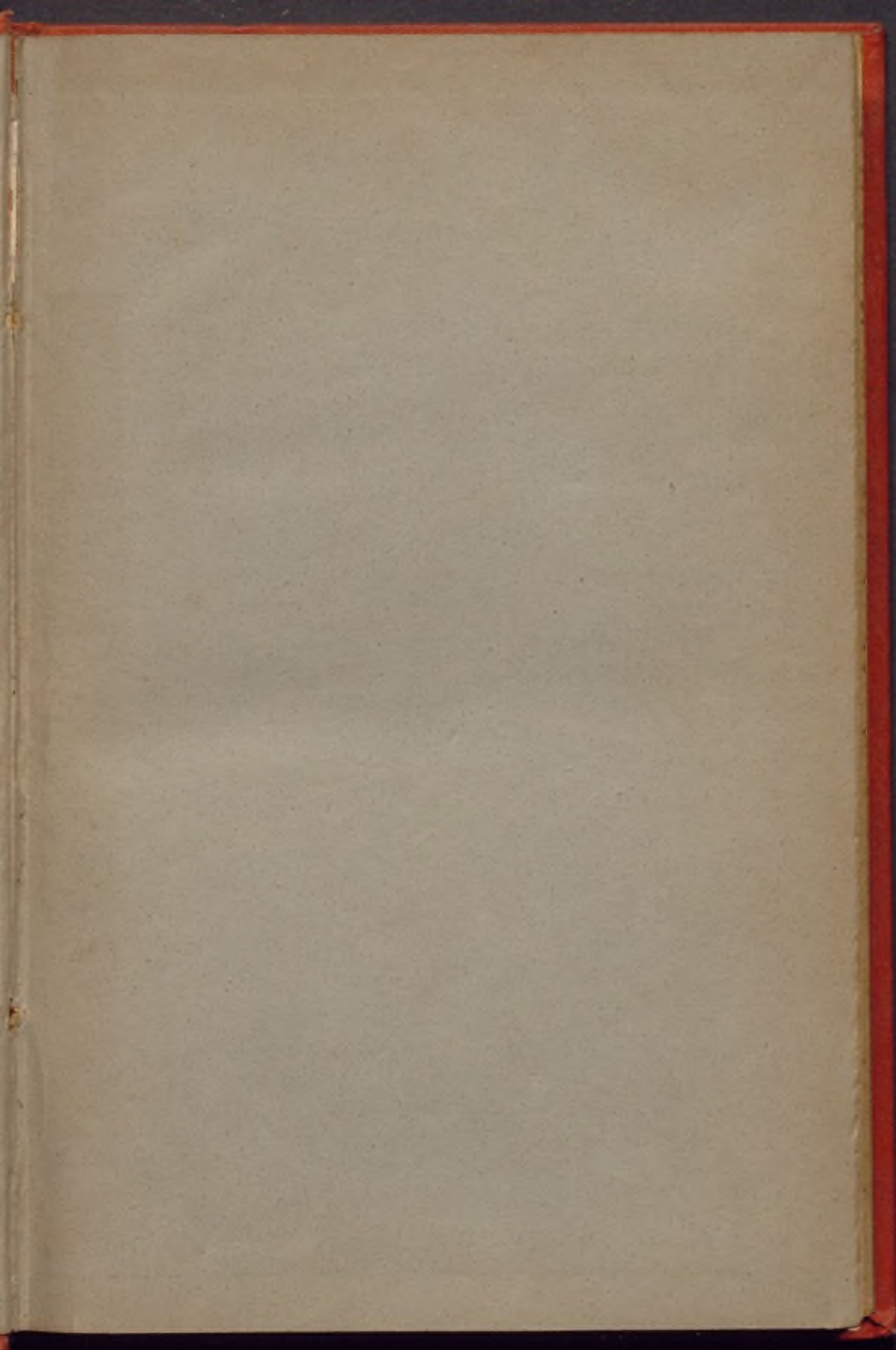
OVIDIO  
—  
LAS  
METAMORFOSIS



2

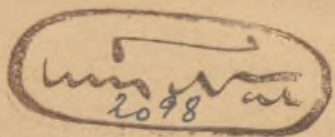


2098

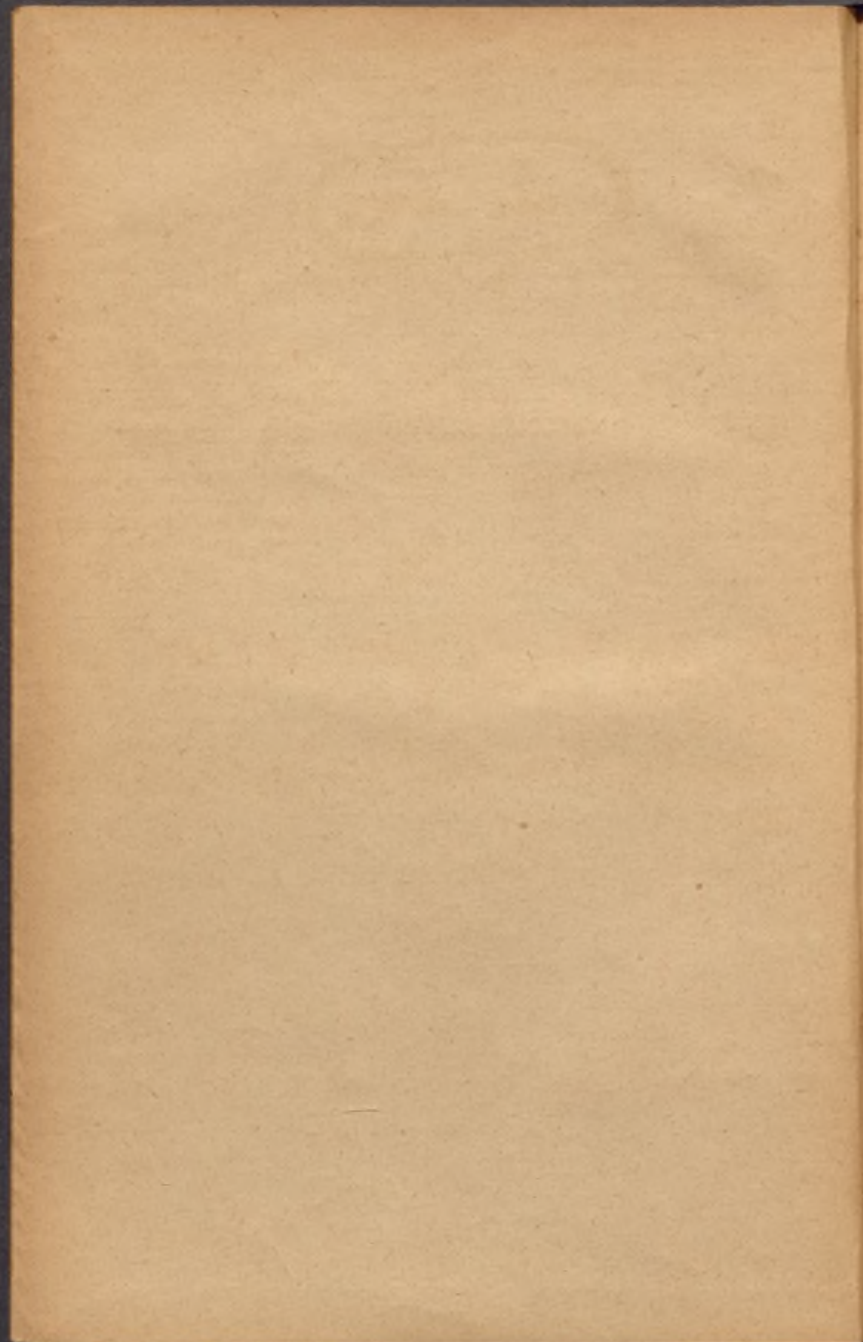




867



LAS METAMORFOSIS.



217151  
273

BIBLIOTECA CLÁSICA.  
TOMO CVI

---

LAS  
METAMORFOSIS

POR

PUBLIO OVIDIO NASON

TRADUCIDAS EN VERSO CASTELLANO

POR

PEDRO SÁNCHEZ DE VIANA

---

TOMO II

---

MADRID

LIBRERIA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.<sup>a</sup>

CALLE DEL ARENAL, NÚM. 81

—  
1887



---

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»  
Paseo de San Vicente, 20.

---

---

## LIBRO NONO.

---

El nieto de Neptuno ha preguntado  
Porqué dió tal gemido, y tan de veras,  
Y el cuerno de la frente le han quitado.  
Coronado de verdes cañaveras  
La frente, y el cabello mal compuesto,  
El río con palabras lastimeras  
A la pregunta le responde aquesto:

«De triste cosa pides que yo trate.  
Porque ¿quién contará, si fué vencido,  
La historia y el suceso del debate?  
Mas yo te contaré lo sucedido,  
Ni aunque quede inferior en el combate;  
Me es de honor, mas antes he adquirido  
Consuelo grande y no pequeña gloria  
Por ser quien fué señor de la victoria.

»Por fama si algún tiempo á tus oídos.  
La bella Deyanira acaso vino,  
Fué virgen hermosísima, y perdidos

A muchos trajo rostro tan divino.  
De envidiosa esperanza entretenidos,  
La demandaron muchos cual convino,  
Con quienes yo también me ví llagado,  
Y dije, en su palacio habiendo entrado:

»—Oh hijo de Parthaon, yo me ofrezco  
Por yerno tuyo, y lo pretendo y pido.—  
Alcides también dijo: «Yo merezco  
«Que nadie á mí sea preferido.»  
Visto lo que él padece y yo padezco,  
Los otros del negocio han desistido;  
Él fama de sus hechos ofrecía,  
Y que por suegro á Júpiter daría.

»Trabajos muy famosos relataba,  
Y su virtud extraña y sufrimiento  
Con que como varón sobrepujaba  
De la áspera madrastra el mandamiento.  
Mas yo, por el contrario, replicaba  
Que era su pretensión sin fundamento,  
Y que rendirse alguno que dios sea  
A un hombre (aun no era él dios), es cosa fea.

»Por convencer el argumento suyo,  
Y de razones no mostrarme escaso,  
—Señor del agua, á mí me ves (arguyo)  
Que con oblicuo y retorcido paso,  
En varias partes riego el reino tuyo (1),  
Por entre el cual continuamente paso.  
Ni seré yerno extraño, pues que pasa

---

(1) El rio Acheloüs nace al pie del Pindo, y durante su curso separa la Etolia, donde reinaba Enea, padre de Dejanira, de la Acarnania, comarca del Epiro.

Que de tu pueblo soy y de tu casa.

»Siquiera no me dañe, que la diosa  
Junón no me persigue ni aborrece,  
Pues ser tu madre Alcmena es una cosa  
Que aunque te precies de ella te obscurece.  
O es Júpiter tu origen mentirosa,  
O fuiste de adulterio; y no merece  
Honor quien finge el padre, ni es de él dino  
Quien es, si no le finge, adulterino.

»Con adulterio y crimen de tu madre,  
De Jove serás hijo, si lo fueres,  
Y si ella libre está, no es él tu padre.  
Escoge y toma ya lo que quisieres,  
Que es claro, cualquier cosa que te cuadre,  
Que no es honor ser hijo de quien eres.—  
Yo de esta suerte á Hércules hablaba,  
Mas él á mí con ceño me miraba.

»Mirábame ceñudo rato había,  
Y apenas ha su cólera templado,  
«Mi lengua no es facunda, me decía,  
»Pero en mi diestra estoy más confiado.  
»Vénceme tú hablando, yo querría  
»En la pelea haberte derribado.»  
A donde estoy diciéndolo arremete,  
Y con feroz semblante me acomete.

»Habiendo hablado tanto, tan de presto  
Rendirme, de vergüenza no lo he hecho;  
La verde ropa quito, y pongo á gesto  
Mi persona á su daño y mi provecho.  
Aparejado púseme en el puesto  
Con brazos y con manos y con pecho  
A resistirle, pero él esparcía



Menudo polvo en la persona mía (1).

»Y pónese en tocándome encendido  
Cual roja arena, y con destreza y arte,  
Agora á la cerviz, agora asido  
A las piernas, de mí jamás se parte.  
Y parecióme ser acometido  
Por esta, por aquella y toda parte.  
Mas por demás entonces lo pretende,  
Porque mi mismo peso me defiende.

»No de otra suerte el rápido corriente  
Al áspero peñasco da combate,  
El cual con su grandeza no consiente  
La fuerza de la ola que en él bate.  
Desasidos un poco, brevemente  
Tornamos á la lucha y al debate;  
Y cada cual estando en su concierto,  
De no rendirse al otro estaba cierto.

»El pie del uno al otro pie juntado,  
Le aprieto con mis dedos fieramente;  
Con todo el pecho estando reclinado,  
Enfronto con la mía yo su frente.  
Los toros de esta suerte se han trabado,  
Estando la becerra allí presente,  
Y dudando las vacas quién del recio  
Combate ha de llevar el rico precio.

»Tres veces pretendió quitar mi pecho  
De sobre sí, con maña y fuerza harta,

---

(1) Al luchar los atletas empezaban por arrojarle polvo, para coger y estrechar más fácilmente los miembros desnudos y frotados con aceite.

Alcides, pero todas sin provecho.  
 Mas hale aprovechado la vez cuarta,  
 Que mis brazos desase á mi despecho,  
 Y con un empujón de mí se aparta  
 (Pretendo hablar verdad), y en un momento,  
 Subido en mis espaldas serle siento.

»Muy bien podéis creer la historia mía,  
 Que con mentira yo no busco estima.  
 Cuando sobre mis cuestras le tenía,  
 Me parecía tener un monte encima.  
 Un río de sudor de mí corría,  
 Y apenas pude asir quien me lastima,  
 Y despedir á fuerza de mis brazos  
 Sus fuertes ligaduras y embarazos.

»Quedé sin huelgo y vióme fatigado,  
 No me dejó cobrar siquiera aliento,  
 Y cuando no me cato, ya agarrado  
 A mi cerviz estaba, y al momento  
 Me tuvo á mi disgusto arrodillado,  
 Y luego derribóme á su contento.  
 En virtud inferior á mi despecho,  
 De mis artes y mañas me aprovecho.

»Deslízome en serpiente convertido,  
 Y ya que hecho roscas meneaba  
 Mi lengua con fierísimo chillido,  
 Tyrinthio de mis artes se burlaba,  
 Y dijome riéndose: «Obra ha sido  
 »Del tiempo, cuando yo en la cuna estaba.  
 »Vencer culebras, y aunque tú más seas  
 »Que otras, escapar de mí no creas.

»¿Qué parte con la Hidra comparado  
 »Podrás tú ser, aun vuelto sierpe fiera?

»Tu ser es uno, el suyo cien doblado,  
 »Dotado de extrañísima manera.  
 »De cien cabezas ni una la he cortado  
 »Que en un momento vuelta en dos no era.  
 »Hacíanla sus her das ser fecunda,  
 »De tal virtud y tal poder abunda.

»A ésta y á sus ramos y cabezas  
 »Con muertes y heridas redobladas,  
 »Que con mal aumentaba sus bravezas,  
 »Con estas manos tuve yo domadas.  
 »¿Que crees tú de ti? pues tus fierezas  
 »Y las armas que mueves son prestadas,  
 »Y gozas solamente de prestado  
 »La forma donde estás disimulado.»

»Acabó de decir, y no se espanta  
 De mi figura fiera ni amenaza;  
 Aprieta con los dedos mi garganta  
 Tan recio cual si fuera con tenaza,  
 Procuraba salir de pena tanta  
 Quitando de mi cuello tal mordaza,  
 Y siendo de esta suerte convencido,  
 Restaba ser en toro convertido.

»En toro bravosísimo tornado,  
 Por el siniestro lado me arrebató,  
 Y con sus fuertes brazos arrastrado,  
 Me sigue, me persigue y me maltrata.  
 Asido por los cuernos me ha postrado  
 En la arena, y sobre todo trata  
 Dar de su mucha fuerza buena muestra  
 Arrancando mi cuerno con su diestra.

»Las Náyades presentes se hallaron,  
 Haciendo sentimiento de que vieron



El cuerno derribado, que tomaron  
 Y de olorosas flores le hinchieron.  
 Manzanas y otras frutas que cortaron,  
 Unánimes en nombre le ofrecieron  
 De todas, y la ofrenda no fué chica;  
 La Copia está con él contenta y rica (1).

Esto decía, cuando una criada  
 De las que administraban el gobierno,  
 Cual la diosa Diana arregazada,  
 El cabello esparrido, sacó el cuerno  
 Riquísimo de frutas proveído  
 Que trae otoño, próximo al invierno.  
 Camuesas olorosas han venido  
 En él, que son los postres más preciados  
 Que las segundas mesas han tenido.  
 Había ya amanecido, y los collados  
 Y cumbre de los montes parecían  
 De los solarés rayos matizados,  
 Cuando los caballeros se partían,  
 Sin esperar del todo la bonanza  
 Del río, aunque sus aguas ya corrían  
 Con más sosiego, y dentro se abalanza  
 Aqueloo, en el momento chapuzado  
 Su agreste rostro indigno de alabanza.  
 Porque después que el cuerno le han quitado,  
 Aunque en el resto libre, el desengaño  
 De falta tal le tiene bien domado;  
 La cual él disimula con extraño

---

(1) La mayoría de los poetas y mitógrafos atribuyen distinto origen al cuerno de la abundancia, diciendo que cuando Júpiter elevó á su nodriza, la cabra Amalthea, al rango de los astros, le quitó un cuerno del cual salían cuantos bienes pudieran apetecerse, y lo regaló á las ninfas que cuidaron de su infancia.



Cuidado, ora con salce ó verdes cañas  
Cubriendo de su frente el grave daño.

Pero tú, Neso, viste tus entrañas  
Del fuego de esta virgen abrasadas,  
Y la culpa pagaste de tus mañas.

Pues fueron tus espaldas traspasadas  
Con voladora flecha, procurando  
Vengar tus intenciones estragadas.

Porque á su tierra Hércules tornando  
Con la nueva mujer, y á la ribera  
Del rapidísimo Éveno (1) parando,

Vió que iba su corriente de manera,  
Con nieves y con lluvias aumentada,  
Que buscar vado en él por demás era.

Al cual, muy cuidadoso de su amada  
Y sin temer de sí decía Neso,  
Hallando coyuntura aparejada:

«De la otra parte, si pretendes eso,  
Alcides, yo pondré tu compañía,  
Porque este es el oficio que profeso.

»Tú pasarás nadando», concedía  
El valeroso Aonio, y ha entregado  
A Neso á Deyanira, que temía,

Y el semblante mostraba amedrentado  
De Nefo y de las aguas, y al momento  
Con el aljaba y piel embarazado

(Porque la clava y arco con intento  
De echarse á nado echó de la otra parte);  
Diciendo: «Pues he hecho el fundamento,

Sujétense los ríos», luego parte,

---

(1) El Eveno era un río de la Etolia que primitivamente se llamó Lycormas. El nombre de Eveno le provino del Rey de Etolia así llamado, que, persiguiendo á Ida, raptor de su hija, y no pudiendo alcanzarle, se arrojó desesperado en dicho río.

Y sin mirar por dó va más clemente,  
Se arroja tan con fuerza cuan sin arte.

Despreciando seguir de la corriente  
El hilo, contrastó de tal manera  
Su furia, que se vido prestamente

Estar á do su arco en la ribera;  
Y estándole tomando ha conocido  
La voz de su señora y compañera.

Quejábase de Neso fementido,  
Que negar el depósito quería,  
Y como el bravo Alcides lo ha entendido,  
Al Centauro gritando así decía:

«Malvado, violador, dime, enemigo,  
¿Dó huyes, vanamente confiado  
En tus pies? á tí Neso, á tí lo digo;  
Deja lo ajeno, deja lo vedado.  
Y si á que te comidas tú conmigo  
Mi ser y autoridad no te ha bastado,  
La rueda de tu padre te debía  
Bastar á no robar la Diosa mía.

»Mas aunque en pies confias de caballo,  
No te me escaparás, á lo que entiendo;  
Tú huyes, mas yo forma mejor hallo  
Que pies para írte, falso, persiguiendo  
La saeta podrá mejor vengallo,  
Que no mi ligereza.» Así diciendo,  
Áséstale, y pasóle espalda y pecho.  
Culpando haberle hablado sin provecho.

El corvo hierro saca de la herida,  
Y sale por el uno y otro lado  
Lernea ponzoña y sangre corrompida.  
Diciendo moriré, pero vengado,  
Entre sí Neso, coge este veneno.

Y un lienzo en esta sangre ensangrentado  
 A Deyanira dió, como que bueno  
 Fuese para hacer ser bien querida  
 Y sujetar á amor á espuela y freno.  
 Pasó no mucho tiempo, y fué esparcida  
 La fama de los hechos valerosos  
 De Hércules, y clara y conocida  
 La malicia é intentos envidiosos  
 De su madrastra, y él aparejaba  
 A Júpiter Ceneo (1) victoriosos  
 Y santos sacrificios, que tornaba  
 De Oechalia (2) vencedor, y muy contento  
 Salir de obligación determinaba.  
 Y la parlera Fama, por el viento  
 A Deyanira vino en un instante  
 (Que suele recibir contentamiento  
 En recitar verdad con abundante  
 Comento de mentiras, con que crece  
 Haciendo de una mosca un elefante).  
 Del fuego que por Íoles padece  
 El hijo de Anfitríon, su marido,  
 Creyóle por amarle, y se entristece;  
 Y el nuevo amor de lágrimas la ha sido  
 Al principio ocasión y llanto fuerte,  
 Y ya que al lloro su dolor rendido,  
 Diciendo comenzó de aquesta suerte:

«¿Por qué me mato y me fatigo tanto?

---

(1) El Ceneum era un promontorio de la Eubea, la mayor isla del archipiélago griego después de Creta.

(2) Euryto, rey de Oechalia, prometió su hija á quien le subrepujase en disparar flechas. Vencido por Hércules, le negó el convenido premio; pero el héroe se administró la justicia por sí mismo robando á Iola.

En Grecia había muchas ciudades llamadas Oechalia.



¿Para qué gasto en lloro mi cabeza?  
 Pues es creíble que mi pena y llanto  
 Darán contentamiento á mi combleza.  
 Mejor será innovar algo entretanto  
 Que no la veo en mi cama y mi riqueza.  
 ¿Qué debo hacer, callar? no hay quien tal pueda.  
 ¿Volverme he á Calydonia? ¿estarme he queda?

»Írme del palacio, ó tan extraña  
 Injuria sufriré de buena gana;  
 Auméntame el dolor, la pena y saña,  
 Meleagro, el acordarme soy tu hermana.  
 Ora ¡sus! yo aparejo una hazaña,  
 Una venganza tal y tan insana,  
 Que en mí se verá bien á dónde llega  
 La hembra de celosa rabia ciega.»

Mil cosas imagina, é inclinada  
 Está á usar de aquella vestidura  
 De la sangre de Neso ensangrentada,  
 Que al desmayado amor hará tal cura,  
 Que volverá en su fuerza; y al instante  
 Á Lycán se la dió por su ventura.  
 El cual de lo que lleva va ignorante,  
 Y Deyanira misma no sabía  
 Que le daba martirio semejante.  
 Y con la más blandura que podía,  
 Rogábale que diese á su marido  
 Aquel presente, y diga quién le envía.  
 Recíbele el varón, y así vestido,  
 Encomenzaba el santo sacrificio,  
 Habiendo en los altares esparcido  
 El vino, y el incienso al sacro oficio,  
 Con devotas palabras, en el fuego  
 Ha puesto, y el calor del ejercicio  
 Y de las llamas, puso en acto luego



Las fuerzas del veneno tan extrañas,  
 Y comenzó á sentir desasosiego  
 Al punto que se entró por las entrañas  
 Y miembros aquel mal, y mientras pudo  
 Hércules reprimió su furia y sañas.  
 Rendida su paciencia al dolor crudo,  
 Arroja los altares, vase á Oete (1),  
 A do manifestó que no era mudo,  
 Gritando, y sin tardar la mano mete  
 Por rasgar la camisa emponzoñada,  
 Y que su gran tormento se aquiete.  
 Sacábala á pedazos, y pegada  
 La carne y cuero á ella, ó no podía,  
 Que estaba ya en sí mismo incorporada,  
 Ó al fin si la quitaba descubría  
 Ligamentos y huesos ¡cosa brava!  
 Y la sangre del triste que caía,  
 De la manera misma chirriaba  
 Que el albo hierro en agua fría echado,  
 Y el ardiente veneno la quemaba.  
 No hay término en su mal, pues abrasado  
 Por dentro el cuitado, y consumido,  
 En sudor verdinegro está empapado,  
 Quemándose los nervios dan sonido,  
 Y lo interior de cada hueso fuerte,  
 Con la ponzoña ciega derretido,  
 Las manos alza y dice de esta suerte:

---

(1) Es sin duda extraño que haciendo Hércules el sacrificio en el monte Cencœum haga resonar sus alaridos en el Ceta. El comentador latino, según Diodoro de Sicilia explica esta brusca transición diciendo: «*Hercules quum sentiret vim veneni, Lycham in mare præcipat tum trachinem proficiscitur ad Dejaniram tandem in Ceten montem quippe Jove sacrum se deferri iussit*», etc.

«Hártate ya, Saturnia, de mi duelo;  
 Hártate de mi daño y de mi pena;  
 Mira mi pestilencia de tu cielo;  
 Harta tu condición á nadie buena.  
 Ó si aun al enemigo desconsuelo  
 (Que tu enemigo soy), de esta alma ajena  
 De descanso, que en mí tanto te enoja,  
 Quitándome la vida me despoja.

»La muerte para mí merced sería,  
 Y hacerla á la madrastra es muy decente.  
 ¿Fueron mis manos, fué la fuerza mía  
 La que domó á Busiris, que la gente  
 Mataba peregrina y que vertía  
 En el sagrado templo la inocente  
 Sangre; y el que quité al fiero Anteo  
 Las fuerzas de su madre (1)? no lo creo.

»La tresdoblada forma no ha podido  
 Moverme del pastor valiente Hiberno (2),  
 Ni á mí tampoco mismo me ha movido  
 Tu tresdoblada forma, Cancervero.  
 ¿Vosotras manos sois las que rendido  
 Habeis al furibundo toro (3) fiero?

(1) El gigante Anteo, hijo de la Tierra y rey de Lydia, provocaba á los extranjeros á la lucha y después de vencerles les mataba. Cuantas veces era derribado y su cuerpo tocaba á la tierra, recobraba nuevas fuerzas. Hércules lo levantó en el aire y lo ahogó entre sus brazos. Ovidio habla también de Anteo en la IX Heroida.

(2) El pastor hiberno era Geryón, monstruo de tres cabezas y tres cuerpos, hijo de Chrysaor y de la ninfa Callirhoe.

(3) Era este toro el que arrasaba las campiñas de Creta por orden de Neptuno. Llámasele también toro de Mara-

¿En Elis (1) vuestra fuerza ha sido alguna?  
Sintióla acaso Stimfalo laguna.

»¿En el Parthenio (2) bosque fué sonado  
Aquel valor con que también trajiste  
El talabarte (3) de oro tanpreciado?  
Ni al velador dragón á quien rendiste  
Guardar el fruto de oro le ha bastado,  
Que mal que le pesó, se le cogiste.  
Sufrirme los Centauros no han podido,  
Ni el puerco me ha de Arcadia resistido.

»Ni aprovechó á la Hidra (que crecía  
Con daño) tu fiereza redoblada,  
Pues ¿qué tal fué el coraje y furia mía  
Cuando ví de Diomedes la manada  
De potros que el tirano mantenía (4)  
De carne humana, y ví despedazada  
En la caballeriza mucha gente,  
Pues á él maté y á ellos juntamente?

tón. Hércules le domó y llevó á Euristhea que le dió libertad, y entonces fué vencido por Theseo.

(1) Esta frase hace alusión á las caballerizas de Augias en la Elida, barridas y limpiadas por Hércules.

(2) Parthenia era una montaña de la Arcadia donde Hércules persiguió durante un año una cierva de patas de bronce y cuernos de oro, cogiéndola por fin y llevándosela viva á Euristhea que se la había pedido.

(3) Este talabarte era el de la Reina de las Amazonas.

(4) Diomedes, rey de Tracia, hijo de Marte, alimentaba sus cuatro caballos con carne humana. Hércules le mató y quitó los caballos, dándolos en guarda al joven Abderus, su favorito, al cual devoraron. Theón el sofista y Palephates atribuyen el origen de esta fábula al estado de miseria en que paró Diomedes por la necesidad de alimentar sus caballos.



»Con estas mismas manos he ahogado  
 El gran león Nemeo, con las cuales  
 El fiero Caco, monstruo endemoniado,  
 Pago sus latrocinios infernales  
 Cabe el río Tibre. Y tuve sustentado  
 En mi cerviz el cielo, y fueron tales  
 Mis hechos que Junón ya de mandarme  
 Se cansa, y yo de hacer no sé cansarme.

»Mas agora una nueva pestilencia  
 Me mata, me persigue y atormenta,  
 A quien virtud no hace resistencia,  
 Y con la fuerza y armas no se ahuyenta.  
 Un fuego de terrible vehemencia  
 En mi pulmón y miembros se aposenta,  
 Y está Euristeo (1) bueno en este suelo,  
 Y ¿hay quien crea que hay dioses en el cielo?»

Acabó de decir, y por el alto  
 Oetes herido va de aquella suerte  
 (De gusto, de contento y salud falto)  
 Que suele el toro próximo á la muerte,  
 De lanzas y venablos traspasado,  
 Que haber huido el matador advierte.  
 Pudiérades le ver apasionado  
 Mil veces, y otras tantas dar gemidos,  
 Temblar, y muchas otras ha tentado  
 Rasgar por todas partes sus vestidos,  
 Airarse con los montes, procurando

(1) Euristeo era rey de Argos y de Micenas. Juno adelantó dos meses su nacimiento para que precediese al de Hércules, porque en virtud del juramento que por sorpresa logró de Júpiter, el menor de ambos príncipes debía quedar sometido al otro. Por orden de Euristeo emprendió Hércules sus trabajos.



Dejarlos con sus fuerzas destruidos,  
 Ó al cielo de su padre enderezando  
 Los brazos. Y de aquesta suerte estaba,  
 Y acaso á Lycán vido estar temblando,  
 Que el cuitado esconderse procuraba  
 Debajo de un peñasco socavado;  
 Y como el mal la rabia le incitaba,  
 Mirando al miserable, así le ha hablado:

»¿Tú, Lycán, es posible que has podido  
 Acarrearme á mí tan grave daño?  
 ¿Tú el mensajero y portador has sido  
 De don pestilencial y mal tamaño?  
 ¿Tú me le has dado? ¿tú me le has traído?  
 ¿Has sido tan ingrato y tan extraño?  
 ¿Es posible que autor en este día  
 Serás, cuitado, de la muerte mía?»

Él, medroso, temblando y amarillo,  
 Se excusaba, y las manos ya quería  
 Poner, cuando le toma, y sin oílo,  
 Más que un trabuco al miserable envía  
 A las Euboycas aguas, y al momento,  
 En el aire do va se endurecía;  
 Que, cual con el helado y seco viento  
 El agua se hace nieve, y si rodando  
 Se cae, con el girado movimiento  
 Se convierte en granizo, fué tomando,  
 A fuerza de sus brazos arrojado  
 (El cuerpo sin humor, sin sangre estando  
 De miedo), de durísimo y pesado  
 Guijarro forma el triste, según cuenta  
 Quien sabe de aquel siglo ya pasado.  
 Y aún en el golf) Euboyco representa  
 Un peñasco pequeño su figura,  
 Y como si sintiese, tienen cuenta

Los marineros, y cualquier procura  
Que no le pisen, y es Lycán nombrado  
Por su desgracia fiera y suerte dura.

Mas tú inclito señor, que procreado  
Del sacro Jove fuiste, en un instante,  
Habiendo de los árboles cortado

Del arriscado Cete lo bastante  
Para una hoguera tal cual convenía,  
Aparejar mandaste lo restante.

El arco y el aljaba te traía  
El hijo de Peante (1) con las flechas,  
Que aun otra vez á Troya convenía (2)  
Volviesen, y del mismo te aprovechas  
Para pegar el fuego, y encendido  
De leños el montón y brasas hechas.

La piel con que te cubres has tendido  
Sobre ellas, recostándote al instante  
Encima, y de almohada te ha servido

La clava, donde estabas con semblante  
Tal cual si de guirnalda coronado  
A mesa te hallaras abundante.

Sonaba el fuego ya por todo lado,  
A quien le tiene en poco acometiendo;  
Estaban con temor y con cuidado

Los Dioses del suceso, lo cual viendo  
Júpiter (que sintió su pena fuerte),  
Estándose con ellos sonriendo,

---

(1) Peante ó Pean, rey de Melibea, ciudad de Thesalia, era padre de Philoctetes, de quien habla Ovidio en el libro XIII.

(2) Las flechas de Hércules fueron fatales á Troya, donde reinaba Laomedonte cuando fué el héroe á sitiarla con Telamón. Según el oráculo, debían decidir por segunda vez el destino de Troya en la guerra que sirvió de asunto á la *Iliada*.

Con rostro alegre dijo desta suerte:

«De ese temor me nace á mí contento,  
 Oh Dioses, y me alegre y tomo gusto,  
 De que soy padre y tengo el regimiento  
 De pueblo agradecido, santo y justo,  
 Y de que tenga tal merecimiento  
 Mi hijo y tal valor, muy mucho gusto,  
 Que para merecer eterno muro  
 También de vuestra parte esté seguro.

»Porque aunque por quien es le habéis hon-  
 Y su valor y célebres hazañas, [rado,  
 Con todo eso os quedo yo obligado,  
 Aunque han sus obras sido tan extrañas.  
 Cada uno esté contento y sosegado,  
 Tened en poco llamas aun tamañas;  
 Quien lo ha vencido todo, llanamente  
 Ha de vencer el gran fuego presente.

»Consumirá Vulcano bravo y fuerte  
 La parte terrenal, que es de su madre.  
 Eterno es, impasible, exento á muerte  
 Lo que llevó de mí, que soy su padre;  
 Y libre de la escoria, de tal suerte  
 Le admitiré en el cielo, que le cuadre  
 A cualquier dios sin duda, yo lo fio,  
 Según será agradable el hecho mío.

»Y si con todo eso alguno hubiere  
 Que Hércules ser dios le diere pena;  
 Si alguno por ventura se doliere  
 Del premio suyo, duela en hora buena;  
 Aprobará por fuerza lo que viere,  
 Y habrá de confesar á boca llena  
 Que tiene por quien es bien merecido



El ser eterno, agora recibido.»

Los Dioses lo aprobaron al instante,  
Y Juno al parecer, mas lo postrero  
No lo pudo escuchar con buen semblante;

Y fué su sentimiento verdadero,  
Porque se vió notada, y entretanto,  
El fuego con ardor terrible y fiero

Lo humano consumió, quedó lo santo,  
De forma que ninguno conociera  
La semejanza de Hércules, que cuanto

Tenía de la madre, ya no era;  
De la del sumo Jove sola goza  
Divina, permanente, verdadera.

Y como la culebra se remoza  
El cuero entre las piedras despedido,  
Y lozana de verse así retoza;

Así el señor Thyrintio, revestido  
De la porción mejor, en su presencia  
La gravedad demuestra haber crecido;

Y todos le conceden reverencia,  
El padre poderoso le recibe  
Con rostro alegre y paternal clemencia;

Y un estrellado coche se apercibe  
En que le sube al cielo, do suave  
Y vida eterna con su padre vive (1).

Atlas echó de ver el peso grave,  
Mas no por eso quiere Euristeo  
Que el perseguirle antiguo ya se acabe,

Porque el paterno odio y el deseo  
De ofenderle, en el hijo ejercitaba  
Porfiado, crüel, atroz y feo.

---

(1) El astro Hércules fué colocado entre la corona de Ariana, la Lira y la Serpiente.



Mas la Thebana Almecna descansaba  
 Con Iole, contándola su duelo,  
 A quien continuamente relataba  
 Los hechos de su hijo, y su consuelo,  
 Que el mundo de continuo testifica,  
 Y no tenía otro abrigo en este suelo.  
 Hylo solemnizó su boda rica  
 De Amor con ésta, habiéndolo mandado  
 Hércules, y el contento significa  
 Su vientre generoso, ya ocupado  
 De la simiente ilustre, y así estando,  
 La buena vieja Alcmena la ha hablado,  
 Su plática de este arte comenzando:

«Favorézcate Dios, y la tardanza  
 Abrevie cuando el tiempo sea llegado  
 De invocar á Illithia (1), do se alcanza  
 Suceso á las preñadas deseado.  
 Y no te salga vana la esperanza  
 Cual contra mí Junón ha negociado,  
 Que por condescender con esta Diosa,  
 Me fué Lucyna á mi dificultosa.

»Porque estando en el mes, llegado el día  
 En que Hércules había de ser nacido,  
 Mi vientre con el peso se extendía  
 De suerte, que cualquiera habria creído  
 (Según la pena era y carga mía)  
 El sumo Jove haber la causa sido:  
 Tal era mi congoja y mi tormento,  
 Que ya no me bastaba sufrimiento.

»Andaba de tal arte y tan pesada,

---

(1) Los Griegos llamaban Illithia á Lucina, diosa de los partos.

Que agora en acordarme estoy temblando,  
Y no me siento poco trabajada  
Cuando en aquel conflicto estoy pensando.  
Por siete días y noches acosada  
Estuve con mil males, y clamando  
Suplicaba á Lucyna que viniese  
Y de tan gran trabajo me eximiese.

»Sí vino, pero vino de tal suerte,  
De Junón sobornada, cruda y fiera,  
Que por la dar contento, á mí la muerte  
Sin reparar en nada dar quisiera.  
Y como oyó mi llanto y cuita fuerte,  
Sentóse ante la puerta, de manera  
Que la rodilla izquierda está apretada  
De la derecha, corva y sojuzgada.

»Estaba así sentada, y más tenía  
Con unos dedos otros enclavados,  
Y de esta forma el parto detenía,  
Y recitando versos encantados.  
Yo pujo, y como loca maldecía  
A Júpiter en tanto, y que acabados  
Mis días fueran, mucho más gustará,  
Porque tan gran tormento se acabara.

»Mis ansias y mis llantos eran tales,  
Y tales los tormentos que sufría,  
Que ablandaran los duros pedernales  
Las cosas lastimeras que decía.  
Las Thebanas matronas, á mis males  
Piadosas, allí estaban, y acudía  
Cada cual á los Dioses suplicando,  
Y allí me estaban todas animando.

»Galantis, rubia, moza diligente,

De mis criadas una, que aunque era  
 Entre las otras de más baja gente,  
 Sirve con más aviso en gran manera,  
 Que en lo que había de hacer continuamente  
 Á las demás llevaba delantera.  
 No se que se entreoyó que se hacía,  
 Porque la injusta Juno lo quería.

»Y mientras entra y sale, vió sentada  
 En el altar la sobornada Diosa,  
 Los dedos y rodillas apretada,  
 A quien razones tales decir osa:  
 «Si nuestra buena suerte no te enfada,  
 »Quienquiera que tú seas, vé gozosa  
 »Á dar el parabién á mi señora,  
 »Que apenas de parir acaba agora.»

»Levántase espantada, y desenclava  
 Las manos, la que ayuda á las paridas.  
 En ese mismo punto se me acaba  
 Mi mal, las ligaduras desasidas.  
 Es fama que Galantis se burlaba  
 Con risas y palabras no medidas,  
 De la engañada Diosa, cuando ella  
 Por los cabellos ase á la doncella.

»Postrada del cabello la traía  
 Lucyna por el caso acontecido;  
 La triste levantarse pretendía,  
 Mas háselo la Diosa prohibido.  
 En los pies delanteros convertía  
 Sus brazos, y como antes había sido  
 Solícita, lo queda, semejante  
 En color, mas la forma no cual ante.

»Y porque con la boca mentirosa



La que de parto estaba fué ayudada,  
 Por ella pare, y de ella deseosa,  
 Como antes nuestra casa es frecuentada (1).\*

Alcmena, dicho aquesto, congojosa  
 Gimió, de compasión de la criada;  
 A quien (ya que acabó lo que decía)  
 La nuera de esta forma respondia:

«Al fin, señora madre, el sentimiento  
 Que haces es por quien no es tu pariente;  
 Mas ¡ay si te contase lo que siento  
 Del hado de mi hermana yo al presente!  
 Aunque el amargo lloro de este intento  
 Haberme de privar es evidente.  
 Tuve una hermana única á su madre,  
 De otra á mí me hubo nuestro padre.

»Driope se llamaba (2), y fué famosa  
 Por su beldad muy rara y acabada;  
 La cual, por ser, como era, tan hermosa,  
 Del dios de Delo y Delfos fué forzada,  
 Y después fué de Andremon cara esposa,  
 Querida en todo extremo y regalada,  
 Él cual con ella siempre reputado  
 Fué por dichoso y bienaventurado.

»Hay cuesta arriba un lago; la bajera

(1) La metamorfosis de Galantis en comadreja es una alusión al antiquísimo error popular, fundado en que este animal cambia de continuo á sus hijos de sitio, de que casi siempre los lleva en las fauces.

(2) Es probable que el nombre de Driope proceda de una palabra griega que significa *encina*, árbol muy semejante al loto, siendo verosímil que esto diese lugar á la fábula de Driope metamorfoseada en encina ó en loto.



Orilla del cual lago parecía  
A modo de hermosísima ribera;  
La cumbre de arrayanes se vestía.  
Dríope (de su suerte lastimera  
Ignara) á tal lugar llegado había,  
Y (porque más te enojés) pretendiendo  
Coronas á las Ninfas ir tejiendo.

»En brazos un niño que criaba,  
Aun no de un año (carga dulce), trajo.  
Y no muy lejos del estanque estaba  
Una florida Lotos á lo bajo,  
Que esperanza de fruto demostraba;  
De la cual para el niño cortó un gajo  
Dríope, y yo lo mismo hacer quería,  
Que estaba allí cuando esto acaecía.

»Vi que del corto ramo destilaban  
De sangre pura gotas, y moverse  
El árbol con horror, y que temblaban  
Sus ramos congojados de así verse.  
Ni es mucho, que, según nos relataban  
Unos villanos tardos á creerse,  
La ninfa Lotos era transformada  
En árbol, de Priapo así escapada.

»Mudó su forma; el nombre sólo guarda  
Para librarse del amante obscuro.  
No lo sabía mi hermana, que no tarda  
En querer retirarse como un trueno.  
Atónita del caso, sólo aguarda  
Porque las Ninfas del estanque ameno  
Contentas queden, y á la despedida  
Los pies á la raíz se siente asida.

»Procura desasirse con presteza;

Mas no podía mover sino lo alto,  
Ya cunde hasta las ingles la corteza,  
Lo bajo estando ya de forma falto.  
Quisiera remesarse la cabeza,  
Y dando con las manos el asalto,  
De hojas cada puño se hinchía,  
Que su cabeza de hojas se cubría.

»Y el pequeñito Anfiso (que el abuelo  
Eurito (1) le llamó de aquesta suerte)  
Las tetas de su madre, su consuelo,  
Enyertecerse á su pesar advierte.  
Porque, aunque más chupaba el muchachuelo,  
No se le sigue leche: yo del fuerte  
Y miserable caso fuí testigo,  
Oh hermana, mas favor no usé contigo.

»No usé favor, que yo no le tenía;  
Mas de continuo estaba trabajando  
Impedir la corteza, que cundía  
El tronco con sus ramos abrazando.  
Y entonces yo confieso pretendía  
Irme de aquella suerte transformando.  
Y cuando lo que digo deseaba,  
Andremón, y mi padre que llegaba.

»El miserable padre y su marido  
Por Driope en llegando preguntaron;  
En Lotos se la muestro. Han acudido,  
Y en leño convertida la besaron.  
A la raíz confusos se han asido  
Del árbol suyo, porque no hallaron,  
Que no fuese árbol, en mi cara hermana

---

(1) Eurito era su padre. Nicandro la llama hija del río Sperchio.

(Su rostro salvo) parte alguna sana.

»Con lágrimas las nuevas hojas riegan  
Que del mudado cuerpo se habían hecho,  
Y mientras el camino no deniegan  
A la voz, y querellas de su pecho  
Las partes de la boca, do aun no llegan  
Corteza ni madero, sin provecho  
Suspirando y lanzando un gran gemido,  
Hirió con tales quejas nuestro oído:

«Si los cuitados crédito merecen,  
»Por la divinidad sagrada juro  
»Que el martirio y tormento que padecen  
»Mis miembros, es sin duda agravio puro.  
»Sin culpa me castigan, y carecen  
»Mis obras de su premio, á buen seguro.  
»Si miento, yo me seque, y sea cortada  
»Con hacha aguda, y véame quemada.

»Quitadme allá este niño; dadle á una ama,  
»Y haced que muchas veces le dé leche  
»A sombra de mi nueva y verde rama,  
»Debajo de la cual se huelgue y eche  
»Haciendo de mis hojas fresca cama;  
»Y cuando de la lengua se aproveche,  
»Haced que me salude, y diga triste:  
»—Mi madre de este tronco se reviste.—

»Mas tema los estanques, ni las rosas  
»Ó flores de algún arbol cortar ose;  
»Las plantas todas piense que son diosas;  
»Sospeche que en cualquiera se repose  
»Su Ninfa. Y tú, marido, que estas cosas  
»Te dan tormento, adiós, ya no te acose  
»El agrio lloro y la fatiga insana;



»Adiós, amado padre y cara hermana.

»Los cuales (si piedad tenéis alguna)  
 »No permitáis mi cuerpo ser llagado  
 »De hoz, y defended que res ninguna  
 »En estas verdes hojas dê bocado.  
 »Y pues á mí me estorba la fortuna,  
 »Y no puedo mi cuerpo haber doblado  
 »Para besaros, ruégoos consoladme,  
 »Enderezad los vuestros, y besadme.

»Y mientras puedo triste ser tocada,  
 »Levantadme á mi hijo, estarle he viendo;  
 »No puedo más hablar: por la alabada  
 »Garganta la corteza va cundiendo.  
 »Hasta la coronilla estoy mudada;  
 »Quitad allá las manos, porque entiendo  
 »Para cerrar mis ojos más presteza  
 »Tendrã que no vosotros, la corteza.»

»Dejó de hablar y ser en un instante,  
 Y los recientes ramos han estado  
 Calientes por buen rato, como de ante.»

En tanto que contaba el desdichado  
 Acaecimiento Íole, enjugaba  
 Sus lágrimas Alcmena con cuidado.

Y no por eso ella no lloraba;  
 Por causa de otras nuevas maravillas,  
 En un momento su llorar se acaba.

Iolao (1) por la puerta para oillas  
 Entraba, de muy viejo vuelto mozo,  
 Con el dudoso vello en las mejillas.

---

(1) Iolao, hijo de Iphicio, rey de una comarca de la Thesalia, era el amigo y escudero de Hércules.



Apenas de la barba tiene el bozo;  
 Concedióselo Hebe, suplicada  
 De su marido (1), y de no dar tal gozo  
 A otro alguno ya determinada,  
 Y queriendo jurar, no ha consentido  
 Tal juramento Temis consagrada,  
 Habiendo de esta suerte respondido:

«Ya las discordes guerras Tebas mueve,  
 Y no podrá Capáneo (2) ser vencido  
 De otro que de Júpiter, y debe  
 Ser cada hermano igual en ser herido (3).  
 El adivino vivo (4) que se atreve,  
 Vérase de la tierra sumergido,  
 Y el vengador será del muerto padre  
 Pío, y traidor á un tiempo por su madre.

»Y atónito y opreso, con mil males  
 De seso y de su casa desterrado;  
 Con la visión de furias infernales

(1) Después de su apoteosis fué Hércules esposo de Hebe.

(2) Capaneo era uno de los siete jefes en el sitio de Tebas, famoso por su impiedad. Lo mató un rayo por haberse vanagloriado de tomar la ciudad, aunque se opusieran Júpiter y todos los dioses reunidos.

(3) Alusión al combate de los hijos de Edipo Eteocles y Polynice.

(4) Este adivino es Amphiaraos. Advertido por su arte ó por el oráculo de Apolo de que moriría en el sitio de Tebas, ocultóse para no ir; pero seducida por Polynice, que le ofreció un collar de oro, su esposa Euriphila descubrió el sitio donde se escondía. Obligado á partir, encargó á su hijo Alcmeón que, cuando tuviera noticia de su muerte, matase á su madre. Sepultado en el seno de la tierra, le vengó Alcmeón dando muerte á Euriphila.

Y de su madre se verá acosado,  
 Hasta que su mujer palabras tales,  
 Pidiéndole el joyel, dirá al cuitado  
 Que cuando el mal joyel á la otra pida,  
 Le priven los cuñados de la vida (1).

»Entonces por remedio de estos daños,  
 Calirrhoe pedirá don semejante  
 A Júpiter, diciendo que los años  
 A cada hijo aumente siendo infante.  
 Y porque atrevimientos tan extraños  
 No queden sin castigo, el gran Tonante  
 Lo habrá á la andada y nuera así mandado,  
 Y ella en varones los habrá mudado.»

De cantar esto Themis acababa  
 Con la sagrada boca que adivina,  
 Y cada dios en vano murmuraba.  
 Cualquiera en todo extremo se amohina,  
 Por no poder hacer lo semejante  
 Que Hebe, por lo cual está mohina  
 La ilustre Aurora, hija de Pallante,  
 Quejosa de los años que tenía  
 Titón (2). Y cuidadosa de su amante  
 Jassio (3) la mansa Ceres acudía,  
 Porque la daba pena en gran manera  
 El ver que con la edad encanecía.

(1) Alcmeón repudió á Alpheisíbea, su primera mujer, para desposar á Calirrhoe, y fué muerto por el hijo de Phegeo, hermano de Alpheisíbea.

(2) La Aurora era esposa de Titón, cuya vejez fué proverbial.

(3) Jassio ó Jasió, hijo de Júpiter y de Electra, fué amado por Ceres, que tuvo de él á Pluto, dios de las riquezas.

Vulcano á su Erictonio dar quisiera  
 Edad; estaba Venus cuidadosa  
 Del tiempo por venir, y si pudiera  
 A Anquises renovara; va la cosa  
 Así, que cada dios muy bien tenía  
 A quien hacer merced tan milagrosa.  
 Con el favor aquel motín crecía,  
 Hasta que viendo Jove que le toca,  
 Hablando con los dioses les decía  
 Palabras semejantes con su boca :

«Si me tenéis respeto, ¿en qué habéis dado?  
 ¿Por dicha piensa alguno que es tan fuerte,  
 Que ha de vencer el invencible hado?  
 Ser Iolao mancebo fué su suerte.  
 Tornó por ella al tiempo ya pasado,  
 Y no tenía poder en él la muerte.  
 Los hijos de Calirrhoe habrán crecido  
 Por éste, no por armas ni ruído.

»Y porque con más blando sufrimiento  
 Paséis, debéis saber que yo rendido  
 Estoy al hado, cuyo mandamiento,  
 Si pudiera mudar, ten entendido  
 Que Eaco, mi hijo y mi contento,  
 Corvado no estuviera y consumido  
 Con su vejez, y aunque viviera tanto,  
 De edad florida fuera Radamanto.

»De edad florida Radamanto fuera,  
 Y siempre le durara tal semblante.  
 Pues Minos mío, ¿que desmereciera,  
 Para con él no hacer lo semejante?  
 Que su vejez, amarga de manera,  
 Le hace que no reine como de ante.  
 Que agora que le ven de edad cargado,



De muchos ni es temido ni estimado.»

Las pláticas de Júpiter movieron  
A los sagrados Dioses al instante  
Que á Radamanto y Éaco advirtieron  
Cansados, y al buen Minos, el cual, ante,  
Cuando varón, las gentes espantaba  
Aun solo el nombre suyo tan pujante.

Agora flaco y de temor temblaba,  
Pues le sucede un sobresalto nuevo  
Que sus cansados miembros fatigaba.

A Mileto temía, por ser mancebo  
Valiente, y que no poco presumía  
En verse hijo del jocundo Febo.

Privarle de su reino pretendía ;  
Mas no osó ejecutar su mal deseo,  
Que de su voluntad él mismo huía.

Y surcando y midiendo el mar Egeo,  
En Asia una ciudad ha edificado  
Del nombre suyo, á do, mientras el rodeo

Prosigue de su padre, que ha tornado  
Mil veces hacia atrás, la delicada  
Ziane, que Meandro la ha engendrado,

La conoció, y de dos dejó preñada.  
Biblis y Cauno fueron, y podría  
Cualquiera en Biblis ser escarmentada.

Cualquier doncella en ella convendría  
Aprendiese á querer lo concedido,  
Y no como la triste, que moría

Su pecho en vivas llamas encendido  
Por el hermoso hermano, que no era  
Amor, como de hermana, comedido.

Es cierto que al principio aquella fiera  
Ponzoña no entendió, ni ser pecado  
Besarle y abrazarle, de manera

Que la sombra de hermano la ha engañado,

Y cuando no se cata la cuitada,  
Su tierno pecho siente enamorado.

Si ha de ver al hermano, aderezada  
Venir procura, y viene deseosa  
De ser por muy hermosa reputada.

Si allí por dicha hay otra más hermosa,  
Envidia tiene de ella; mas con esto  
Aun descubrir su amor á sí no osa,

Ni hacer con tal ardor ningún pretexto  
(Aunque se abrasa toda internamente)  
De procurar deseo deshonesto.

Ya le llama señor, que de pariente  
El nombre le da en rostro, y que él la llame  
Hermana la parece inconveniente,

Sino Biblis; mas no porque así le ame,  
Despierta da lugar á la esperanza  
Obscena, deshonesto, torpe, infame.

Pero dormida luego se abalanza  
A ver, y aun á gozar lo que desea,  
Y cuando el deseado fin alcanza

Entre sueños, por ser tan sucia y fea  
La obra, de vergüenza se ha encendido,  
Y lo que la fatiga la recrea.

Mas ya que el dulce sueño despedido,  
Está callando un rato; pero luego  
El gusto de su sueño repetido,  
Dudosa está, diciendo sin sosiego:

«Cuitada, tal visión ¿qué pronostica?  
¡Ojalá sea mentira que he soñado!  
Por cierto él es hermoso, y fuera rica  
De gozo, si pudiera haberle amado.  
Ser él mi hermano ¡ay! me damnifica,  
Que digno era de ser mi enamorado,  
Y yo para con él muy bien venía;  
Mas ser su hermana es miseria mía.

»Con tal que yo despierta nunca intente  
Insulto semejante, siempre sea  
Mi sueño tal, que en él me represente  
Su imagen, lo que tanto me recrea.  
Durmiendo, sin que nadie esté presente,  
El gusto gozará lo que desea.  
¡Oh Venus tierna, oh volador Cupido!  
¡Qué gozos! ¡qué contento he recibido!

»¡Qué gusto manifiesto! ¡qué alegría  
Gocé! ¡cómo quedé también cansada!  
¡Oh, cómo la memoria y gloria mía  
Me deja tan de veras recreada!  
Aunque el deleite mío parecía  
Volar, y fué la noche acelerada,  
Acelerada creo de envidiosa  
A hora para mí tan deleitosa.

»¡Oh yo bien fortunada! si pudiera  
Juntarme, y este nombre se trocara,  
Y como soy tu hermana fuera nuera  
Del padre tuyo, Cauno, y te llamara  
El mío yerno á tí, ¡cuán bien viviera!  
¡Pluguiera á Dios que se comunicara  
Lo que hay (sin los abuelos) de tal modo  
Entre los dos, que fuera común todo!

»¡Ojalá más ilustre hubieras sido  
Que yo, pues mi contento fuera llano!  
¡Ay! que has de ser de no sé quién marido;  
De mí (por mi desgracia) sólo hermano.  
Por mi mal de tus padres he nacido,  
De do lo que me daña está en la mano.  
¡Luego mi sueño es nada! ¿es algo? ¿cómo?  
¿Los sueños por ventura tienen tomo?



»Las leyes celestiales son más llanas ;  
 El trato de los Dioses muy más sano ,  
 Pues se pueden casar con sus hermanas ,  
 Y así se casó Opis con su hermano.  
 Junón y Tetis, diosas soberanas ,  
 Con el tonante Jove y Oceano ;  
 Mas ¿qué tiene que ver el bajo suelo  
 Con el gobierno del superno cielo ?

»¡Oh! yo desterraré de mí el vedado  
 Ardor, que me consume en tal manera,  
 Ó si no puedo haberle desterrado,  
 Plega al eterno Dios al punto muera.  
 Y en la compuesta cama aparejado  
 El ataúd, con ansia lastimera  
 Mi hermano, y con suspiros muy espesos,  
 Me dé en la boca mía cien mil besos.

»Mas esta cosa quiere el albedrío  
 De dos, y bien que á mí me dé contento,  
 Parecer le ha á mi hermano desvarío,  
 Desvergüenza, traición, atrevimiento  
 Los descendientes de Eolo, yo lo fio,  
 Que tal no les pasó por pensamiento,  
 Ni tuvieron por feo ó por pecado  
 Haberse á sus hermanas ajuntado.

»Cuitada de tí, Biblis, ¿dó has sabido  
 Ejemplos semejantes? ¿Qué camino  
 Es éste? ¡Fuera, fuera dios Cupido,  
 Ardor perverso, fuego tan malinol  
 Con virtuoso amor, y concedido  
 No más, amar mi hermano determino;  
 Mas si él me amase con intento feo,  
 Quizá me rendiría á su deseo.

»Pues yo, que no pudiera desdeñarle  
 Hablándome en amores, ni ser cruda,  
 ¿Habré de descubrirme, y requestarle,  
 ¡Ay triste! has de poder, y no ser muda?  
 Si me constriñe Amor, habré de hablarle;  
 Ó si por la vergüenza estoy en duda,  
 En un billete determino luego  
 Manifestar mi pecho oculto y fuego.»

Determinóse á esto, levantada;  
 Comienza á ejecutarlo, así diciendo  
 Sobre el siniestro codo recostada:

«Allá se acuerde Cauno; yo pretendo  
 Mis ansias descubrir y mi locura,  
 Y el fuego donde triste estoy ardiendo.

»¡Ay de mí, desdichada sin ventura!  
 ¿Adónde voy? ¿qué fuego en mí se muestra?»  
 Y con temblor de mano, á la escritura

Principio quiere dar; tenía en la diestra  
 La pluma, y el papel blanco tenía,  
 Para escribir la carta, en la siniestra.

Comienza, duda, escribe, y con porfía  
 Al papel y la pluma pone culpa  
 Por no la suceder como quería.

Notando muda, borra, aprueba, culpa,  
 Y deja de escribir, y vuelve á ello,  
 Que no saber qué quiera, la disculpa.

Cualquier cosa que hacer pretenda, hacello  
 La enfada, la vergüenza, la osadía  
 Manifestando en su semblante bello.

«Tu hermana» (había ya escrito), y parecía  
 Que convenía borrarlo, y lo ha borrado,  
 Y en el mismo papel así escribía,  
 Habiendo de otra suerte comenzado:

«La que (si no de tí) salud no espera,

Y te ama extrañamente, aquesta envía  
 Sin nombre, porque no hallo yo manera  
 Para escribirle sin infamia mía.  
 ¡Y ojalá que sin él yo te pudiera  
 Significar, señor, lo que querría,  
 Y mi esperanza fuera firme y cierta,  
 Antes que Biblis fuera descubierta!

»Pudieras entender ser yo tu amante  
 Por las señales claras que en mí vías:  
 Color, flaqueza grande, y mi semblante,  
 Mis ojos lagrimosos y ansias mías;  
 Los besos, los abrazos, no cual ante,  
 Porque, á mirar en ello, bien verías  
 (Según yo te los daba tan de gana)  
 Ser abrazos y besos no de hermana.

»Yo hice, te prometo, juro y digo  
 (Aunque de grave mal apasionada,  
 Y del furor de amor fiero enemigo  
 En las entrañas tiernas abrasada),  
 Cuanto yo pude (y de ello es Dios testigo)  
 Por escapar, y estuve porfiada,  
 Procurando huir del bravo fuego  
 (¡Ay triste!) del soberbio niño ciego.

»Y siendo del feroz acometida,  
 No crearás los males que he sufrido.  
 Al fin no pude más, quedé rendida,  
 Y tu favor (aunque medrosa) pido.  
 La muerte puedes darme tú y la vida;  
 Yo acepto lo que fueres tú servido,  
 Que tal vida vivir me es gran fatiga,  
 Y no te ruega esto tu enemiga.

»La que estando juntísima contigo



Desea estarlo más, es quien te ruega.  
 Los viejos echen cuenta allá consigo  
 Las leyes y su fuerza adónde llega (1).  
 A nuestros tiernos años es, amigo,  
 Muy conveniente Amor, y Venus ciega;  
 Que agora lo que es lícito ignoramos,  
 Y lo que sea todo sospechamos.

»A los sagrados Dioses nuestra llama  
 Imita; ni podrá ponernos raya  
 El duro padre, ó miedo de la fama,  
 Con tal que causa de temer no haya.  
 En el dulce placer de nuestra cama,  
 Por ser hermanos, nadie habrá que caya.  
 Puédote hablar secreto; allende de eso  
 En público me abrazas, y te beso.

»¿Qué tanto es lo que falta? Yo te ruego  
 Hayas merced de quien su llama fiera  
 Confiesa, y no lo hiciera si su fuego  
 A confesarla no la constriñera.  
 Ó si tan pertinaz estás y ciego  
 A mi demanda justa y lastimera,  
 Escríbase en mi triste sepultura  
 La causa de mi muerte, acerba y dura.»

Escribiendo estas cosas (aunque en vano)  
 Hinchió el papel con el renglón postrero,  
 Y en la margen paró su pluma y mano.  
 Selló su crimen, y mojó primero

---

(1) El texto dice: *Quid liceatque, nefasque fasque sit. Liceat* debe entenderse de la ley escrita, y *fasque* y *nefasque* de la ley natural. Esta distinción la expresa Cicerón terminantemente. *Quod aut per naturam fasesset, aut leyes liceret (Oratio pro Milone)*.

Con las fervientes lágrimas el sello,  
 Que no tenía saliva. El mensajero  
 Escoge más decente para ello  
 De todos sus criados; muy modesta  
 Y lisonjera un poco, porque sello  
 La convenía, dijole: «Da ésta  
 Con gran fidelidad á mi (ha añadido  
 Después de un rato) hermano»; mas ya puesta  
 En la mano la carta, se ha caído  
 En el suelo, de que quedó turbada,  
 Que por agujero triste lo ha tenido.  
 En fin, con todo eso fué enviada.  
 El paje escoge tiempo conveniente  
 Para el billete dar y la embajada.  
 Atónito quedó súbitamente  
 El nieto de Meandro recibida  
 La carta, viendo en ella tan patente  
 Insulto, y fué su cólera vencida  
 Apenas, que al muchacho dar quisiera  
 El pago conveniente á su venida,  
 Al cual al punto habló de esta manera:

«En tanto que te es lícito, alcahuete  
 Malvado, perversísimo enemigo,  
 Vete de mi presencia, corre, vete,  
 Guarte de mí, porque en verdad te digo  
 Que si no descubriera á quien te mete  
 En esto, y mi vergüenza, tu castigo  
 Yo te le diera tal y de tal suerte,  
 Que no te fuera menos que la muerte.»

Él huye amedrentado, y sin sentido  
 A su señora cuenta en qué manera  
 Quedaba Cauno fiero, embravecido.  
 Quedó amarilla Biblis como cera  
 Oyendo tan terrible despedida;

Su cuerpo como nieve ó hielo era.  
De contento y sentido despedida,  
Medrosa, seso y ánimo perdido,  
Y de desmayo casi amortecida.

Mas ya que recobrado su sentido  
Y su furor, con el tormento fuerte  
Mover la lengua apenas ha podido,  
Y como pudo, dijo de esta suerte:

«Con gran razón mi pena me atormenta;  
De lo que paso tengo culpa harta,  
Porque ¿para qué dí de mi mal cuenta,  
Fiando mi secreto de una carta?  
Mejor me fuera entrar, como quien tiente  
Que de un hablar obscuro no se aparta,  
Hasta saber su ánimo cuál era,  
Para que de esta forma me siguiera.

»Mejor hubiera sido con gran tiento  
Y parte de la vela, haber notado  
De dó soplabá el favorable viento,  
Para haber al seguro navegado,  
Y no sin más ni más, sin fundamento,  
Haberla toda á ciegas desplegado,  
Y en alta mar sufrir naufragio cierto,  
Sin esperar jamás volver al puerto.

»Cuanto más que certísimas señales  
Me prohibían tratar de mis amores;  
Cuando el billete se cayó eran tales,  
Y fué el mayor quizá de mis errores  
Escoger aquel día de mis males,  
Tormentos, y congojas y dolores.  
El mismo Dios sin duda me avisaba,  
Y lo que había de hacer me amonestaba.



»Por lo menos mudar me convenía  
Aquel infausto día y aciágo,  
Y hablar yo misma la miseria mía  
Mejor me fuera que esperar tal trago.  
Error fué el escribir, y bobería  
En su presencia hacer lo que aquí hago;  
Me estaba á mí muy bien llorar me viera,  
Amor en mi semblante conociera.

»Mucho más que escribí quizá le hablara;  
Y cuando no escuchara el manso ruego,  
Al deseado cuello me abrazara,  
Haciendo con mis brazos nudo ciego.  
Y si de él cruel me despegara,  
Yo pareciera allí morir me luego,  
Y echándome á sus pies enternecida,  
Pedir misericordia, pedir vida.

»Mil cosas (él presente) hubiera hecho,  
De las cuales, si acaso cada una  
Por sí se efectuara, sin provecho  
Tuvieran todas juntas más fortuna;  
Pudiera ser que el acerado pecho  
A todas se rindiera. Ni oportuna  
Sazón quizá escogió mi necio mozo,  
Y por su culpa se perdió mi gozo.

»No le debió de hablar de la manera,  
En la ocasión y tiempo que debía,  
Cuando más sin negocios estuviera.  
De aquí nació la desventura mía;  
Porque no es hijo él de tigre fiera,  
Ni su pecho es de hierro ó piedra fría,  
Ni de diamante, ni es bien yo sospeche  
Que de leona brava mamó leche.

»Acometerle quiero más de hecho,  
Y piénsole vencer, y determino  
De no me arrepentir de lo ya hecho;  
Y tengo de seguir este camino  
Mientras viviere, porque yo sospecho  
(Pues no puede no ser mi desatino)  
Que es lo que más me importa y me conviene  
Acabar de buscar el fin que tiene.

»Porque, aunque deje yo mi misma gloria,  
Y mi deseo y la esperanza mía,  
No puede ser que pierda él la memoria  
De mi billete visto y osadía.  
Y si no prosiguiese la victoria,  
Un argumento claro le sería  
De haber querido poco, ó de tal talle  
Que sólo hubiese sido por tentalle.

»O sin dudar tendrá de mi sospecha  
Que lo que hecho, no la poderosa  
Mano de Amor con su dorada flecha,  
Que tanto en mí se muestra rigurosa,  
Lo hizo, sino que antes fué desecha  
De ruin mujer, soez, libidinosa.  
En conclusión, no me aprovecha nada;  
No puedo ya dejar de ser culpada.

»Mi carta, petición y flaco intento  
Me acusan; aunque en ello más no añida,  
Ni me pasase más por pensamiento,  
Al fin por ruin mujer seré tenida.  
Lo que de hacer me falta á lo que siento,  
Estando, como está, la tela urdida,  
Hará muy poco más mi crimen feo,  
E importa grandemente á mi deseo.»

Con tal discordia está su entendimiento,  
Que con pesarla haber tal intentado,  
Se le antojó tornar al mismo intento.

Y de lo justo en esto así ha pasado  
Con tanta ceguedad la desdichada,  
Que la han muy muchas veces desdeñado.

Y visto que el desdén servía de nada,  
El huye del martirio que le aterra,  
La patria y la maldad desamparada.

Fundó nueva ciudad en otra tierra (1),  
Y entonces diz que fuera de sentido  
Se halla Biblis, puesta en tanta guerra.

Rasgó de sobre el pecho su vestido,  
Mesó el cabello de oro, golpeando  
Sus brazos, descubriendo por qué ha sido.

Y como loca pura, publicando  
Su pretensión viciosa y prohibida,  
Se estuvo la cuitada atormentando.

Y con su casa y patria desabrida,  
Al desterrado hermano va siguiendo,  
Sin quien la muerte quiere y no la vida.

Y como las de Ismaria van haciendo  
Del tirso tuyo, Baco, concitadas  
A tercer año, va con tal estruendo.

De verla así quedaron espantadas  
(Tanto era su tormento y ansias raras)  
Las vecinas de Caria, que dejadas

Con los valientes Lélegas (2) y Caras,  
A Liciá y á Congragon ha pasado,  
Y de Janto también las aguas claras.

---

(1) Cauno fundó en la Caria una ciudad á la que puso su nombre.

(2) Los Lélegas eran unos pueblos vagabundos que fijaron su residencia en la Caria.



Dejó á Lymiro (1) atrás, y aun ha dejado  
Aquel monstruoso monte de Quimera,  
De quien el mundo todo está admirado.

Que en el medio de fuego, arriba era  
León, y de bravísima serpiente  
La parte del collado más bajera.

Los montes acabados, en sí siente  
La desdeñada Biblis fuerza poca,  
Cayéndose cansada extrañamente.

Las caedizas hojas con su boca  
Tocaba y con su rostro soberano.  
Las Lelegeyas Ninfas, que las toca

Su pena, la quisieron dar la mano  
Mil veces; pero todas lo intentaron,  
Aunque con gran amor, al fin en vano.

¡Oh, cuántas, cuántas veces procuraron  
Curarla los amores, alegando  
Razones que muy poco aprovecharon!

Postrada, está las hierbas apretando  
Biblis, y con sus lágrimas las queda  
Regadas, de sus ojos destilando

Un río, y la cuitada estáse queda,  
Y dicen que las Náyades la han dado  
Tal vena, que jamás secar se pueda.

¿Y qué don pudo ser más soberano?  
Al punto, cual de tea sale miera,  
Ó betumen de tierra destilado,

Ó el soplo de Favonio, en primavera,  
El agua con el frío vuelta en hielo  
Derrite con el sol, de tal manera

La nieta del que alumbra tierra y cielo,  
Con lágrimas fervientes consumida,

---

(1) Lymiro ó Lymira, población de la Lycia que conserva hoy el mismo nombre.

Se torna fuente, que en el mismo suelo

Agora por su nombre es conocida,  
Y en bajo de una negra encina mana  
Biblis en clara fuente convertida.

La fama de este monstruo (es cosa llana)  
Hubiera cien ciudades admirado

De Creta, á tal negocio comarcana,

Si por haberse Iphis transformado  
Agora, agora en ella, no anduviera  
Del caso nuevo el vulgo alborotado.

Porque de la ciudad de Festo (1), que era  
Cercana á Gnosos (2), Licto nació, un hombre  
Plebeyo y harto pobre, de manera

Que no fué conocido por su nombre,  
Aunque su vida y fe le señalaba,  
Y merecía por ella gran renombre.

El cual á su mujer amonestaba,  
Preñada y muy vecina al parto estando,  
De lo que había de hacer, y la hablaba  
De esta arte sus razones comenzando:

«Dos cosas, oh mujer, agora veo  
Por que rogar á Dios: la una verte  
Parida á luz conforme á mi deseo,  
Ó sin dolor, ó al menos poco fuerte;  
Y lo demás que mucho yo deseo,  
Es que nazca varón, que á la otra suerte,

---

(1) Phœstos era una ciudad de Creta fundada por Minos y destruída por los Gortynianos. Hoy se llama Festo.

(2) Gnosos era una ciudad de Creta donde residía Minos. Según Strabón, fué llamada primeramente Ceratus, como el río que la bañaba. Los anticuarios buscan las ruinas de esta población en la isla de Candía, unos en Gínosa y otros en Castel Pediada.

Demás que es más pesada é importuna,  
Las fuerzas la deniega la fortuna.

»El brío la fortuna le enflaquece  
Al femenino sexo, tierno y blando,  
Y es cosa que mi ánima aborrece;  
Por do me determino, que si cuando  
Parieres (como es cosa que acaece)  
Fuere mujer (á mi pesar lo mando,  
Perdóname, piedad), recién nacida  
La priven del aliento y de la vida.»

Diciéndolo, con lágrimas regaba  
Su cara, así á quien esto era mandado,  
Como también á aquel que lo mandaba.

Bien que continuamente ha suplicado  
Telethusa al marido, sin provecho.  
Que el fin de sus congojas y preñado

No ponga y su esperanza en tal estrecho.  
Mas el marido Licto, muy constante,  
Está de su sentencia satisfecho.

Ella, ya muy preñada, poco ante  
Del parto, á media noche adormentada,  
La pareció que vía allí delante

A Ío, de su pompa acompañada,  
De espigas canas y oro refulgente,  
Y los lunares cuernòs coronada.

Con semblante real, serena frente,  
El ladrador Anubis (1) allí viene,

(1) Anubis era el Mercurio de los Egipcios. Plutarco le llamaba Hermanubis, palabra formada con las de Hermes (Mercurio) y Anubis. Representábasele con cabeza de perro, y tenía un caduceo en una mano y un sistro en la otra. Los Romanos le dedicaron un templo.



Y Apis (1) de colores diferente,  
 Y la Bubastis (2) santa, y el que tiene  
 El dedo al labio (3), y vía el sonajero (4),  
 Y el no buscado Osiris (5) cual conviene.  
 La sierpe peregrina con su fiero  
 Denuedo, donde está ponzoña cierta,  
 Para engendrar un sueño verdadero (6).  
 Parecióle que estando ya despierta,  
 Y viendo cosa llana y evidente  
 De todo engaño ó duda descubierta,  
 La Diosa le decía alegremente:

«Oh parte de mis gentes, Telethusa,

(1) Apis era el nombre del buey sagrado que se inmola-  
 ba en las fiestas de Osiris y al que se tributaban honores  
 divinos.

(2) Bubastis, nombre con el cual adoraban á la luna los  
 habitantes de Bubastos en Egipto.

(3) Se refiere á Harpocrata, dios del silencio, hijo de  
 Isis y de Osiris. Se le representaba con la figura de un  
 joven que oprime los labios con el índice de la mano de-  
 recha.

(4) Llama sonajero al sistro, instrumento musical de  
 los antiguos: Los sistros egipcios estaban adornados en su  
 parte superior con la figura de un gato con rostro humano,  
 colocado entre las cabezas de Isis y de Nephtys.

(5) Tiphón dividió en catorce pedazos el cuerpo de  
 Osiris, dispersándolos en el campo. Isis los encontró. En  
 memoria de este acontecimiento instituyóse una fiesta, du-  
 rante la cual los sacerdotes llorando fingían salir en busca  
 de los restos de Osiris, y después con grandes gritos de  
 alegría figuraban haberlos encontrado.

(6) El calificativo de *omniferi* que da Ovidio á la ser-  
 piente ha hecho creer á algunos comentadores que era el  
 áspid llamado por Aulo Gellio *omniculosa aspis*.

No hagas lo que manda tu marido,  
Ni estés tan cuidadosa y tan confusa  
Habiéndote Lucina defendido.  
Lo que parieres guarda sin éxcusa;  
Soy diosa de favor, y habré podido  
Favorecerte en esto y cualquier cosa;  
No te seré jamás ingrata diosa.»

Al punto se salió del aposento,  
Aquesto dicho, y la Cretense luego  
Se levantó, tomando gran contento,  
Y suplicaba á Dios con manso ruego  
No fuese aquello sueño ni fingido,  
Sino remedio á su desasosiego.

El tiempo del preñado concluído,  
Creció el dolor y pena de manera  
Que á sí mismo del vientre se ha expelido.

Nació una hija; el padre creyó que era  
Varón, y los demás, porque su madre  
(Sabíalo sólo el ama) lo fingiera.

Pagadas las promesas, manda el padre  
Que el nombre le pusiesen de su abuelo,  
Que Iphis se llamaba, y de que cuadre

A hembra y hombre toma grán consuelo  
La madre, y que con él nada engañase,  
Y encubre la mentira con buen celo.

De niño era el vestido; y quien mirase  
El gesto, juzgaría ser hermoso,  
Que hombre, que mujer le reputase.

De trece años le hace el padre esposo  
De la bermeja Iante, que dotada  
Estaba de belleza y de reposo

Entre las otras damas, engendrada  
De Teleste Dicteo, y ambos fueron  
De igual edad y forma señalada.

Y en una escuela entrambos aprendieron,

Y como conversaron juntamente,  
Con un amor y llama se encendieron.

Igual es la herida y fuego ardiente;  
Mas no lo es la esperanza que han tenido,  
Y así el efecto desigual se siente.

Esperan ver el tiempo concluido  
Del casamiento, y el que piensa lante  
Que es hombre, verle espera su marido.

Mas Iphis, verdadero y firme amante,  
Se abrasa por lo que gozar no espera,  
Y así es el esperar desemejante.

Y aun esto mismo aumenta en gran manera  
Su llama, pues que ve que le conviene  
Que una virgen por otra pene y muera.

De lágrimas apenas se contiene;  
Y viendo en tal aprieto su cuidado,  
Diciendo de esta suerte se entretiene,  
De medio á su gran mal desconfiado:

«¿Qué fin ha de tener el mal que siento?  
¿En qué podré parar con mi cuidado,  
Tan lleno de prodigio y de tormento,  
Cuan nuevo nunca visto y desusado?  
A quererme los Dioses dar contento,  
Me hubieran con la muerte contentado,  
Sin me dejar con vida por mi suerte,  
Si con ella no quieren darme muerte.

»Si fuera mi pasión acostumbrada  
Y natural, aun fuera sufridera.  
¿Quién vaca vió de vaca enamorada?  
¿O por yegua otra yegua en pena fiera?  
La oveja del carnero es muy amada;  
Halla su hembra el ciervo, á quien bien quiera,  
Y así en las aves. Ni jamás se vido  
A hembra herir por hembra el dios Cupido.



»Pluguiera á Dios, que rige el alto coro,  
Que nunca yo nacido al mundo hubiera,  
Ni Creta (que es el reino donde mouro)  
A causa mía tan monstruosa fuera.  
La hija amó del Sol un blanco toro,  
Y siendo hembra, macho amó siquiera ;  
Mas (si verdad confieso) muy más fiero  
Es el amor porque viviendo muero.

»Muy más furioso, mucho más extraño  
Es mi deseo y más desesperado,  
Pues en la vaca al fin con el engaño  
Gozó el instante de ella deseado.  
Y para remediar su grave daño,  
Adúltero hubo el cual fuese engañado ;  
Mas para mi remedio y mi consuelo,  
¿Qué medio puede haber en todo el suelo?

»La habilidad más rara y excelente  
De cuantas en el mundo son halladas,  
¿Qué puede hacer ? Ni Dédalo prudente,  
Aunque vuelva con alas enceradas,  
¿Será su arte acaso tan potente  
Que las decentes partes transformadas,  
De virgen me convierta en un instante  
En mozo, ó mudará por dicha á Iante?

»¿Por qué no te recoges, Iphis triste,  
Y vuelves sobre tí, dando de mano  
(Mirando con córdura cuál naciste)  
Al fuego miserable, necio y vano ?  
Si el hábito por dicha que te viste  
A tí misma no engaña, ten por llano,  
Para que lo que á tí conviene llesves,  
Que es bien amar como hembra lo que debes.

»Quien ama, de esperanza se sustenta ;  
Con este cebo, Amor continuo caza ;  
No poder tú tenerla te atormenta,  
Que ninguna otra cosa te embaraza.  
Si abrazar á tu dama te contenta,  
Sin que lo estorbe nadie, ella te abraza ;  
Ni será tu contento prohibido  
Del duro padre ó del sagaz marido.

»Al ruego tuyo, manso y amoroso,  
Siempre hallas fácil á tu dama bella ;  
Con todo eso no podrás dichoso  
Llamarte, ni gozar de veras de ella.  
Los hombres y los dioses decir oso  
No pueden impedir mi dura estrella,  
Y de los dioses fáciles poseo  
Lo que pudieron dar á mi deseo.

»Mi padre mismo quiere lo que quiero,  
Y la cosa del mundo más gustosa  
Es para el suegro mío venidero  
Cumplir mi voluntad en toda cosa ;  
Mas no naturaleza, que es primero,  
Y más que todos éstos poderosa ;  
Por ésta solamente me atormento ;  
Resiste sola ella á mi contento.

»Ya viene el tiempo, ya se llega el día  
De aqueste extraño casamiento mío ;  
Será la hermosa Iante luego mía,  
Moriremos de sed en medio el río.  
La boda con dos novias será fría  
(Ausente el novio) y claro desvarío.  
Y así, sagrada Juno é Himeneo,  
¿A qué venís á ella? No lo creo.»

Calló con esto, y no con menos fuego  
Estaba la otra virgen siempre ardiendo,  
Llamándote Himeneo con su ruego.

Telethusa, al contrario; está temiendo  
Lo que ésta pide, y el temor que tiene  
La muestra formas de irle diferiendo.

Con falsa enfermedad los entretiene,  
Echando áchaques y alegando agüeros  
En que casar su hijo no conviene.

No había ya qué decir; ya los postreros  
Rodeos consumidos, se allegaba  
El tiempo de sus miedos verdaderos.

Un solo día de pasar faltaba,  
Y vase con su hija destocada  
Al templo, y á la Diosa suplicaba  
De esta arte, y con su altar está abrazada:

«Isis, tú que con culto santo y raro  
En Paretonio (1) ser rogada gustas,  
En Mareote (2), Nilo y la isla Faro,  
Escucha agora mis plegarias justas.  
Dame favor en el peligro claro,  
Librándome de penas tan injustas;  
En otro tiempo yo te ví, señora,  
Con las insignias que te veo agora.

»Bien conocí tus santas compañeras,  
Las háchas que traías, y el sonido  
Que hacían con los blandos sonajeros,  
Y lo que me mandaste allí he cumplido.

---

(1) Paratonium era la principal ciudad de la Marmárica, donde Antonio y Cleopatra dejaron sus tesoros y sus hijos después de perdida la batalla de Actium.

(2) Mareotis ó Arapotes es un lago situado en la parte septentrional de Egipto, próximo á Alejandría.



Que aquesta viva, y yo de lastimeros  
Castigos me haya, oh Diosa, defendido,  
Consejo tuyo es, no lo negamos;  
Ten lástima de entrambas, te rogamos.»

Las lágrimas fervientes se siguieron  
Tras las palabras, y halas parecido  
Que las sagradas aras se movieron.  
Y no fué parecer, que se han movido,  
Y las doradas puertas rechinaron,  
Hanciendo, sin tocarlas, gran ruido.

Los cuernos de la Luna relumbraron,  
Que están en la corona de la Diosa;  
También los sonajeros resonaron.

La madre, no segura, mas gozosa,  
Del santo templo parte consagrado;  
Síguela Iphis, ya no tan hermosa,  
Con paso largo y menos mesurado;  
Crecen sus fuerzas, múdase el semblante  
Virgíneo en varonil, hase abreviado

El cabello, y se siente, no cual ante,  
Cuando doncella flaca, sino fuerte,  
De brío y de valor muy abundante.

Porque la que era hembra, se convierte  
En un robusto mozo; dad ofrenda  
Al templo que trocó también la suerte.

Solemnizad con fe tan estupenda  
Merced; á hacerlo han todos acudido,  
Y para que el portento más se entienda,  
Por título del caso fué añadido.  
Mancebo, pagó Iphis lo que, siendo  
Doncella, había á los Dioses prometido.

La luz del otro día amaneciendo,  
Llegaron Venus, Juno é Himeneo,  
Y á Iphis todos tres favoreciendo,  
Su hermosa lante goza y su deseo.

---

## LIBRO DÉCIMO.

---

Partió de allí Himeneo, y va volando,  
Vestido de un vestido azafranado,  
El vuelo hacia los Ciconas guiando.  
Y en vano fué de Orfeo suplicado,  
Que, aunque presente estuvo al casamiento,  
No quiso hablar palabra, ni ha mostrado  
Señal de buen agüero, ni contento.  
También la misma hacha que tenía  
Mostraba con su llama descontento,  
Que con despabilarla no quería  
Lucir, y chirriaba muy humoso  
El fuego que la cera derretía.  
Más que el principio, el fin fué peligroso,  
Porque la nueva novia, acompañada  
Por un florido prado deleitoso  
De Náyades, sintióse el pie picada  
Del diente agudo de una serpe fiera.  
Murió de la herida la cuitada;  
La cual, ya que llorada en gran manera  
En el superno mundo, el llanto raro

Convierte su marido, y lastimera  
Querella, por mostrar patente y claro  
El sentimiento suyo, al reino obscuro  
Bajando por la puerta de Tenaro.

Ni fué medroso, yendo mal seguro  
Por sombras y livianos moradores,  
Hasta la reina ver del negro muro,  
Y el gran Plutón, que entrambos son señores  
De reinos inamernos, y allí estando,  
Les dijo con dulcísimos clamores,  
La voz con la vihuela concertando:

«Oh Dioses de este mundo soterraño  
Do nos hundimos todos los mortales,  
Si consentís que diga sin engaño  
La causa de venir yo pasos tales,  
No fué para inquirir el reino extraño  
Ni escudriñar lugares infernales.  
Y por decir verdad tampoco quiero  
Atar segunda vez al Cancerbero.

\*Mas he venido de contento ajeno  
Hasta llegar á la tartárea puerta,  
Por mi mujer, por quien continuo peno,  
Que pisando una víbora fué muerta.  
Pensé poder sufrirlo, y puse el freno  
Del sufrimiento; y digo cosa cierta  
Que Amor á mi despecho me ha vencido,  
Un dios bien en el mundo conocido.

\*El mundo de allá arriba á su despecho  
A Amor el vasallaje reconoce.  
No sé si así es en éste, mas sospecho  
Que acá también su fuerza se conoce,  
Y (si es verdad la fama) en vuestro pecho  
Y ayuntamiento no se desconoce,



Pues os rindió su vira tan divina  
Al tiempo que causó tan gran rapina.

»Yo, pues, con humildad os ruego y pido,  
Por el silencio grande y los temores  
De que está lleno el reino ennegrecido,  
Por esta confusión y sus terrores,  
Que me hayáis, sacros Dioses, concedido  
Mi Euridice llevar y mis amores,  
Tornándola la vida, de que el hado  
Con tan temprana muerte la ha privado.

»Que vuestro es todo, ni hay quien se halle  
De vuestro imperio y poderosa mano, [exento  
Y todos acudimos á un asiento,  
Que nos muramos tarde que temprano,  
En fin de la jornada el aposento  
Postrero ser aqueste, es claro y llano;  
Señores sois del reino más profundo,  
Pues gentes acogéis de todo el mundo.

»También será mi Euridice tornada  
A vuestro mandamiento, cuando muerte  
La vida la quitare bien lograda,  
Y no en agraz con tan inicua suerte.  
Por gran merced la pido yo prestada,  
Y si me la negare el hado fuerte,  
Quedarme determino; que más gusto  
Que os sirváis de los dos á vuestro gusto.»

En tanto que él decía, y resonaban  
Las cuerdas á su canto concertadas,  
De compasión las ánimas lloraban.  
Las aguas son á Tántalo olvidadas,  
Y de Ixión también pasmó la rueda,  
Ni estaban en el hígado ocupadas

Las aves, y también lo mismo veda  
A las Belides; Sísifo sentado  
Está sobre su piedra, y ella queda.

Entonces (según cuentan) se ha regado  
El rostro de las Furias de agro llanto;  
Su endemoniado pecho y acerado,  
Movido con el son del dulce canto,  
Ni el rey ni reina del profundo asiento  
Pueden negar lo que él suplica tanto.

A Euridice llamaron al momento,  
Con las novatas ánimas estaba,  
La cual llegó con tardo movimiento,  
Porque de la herida cosqueaba;  
Tomóla con tal ley, que no mirase  
A atrás á su señora que llevaba,  
Mientras por el infierno caminase.  
Pero si quebrantase aqueste fuero,  
Al punto tal indulto se anulase.

Cuesta arriba tomaron un sendero  
Difícultoso, obscuro, y que se cierra  
De niebla espesa, poco pasajero.

No estaban muy distantes de la tierra  
De arriba, cuando el sin ventura Orfeo,  
No se acordando que en hacer lo yerra,  
Medroso no se canse, y con deseo  
De ver, volvió la vista enamorada,  
Mirando á su señora (á lo que creo).

En este instante mismo fué tornada,  
Y extendiendo los brazos, deseoso  
De asir, ó ser asido, no halló nada,

Mas que aire fugitivo: del esposo,  
Muriéndose otra vez, no se querella;  
Mas ¿qué había de culpar? ¿Un amoroso

Afecto y un extraño bien, querella?  
«Adios», le dijo, y tórnase al infierno,  
El triste pudo apenas entendella.

Orfeo viendo vuelta al lago Averno  
 A su mujer, con su segunda muerte,  
 La cual amaba con amor tan tierno,  
 Quedó fuera de sí de aquella suerte  
 Que el Tímido que vido al Cancerbero  
 Salir atado con cadena fuerte

La garganta de en medio, que primero  
 Deshechó su figura, y se hizo canto,  
 Que el miedo del terrible perro fiero.

O cual Oleno, el cual te quiso tanto,  
 Letea sin ventura y confiada,  
 Que no teniendo del castigo espanto,  
 Se carga de tu culpa, y tiene en nada  
 Hacerse delincuente, y tus pecados  
 Pagar, por defender su enamorada (1).

Que así como en un tiempo enamorados  
 Firmísimos os visteis, pedernales  
 Os veis ahora, en Ida transformados.

Cercado de miserias y de males,  
 Intentando otra vez como primero  
 Pasar á los lugares infernales,

Le rempujó con un desdén grosero,  
 Tan seco y tan sin gracia, como él era,  
 De aquel intento vano el vil portero.

Sin comer ni beber, en la ribera  
 Estuvo siete días, sustentado  
 De lágrimas, dolor y pena fiera.

Después de haber de crudos motejado  
 Los Dioses infernales, fuése á Hemo,  
 Do bate de ordinario el cierzo helado,  
 Y al alto monte Ródope supremo,

---

(1) Oleno y Lethœa, eran esposos. Lethœa se atrevió á preferir su belleza á la de las diosas. Oleno aceptó la responsabilidad de su culpa, y ambos fueron transformados en rocas.



Y en tres cumplidos años no ha querido  
Juntarse con mujer. O que el extremo  
Viniese por haber con ellas sido  
Desdichado, ó quizá que lo hacía  
Por haberlo propuesto y prometido.

En muchas gran deseo se entendía  
De se juntar con él, y se quejaron,  
Porque negando á todas respondía.

Y del ejemplo suyo comenzaron  
A amar á los muchachos los de Tracia,  
Y á las mujeres tristes olvidaron,  
Procurando gozar por su desgracia  
Antes de juventud, el abreviado  
Verano de la edad, la flor y gracia.

Sobre la hermosa cumbre de un collado  
Un llanísimo campo y verde estaba,  
De grama y otras hierbas adornado.

Tan solamente sombra le faltaba;  
Mas ya que en él sentado aquel divino  
Poeta, y que su canto comenzaba,

La fresca sombra en el momento vino,  
Y el árbol de Caonia está presente  
Movido del acento cual convino.

Los álamos vinieron brevemente,  
Y el árbol con sus altas hojas viene  
Que dió manjar á la primera gente;

La teja, haya y lauro, que no tiene  
Consorte con el frágil avellano,  
Y el fresno, que para astas bien conviene.

La voz sonora y delicada mano  
Atrajo al liso abeto, y la cargada  
Encina con bellotas, mano á mano.

Los salces y la lotos remojada  
Vinieron con el plátano frondoso,  
Y el arce de color vario dotada.

Llegó el taray también con el umbroso

Y siempre verde boj, y la higuera,  
 Y el arrayán á Venus, tan precioso.  
 Tú, hiedra, que te aplicas á doquiera,  
 Viniste, y con sus pámpanos sagrados  
 La parra, al padre Baco placentera.

Los olmos de las vides adornados  
 Acuden, y el quejigo también vino,  
 Y el madroño con frutos colorados.

La correosa palma, premio digno  
 Del vencedor, allega, y el pungente,  
 Arregazado y siempre verde pino

Querido de Cibele extrañamente,  
 Porque Atis su amador se ha convertido  
 En él, y así no es mucho la contente.

Mas el ciprés derecho no ha venido,  
 Que agora es árbol, antes ser solía  
 Muchacho, del dios Febo bien querido,

Porque un sagrado ciervo y grande había (1)  
 (Los campos de Cartea frecuentando  
 Las Ninfas) que de sombra proveía

Su frente, con los cuernos estorbando  
 La furia del calor más inflamado,  
 Y con el oro puro rutilando.

Y del redondo cuello trae colgado  
 A las espaldas un collar hermoso,  
 De piedras y de perlas adornado.

Hacia movimiento muy gustoso  
 De plata una esquilita, que en su frente  
 Se ataba con un lazo muy gracioso.

De cada oreja cuelga un excelente  
 Zarcillo de oro fino fabricado,

---

(1) Puede compararse este episodio del poema, á la pintura del ciervo domesticado que hace Virgilio en el libro VII de la *Eneida*.

*Cervus erat forma prestanti.*

Y de una rica perla indiferente.

El natural temor de sí lanzado,  
Seguro por las casas se metía,  
Sin recatar la gente ni poblado.

Rascar su hermoso cuello consentía,  
No sólo de la mano acostumbrada,  
Pero aun de cualquier otra que quería.

Verdad es que en extremo á tí te agrada,  
Cipariso, que tienes hermosura,  
En la isla Cea clara y extremada.

Ni se te hacía de mal, ó cosa dura,  
Mas antes de llevarle te holgabas  
A la reciente hierba y agua pura.

Y en sus gajosos cuernos empleabas  
Mil flores, y subías caballero,  
Y alegre donde quiera le guiabas.

Era en estío; estaba el Cancro fiero  
Hirviendo con el sol de Mediodía,  
Causándole en la tierra verdadero.

Echóse en una fresca pradería  
El ciervo, de cansancio fatigado,  
A la sombra de un árbol que allí había.

El niño Cipariso, que ha llegado,  
Con una flecha aguda le traspasa,  
Estando de aquel caso descuidado.

Y viendo que del golpe que le pasa  
Se está muriendo, de morir protesta,  
Haciendo sentimiento tan sin tasa.

¿Qué cosa por decir á Febo resta?  
Y que conforme al caso se doliese  
Le ruega, le suplica y amonesta.

Mas no porque él jamás dejar quisiese  
Su llanto y su gemir, sino ha pedido  
A Dios que su llorar eterno fuese.

Ya en lágrimas inmensas derretido,  
Sus miembros excelentes y tan bellos



Dejaban el color que habían tenido;  
 Ya se tornaban verdes los cabellos  
 Que la nevada frente hermoseaban  
 Y al oro obscurecieran puesto en ellos,  
 Ya ásperos, ya yertos se tornaban,  
 Y habiéndose erizado, al alto cielo  
 La suma coronilla enderezaban.

El claro Dios gimió de desconsuelo,  
 Diciendo: «Tú serás de mí llorado,  
 Acompañando á otros en su duelo.»

Con su sonoro plectro había allegado  
 El divino poeta tal floresta,  
 Y de aves y de fieras rodeado.

Para solemnizar mejor la fiesta,  
 En medio del concejo de las aves  
 Y fieras, que allí están, sentado resta.

Y ya que aquellas cuerdas tan sūaves  
 Con su destreza asaz tocado había,  
 Y aunque unas son agudas y otras graves,

De aquel sonido vario percibía  
 Un concertado son, por ser cual era  
 Su delicado dedo y armonía,  
 Con la voz comenzó de esta manera:

«Mueve, sagrada madre, dulce Musa,  
 Desde el tonante Júpiter mi verso,  
 Ante quien cualquier cosa está confusa  
 Y da ventaja al rey del universo.  
 Mil veces el poder canté que él usa,  
 Y el intento de agora no es diverso;  
 Mas no será el estilo como de antes  
 Cuando traté de guerras de gigantes.

»Canté primeramente la victoria  
 Con grave tono hiriendo los oídos,  
 Privando los Gigantes de la gloria,

Pues fueron con los rayos abatidos  
En los Flegreyos campos, cuya historia  
Castiga á los soberbios y atrevidos;  
Agora caminar pretendo llano,  
Y usar de estilo bajo y más humano.

»Cantar es mi intención de los amados  
Muchachos de los Dioses celestiales;  
Dando á entender los fuegos y pecados  
De las mujeres tontas y bestiales,  
Que han merecido ser bien castigados,  
Como lo son con penas capitales,  
Por su descomedido atrevimiento,  
Sin orden, sin razón, sin fundamento.

»En otro tiempo Jove soberano,  
Gobernador de la suprema esfera,  
De amor de Ganímedes el Troyano  
Su pecho vió abrasado en gran manera,  
Y que quisiera entonces fué muy llano  
Ser otra cosa más, que no lo que era;  
Mas mudarse en otra ave se desdena  
Que en la que al mundo el rayo suyo enseña.

»Y sin tardanza en águila mudado,  
Con mentirosas alas bate el viento,  
Y su ligero vuelo enderezado  
Do estaba su esperanza y su contento,  
Al nieto de Ilio roba, y le ha llevado  
Al cielo, do él reside, en un momento,  
Y á su mujer haciendo desafuero  
Le hizo á su despecho su copero.

»A tí, de Amiclas hijo, puesto hubiera  
En el etéreo reino el claro Febo,  
También, si el hado triste concediera

Espacio, por gozar tan dulce cebo.  
Eternizóte, pero en la manera  
Que mejor pudo, pues al tiempo nuevo  
Cuando por Aries deja el Sol los peces  
Con nuevo tallo y flores reverdeces.

»Mi padre más que á todos te ha querido,  
Y la ciudad de Delfos excelente,  
Que en medio el mundo edificada ha sido,  
No tuvo á causa tuya presidente.  
Y mientras se ha en Eurota detenido  
Y en Sparta sin muro está frecuente,  
De lazos y de redes va cargado,  
De sí, vihuela y flechas olvidado.

»No pone excusa en cometer mil yerros  
Olvidado de sí, de amores ciego;  
Ni de ocuparse á veces con los perros  
Y andarte acompañando sin sosiego  
Por montes trabajosos, duros cerros,  
Con la conversación cebando el fuego;  
Ya el Sol, en medio el cielo puesto, hacía  
Con sus ardientes rayos mediodía.

»Desnudos, con aceite se han untado,  
Y al juego del herrón jugar queriendo,  
Primero el rojo Febo le ha tirado,  
Y las obstantes nubes va hendiendo.  
Cayó desde ha buen rato, y ha mostrado  
La fuerza con el arte así cayendo.  
Hiacinto de arrojarle deseoso  
Tomar quiso el herrón muy presuroso;

»Mas el herrón al punto que ha caído  
Resulta de la tierra, y dió en la cara  
Al bel Hiacinto, y tan descolorido



Como él de verlo, el mismo Dios se para.  
Acude á remediarle, que le vido  
Caer de la herida, y le repara,  
Las hierbas apropiadas aplicando  
Y la sangrienta herida desecando.

»Del golpe fué el remedio en vano, que era  
Mortal, y su peligro claro y cierto;  
Que como la violeta ó dormidera,  
Ó la azucena en regadizo huerto,  
Quebrado el mástil rojo, de manera  
Abaja su semblante lacio y muerto,  
Que no basta á tenerla su flaqueza  
Y hacia la tierra inclina la cabeza;

»Así su rostro moribundo inclina,  
Y á la cerviz su mismo peso es carga,  
La cual, de fuerza pobre, se reclina  
Y sobre el hombro suyo se descarga.  
El rojo Febo dice y se amezquina:  
«¡Oh hado miserable, oh suerte amarga!  
»Acábate, oh Hiacinto, mi herida,  
»En los primeros años de tu vida.

»La herida tuya y el delito mío,  
»Mirándote, estoy viendo por mi suerte.  
»Tú, mi dolor, traición y desvarío,  
»Mi diestra fué ocasión del caso fuerte.  
»De que seré culpado, yo lo fío,  
»Como el autor de tan acerba muerte.  
»Mas yo ¿qué culpa tengo, si no es culpa  
»Jugar contigo, ó amarte no me culpa?

»Y aun ojalá pudiera yo contigo,  
»Ó siquiera por tí perder la vida;  
»Mas pues es imposible lo que digo,

»Por ley del hado eterno establecida,  
 »Mientras viviere yo, serás conmigo,  
 »Y tu memoria en mí jamás perdida.  
 »Serás eternamente conocido  
 »En mi vihuela, verso y su sonido.

»Y vuelto en nueva flor, con la escritura  
 »Imitarás mi pena y agro llanto,  
 »Y no faltará tiempo y coyuntura  
 »Que se verá mudar en otro tanto  
 »Varón de gran valor y gran altura.»  
 Mientras prosigue Apolo el cierto canto  
 La sangre que las hierbas ha teñido  
 En colorada flor se ha convertido.

»Del ser de sangre luego se enajena  
 Y en flor como una grana se ha tornado;  
 Parece en la forma á la azucena,  
 Excepto en el color, que es colorado.  
 No basta á mitigar la brava pena  
 Con que se siente Febo fatigado  
 Aquesto, pues en sus hojas escribe  
 El mismo los gemidos que concibe.

»Él mismo fué el autor de tanta honra,  
 Y hoy en esta flor escrito resta,  
 Mostrando el sentimiento de que se honra  
 Con producir la letra allí funesta.  
 Ni de haber engendrado se deshonra  
 A Hiacinto la Sparta, pues su fiesta  
 Hasta este tiempo dura, con su nombre,  
 Cada año celebrando su renombre.

»Si preguntáis, empero, si quisiera  
 Haber á las Propétidas parido,  
 Amatus, de metales paridera,

Habráos á la pregunta respondido,  
 Que está contenta de ello, en la manera  
 Que de haber engendrado y producido  
 Los Cerastos, con cuernos en la frente (1),  
 De do les vino el nombre á aquella gente.

»Ante las puertas de éstos fabricada  
 Una ara al huésped Júpiter estaba,  
 Con su traición funesta ensangrentada  
 Para engañar al triste que pasaba.  
 Becerro ó mansa oveja degollada  
 Haber sido cualquiera imaginaba,  
 Vista la sangre, y era lo más cierto  
 Haberla derramado el huésped muerto.

»La santa Venus, viéndose ofendida  
 Con estos sacrificios detestables,  
 Estuvo muchas veces conmovida  
 Para dejar los campos agradables  
 De Chipre y sus ciudades; y movida  
 Con causas de sí dignas y admirables,  
 Contra sí misma dice: «El reino mío  
 »¿Qué yerro ha cometido ó desvarío?

»La impía y cruda gente, que con perro  
 »Intento ha tal delito perpetrado,  
 »Merece que con muerte, ó con destierro,  
 »La culpa satisfaga del pecado.  
 »Ó si algún medio hay con que su yerro,  
 »Como es justicia, quede castigado.  
 »¿Y cuál puede éste ser, sino la pena  
 »De verse transformada en forma ajena?»

---

(1) El nombre de Cerastes, procede de una palabra griega que significa Cuerno.



»En tanto que imagina de qué suerte  
Les ha de castigar, ó de qué forma,  
Sus cuernos la avisaron, pues advierte  
Que pueden retener su misma forma.  
Y en trueco de destierro ó de la muerte,  
En ceñudos becerros los transforma;  
Y como merecieron sus pecados  
Han sido de la Diosa castigados.

»Mas la sucias Propátidas osadas,  
Que Venus no ser diosa porfiaron,  
Con ira de ella misma castigadas  
Sus cuerpos las primeras alquilaron.  
Y luego que rameras estimadas  
De verse endurecidos no curaron,  
Mudáronse en muy duros pedernales  
Estándose ya ellas casi tales.

»Las cuales, porque vió pasar la vida  
Pigmaleon tan viciosa y malamente,  
Cansado de los vicios do se anida  
Cualquier mujer que siga lo que siente;  
Tenía, tal compañía aborrecida,  
Por no sufrir enfados de tal gente,  
Y estaba en conclusión determinado  
Vivir soltero siempre y no casado.

»En tanto de un marfil de gran blancura,  
Con arte felicísima y destreza,  
Esculpe de mujer una figura  
Que no podrá nacer con tal belleza.  
Y visto tal semblante y hermosura,  
A enamorarse de su obra empieza;  
La cara es de una virgen verdadera  
Y pareciera viva á quien la viera.

»Parecía en el semblante que vivía,  
Tan admirablemente estaba hecha,  
Y que vergüenza sola la impedía  
Moverse, quien la vía tenía sospecha.  
El pecho de Pigmalio se encendía  
Por el estatua, y la dorada flecha,  
Al tiempo que su cuerpo contemplaba,  
El corazón ya tierno le pasaba.

»Estábala mil veces contemplando,  
Y si era dama ó si marfil dudaba,  
Y que fuese marfil no confesando,  
Como si fuera viva la besaba.  
Y que le bese ella está pensando;  
Teníala y con terneza la hablaba,  
Y apretando sus miembros, que eran tales,  
Temía no la hiciese cardenales.

»Y á veces blandamente la decía  
Requiebros regalados, mil amores,  
Y con preciosas piedras la servía,  
Con pájaros pintados y con flores;  
De las cuales formaba y componía  
Ramilletes, y pellas de colores  
Diversos, de azucenas y otras rosas,  
En hermosura varias y olorosas.

»Sus miembros adornó con vestidura  
Riquísima, y sus dedos con anillos;  
Con ámbar la regala, y su hermosura  
Y pecho adornan ricos cabestrillos.  
De oro, de cristal, de plata pura.  
Con joyeles al cuello, y con zarcillos  
De perlas, cada cual lisa y preciosa,  
Y parece con todo muy hermosa.

»Ni parecía desnuda menos bella,  
Y en olorosa cama colocada,  
Alaba su ventura y buena estrella,  
Contento con tan linda enamorada,  
Como si lo sintiera ó viera ella,  
Su blanco cuello pone en almohada;  
El día en toda Chipre festejado  
Había de su diosa ya llegado.

»Con mansos cuernos de oro enriquecidos  
Las becerras blanquísimas estaban  
Ya muertas, y de inciensos derretidos  
Los venéreos altares humeaban,  
Cuando él llegó, y sus dones ofrecidos,  
Ante el altar á do sacrificaban  
Estuvo, y temeroso á lo que creo  
Mostró (diciendo á Venus) su deseo:

«Si los Dioses tenéis tan largo mando  
»Que hacer merced podéis de cualquier cosa,  
»Mi mujer quiero sea (no osando  
»Decir la estatua de marfil hermosa  
»Pigmalión) de semblante dulce y blando,  
»Semejante á mi imagen.» Mas la Diosa,  
Como quien á su fiesta está presente,  
La intención de quien ruega muy bien siente.

»La llama procedió del sacro fuego  
Tres veces inflamando el aire claro,  
Agüero favorable al manso ruego,  
Señal divina de favor y amparo.  
A ver se torna desde el templo luego  
Aquel retrato de su dama raro,  
Y echándose en la cama incontinente,  
Besóla, y parecióle estar caliente.



»Otra vez la besó regocijado  
Tentando con la mano el blanco pecho;  
Ablandarse el marfil sintió tentado,  
Y dar lugar al dedo y tacto estrecho.  
Y cual la cera al sol habiendo estado  
Se ablanda, y el pulgar ha de ella hecho  
Al gusto suyo, tal la piedra estaba  
Al parecer de aquel que la tocaba.

»Mientras se está espantando del extraño  
Y caso más que raro y milagroso,  
Y del presente gozo ó del engaño  
Está continuamente sospechoso,  
La mano le sirvió de desengaño;  
Que tornando á tocar el amoroso  
Marfil, halló ser cuerpo en un momento  
Y en sus arterias vivas movimiento.

»Entonces alababa á boca llena  
Pigmalión á Ciprina soberana,  
Besando á su señora, ya no ajena  
De vida como de antes, bien de gana.  
Sintió besarse, y de vergüenza y pena  
La virgen separó como manzana,  
Los temerosos ojos y semblante  
Alzando, el cielo ha visto y caro amante.

»Favoreció la Diosa á los casados  
A quien la misma Venus ha juntado,  
Y siendo nueve meses ya pasados  
A Pafos paré, que á la isla ha dado  
Renombre, y á Cíniras, que los hados  
Hicieran en ventura señalado,  
Y entre los más dichosos mereciera  
Lugar, si de una hija careciera.

»Un caso contaré que pondrá espanto,  
Las hijas y los padres alto fuera;  
Mas si gustáis por dicha de mi canto  
No creáis que pasó de esta manera.  
Ó si creéis que en cierta historia canto,  
Creed también la pena lastimera,  
Si consiente Natura que se crea  
En reino tan extraño es bien que sea.

»Feliz la gente que nació y se encierra  
En este nuestro reino venturoso,  
Pues por distancia tal de sí destierra  
La que engendró pecado tan monstruoso.  
Préciese de su amomo aquella tierra,  
Del costo y cinamomo tan precioso,  
Incienso y flores críe en sí Pachea  
Con tal que también Myrrha suya sea,

»El árbol nuevo tanto no ha valido,  
Cuanto la infamia y el insulto extraño;  
Oh Myrrha, el mismo ciego dios Cupido  
Afirmó no fué causa de tu daño.  
Su fuego y su saeta ha defendido  
De tal delito, y creó tal engaño;  
En tí inspiró con víboras bestiales  
Alguna de las Furias infernales.

»Aborrecer al padre es muy mal hecho,  
Mas muy peor amarle de esa suerte;  
Mil mozos traspasado el blando pecho  
Venían de todo Oriente á pretenderte.  
Cualquiera de tus prendas satisfecho  
Y todos deseosos de obtenerte,  
De todos toma uno por marido  
Con tal que un solo sea el excluido.

»Verdad es que resiste al amor feo  
De que se siente Myrrha atormentada,  
Y entre sí dice: «Yo ¿qué devaneo?  
»¿Qué quiero comenzar, desventurada?  
»Prohibid mi traición, mi mal deseo,  
»Sagrados dioses y deidad sagrada,  
»Que defendéis el paternal derecho,  
»Sí es lo que quiero hacer algún mal hecho.

»Mas la piedad no tiene por pecado  
»La Venus que á mí tanto me recrea,  
»Pues otros animales se han juntado  
»Cualquiera con cualquiera que desea.  
»Ninguno la becerra habrá culpado  
»Por admitir á quien su padre sea;  
»Mujer su hija del caballo ha sido,  
»Y es de sus hijas el cabrón marido.

»Ni menos que esto entre las aves hallo,  
»Pues á las que engendró con su simiente  
»Empreña con la misma el franco gallo.  
»¡Dichosos á quien esto se consiente!  
»Las leyes que pudieron estorballo  
»Halló la maliciosa humana gente,  
»Y de lo que Natura no deniega  
»El invido derecho derreniega.

»Con todo eso dicen, que hay adonde  
»Se casan madre é hijo, é hija y padre,  
»Y con doblada fuerza amor responde  
»Amando padre á hija, y hijo á madre.  
»¡Cuitada yo, pues no me corresponde  
»Fortuna con lugar que á mí me cuadre!  
»¡Oh cuán de veras venturosa fuera  
»Si donde se usa esto yo naciera!



»¿Qué pienso? ¿qué imagino? ¿qué maraña  
»Es ésta? Fuera, fuera torpe intento;  
»Mi padre es digno que con fuerza extraña  
»Le ame como á padre, y yo consiento.  
»Del gran Ciniras hija ser me daña,  
»Que á no lo ser, tuviera más contento  
»Y pudiera gozarle á mi albedrío;  
»Agora porque es mío, ya no es mío.

»Por ser tan suya dejaré de serlo,  
»Que la proximidad me es muy dañosa,  
»Y por ventura para merecerlo  
»Siendo extranjera fuera poderosa.  
»De aquí pretendo irme, y pretenderlo,  
»Si no está la traición en otra cosa,  
»Mas el ardor y la amorosa vira  
»No me deja ausentar de mi Cinira.

»El cupidíneo fuego me detiene  
»Haciéndome gozar de su presencia;  
»Besarle y abrazarle bien me viene,  
»Si no se me concede más licencia.  
»¿Qué más licencia quieres? No conviene,  
»Malvada virgen, uses de imprudencia;  
»Bien sientes (como en ésta no te fundes)  
»Los nombres y derechos que confundes.

»¿Podrás tú ser combleza de tu madre?  
»¿De tu hijo hermana? ¿Madre de tu hermano?  
»¿Adúltera y amiga de tu padre?  
»¿Y no temer las Furias de inhumano  
»Semblante, ni esperar que bien te cuadre  
»Su castigar terrible, pues es llano  
»Los malos corazones sin prudencia  
»Con los ojos las ven de la conciencia?

»Mas pues que con el cuerpo no has errado,  
 »No concibas tal yerro en tu albedrío  
 »Con ese ayuntamiento á tí vedado;  
 »No ensucies de natura el poderío.  
 »Y si lo quieres, quieres lo excusado,  
 »Siendo como es tu padre sabio y pio.  
 »Pluguiera á Dios que como yo se viera,  
 »Y al mío su furor se pareciera.»

»Acabó de decir. Pero Cinira  
 (A quien hace dudar tanta abundancia  
 De mozos que la piden) lo remira,  
 Y trata con la hija con instancia  
 Cuál quiere por marido. No respira  
 Ella al principio; sólo en la elegancia  
 Del padre intenta en bravo fuego ardía,  
 Y de los ojos lágrimas vertía.

»Que el llanto de la hija procediese  
 De virginal temor él sospechando;  
 Decíala que aquel lloro reprimiese;  
 Besábala, sus lágrimas secando.  
 Myrrha se huelga mucho, y que dijese  
 Cualquiera por marido preguntando  
 El padre, ella responde en el instante,  
 Y dice: «A tí le quiero semejante.»

»La voz alabó el rey, que no ha entendido,  
 Y dijo: «Siempre seas tan piadosa.»  
 El nombre de piedad habiendo oído,  
 Bajó su rostro viéndose alevosa.  
 La noche el medio espacio había corrido,  
 Y descuidado cada cual reposa;  
 La Cinireya virgen sólo vela,  
 Que el fuego incomportable la desvela.

»No duerme, dando traza á su contento  
Y furibundo intento, de manera  
Que cien veces gozarle espera, y ciento  
En este mismo punto desespera.  
Determinada en fin de dar un tiento,  
Vergüenza tiene que tal cosa quiera;  
Muriendo la cuitada deseando,  
No sabe qué hacerse, ó cómo, ó cuándo.

»Y cual le ha á la viga acaecido  
Que quiere derrocarla el carpintero,  
Con golpes de hacha habiéndola herido,  
Y no faltando ya sino el postrero,  
Que su caer de todos es temido,  
Íncierto siendo el fin y paradero;  
Su ánimo herido de aquel arte  
Parece está cayendo á toda parte.

»A toda parte asesta, mas de suerte  
Que no se satisface de ninguna,  
Y agora á esta, agora se convierte  
A aquella, de descanso bien ayuna.  
Ni le piensa hallar sino en la muerte;  
La muerte á su remedio es oportuna.  
Al punto con designio se levanta  
De se apretar un lazo á la garganta.

»Echó la sogá á una sobrepuerta,  
Y dijo: «Adiós, Cinira muy amado;  
«La causa entiende porque yo soy muerta.»  
Y el amarillo cuello había ya atado;  
A su murmurio dicen que despierta  
El ama que á la triste había criado  
Y á la misma servía de portera,  
Y se levanta y parte á ver lo que era.



»Abrió la puerta, y visto el instrumento  
De la inmadura muerte, se fatiga,  
Llorando y remesándose sin tiento,  
A sí misma mostrándose enemiga.  
Quitóla el lazo, y díjola al momento  
Que de tan gran error la causa diga.  
La virgen no responde más que muda,  
Y los ojos del suelo nunca muda.

»A un lugar continuo está mirando,  
Sin responder á su portera nada,  
Entre sí misma dolorosa estando  
Porque su tarda muerte fué estorbada.  
La vieja la suplica, porfiando,  
Por la cabeza cana destocada  
Y pechos arrugados, que la diga  
La causa de su pena y su fatiga.

»De mano dando ella á quien la ruega,  
Gimiendo y suspirando se desvía,  
Y mientras más la una se lo niega,  
En preguntar la otra más porfia,  
Y á prometer lealtad no sólo llega,  
Mas aún favor y ayuda; y la decía:  
«Descúbreme la pena de tu pecho,  
»Que mi vejez será no sin provecho.

»Agora el mal te venga de locura,  
»Ó alguno te haya dado bebedizo,  
»Con hierbas causaré tu cierta cura  
»Y con encantos libraré de hechizo.  
»Y si de Dios es ira, está segura  
»Será aplacado el mismo que lo hizo;  
»¿Qué tengo más que ver, pues tu fortuna  
»Y casa está en el cuerno de la Luna?

»¿Qué puedo sospechar, si prosperados  
 »Y ricos de salud y de contento  
 »Están tu madre y padre, y tus criados?»  
 Oído el padre, Myrha dió al momento  
 Con ansia mil suspiros inflamados;  
 El ama, bien que tuvo sentimiento  
 De algún amor, mas ella no creía  
 Que tan nefando fuego la encendía.

»Con este presupuesto no se enoje  
 La pide, y la razón de tales llamas,  
 Y en su regazo viejo la recoge,  
 Y abrázala, diciendo: «Bien sé que amas.  
 »Y para que la pena se te afloje,  
 »Sabe que sé muy bien de tales tramas.  
 »Descuida, serviréte con tal cuenta,  
 »Que de tu amor jamás tu padre sienta.»

»Apenas esto oído, como loca  
 Se levantó de donde estaba echada,  
 Arrójase en la cama, y con la boca  
 Tomó, como rabiosa, el almohada;  
 Y dijo: «Mi negocio no te toca;  
 »Vete con Dios, ó no preguntes nada,  
 »Porque lo que saber de mi deseas,  
 »Verás que es gran traición cuando lo veas.»

»De miedo y de la edad está temblando;  
 Las manos puestas, la cuitada vieja,  
 Ante sus pies postrada, suplicando  
 La descubra su llaga la aconseja.  
 Que el lazo ha de mostrar, amenazando  
 A veces, y otras mansa como oveja,  
 Prométela favor en los amores,  
 Si la confiesa todos sus dolores.

»Levanta de la cama la cabeza,  
Regando con su llanto el viejo pecho;  
Mil veces á contar su mal empieza,  
Mas de vergüenza todas sin provecho.  
Cubrióse con la ropa buena pieza,  
Y comenzó á decir á su despecho:  
«¡Dichosa madre con tan buen marido!»  
Y sin proseguir más, lanzó un gemido.

»Los huesos de la vieja se han helado,  
Porque sintió el negocio, y el cabello  
Más blanco que la nieve se ha erizado,  
Y procuró tentar sacarla de ello.  
La virgen sus razones ha alabado,  
Mas quiere con morir echar el sello,  
Y dar fin á la vida y al tormento  
En caso que no goce su contento.

«Vive (replica el ama), que sin duda  
»Te gozarás con tu (decir no osando)  
»Padre»; y la prometió favor y ayuda,  
Para un ayuntamiento tan nefando.  
Y de jurar que así lo hará no duda.  
Pasaba esto en aquel tiempo cuando  
De espigas canas ofrecían coronas  
A Ceres, celebrando las matronas.

»Las fiestas anuales celebraban  
De Ceres, adornadas de blancura,  
Y las primicias de sus mieses daban;  
Y para que la ofrenda fuese pura,  
A Venus nueve noches recusaban  
De su marido, cada cual segura.  
La Reina dando ejemplo se hallaba  
Entre la turba que sacrificaba.



»Pues viendo el aparejo conveniente,  
Cuando Cinira está sin compañera,  
La vieja (para males diligente)  
Entró á su cama, hallóle de manera  
Que había brindado más de lo decente,  
Y declaró la llama verdadera  
De una doncella que por él moría;  
Su gran beldad alaba y gallardía.

»El nombre falso y verdadero fuego  
Descubre; engrandeciendo su belleza,  
Pedida de los años, dice luego  
Cual Myrrha es en edad y gentileza.  
Mandósela traer; por dar sosiego  
A la cuitada, parte con presteza,  
Y entró diciendo: «Oh, hija, yo te pido  
»Albricias, pues habemos ya vencido.»

»La virgen desdichada no sentía  
(De su conciencia misma estimulada)  
Tan por entero gozo y alegría,  
Aunque se muestra estar regocijada.  
Y en el entendimiento padecía  
De mil contrarios guerra bien trabada,  
Manifestando agora sentimiento  
De gusto y de tristeza en el momento.

»El tiempo del silencio común era,  
Y ya el timón Bootes vuelto había  
Del carro, entre los bueyes, de manera  
Que el medio curso suyo se cumplía.  
Cuando su hazaña fea y lastimera  
Ejecutar queriendo, se venía;  
Huyó la luna, el cielo se ha nublado,  
La noche sus mil ojos ha cerrado.

»Ícaro, tú el primero te escondiste,  
Y Erigone tu hija, consagrada  
Por el amor paterno, en quien consiste  
Verse en el claro cielo colocada.  
Estropezó tres veces, ni desiste  
Por eso de la empresa comenzada,  
Ni porque el triste buho con su canto  
Otras tres veces la agoró otro tanto.

»Prosigue su camino, mal segura,  
Del infelice agüero no vencida,  
Por la tiniebla espesa y noche oscura  
Llevando su vergüenza defendida.  
Con la siniestra mano asir procura  
La diestra de su ama, y yendo asida,  
A ciegas atentando se aprovecha,  
Como de explorador de la derecha.

»Al umbral de la cámara ya llega,  
Ya abren, ya la entran, mas temblando,  
Las piernas se la cortan, no sosiega,  
La sangre y el color la van faltando.  
Su compañía el ánimo la niega,  
Y cuanto más al mal se va acercando,  
Más teme, y aun trocara la venida  
Por se volver, no siendo conocida.

»Quisiérase tornar, si ya pudiera,  
Según en aquel punto la pesaba;  
Metiöla de la mano la hechicera  
A la cuitada que pereceaba,  
Y á Cinira habló de esta manera,  
Al tiempo que en la cama se la daba:  
«Cinira, tuya es ésta, y se ha salido  
Cumpliendo con los dos lo prometido.»

»Recibe el padre en la perversa cama  
A sus entrañas mismas, procurando  
El virginal temor de su hija y dama  
Quitar, y porque al crimen detestando,  
No falte nombre «hija mía» la llama  
Por causa de la edad, y replicando  
También quizá ella «padre» le diría,  
Usando de la misma cortesía.

»Preñada de su padre, y de simiente  
Maldita, se partió la vez primera;  
Rehízose la chaza en la siguiente  
Noche, ni fué tampoco la postrera,  
Ciniras deseaba extrañamente  
La que le amaba tanto ver quién era;  
Trajeron luz, y al punto ha conocido  
Su hija, y la maldad que ha cometido.

»Del gran dolor su boca fué tapada;  
Vengar tan gran pecado pretendiendo,  
Desenvainó la rutilante espada,  
Mas la medrosa Myrrha va huyendo.  
Por la tiniebla espesa fué escapada,  
La noche obscura su castigo horrendo  
Estorba, y favorécela de suerte  
Que la libró de manos de la muerte.

»Los Arabas palmíferos rodea,  
Y por los anchos campos va errando,  
Dejada atrás la tierra de Panchea,  
Por nueve enteros meses no parando.  
Y finalmente, en la región Sabea  
Del trabajoso curso descansando,  
Pudiendo apenas en la huída larga,  
Del vientre suyo sustentar la carga.



»Entonces, sin saber lo que quería,  
Del miedo de la muerte rodeada  
Y la enfadosa vida que vivía,  
Tal ruego ha comenzado la cuitada:  
«Oh dioses, si alguno hay que no desvía  
»La oreja de la gente confesada,  
»Confieso mi delito y de él me acuso,  
»Ni el pago que merezco yo rehusó.

»Mas porque viva acaso no inficne  
»Los vivos, y á los muertos siendo muerta,  
»A la muerte haced que me perdone,  
»Y de esta vida me cerrad la puerta.»  
No falta dios que oiga y se aficione  
A los contritos; su demanda cierta  
La sale, pues sus Dioses la han oído,  
Y se cumplió como ella lo ha pedido.

»La tierra sobrevino, no acabado  
El ruego, y se cubrieron al momento  
Sus pies, y por las uñas han brotado  
Raíces, de su tronco firmamento.  
La sangre en zumo, y brazos se han mudado  
En ramos de más tono y crecimiento,  
Los dedos en menores de grandeza,  
El cuero se convierte en la corteza.

»Ya el árbol la barriga había ceñido;  
Cubierto el pecho, el cuello ya cubría;  
Mas tal tardanza habiendo mal sufrido,  
Encontrando al madero que venía,  
Esconde el gesto, habiéndose encogido  
En la corteza nueva que tenía;  
La cual, aunque el sentido y el semblante  
Perdió, continuo llora como de ante.

»Perdido el ser con el semblante antigo,  
El lloro que solía ha reservado,  
Resudando un licor que es buen testigo  
De la ansia y la congoja del pecado.  
Sus lágrimas, efecto del castigo  
Que se han por ella misma destilado,  
Conservarán en toda edad su fama,  
Honradas con el nombre de su ama.

»Mas el que ayuntamiento tan malino  
Había engendrado, en bajo el leño crece;  
Buscaba por salir algún camino,  
Dejada allí la madre que padece.  
En tanto crecimiento el vientre vino,  
Que en medio de su árbol se parece;  
Y la carga á su madre misma extiende,  
Sin se poder quejar de quien la ofende.

»Lucina no podía ser llamada  
Con la voz de la triste que paría,  
Y parecía pujar, y recorvada  
Gemir á mucha priesa parecía.  
Sus lágrimas la tienen rociada;  
Llegado ya la mansa diosa había,  
Las palabras del parto con su boca  
Ha dicho, y con su mano al árbol toca.

»El árbol y corteza se han hendido;  
El niño nace vivo y llora presto;  
Del lloro de su madre le han ungido  
Las Náyades, en blandas hojas puesto.  
La envidia aun alabara el escogido,  
El extremado, el más que hermoso gesto.  
Cual desnudos Cupidos, tal él era,  
Si aljaba (cual los pintan) él tuviera.

»Pintadlos sin aljaba, ó al tenella,  
Porque en el traje no haya diferencia,  
Y hallaréis su figura ser tan bella,  
Tal su semblante, tanta su excelencia.  
Vase la edad, sin advertir en ella;  
Al tiempo no hay quien haga resistencia;  
No hay cosa tan veloz en este suelo,  
Que los años no pasen con su abuelo.

»El hijo de su abuelo y de su hermana,  
Que agora estaba en bajo la corteza,  
Ya es niño de una cara soberana,  
Ya mozo de extremada gentileza  
Y ya varón en quien es cosa llana,  
Cuanto más va, más crece la belleza;  
Ya en Venus, que le adora, venga el fuego  
Que dió á su madre tal desasosiego.

»Porque mientras Amor con beso estrecho  
A su madre hermosísima besaba,  
Bien que sin él querer, al fin fué hecho  
Que una mal puesta flecha en el aljaba  
Hirió á la Diosa en medio el blando pecho.  
Viéndose tal, al hijo rempujaba;  
La herida fué mayor que parecía,  
Y á la misma engañó que la tenía.

»De la hermosura del varón prendada,  
No frecuenta la Diosa la ribera  
De Pafos, del profundo mar cercada,  
Ni la piscosa Guido, ni Citera.  
Ni cura ya de Amathus celebrada  
Con su metal, y pasa de manera  
Que no quiere gozar del claro cielo  
Por verse con Adonis en el suelo.



»A éste ama, de éste no se parte,  
 Con él en frescas sombras se holgaba,  
 Y su divina forma con el arte  
 Y traje pulidísimo aumentaba.  
 Por cuevas, y por llano, y cualquier parte  
 Tras él en aquel traje siempre andaba  
 Que la diosa Dánae, y por los cerros  
 Echaba liebres y azomaba perros.

»Los mansos animales perseguía,  
 Cuales son, ciervos, gamos y otras suertes;  
 Tras los hambrientos lobos no corría,  
 Ni tras los jabalíes bravos, fuertes.  
 Temía los osos, y también temía  
 A los leones, hartos de dar muertes;  
 Y persuadir lo mismo á tí quisiera,  
 Adonis, grandemente si pudiera.

»Diciéndote: «Mi Adonis, tú procura  
 »Seguir con tu valor y buen denuedo,  
 »Por campo raso ó lleno de espesura,  
 »A las bestias que huyendo van de miedo.  
 »La briosos osadía no es segura  
 »Contra las fieras, ni sufrir yo puedo  
 »Que seas atrevido con mi daño,  
 »Acometiendo algún peligro extraño.

»Con animales bravos cuesta caro  
 »Querer mostrar los mozos valentía,  
 »Y rehusar peligro que es tan claro  
 »Es discreción, no miedo ó cobardía.  
 »Porque esa edad, con ese rostro raro  
 »Que á Venus ha movido, no podría  
 »Mover los ojos y ánimos furiosos  
 »De puercos, de leones, tigres, osos.

»Los fuertes jabalíes y valientes  
 »De furibundo rayo están armados  
 »En los colmillos y recurvos dientes;  
 »Con ímpetu y con ira denodados,  
 »Las bestias acometen y las gentes  
 »Los leones, de mí muy desamados.»  
 La causa de aquel odio la pregunta;  
 Diciendo así, responde á la pregunta:

«Diréte la razón, y el admirable  
 »Monstruo que de una culpa fué castigo  
 »Proporcional, condigno y razonable.  
 »Mas de seguir tus pasos, como sigo,  
 »Estoy cansada; y pues con deleitable  
 »Sombra para poder estar contigo  
 »Este álamo convida, en este prado  
 »Te sienta, que se ofrece por estrado.»

»Sobre la hierba verde, y quien más quiere,  
 Se sienta, y en su seno recostada,  
 Hablando con su Adonis, por quien muere.  
 A veces es la plática cortada  
 Con besos, que entre col y col ingiere,  
 Y más de una razón enamorada.  
 «Una doncella (dijo) habrás oído,  
 »Acaso, ligerísima haber sido.

»No fué ficción aquella ligereza  
 »Con que, por dicha, oíste que vencia  
 »Varones; que la dió Naturaleza  
 »En el correr extraña lozanía;  
 »Y que en aquesta gracia ó en belleza  
 »Se aventajase más, no se sabía;  
 »Y consultando á Dios sobre el marido,  
 »El sacro Febo así la ha respondido:

»— No trates de marido, hermosa Atlanta;  
 »A casamiento sé continuo esquivá;  
 »Mas no podrás huir con fuerza tanta,  
 »Que no carezcas de tí misma viva.—  
 »La suerte y la respuesta así lá espanta,  
 »Que hacen que en el monte úmbroso viva,  
 »Los mozos que la piden ahuyentando,  
 »Con un partido crudo detestando,

»Diciendo:— De gozarme se despida  
 »Quien en correr no fuere aventajado,  
 »De suerte que yo quede de él vencida;  
 »Venciéndome, será mi desposado;  
 »Y si le venzo, perderá la vida.  
 »Ni espere nadie verse perdonado.—  
 »No perdonaba á hombre, que era dura;  
 »Mas tal era el poder de su hermosura,

»Tal era de su forma el poderío,  
 »Que á condición tan áspera y partido,  
 »Guiados del amor y desvarío,  
 »La turba de mancebos ha acudido.  
 »Hippómenes el crudo desafío  
 »Estaba á ver, del cual el fin sabido,  
 »Había dicho:— ¿Y hombre hay que pretenda  
 »Mujer con tal peligro y tal contienda?—

»Los mozos y su amar demasiado,  
 »El loco y temerario atrevimiento  
 »Había juntamente condenado,  
 »Llamándolos orates y sin tiento.  
 »Mas visto el cuerpo suyo despojado,  
 »Y el rostro de tan gran merecimiento  
 »Cual éste ó ése, á ser tú transformado  
 »En hembra, se quedó como pasmado,



»Y con las manos altas dijo:— Pido  
»Perdón, señores míos, del pecado  
»Contra vosotros mismos cometido,  
»A quien tan sin razón he yo culpado;  
»No había vuestro premio conocido. —  
»Y mientras en alabarla está ocupado,  
»En amoroso fuego se abrasaba,  
»Y que la venza nadie deseaba.

»Estaba de la envidia temeroso,  
»Diciendo:— ¿Yo por qué no habré tentado  
»La suerte de este trance riguroso,  
»Pues favorece Dios al que es osado? —  
»En esto, con su paso presuroso,  
»La virgen hermosísima ha volado;  
»Y aunque él la ve pasar como saeta,  
»Le admira más su forma tan perfeta.

»Muy mucho más le espanta su belleza  
»Que el rápido correr que la aumentaba.  
»Movido con tan presta ligereza,  
»Cada talar del aire resonaba.  
»El oro natural de su cabeza  
»En las espaldas bellas ondeaba;  
»Menéanse también las ligagambas  
»Con que se adornan sus rodillas ambas.

»Y de color de rosa se ha encendido  
»Aquella hermosa y virginal blancura,  
»Cual á pared blanquísima ha venido  
»De algún velo ó cendal de grana pura.  
»Mientras lo está notando embebecido  
»El huésped, ha llegado á la postura  
»Atlanta, y en señal de la victoria  
»Se cubre con corona de su gloria.

» Los que ha vencido gimen, y el castigo  
 » Padecen de su loco atrevimiento;  
 » Mas ver morir los tristes que te digo,  
 » Ni le espantó, ni le causó escarmiento.  
 » Y no pudiendo más hacer consigo,  
 » Constante sale en su primer intento.  
 » Y en su señora todo transportado,  
 » A hablar de aquesta suerte ha comenzado:

» — ¿ Por qué pretendes título y renombre  
 » De poca estima, fácil, cual se gana  
 » Venciendo á gente floja, cuyo nombre  
 » Es vil y de bajeza clara y llana?  
 » Conmigo corre, y sabe que soy hombre  
 » De sangre y de virtud tan soberana,  
 » Que si te venzo en esta competencia,  
 » Llevarás ser vencida con paciencia.

» No te dará disgusto el caso tuyo,  
 » Si Fortuna me diere la victoria:  
 » Mi padre es Megareo, Onchesto suyo,  
 » Y el Dios del mar su abuelo, lustre y gloria  
 » De mi linaje; de do claro arguyo  
 » Ser mi progenitura bien notoria;  
 » Ilustre es mi principio te prometo,  
 » Pues del Rey de las aguas soy biznieto.

» Ni mi virtud sin duda es menos fuerte  
 » Que la del tronco mío esclarecido;  
 » Y si me sucediere de otra suerte,  
 » Que quedes vencedora y yo vencido,  
 » Renombre memorable con la muerte  
 » De Hippómenes tendrás bien merecido. —  
 » Así decía, y con semblante blando  
 » Scheneya le estaba contemplando.

»Estábale mirando conmovida  
 »Del gran valor que en él notado había,  
 »Dudosa si vencerle, ó ser vencida,  
 »Tendría por mejor, y así decía:  
 »— ¿Cuál dios, de los hermosos homicida,  
 »A éste es enemigo, pues le envía,  
 »Con pérdida de vida y de contento,  
 »A pretender tan duro casamiento?

»No valgo tanto yo, ni me conmueve  
 »Su rara perfección, aunque pudiera;  
 »Sino que aún es muchacho, y no me mueve  
 »Él, no, sino su edad, que es primavera.  
 »¿Pues qué? ¿que menosprecia como debe  
 »La muerte? ¿que es su origen verdadera  
 »Neptuno? ¿que me quiere de tal suerte,  
 »Que á no obtenerme quiere más la muerte?

»Oh huésped, huye el áspera fortuna  
 »De mi costoso y crudo casamiento.  
 »Pues tienes ocasión aún oportuna  
 »Para buscar mujer á tu contento.  
 »La que quisieres pide, que ninguna  
 »Dirá que no, pues cierto, á lo que siento,  
 »Te puede desear la más discreta.  
 »Mas tal cuidado á mí ¿por qué me aprieta?

»Habiendo muerto á tantos, ¿de dó nace  
 »Que de éste sólo tenga yo cuidado?  
 »Que muera es lo mejor, pues no le hace  
 »La muerte de los otros avisado.  
 »Y pues que con morir se satisface,  
 »Quizá de su vivir está enfadado.  
 »Luego hele de matar como á enemigo,  
 »¿Por qué su vida quiso hacer conmigo?



»¿En pago de su amor daréle muerte?  
 »¿No sufrirá la envidia mi victoria?  
 »Mas no es mi culpa. Yo deseo verte  
 »Huir la pretensión de aquesta gloria.  
 »Y ya que tu locura es de tal suerte,  
 »Querría que me hicieses muy notoria  
 »Ventaja en el correr. ¡Oh qué semblante  
 »Divino, cuán á virgen semejante!

»Oh miserable Hippómenes, quisiera  
 »Que no me hubieras visto, siendo digno  
 »De larga edad, y más dichosa fuera  
 »Si el hado no me fuera tan maligno  
 »Que el casamiento mío prohibiera,  
 »Pues eras uno solo, nada indigno  
 »De haberme por mujer, que yo escogido  
 »Te hubiera ciertamente por marido.

»Contigo me holgara ser casada,  
 »Y fuera mi deseo satisfecho.—  
 »Esto había dicho, y como está tocada  
 »De la afición primera en rudo pecho,  
 »Está sin saber cómo enamorada.  
 »El golpe siente, ignora quién le ha hecho,  
 »No sabe lo que hace, y en fin, ama,  
 »Sin entender de amor ni de su llama.

»Ya el pueblo y padre suyo está esperando  
 »En el lugar que suelen oportuno  
 »El bravo desafío y curso, cuando  
 »Hippómenes, biznieto de Neptuno,  
 »Me está congojadísimo invocando,  
 »Diciendo con rogar muy importuno:  
 »—Al fuego que me ha dado y me conquista,  
 »Plegue á la Venus que ella misma asista.—

»El aire no envidioso me ha traído  
»La nueva del humilde y blando ruego;  
»Confieso que al momento me he movido,  
»Y habiendo poco tiempo, parto luego  
»A un campo, Damasceno es su apellido,  
»Y de mi reino Chipre y mi sosiego  
»Es parte, y la mejor, y fué anejado  
»Al santo templo mío consagrado.

»Mucho ha que los antiguos lo dejaron  
»Al templo do servicio se me ofrece,  
»Y con la renta suya le dotaron.  
»En medio el cual un árbol se parece,  
»Que para mi regalo consagraron.  
»El tronco, rama y hojas resplandece;  
»Es de oro, y de oro el fruto producido.  
»Pasando, tres manzanas he cogido.

»Llegué en un punto, nadie vió mi gesto,  
»Hippómenes sacando, al cual me llego.  
»Dados los pomos, advertile presto  
»El uso de ellos; hacen señal luego  
»Con las trompetas; cada cual del puesto  
»(Rendidos á mi hijo fiero y ciego)  
»Se parte, y su presteza fué tan buena,  
»Que el pie tocaba apenas el arena.

»Cualquiera de los dos tan recio parte,  
»Con tanta ligereza, que dijeras  
»Que por el mar corrieran de aquel arte  
»Sin se mojar sus plantas tan ligeras,  
»Y sin quebrar arista en una parte,  
»Por las espigas canas concedieras  
»Poder correr. Las voces animaban  
»Al mozo, de las gentes que miraban.

»Tomaba brío Hippómenes, que oía  
 »La circunstante gente que le esfuerza,  
 »Y á voces cada uno le decía:  
 »—Agora es bien usar de maña y fuerza.  
 »Apriesa y vencerás.—No se entendía  
 »(Según mi hijo á entrambos á dos fuerza)  
 »Quién (dicha tal razón) gustó más de ella,  
 »El Megareo varón ó la doncella.

»¡Oh cuántas veces ella (que podía  
 »Dejarle atrás) adrede le esperaba,  
 »Y su ligero curso detenía,  
 »Y de verse delante la pesaba!  
 »Ya se cansaba el mozo, bien se vía,  
 »Que el alentar apriesa lo mostraba.  
 »La raya estaba lejos, y turbado,  
 »De las manzanas de oro una ha tirado.

»Quedó la virgen fuera de sentido  
 »Mirando la manzana refulgente,  
 »Para tomar la cual se ha detenido.  
 »Tomóla; mas Hippómenes, que siente  
 »Favor, pasó adelante; gran ruido,  
 »De verlo, se ha seguido de la gente;  
 »Mas ella va tras él, y ya le alcanza,  
 »Y pasa, corrigiendo su tardanza.

»Ya pasa, al leve vuelo semejante,  
 »Dejando atrás al mozo enamorado;  
 »Y aunque con otro pomo rutilante  
 »Segunda vez Atlanta se ha tardado,  
 »Tornó á alcanzarle, y pásale delante.  
 »No había de la carrera ya restado  
 »Sino la final parte, y dijo:—Agora  
 »Imploro tu favor, diosa y señora



»Agora, sacra madre de Cupido,  
»Asiste con tu ayuda soberana.—  
»Con humildad aquesto referido,  
»Y cuanta fuerza pudo, la manzana  
»Que de oro le restaba, en el florido  
»Campo arrojó; la moza muy ufana  
»Me pareció dudar si volvería  
»Por ella; constreñila en tal porfia.

»No sólo la tomó, de mí forzada,  
»Mas aun para impedir su movimiento,  
»A la manzana hice más pesada,  
»Y á ella con el peso impedimento.  
»Y porque yo no sea reputada  
»Más tarda que su curso, en el momento  
»La moza quedó atrás, y fué entregado  
»Al vencedor el premio deseado.

»¿Qué te parece, dí? ¿Digna no era  
»De agradecerse y darse honor inmenso  
»A tal merced, y que se me ofreciera  
»De todo corazón el sacro incienso,  
»Adonis? Pues no fué de esa manera,  
»Que ni se le ha acordado, á lo que pienso.  
»Y viendo ser su olvido claro y cierto,  
»A ira y á venganza me convierto.

»Del menosprecio tuve descontento,  
»Teniendo á cada cual por enemigo,  
»Proveyendo de aviso y escarmiento  
»A la restante gente, en su castigo.  
»Y para conseguir mi mismo intento,  
»Contra los dos estaba yo conmigo  
»Incitándome á ira, y dando ejemplo,  
»Cuando pasaban de Cibeles el templo.

»Pasaban por el templo, que por voto  
»En otro tiempo hecho fué y dotado  
»De Echión, un varón claro y devoto,  
»Y á la santa Cibele dedicado.  
»En medio de un umbroso y fresco soto,  
»Los árboles del cual le han ocultado,  
»De descansar deseo allí les vino,  
»Por el cansancio largo del camino.

»Deseo de descanso, y aun deseo  
»De torpe ayuntamiento intempestivo,  
»Hippómenes sintió, y al acto feo  
»Incita mi poder tan excesivo.  
»No se gastó ni tiempo ni rodeo  
»Para buscar lugar, que de nativo  
»Canto esponjoso hecho, un aposento  
»Hallaron suficiente á su contento.

»Cercana al templo estaba edificada  
»De la devota gente una casilla,  
»A forma de una cueva, no labrada  
»De mano artificiosa, mas sencilla;  
»Y por estar de poca luz dotada,  
»Movía á devoción á maravilla,  
»Do el sacerdote de ánimo sincero  
»Tenía mil dioses viejos de madero.

»En esta casa antigua se han entrado,  
»Y temerariamente la violaron.  
»Los Dioses, que advirtieron el pecado,  
»Por no le ver, los ojos abajaron.  
»La madre torreada castigado  
»Hubiera los que así la profanaron,  
»Y en la laguna Estigia los hundiera,  
»Si poca pena no la pareciera.

»Así que agora pagan tan mal hecho  
»Sus cuellos de cernejas revestidos.  
»Al punto se han sus dedos uñas hecho;  
»Los hombros en espaldas convertidos;  
»Lo más del cuerpo se transforma en pecho.  
»Los campos con la cola son barridos;  
»Su habla es á murmurio semejante;  
»La ira manifiesta su semblante.

»Por tálamo celebran las montañas,  
»Mudados en leones, y las gentes  
»Y todas las restantes alimañas  
»Han miedo de sus uñas y sus dientes.  
»Los cuales, y sus furias tan extrañas,  
»La madre de los Dioses excelentes,  
»Con duro freno á su pesar mitiga,  
»Y el insulto de entrambos se castiga.

»Pues de éstos te amonesto, ruego y pido,  
»Amor mío carō, á do mi bien consiste,  
»Que huyas, y cualquier tan atrevido,  
»Que no sólo no huye, mas resiste.  
»Ádierte que de haberte tú atrevido,  
»Podrá ser osadía á entrambos triste.»  
Amonestado, con semblante blando,  
Unció sus cisnes y partió volando.

»Partióse del amante aconsejado,  
Mas no con el consejo persuadido;  
Que su virtud y ánimo esforzado  
Á lo contrario estaba apercebido.  
Acaso los ventores han sacado  
Un puerco por el rastro, que ha huido,  
Y cuando ya del monte se salía,  
El hijo de Cyniras le hería.



»Aunque le hiere Adonis, no consigue  
Su fin, porque al través fué la herida.  
Echó de sí el venablo, y luego sigue  
A quien temblando busca la guarida,  
Y con tan gran braveza le persigue,  
Que le privó al momento de la vida,  
Y le dejó tendido en el arena,  
Saliendo sangre de él por larga vena.

»La diosa Cytherea, que aun llevada  
En su ligero carro, nunca había  
Llegado á Chipre, y lejos desmayada  
La voz del malogrado conocía,  
Y para verse más certificada,  
Los cisnes donde le oye revolvía,  
Del aire le ha mirado, y baja al punto  
Do estaba envuelto en sangre, ya difunto.

»Rompió sus vestiduras y hebras de oro,  
Hiriendo indignamente el blanco pecho;  
Y ya que se dolió con agro lloro  
De los inicuos hados que lo han hecho,  
Les dijo: «De mi gozo y mi tesoro  
»No me podréis privar, que algún derecho  
»Me quedará en mi Adonis y mi gloria,  
»Cada año refrescando su memoria.

»De mi tristeza y tierno sentimiento  
»Cada año habrá memoria, de tal suerte,  
»Que con el llanto amargo y descontento  
»Celebraré la imagen de su muerte.  
»Haré su sangre flor en un momento,  
»Porque al deseo el hecho se concierte  
»Y su renombre viva y permanezca  
»Sin que jamás se olvide ni fenezca.

\* ¿ Por dicha temeré ser envidiada,  
 \* El hijo de Cyniras transformando,  
 \* Siendo por tí Perséfone mudada  
 \* En hierbabuena Mentha? » (1) A questo hablando  
 La sangre fué con néctar rociada,  
 Y siendo de él tocada, fué se hinchando,  
 Cual transparente ampolla se ha hinchado  
 Con el pluvioso cielo arrebolado.

\* Y en término de una hora, ó poco ante,  
 Del lustre de la sangre fué nacida  
 Una flor, á las flores semejante  
 Que tienen las granadas, conocida  
 Por su fragilidad, y no abundante  
 De fuerzas ó valor, pues que caída  
 Se muestra al soplo del ligero viento  
 Que la dió, como á todo, nutrimento. »

(1) Fué Mentha una ninfa amada de Plutón ~ la cual Proserpina, por celos, metamorfoseó en planta de su nombre. La menta se empleaba en los embalsamamientos, y de aquí sin duda el origen de esta fabulosa tradición.

---

## LIBRO UNDÉCIMO.

---

Mientras Orfeo ablanda las entrañas,  
Con su sonoro plectro, de las fieras,  
Atrayendo las piedras y montañas,  
Las Cyconas, mujeres duras, fieras,  
De pieles revestidas y locura,  
Le vieron desde un alto, y muy de veras  
Acometerle cada cual procura;  
De quienes, el cabello echado al viento,  
La una, tan sin seso como dura,  
Encomenzó á decir en el momento:  
«¿Veis quién nos tiene en poco?»; y dió en la cara  
Con una lanza al hijo y al contento  
Del rubio Apoió; empero el golpe pára  
En sólo hacer señal, sin dar herida  
En la serena faz, hermosa y rara.  
Tiró una piedra, otra, y detenida  
En el aire se queda, el blando canto,  
La voz suave y música entendida,  
Que fué tan excelente, y pudo cuanto



Se puede encarecer, pues que corrido  
Cayó de la osadía el duro canto.

Mas el furor insano y el ruido  
Se aumenta, porque Erynis corruptora  
Las ha cien mil locuras infundido.

Que si el cantar y melodía sonora  
Entre tan gran estruendo se entendiera,  
Las armas se rindieran á la hora.

Mas eran los panderos de manera,  
Las gaitas, las sonajas y aullidos,  
Que fué estorbado el son que enterneciera  
Los cantos, que de sangre están teñidos  
Del dulce Orfeo, al cual porque no oyeron,  
No se mostraron, cierto, enternecidos.

Y cuanto á lo primero acometieron  
Las Menadas furiosas á las aves  
Y sierpes y animales, que estuvieron,

A los acentos suyos tan súaves,  
Atónitas, y nunca la defensa  
Tentaron con huida, ni quisieron.

Tras esto, contra Orfeo fué la ofensa  
Segunda, acometerle cada una  
Con diestra ensangrentada y furia inmensa.

Y la canalla pérfida, importuna,  
De aquella misma suerte le rodea  
Que al ave que aborrece Sol y Luna.

Las otras que la ven, y las recrea  
Verle morir, cual ciervo, rodeado  
De perros, á la gente que le otea (1).

Y al músico y poeta señalado  
Los verdes tirsos tiran, infamando  
Las armas, que tal uso no ha inventado.

---

(1) Era costumbre en los circos que por la mañana combatiesen los animales domésticos y por la tarde las fieras traídas de lejanas tierras.

Terrones unas, otras arrojando  
Guijarros, éstas ramos y troncones,  
Sus ánimos malvados publicando.

Y porque á su furor y sinrazones  
Terribles, instrumentos no faltasen,  
Y fin al de sus fieros corazones,

Acaeció que entonces barbechasen  
La tierra allí cercana unos villanos,  
Y no muy lejos otros excavasen.

Los cuales, como vieron tantas manos  
Armadas, de mujeres Bacanales,  
Huyeron de furores tan insanos.

Y los temores suyos fueron tales,  
Que por huir dejaron olvidadas  
Las armas de su campo, con las cuales

Las fieras se procuran ver vengadas  
De los cornudos bueyes, empleando  
Los rastros, los legones, las azadas.

Aquesto hecho, vuelven loqueando  
Al miserable Orfeo, que ponía  
Las manos, sin provecho suplicando,

Y fué la vez primera que no había  
Movido con su canto deleitoso,  
Armónico concierto y melodía.

Ejecutando el ánimo furioso,  
Las perversas mujeres le mataron,  
Y por aquella boca (¡oh poderoso  
Júpiter!) que las rocas escucharon  
Y entendieron los brutos, en el viento  
Sus Manes venturosos exhalaron.

Por tí, Orfeo, hicieron sentimiento  
Las tristes aves y las bestias fieras,  
Tuvieron los peñascos descontento,

Y aquellas mismas selvas muy de veras,  
Que fueron tras tus versos, te han llorado  
Con ansias y congojas lastimeras.

Por tí sus verdes hojas ha mesado  
El árbol; en el río la corriente,  
De su llorar, es fama se ha aumentado.  
En Náyades y Driadas se siente  
Tan gran tristeza, que el semblante bello  
Y el hábito es de luto claramente.

Tendido su hermosísimo cabello,  
Tu muerte y su desastre lamentaron.  
Al mismo tiempo que supieron de ello.

En diversos lugares se quedaron  
Sus miembros. La vihuela y la cabeza,  
En tus ondas, oh Hebro, reposaron.

Y yendo por el agua, luego empieza  
La lira no sé qué triste lamento;  
La misma lengua murmuró tristeza.

Los ríos y las peñas al momento  
Responden con acentos de sí dinos,  
Manifestando el tierno sentimiento.

El río popular al mar vecinos  
Dejaban, ya gozaban la ribera  
De Lesbos, do estorbó los peregrinos.

Una culebra fiera, de manera  
Que lame los cabellos rociados  
Y aquel sagrado rostro se comiera,

De donde tantas veces entonados  
Cantares á los Dioses se han oído,  
De todos los vivientes celebrados.

En conclusión, de Febo es defendido;  
Que cuando la serpiente estaba cierta  
De le tragar, la ha vuelto y convertido

En piedra, y se quedó la boca abierta.  
Su sombra (muerto Orfeo) en un instante  
So tierra entró por la tartárea puerta.

A do reconoció lo que había ante  
Visto, y el campo Elísio rodeando,  
Su Euridice buscó, cual firme amante.



Hallada, la abrazó, y acompañando  
Su dama, va seguro de conñino,  
Ora delante, agora atrás quedando.

Mas el sagrado autor del dulce vino,  
La pérdida de Orfeo con tal muerte  
Sintiendo, le ha vengado cual convino,

Pues las madres Edónidas convierte  
En árboles, las cuales estuvieron  
Presentes á delito de tal suerte.

Y á las tuertas raíces se sintieron  
Asidas por los pies, porque los dedos  
En la maciza tierra se hundieron.

Y con los ademanes y denuedos  
Que el ave suele hacer si se ve presa  
Del cazador astuto en sus enredos,

Que cuanto se procura más aprieta  
Soltar, se aprieta más y más se hiere,  
Y al lazo queda asida, aunque la pesa,

Así, de espanto loca, trata y quiere  
Soltarse cada cual que se ve asida,  
Y por la libertad en vano muere.

De la raíz cualquiera es detenida,  
Y queriendo saltar, mal de su grado,  
De la misma raíz es impedida.

Y mientras pies y dedos ha buscado,  
Y uñas, ve el madero ir ya cundiendo,  
Y haber las pantorrillas ocupado.

En los muslos herirse pretendiendo,  
En roble dió, y en tal se torna el pecho,  
El ser antiguo suyo ya perdiendo.

Los hombros suyos roble ya se han hecho,  
Y ser los brazos ramos ya creyeras,  
No te engañaras, pues lo son de hecho.

Ni satisfacen estas penas fieras  
A Baco, que aun la tierra desampara,  
Para mostrar su injuria más de veras.

Y en los viñedos de Tymolo pára,  
De más ilustre coro acompañado,  
Y fuese al río, cuya arená cara  
Aun no era entonces, ni era aún envidiado  
Pactolo, que llegado no le había  
La suerte de correr sobre dorado.

De noche le celebran y de día  
Los Sátiros y Bacas, mas Sileno  
Faltaba de la alegre compañía.

A quien, de vino y años bien relleno,  
Hallaron titubeando los villanos  
De Frigia, de pesares todo ajeno.

Y atado con guirnaldas, en las manos  
De su rey Midas luego le han dejado,  
El cual en los conceptos soberanos,

Con Eumolpo Ateniese, fué enseñado  
Por el Traciano Orfeo, en la manera  
Que Baco había de ser sacrificado (1).

El Rey con mesa y cara placentera  
Del huésped solemniza la venida  
Diez días con sus noches, y ya era

El alba del oncenno amanecida,  
Cuando el Rey á los campos Lidios vino,  
Do recibió merced mal entendida.

Que porque al mozo Baco, autor del vino,  
El viejo restituye, fué premiado  
Conforme á su deseo y desatino.

Pues por haber su amo recobrado,  
Le concedió pidiese á su contento,  
Que al punto cumpliría lo deseado.

Entonces dijo Midas: «Tengo intento  
Que cuanto yo tocare se convierta

---

(1) «Post Gordium filius Mida regnavit qui ab Orptheo  
sacrorum solemnibus initiatus, Phrigiam religionibus im-  
plevit» (Justino, XI, 7).

En oro.» Concedióselo al momento,  
 Pesándole de ver cuán mal acierta  
 En conseguir tal don, pues su disgusto  
 Y daño en él es claro y cosa cierta.

Quisiera que pidiera más á gusto,  
 Y recibiera don más provechoso,  
 Y aquesto siente Baco como es justo.

El Berecintio Rey (1) partió gozoso,  
 Probando la merced, muy satisfecho  
 De ver salir verdad el don dañoso.

Y creyéndose apenas, vió de hecho  
 Que de una encina un ramo que ha cortado,  
 En ese mismo punto de oro es hecho.

Tomó una piedra, en oro se ha tornado;  
 Tocó un terrón, y luego se convierte  
 En masa de oro fino y acendrado.

Cortando unas espigas, las advierte  
 Volver en oro; un però que tenía  
 Se transformó de aquella misma suerte,

Que verdaderamente parecía  
 Haberle las Hespéridas cortado  
 Del huerto suyo, y que de allí venía.

Si los postes ó puertas ha tocado,  
 Parece que deslumbran reluciendo:  
 En oro tan subido se han mudado.

Lavábase, y el agua que cayendo  
 Corría de sus manos, engañara  
 A Dánae; él se está desvaneciendo,

Con esperanza tal, tan grande y rara,  
 Que de oro la hace todo. Ya su gente  
 La mesa á su gozoso Rey prepara,

Do está manjar y pan muy excelente,

---

(1) Berecintio rey debe entenderse «El hijo de Cibeles». Lactancio dice: «Fertur Midas esse matris magna filius: sic enim cum Hesiodo consentit Ovidius.»



El cual con su derecha mano asido,  
Comienza á endurecerse de repente.

Si como hambriento el Rey ha pretendido  
Morder algún manjar, es excusado,  
Que en oro lo halla todo convertido.

El que le dió tal don, cuando mezclado  
Con agua, por beber llega á la boca,  
En oro se le vierte transformado

En ese mismo punto que le toca.  
La novedad del mal mostró al momento  
Ser su riqueza pobre, necia y loca.

Lo que hora deseó le da tormento;  
Desea dar de mano á tal riqueza,  
De hambre y sed no alivio, mas aumento.

Y como bien merece su rudeza,  
Del oro aborrecido es castigado,  
Y con las manos puestas, así empieza:

«Perdóname, Leneo consagrado,  
Y librame del don, que aunque parece  
Hermoso, es digno pago del pecado.»

El blando Dios al punto se enternece,  
Y restituye al Rey que confesaba  
Su culpa, y pues por esto lo merece,

Y por la fe con que lo suplicaba,  
Librándole del oro que él había  
Pedido mal, y agora lo pagaba,  
Palabras semejantes le decía:

«Vecino á la gran Sardis corre un río,  
Y va por un collado su corriente;  
Camina al punto por mandado mío  
Hasta el origen mismo de su fuente;  
Y por donde saliere con más brío  
Pon tu cabeza, y lava juntamente  
El cuerpo y el delito, y al momento  
Se acabará el castigo y el tormento.»

El Rey cumplió á la letra su mandado,  
Metiéndose debajo el agua pura.

El río desde entonces fué dorado,  
Y la virtud extraña aun hoy le dura

Que del humano cuerpo la prescribe,

Y por sus venas de él la tierra dura,

Y de simiente rica que concibe,

Engendra los terrones refulgentes,

Empapados del agua que recibe.

El Rey amohinado de las gentes

Y las riquezas suyas, do hallaba

Ningún contento y mil inconvenientes,

En las umbrosas selvas habitaba,

Y el fresco campo, adonde al consagrado

Pan, que allí mora, siempre veneraba.

Mas el ingenio rudo le ha quedado,

Y tiené entendimiento como de ante,

Para dañar su dueño aparejado.

Porque Tmolo (de riscos abundante,

Que el ancho mar sojuzga, y extendido,

Con sus dos cuestas va tan adelante,

Que se ha la una en Sardis concluído,

Y en Hipepa la otra) un monte era,

Do mientras Pan tocaba enternecido

La lisa y encerada cañavera,

A las sagradas Ninfas presentando

Sus versos amorosos, de manera

De su armonía y voz se fué pagando,

Que tiene en poco á Apolo, y desafia

Al mismo, por jüez Tmolo estando.

Sentado el viejo Tmolo ya se había

Sobre su mismo monte, y del oído

Los ramos de los árboles desvia.

De roble coronado proveído

De verdes abellotas, que á las sienes

Colgaban, y en un punto convertido

Al Dios de los ganados: «Aquí tienes  
Jüez aparejado (dijo), atento  
A tu cantar; nõ resta más que suenes.»  
Con sus agrestes cañas al momento  
Sonó el dios Pan, y el bárbaro sonido  
Al más que tonto Midas dió contento,  
Que acaso á tal sazón había venido.  
Comienza el sacro Apolo, y al instante  
A él se ha el cano monte convertido,  
Al cual fué su arboleda semejante.  
Del árbol de Parnaso coronado,  
El cabello dorado rutilante,  
Y una ropa muy rica ataviado,  
De purísima grana, que barría  
El suelo donde Febo está parado.  
Con su vihuela de arco, que traía  
En la siniestra mano, de fino oro  
Y marfil liso y rica pedrería,  
En la derecha el plectro, tal decoro  
Fué el del maestro y músico excelente,  
Por tal tenido en el divino coro.  
Y comenzó á tañer tan dulcemente,  
Que Tmolo, de su canto conmovido,  
Juzgó por él, y dijo lo que siente  
A Pan, que le tendrían por comedido,  
Si la zampona rústica y su verso  
Hubiese á la vihuela sometido.  
El jüicio del monte no es diverso  
Del que tenían todos, pues consiente  
Con su sentencia todo el universo.  
Injusta la llamaba solamente  
El insensato Midas, y procura  
Apolo que el castigo sea decente.  
Perdieron sus orejas la figura  
De humanas, y crecieron de manera,  
Que son orejas de asno en su hechura.



El vello por de dentro blanco era,  
 Instables son, y puedé á su contento  
 Moverlas, lo cual antes no pudiera.

En lo demás es hombre; que el intento  
 De Clario fué que cada oreja sea  
 De bestia, de espacioso movimiento.

Verdad es que ocultarlas él desea,  
 Y procura tapar con el sombrero  
 Las sienes y la parte que le afea.

Mas no pudo cubrirlas del barbero,  
 El cual, como decir á nadie osase  
 La falta que había visto, y de parlero,

Decirla grandemente desease,  
 Hizo en la tierra un hoyo, do metido,  
 Las orejas de Midas publicase.

Con voz pequeña, mansa, sin rüido,  
 La cabeza allí dentro muy de veras,  
 Lo dijo y echó tierra. Allí ha nacido

Un bosque de temblantes cañaveras,  
 Que crecidas, moviéndolas el viento,  
 Sonaban las palabras verdaderas

Que, en la parte do está su nacimiento,  
 El que hizo el foso dijo, y entendido  
 Fué lo que daba á Midas descontento.

De Tmolo el rubio Febo se ha partido,  
 De aquel Rey tonto á su placer vengado,  
 Y del ligero viento fué traído,

Por cabe el mar angosto que nombrado  
 Fué de Heles, y acabando aquel rodeo,  
 En el troyano campo se ha parado.

En medio está de Rheto y de Sygeo,  
 Una ara antiguamente consagrada  
 A Júpiter tonante Panonfeo (1).

---

(1) Homero llama á Júpiter Panonfeo por ser el único dios que tenía el don de predecir lo venidero.

De do vió á Laomedón, que comenzada  
Tenía á cercar la nueva Troya, que era,  
De grande, rica y muy aventajada,  
Difícil de acabar, de tal manera,  
Que con trabajo inmenso parecía  
Crecer, como si nada se hiciera,  
Y ni para el efecto bastaría  
Riqueza, si no fuese muy copiosa,  
Según la traza suya requería.

Y con el Dios del agua tan gran cosa  
Tomada, transformados en humanos,  
Se dió fin á la obra bien costosa.

Y satisfecho el Rey de los Troyanos,  
El oro del contrato les deniega,  
Que es premio del trabajo de sus manos.

Y la perfidia suya á tanto llega,  
Que con perjurios su traición aumenta,  
Movido de codicia vil y ciega.

«No será sin castigo tal afrenta»  
(Neptuno dijo), y manda á las corrientes  
Se inclinen hacia Troya la avarienta.

Y para castigar á los presentes,  
La tierra vuelve en mar, sin dejar nada  
De pan ni vino á las troyanas gentes.

Ni tanta pena basta; condenada  
La hija fué del Rey á ser comida  
De un monstruo de la mar (1), y ya ligada,

Fué del valiente Alcides defendida,  
Que pide los caballos prometidos,  
En pago de victoria tan cumplida.

---

(1) Apolo envió la peste á los troyanos y Neptuno suscitó contra ellos un monstruo marino. El oráculo declaró que los troyanos se verían libres de estas plagas, si Laomedon exponía su hija Hesiona á la voracidad del monstruo marino.

Negados, los Troyanos fementidos  
Dos veces combatió, y los ha tomado  
A fuerza de armas, siendo destruidos.

Y Telamón, fortísimo soldado,  
Partió con harta honra y gran trofeo,  
De Hesione gozando, que le han dado.

Porque ya honrado y claro era Peleo,  
Casado con mujer divina diosa,  
Contento á la medida del deseo.

Ni su braveza era más famosa  
De parte del abuelo, que en ser yerno  
Del suegro suyo, y fué muy justa cosa;

Que nieto ser de Júpiter eterno,  
No á uno solamente ha acaecido;  
Mas ser amado con afecto interno,

Y de sagrada diosa ser marido,  
A sólo uno, y tanta buena suerte  
Y próspera fortuna le ha venido.

Porque á la diosa Tetis Protheo advierte,  
Que si preñada se hace, pariría  
Un hijo más que el padre bravo y fuerte,

Y de tan gran valor, que vencería  
Los hechos de su padre valeroso,  
Y más valiente que él se llamaría.

Así que, porque más que el poderoso  
Júpiter en el mundo nadie fuese,  
Él mismo se templó. Bien que amoroso

Y tierno el gran Tonante ya se viese  
Por la marina Tetis, y perfeto  
Deseo de gozarla en sí sintiese.

En fin, en su lugar dejó á su nieto,  
Y le mandó gozase la hermosura  
De la sagrada virgen en aprieto.

Un golfo hay en Tesalia, la figura  
Del cual es como hoz, y fuera puerto  
A ser el agua allí de más hondura.



Con arenoso cieno está cubierto  
El mar somero, y tiene la ribera  
De suelo ni muy blando ni muy yerto.

Es apta al caminante, de manera  
Que pasa su camino, sin desmanes  
De ciénago ni ovas, por doquiera.

Debajo está una selva de arrayanes  
Y verde oliva toda rodeada,  
Señal de paz, do cesan los afanes.

En medio está una cueva fabricada  
Del arte ó la Natura artificiosa,  
A do solía desnuda ser llevada

De un Delfin enfrenado aquella Diosa,  
Y llega Peleo, estando allí durmiendo,  
Tan descuidada de él como hermosa,  
Y vencerla con ruegos no pudiendo,  
A la gozar por fuerza se prepara,  
Los brazos á su cuello entretejiendo.

Y si en mil formas no se transformara,  
Usando de las artes que solía,  
Tan grande atrevimiento aprovechara.

Mas ya mudada en ave la tenía,  
Y agora en árbol grande transformada,  
Del árbol mismo no se desasía.

En tigre ferocísima manchada,  
Que fué la tercer forma, la ve vuelta,  
Y tal ferocidad considerada,

Temblando el hijo de Eaco la suelta,  
Y desde allí en el punto le convino  
A hacer su sacrificio diese vuelta.

Derramando el sagrado y dulce vino  
Sobre la mar, los dioses adorando  
Con humo de las reses y el divino

Incienso, que en el fuego está humeando,  
Hasta que desde el golfo fué entendido,  
El divino Carpathio amonestando

De esta arte á quien le daba atento oído:

«Oh Peleo, gozarás tu buena suerte,  
Si estando tu señora adormecida  
En la espelunca helada, un lazo fuerte  
La echares, y tuvieres bien asida.  
Si cien formas mudare por vencerte,  
Apriétala en cualquiera convertida,  
Hasta que deje toda su porfia  
Y á la forma se vuelva que solía.»

El adivino Protheo, dicho aquesto,  
La boca con las olas se tapaba,  
Y luego esconde el hondo mar su gesto.

Ya Titán cuesta abajo caminaba,  
Y el tímón inclinado, refulgente,  
Al mar de las Hespérides llegaba.

Cuando dejada el agua, la excelente  
Tetis, en la caverna que solía

Entró, do la acomete prestamente

Peleo, el cual apenas la tenía,  
Cuando ella se ha en mil formas convertido,  
Y presa en todas ellas se sentía.

Entonces finalmente dió un gemido,  
Y dijo: «No valiera lo que has hecho,  
Si de algún dios no fueras favorito.»

Y convirtiósese en Tetis. Satisfecho  
El príncipe valiente, la ha gozado,  
Haciendo de sí y de ella un lazo estrecho.

Allí fué el gran Aquiles engendrado,  
Y Peleo con tal hijo y compañera,  
Quedó dichoso y bienaventurado.

Y si á la muerte á Foco (1) no trajera,

---

(1) Foco era hijo de Eaco y de la Nereida Psamatha. Jugando un día con sus hermanastros Peleo y Telamon el

En todo había tenido buen suceso,  
Y todo á su contento acaeciera.

Culpado del insulto, fué por eso  
Del paternal palacio desterrado,  
Puniendo y castigando tal exceso.

Y en la Traquinia tierra habiendo entrado,  
Do un hijo del Lucero poseía  
Un reino sin cuestión y sosegado,  
Con la luz de su padre relucía  
Ceix (1); mas por entonces triste estaba,  
No alegre en la manera que solía.

La falta de un hermano lamentaba,  
A do después que Peleo, del camino  
Cansado, y del cuidado que llevaba,

Llegó, y á la ciudad con pocos vino,  
Y en un umbroso valle la vacada  
Dejar, y su ganado, le convino,

Cercano al muro, cuando le fué dada  
Licencia de besar al Rey la mano.  
Con humildad la oliva consagrada

Mostrando, relataba al gran tirano  
Su nombre y padre, sólo pretendiendo  
Su crimen ocultar tan inhumano.

De su huída causas refiriendo  
Fingidas, le suplica que le ampare  
En su ciudad ó campo, permitiendo

Que con su gente y su ganado pare  
En su servicio y tierra, y luego dónde  
Se sirve de admitirle le declare.

A quien el Rey benigno así responde:

---

tejo de éste le rompió la cabeza. Al saber Eaco que sus  
dos hijos habían asesinado á Foco á instigación de la madre  
los condenó á perpetuo destierro.

(1) Ceix era hijo de Lucifer.



«Aun la mediana gente, oh gran Peleo,  
Con mucha cortesía es hospedada  
En el quiéto reino que poseo,  
Cuanto más los de fama celebrada.  
No gastes tiempo más, ni más rodeo  
Rogando; toma el reino si te agrada,  
Cualquier que sea, y ojalá que fuera  
Mejor»; y sollozaba en gran manera.

Con suspirar y lágrimas decía  
A Peleo estas palabras y á su gente,  
Ajeno en todo extremo de alegría.  
Y preguntaron todos prestamente  
La causa de tan gran desasosiego,  
De tal melancolía y accidente;  
A quienes, respondiendo, dijo luego:

«Acaso pensaréis que siempre ha sido  
Esta ave, que de raptó se sustenta,  
Y el resto de las otras trae rendido,  
Lo que parece agora y representa.  
Varón fué tan guerrero, tan temido  
Y tan pronto á forzar, como es exenta  
De miedo su constancia y ligereza,  
Solicitud briosa, gran presteza.

»En ave transformado, tiene agora  
La misma prontitud y gallardía  
Dedalión, sin la cual no vive un hora;  
Que cuando hermano mío ser solía,  
Su padre y mío es el que á la Aurora  
Avisa que á la tierra traiga el día,  
Quitando de la noche el negro velo,  
Y el último de todos deja el cielo.

»Yo siempre á paz he sido aficionado,

Y á matrimonio santo y casamiento;  
 Mi hermano á guerra: en sólo ser soldado  
 Hallaba, al parecer, contentamiento.  
 A muchos reyes hubo sujetado  
 El que es á las palomas escarmiento.  
 Chione fué su hija, criatura  
 Dotada de bellísima hermosura.

»De catorcê años, y tan bella siendo,  
 A mil mancebos presos de amor tiene.  
 Mercurio y Febo, acaso un dia viniendo  
 Uno de Delfos, otro de Cillene,  
 La vieron, y en el punto están ardiendo,  
 Y la esperanza á entrambos entretiene.  
 Apolo hasta la noche su contento  
 Difiere, mas el otro ni un momento.

»No pudo dilatar el encendido  
 Deseo de gozarla, y del beleño  
 Y vara suya al punto se ha valido.  
 Tocó su cara, y luego la echó sueño.  
 Dormida la forzó. Ya había venido  
 La noche encubridora con su ceño,  
 Cuando el dios Febo, en vieja transformado,  
 Gozó el amor del otro, y ha gozado.

»Cumplidos nueve meses, nace luego  
 Del volador Mercurio el ingenioso  
 Antólico (1) ladrón, que es burla y juego,  
 Si cotejáis con él, el más famoso.  
 Tan hábil para dar desasosiego,  
 Como su padre mismo, y tan mañoso,

---

(1) Antolico fué abuelo materno de Ulises. Vencióle Sísifo en astucia y Antolico le dió su hija Amiclea, madre de Ulises.

Tacaño, engaador, y que hacia  
De negro blanco y blanco ennegrecia.

»De Febo (que de dos quedó preñada)  
Nació Filamón (1), músico preclaro,  
De voz tan excelente y delicada,  
Cuanto de dedo en la vihuela raro.  
Mas ¿de qué la sirvió preñez doblada  
Y dos amantes, cada cual tan claro,  
É hija ser de padre tan valiente  
Y nieta de un abuelo omnipotente?

»Ventura tan extraña y tan notoria  
No entiendo yo sin duda qué ha valido;  
Si daña acaso á muchos tanta gloria,  
Con ésta al menos bien se ha parecido.  
La cual, como ignorante y sin memoria,  
Su belleza ha estimado, y preferido  
A tí, Dána, y puso en tu figura  
Objeto y ocasión de serla dura.

»Diana amohinada de esta mengua  
(Estando la cuitada sin sospecha),  
Blandiendo un arco, la culpada lengua  
Pasó con una aguda y leve flecha;  
La voz la falta y el aliento mengua,  
La vida con la sangre va deshecha.  
Cuán mísero me ví con tal castigo,  
Cual padre, la Piedad es buen testigo.

»En tanta pena tuve sentimiento

---

(1) Philamon padre de Thamaris fué el segundo, según el scoliasta de Apolonio el de Rodas que ganó el premio de la poesia y de la música en los juegos pythicos. Plutarco le menciona como uno de los músicos más antiguos.



Y corazón más blando que una cera,  
Y aunque yo procuraba en formas ciento  
Mi hermano consolar, de la manera  
Hacia mis consejos movimiento,  
Que suele hacer la dura roca y fiera  
Al murmurar del mar en la tormenta,  
Mas sólo por su hija se lamenta.

»No aprovechó con él un blando ruego  
Con un afecto manso y amoroso,  
Y viéndola ya arder en medio el fuego,  
Por cuatro veces fué como furioso  
Para arrojarse en él, cuitado; luego  
Huyó con movimiento presuroso,  
De aquella misma suerte fatigado  
Que toro de los tábanos picado.

»Y yendo sin camino, parecía  
Correr con más que humana ligereza.  
Dijeras que volaba y no corría,  
Dejando atrás á todos buena pieza.  
En el Parnaso monte se subía,  
Y de su cumbre abajo con presteza  
Se arroja, porque su llorar se acabe;  
Mas el piadoso Apolo le hizo ave.

»Al tiempo que en el aire iba el cuitado,  
Con alas el Dios Febo le sustenta,  
Proveyóle de pico recurvado,  
Anzueló cada uña representa.  
El antiguo vigor se le ha quedado  
Mayor que el cuerpo el brio, y tiene cuenta  
Vuelto en alcón, de perseguir las aves  
Y doloroso dar dolores graves.»

Lo cual mientras estaba refiriendo

Del triste hermano, el hijo del Lucero  
Y Peleo y los demás le están oyendo.

Foceo Anétor, que era su vaquero,  
Llegó acezando y todo demudado,  
«Yo soy (diciendo) triste mensajero  
De un caso miserable y desastrado;  
Te traigo nuevas, Peleo»; y al momento  
Que se las diga el amo le ha mandado.

El Rey, medroso, tiene oído atento  
Al relatar sin orden, y temía  
Oír el fin del doloroso cuento;  
Contándole el pastor así decía:

«Cuando en el medio cielo parecía  
La refulgente faz de Apolo puesta,  
Y el mismo Febo mira que del día  
La media parte al justo andar le resta,  
Llevaba los becerros que traía  
A la ribera corva á tener siesta,  
Y parte en el arena echada estando,  
El ancho mar está considerando.

»Los unos en el suelo recostados  
Descansan, y los otros paseando  
Con pasos espaciosos, sosegados,  
Acá y allá pacían rodeando.  
Y aun parte, de las olas confiados,  
Los cuellos sobre el agua van nadando,  
Un templo cabe el mar está bien pobre,  
Cercado de espesura y mucho roble.

»Es casa de Nereo y sus hermanas  
(Según un pescador allí contaba),  
Y dijo que eran diosas soberanas,  
Y díos, y como á tales los honraba.  
De aguas detenidas, comarcanas

Al templo, una laguna se formaba,  
Que el rebosar del mar la hizo, y era  
Cercada de espesísima zalguera.

»De do con un estruendo que dió espanto  
A la comarca, sale un lobo fiero,  
Espantoso, terrible, grande, tanto  
Cuanto en mi miedo entenderéis espero,  
Sangriento y espumoso, que me espanto  
Cuando su gran presteza considero:  
Tan grande es el temor que agora trayo,  
Sus ojos son un fuego y él un rayo.

»El cual, aunque mostraba juntamente  
La hambre y rabia extraña que traía,  
La rabia estaba en él más evidente;  
Que sin comer mataba y destruía  
No sólo el ganado, mas aun gente  
Mató que á su braveza resistía.  
Las aguas con bramidos atronadas,  
Con sangre se han tornado coloradas.

»El presente negocio tanto es grave  
Que no nos da lugar á más tardanza;  
Antes que lo que resta el crudo acabe,  
Tratemos defenderlo á espada y lanza.  
Pues cada cual usar las armas sabe,  
Entremos todos juntos en la danza.»  
El rústico vaquero así decía,  
Y á Peleo tanto daño no movía.

No le movía á Peleo la inclemencia  
Del hado inicuo y daño recibido,  
Mas antes le acusaba la conciencia  
Del crimen y delito cometido.  
A causa de lo cual al punto advierte



Que la madre de Foco lo habría urdido  
 Por honrar con exequias de tal suerte  
 Fundadas en castigo atroz y feo  
 Del hijo amado la inmadura muerte.

A todos manda armar el rey Oeteo,  
 Y él mismo con su gente se levanta  
 Por ser ejecutor de su deseo.

Del tumulto, rüido y priesa tanta,  
 Alcyone movida, aun destocada,  
 De ver al rey y gente allí se espanta

Y va por entre todos, y abrazada  
 Con gran amor al cuello del marido,  
 Con amorosa voz acompañada

De lágrimas que hubieran conmovido  
 Un roble, le suplica é importuna  
 Que sin ir, el socorro sea servido

Enviar, ni permita á la Fortuna  
 Poder sobre su vida, pues que siente  
 Que entrambas almas guarda sólo en una,  
 Á quien responde Peleo en consiguiente:

«Desecha el miedo, oh reina, que parece  
 Tan bueno en tí, tan santo cuan piadoso.  
 La merced prometida no carece  
 De perfección y efecto valeroso.  
 En la ocasión que agora se me ofrece  
 De tal monstruosidad, el poderoso  
 Dios de la mar adoraré confuso,  
 Y es bien que de las armas cese el uso.»

En el palacio una alta torre estaba  
 Que en el furioso y hondo mar solía  
 Á cualquier consolar que navegaba.

La gente en ésta al punto se subía,  
 Y en la ribera ven estar tendidos  
 Los toros y cada uno que gemía,

Y el destruidor sangriento, que teñidos  
Los dientes y los vellos largos canos  
De la sangre tenía de los heridos.

Y visto aquello Peleo, entrambas manos  
Hacia el profundo mar al punto extiende,  
A Psamate esparciendo ruegos vanos.

Pero como con él no condesciende,  
El perdón alcanzó por el marido  
La sacra Tetis, que es lo que pretende.

Mas no por eso el lobo embravecido  
Desiste de la presa y la matanza,  
Que dura, con el gusto embebecido.

Y en tanto que al peligro se abalanza,  
De una becerra triste fué mudado  
En piedra él y en viento su esperanza,

El cuerpo y el color ha reservado,  
Mas el color de piedra no ser vivo  
Ni lobo de temer ha demostrado.

Con todo eso Peleo fugitivo  
No para en esta tierra ni consiente  
Que se aquiete el hado suyo esquivo.

Vagando aporta á la Magneta gente  
A donde de la muerte ha sido absuelto,  
Que Acasto le hacia dar injustamente.

Mas el turbado Ceix, ya que suelto  
De los prodigios suyos, y su hermano  
De consultar á Dios está resuelto.

Consuelo sólo al flaco ser humano,  
Y con este propósito apareja  
La vía al sacro Clario soberano.

Mas contigo primero se aconseja,  
Fidelísima Alcione, que parte,  
Que sin decirte nada no te deja.

De su partida apenas te da parte,  
Cuando de aquel color te ves teñida  
Que tiene el boj, el rostro y toda parte,

Y tres veces tu voz interrumpida  
De lágrimas, que fué compasión verte,  
De llantos y sollozos impedida,  
Quejándote dijiste de esta suerte:

«Amantísimo Ceix, mi contento,  
¿Qué obra, qué pecado ó culpa mía  
Turbado ha tu discreto entendimiento  
Que no cuida de mí como solía?  
¿Ausente te dará contentamiento  
Vivir? ¿qué te le da tan larga vía,  
¿Que dejas de tu Alcýone la presencia  
Y crece ya tu amor con el ausencia?

»¿Quizá por tierra partes, por do puedo  
Quedar, aunque penada extrañamente,  
No atormentada con terrible miedo,  
Y el cuidado será de verte ausente?  
Del espumoso mar turbada quedo,  
Su triste imagen tengo acá presente,  
Muy poco ha que ví tablas destrozadas  
Y tumbas vanamente intituladas.

»La falsa confianza no te engañe  
Por ser el suegro tuyo poderoso  
Para que ningún viento á nadie dañe,  
Pudiendo sosegar el mar furioso.  
Si salen, Dios nos libre que se ensañe  
Alguno, que en el piélago espumoso,  
Sin respeto á la mar, á cielo, á tierra,  
Lo asola todo, quiebra, anega, atierra.

»Y no sólo en el hondo y negro centro  
Se muestran fieramente embravecidos,  
Mas aun en los nublados de su encuentro  
Relámpagos resultan y tronidos.



En casa de mi padre, y de ella adentro,  
Los he yo visto y tengo conocido,  
Y cuanto más conozco su desnudo  
Tanto más juzgo es bien tenerlos miedo.

»Y si mudar no puede un manso ruego  
Tu intento, mi carísimo marido,  
Y en fin te quieres ir, por mi sosiego  
Que me llesves á mí te ruego y pido.  
Por armas, y por aguas, y por fuego  
Sujeta á tu fortuna y tu partido  
Iré contenta, y pasaré temiendo  
Lo que estuviere sólo padeciendo.

»No temeré desgracia que no vea  
Teniéndote, mi bien, á tí presente;  
Con gusto sufriré quier que ello sea,  
Pasándolo contigo juntamente.  
El temeroso mar ninguno crea,  
Con el peligro en él más evidente,  
Si juntos navegamos, como es justo,  
Podrá causarme un punto de disgusto.»

Con estas y otras cosas que decía  
La casta Alcione, mueve su marido,  
Y más con ver que lágrimas vertía.

Porque el amor no es menos encendido  
En él; mas con todo eso no desiste  
Del embarcar que tiene prometido.

Ni aquella do su gloria y bien consiste  
Poner quiere en peligro; respondiendo  
Mil cosas, aquietó su pecho triste.

No que el viaje apruebe, y añadiendo  
También este consuelo, con que vía  
Que se iba su señora persuadiendo,  
Con amorosa voz así decía:

«Cualquier tardanza á mí me será larga,  
De esta verdad tu pecho esté seguro;  
Y por salir de ausencia tan amarga  
Por los paternos rayos yo te juro  
(Si el hado inevitable no se encarga  
De serme inicuo, triste, acerbo y duro)  
Que volveré á quitar antes tu pena  
Que la Luna dos veces esté llena.»

Con tal promesa en parte consolada,  
La nave á su viaje conveniente,  
Con jarcias, chusma y armas fué fletada.

La cual vista de Alcione, en sí siente  
Horror, y fué señal de mal agüero,  
De mal agüero claro y evidente.

Y vertiendo mil lágrimas primero,  
A su marido y vida está abrazada,  
Y con semblante triste, lastimero,  
Diciendo «adiós», cayóse desmayada.  
Y Ceix ya maneras procuraba  
De dilatar el tiempo á la jornada.

Cuando la gente al remo se aplicaba,  
Y remando igualmente con el pecho,  
Cortando el mar la prora navegaba,

Los lagrimosos ojos con despecho  
Alzó ella luego, y al marido vía  
En la recorva popa, que buen trecho

Estaba de ella, y con la mano hacía  
Las convenientes señas, ni él se queja,  
Porque otras semejantes recibía.

Mas cuando ya la tierra más se aleja,  
Y el amado semblante del marido  
Conocer de la vista no se deja,

Por do la nave va, la vista ha ido,  
Escóndese ésta, está considerando  
La vela que en el mástil alto vido.

Mas ya que no la vfa, suspirando  
Se recogió la triste á su aposento  
Y cama do no estaba sosegando.

Mas antes renovó su descontento  
La cama y el lugar, pues la advertía  
Faltar su principal contentamiento.

La nao del puerto ya salido había,  
Y el aire las maromas meneado,  
Y los pendientes remos convertía

El marinero al uno y otro lado,  
Poniendo sobre el mástil las antenas,  
A toda vela al viento se ha entregado.

Al medio mar llegaban aun apenas,  
Y entrambas tierras eran bien distantes,  
Casi igualmente de la nave ajenas,

Cuando el mar con espumas semejantes  
A nieve, el Sol ya puesto, se embravece,  
Mostrándose sus olas muy pujantes.

Solano con su recio soplo crece,  
El que gobierna á voces ruega, y manda  
Descolgar las antenas, y parece

A otro que la vela no se espanda,  
Antes se cale; mas mandar no basta,  
Que todo la tormenta lo desmanda.

Estórbales á todos y contrasta,  
Mas aunque no se oyen del ruido,  
Cada uno en lo que puede el tiempo gasta.

Los remos sacan unos, y han querido  
Parte impedir el agua, y parte al viento  
Quitar las velas; parte han acudido

A echar mar en la mar de formas ciento.  
Toma éste las antenas, y entretanto  
Que aquello se procura tan sin tiento,

Creció la tempestad é invierno tanto  
Cuanto la enemistad y la batalla  
Entre los vientos y el furioso espanto.



No sabe el que gobierna dó se halla,  
Que mande ó que prohíba, y con tristeza  
Sin tino está confuso, absorto, y calla.

El mal es tan subido de grandeza,  
Y tanto más que el arte poderoso,  
Que no hay que resistir á su braveza.

Los hombres hacen llanto doloroso,  
Chirrían las maromas, y resuena  
El agua, atruena el aire nubiloso.

La celestial región parece llena  
De olas, y las nubes rociadas;

Y otras veces se ve la roja arena  
Y con ella las aguas coloradas,  
Y á ratos está el mar ennegrecido,  
Sus espumosas olas allanadas.

La misma nave ha tanto padecido,  
Que agora hasta las nubes levantada (1),  
Cual desde un alta cumbre ha parecido

Ver la región de Ditis gobernada,  
Y puesta luego en el bajero suelo,  
Del mar profundo y agua rodeada,

Mirar del hondo infierno el sumo cielo.  
Y á veces, en los lados sacudida,  
Bramido da que causa desconsuelo.

Y siendo de las olas impelida,  
De aquella suerte suena que el pertrecho  
En cerca destrozada ya rendida.

Y cuál leones fieros van con pecho  
Feroz y embravecido, recobrados  
Sus bríos por las armas con despecho.

Los vientos y las olas van mezclados,  
La nave armada al punto acometieron,  
Sobre la cual han sido levantados.

Las cuñas al momento enflaquecieron

---

(1) Véase Virgilio (*Encida*, I, 105 y III, 564)

Faltándolas la pez y cobertura,  
 Y á la agua vencedora lugar dieron.  
 Abrióse por mil partes hendedura,  
 Cayeron tan espesas algaradas,  
 Que el cielo sospecharas ser hondura  
 Y en cielo ser las ondas transformadas.  
 Empápanse las velas, el mar crece  
 Con aguas propias y del cielo dadas,  
 En todo el cual estrella no parece;  
 La noche obscura y su tiniebla llega  
 Y más la del nublado la obscurece.  
 Y aunque por ambas causas es bien ciega  
 La luz de ardiente rayos enojosa,  
 El enemigo cielo no la niega.  
 El agua se esclarece, que ya acosa  
 La triste nave tanto, que la ha entrado,  
 Saltando como gente victoriosa.  
 Cual el soldado bravo y señalado  
 En la muralla sube defendida  
 Mil veces, su deseo ya alcanzado  
 Que á trueco de loor, su propia vida  
 Entre mil no estimando, sube al muro  
 Con ánimo y presteza no creída;  
 Así el navío triste, mal seguro,  
 Del agua combatido en toda parte,  
 Espera el fin pesado, acerbo y duro.  
 Y contra él la ola mayor (1) parte  
 Con tal furor, braveza y tal estruendo  
 Que para defenderse no fué parte.  
 Porfiando en su daño y persistiendo,

(1) Ovidio dice La *décima* ola porque se creía que era la más temible.

Que venit hic fluctus superare minet omnes.  
 Posterior nono est, undécimoque prior.

(Tristes, II, 49.)

Hasta que la cansada nave resta  
De impetu vencida tan horrendo.

Del agua parte intenta y está puesta  
Aun en acometer la triste nave,  
Parte está dentro, y vista tan funesta  
Señal, los marineros nadie sabe

Qué haga; están temblando de la suerte  
Que la ciudad vencida, que se acabe

Esperando su vida con la muerte,  
Cuando unos la muralla por de fuera  
Excavan y otros dentro de otra suerte

Ejecutan su furia insana y fiera.  
El arte ya les falta á los cuitados,  
Cercados ya de angustia lastimera.

Sin ánimo están todos desmayados,  
De tantas muertes cuantas olas vienen  
Pensando ser sin duda salteados.

Las lágrimas los unos no contienen;  
Dichosos llaman otros en el suelo,  
Los muertos que en sepulcros se detienen.

Otro está tonto en tanto desconsuelo;  
Promete votos otro suplicando,  
Las manos levantando al negro cielo.  
Del padre y madre aquél se está acordando;  
La casa mueve á éste y la hacienda;  
Cualquiera está en aquello imaginando

A donde el corazón dejó por prenda.  
A Ceix sólo Alcíone movía  
Con afición tiernísima estupenda.

Su nombre cien mil veces repetía,  
Y aunque con gran deseo la desea,  
Se goza que en la nave no venía.

Volverse hacia su tierra le recrea,  
Por despedirse de ella, y el cuitado  
No sabe conocer qué parte sea.

Tan férvido se muestra el mar airado,



Que el cielo no se ve, la sombra es tanta  
Que con ella la noche se ha doblado.

De un torbellino de agua tal que espanta,  
El gobernalle y mástil del navío  
Se destroza, destruye y se quebranta.

El agua poderosa con su brío,  
Y como vencedora se apodera  
Tomando posesión del poderío;

Entrando cantidad de tal manera  
Como si Atho y Pindo se arrancara  
Y alguno en el mar alto los hundiera

En la galera rota, que no para  
Del peso grande y golpe compelida,  
Contra quien resistencia no bastara,

Hasta verse en el agua sumergida  
Con quien gran parte fué de los varones  
Las penas concluyendo con la vida.

Mas otros, agarrados á tablones,  
Procuran escapar de aquella vía,  
Del agua, y sus angustias y aflicciones.

Y Ceix, con la mano que solía  
Tener el real cetro, tiene agora  
La parte de la nave que podía.

Favor de suegro y padre en vano implora,  
Y, mientras nada, siempre va nombrando  
A Alcione su mujer y su señora.

En ella va continuo imaginando,  
Deséase ahogar en su presencia,  
Y estálo á las honduras suplicando.

Y en tanto que la mar le da licencia  
Y puede respirar, su nombre nombra,  
Haciéndole las aguas resistencia.

Estando en esto, veis aquí le asombra  
Un arco de agua negro, y le ha sumido  
Su vida convirtiendo en leve sombra.

Tal noche se ha el Lucero obscurecido

Que no le conocieras desque muerto  
 En el profundo mar al hijo vido.

Dejara si pudiera el cielo cierto,  
 Y no pudiendo, su luciente cara  
 Con muy espesas nubes ha cubierto.

De tanta desventura más que ignara  
 Alcione, con las noches tiene cuenta,  
 Y de contar momentos nunca para.

Vestidos apareja muy contenta  
 A su marido, el cual en breve espera,  
 Y para sí, que ya le representa

Venido vanamente, de manera  
 Que en suplicar los Dioses se entretiene,  
 Entre los cuales Juno es la primera.

Por el marido ruega que no tiene,  
 Que fuese y que tornase sin disgusto  
 Y firme en su afición, como conviene,

Sin la trocar por otra, y era justo,  
 Y a questo solamente la podía  
 Acaecer entonces á su gusto.

La Diosa tanto tiempo no quería  
 Sufrir por un ya muerto ser rogada (1),  
 En quien merced de vida no cabia,  
 Y dijo de esta suerte á su criada:

«Al palacio real del Sueño parte,  
 Fidelísima Iris, prestamente,  
 Y manda al Sueño luego de mi parte  
 Envíe un su criado diligente  
 A Alcione, que en sueños de tal arte  
 De Ceix el suceso represente,

---

(1) Considerábase profanación de un altar acercarse á él sin haberse purificado después de la muerte de un pariente ó del esposo.

La muerte suya y el naufragio cierto,  
Que cese su esperar á quien ya es muerto.»

Aquello dicho, Iris ha partido,  
Haciendo un arco hermoso en todo el cielo;  
De mil colores era su vestido.

A casa va del Sueño en solo un vuelo,  
Estaba edificado su aposento  
En un sombrío y nubiloso suelo,  
Vecino á los Cimerios, cuyo asiento  
Es una cueva obscura, ó socavado  
Monte, do luz no había ni un momento.

Allá en lo más secreto y apartado,  
La cámara es del flojo y torpe Sueño,  
Flemático, soez, desaliñado.

El aire allí continuo está con ceño,  
De nieblas y tinieblas proveído  
Que el aposento hacen cual su dueño.

El claro Febo allí no es admitido,  
Ni cuando sale ó pára en Occidente,  
Ni cuando está empinado y más subido.

Obscuridad y nieblas juntamente  
Exhalan de la tierra lubricana,  
De luz dudosa y no bien evidente.

No hay gallo allí que llame á la Mañana,  
Ni se oirá de perros un ladrido,  
Que suelen ser solícitos de gana.

Ni el ánsar más sagaz con su graznido  
Interrumpe el silencio ni el contento  
Del plácido señor allí dormido.

No fierá, no ganado ó movimiento  
De ramos ó arboledas conmovidas  
Al dulce resonar del leve viento,

Ni las humanas lenguas sacudidas  
Intentas en reñir, y agravio puro,  
Adonde el Sueño mora son oídas.



Habita allí el sosiego muy seguro,  
Y aunque es verdad que sale un río Letheo  
Del más bajero asiento y canto duro,  
Corriendo sobre guijas, yo bien creo  
Que el agua y su blandísimo sonido  
A todos de dormir pondrá deseo.

Fecundas dormideras han crecido  
Delante de la puerta de la cueva,  
Y otras hierbas sin número sabido,  
De la leche de quien escoge, y lleva  
La Noche el dulce sueño que reparte  
Por la sombría tierra, y de él la ceba.

Y porque alguna puerta no sea parte,  
Haciendo con el quicio algún sonido,  
Para romper el sueño de algún arte,

No la hay en el palacio, ni ha querido  
Portero que guardando se consuma,  
Por evitar razones y rúido.

La cámara es de ébano, y de pluma  
En medio de ella está una cama hecha,  
De mantas negras y blandura suma.

En ella el mismo Dios del sueño se echa,  
Con miembros cuan sin fuerza y descuidados,  
Ajenos de congoja y de sospecha.

Alrededor de quien están echados  
Los vanos Sueños, con figuras cuantas  
Se puede imaginar representados.

Que ni en la mies aristas, ni en las plantas  
Hay hojas que á su número se igualen,  
Ni el mar profundo arroja arenas tantas.

Entró la virgen, y á su encuentro salen  
Mil Sueños, que ella ojea con la mano,  
Que contra sus reveses no se valen.

De su vestido ilustre y soberano  
Resplandeció el palacio consagrado,  
Y el Sueño, más pesado que liviano,

Apenas ha los ojos levantado  
 Una vez, y otra vez tocando el pecho  
 Con la prolija barba, adormentado.  
 Sacudirse intentando con despecho  
 A sí de sí, despierto en fin del todo,  
 La dijo: «¿Soy en algo de provecho?»  
 Estando recostado sobre el codo.

«Sueño el más apacible de los Dioses,  
 Sosiego de las cosas, paz del alma,  
 De quien (porque á tu gusto más reposes)  
 Huye el cuidado; á quien se debe palma  
 Del descansar, y es bien que decir oses  
 Que de los trabajados eres calma  
 (Replicó ella), pues que les amparas,  
 Y para más trabajo los reparas.

»Mandarás á los Sueños, cuyo oficio  
 Es imitar las formas verdaderas,  
 Que á Trachis vayan y usen su ejercicio,  
 Manifestando á Alcione muy de veras  
 A su marido Ceix, sin jüicio  
 Anegado en las ondas sordas, fieras.  
 Si me preguntas cómo te importuno,  
 Responderéte que lo manda Juno.»

Notificado al Sueño el mandamiento,  
 Se parte Iris, porque no podía  
 Resistir al espíritu soñoliento.

Y cuando vió que casi se dormía,  
 Huyendo por el arco por do vino,  
 Al cristalino cielo se subía.

El Sueño, padre grave y rey divino,  
 Un oficial de mil ha despertado  
 Al propio para hacer lo que convino.

El nombre suyo es Morfeo (1), bien cursado  
 En imitar los pasos y semblante,  
 Vestido y voz de aquel que le es mandado.

Y en las razones es muy semejante  
 A quien imita, y trata solamente  
 De hombres, sin meterse en lo restante.

Mas otro en fiera, en ave y en serpiente  
 Se torna, al cual los Dioses han llamado  
 Icelón, y Fobétora la gente (2).

De otra arte es el tercero, que mudado  
 En tierra, en piedra, en agua y viga ha sido  
 En fin, en lo que de alma está privado.

Fantaseos (3) es de aqueste el apellido,  
 Los cuales solos tres á capitanes

Y reyes, cuando está cualquier dormido,  
 Se manifiestan. Pero á ganapanes

Y gente popular, los Sueños vanos  
 Que restan, representan sus afanes.

A Morfeo, en fin, de todos los hermanos  
 Escoge el viejo Sueño, cometiendo  
 El mandamiento de Iris en sus manos.

Y á su cama blandísima volviendo,  
 De nuevo se adormece dulcemente;  
 El otro va volando sin estruendo

Por entre las tinieblas, y se siente  
 Llegado ya á Trachina, do dejando  
 Las alas, se transforma de repente

En Ceix, y mudado, demostrando  
 El gesto verdinegro semejante

---

(1) Morfeo, hijo de Sueño y de la Noche, era el primero de los Sueños pero no el dios del sueño, como se ha dicho con frecuencia.

(2) Icelon, en griego significa que imita las figuras, y Phobetor que espanta.

(3) Phantasos, en griego significa que hace imaginar.



A muerte, sin vestido, como cuando  
 El triste se ahogó, paró delante  
 La cama do dormía la cuitada  
 De su mujer, y porque más se espante,  
 La barba parecía rociada,  
 Y la cabeza suya goteando,  
 Del agua de que está muy empapada.  
 Sobre la cama de esta forma estando,  
 Con agrio lloro lágrimas vertía,  
 Las cárdenas mejillas rociando  
 Con ellas, y á la Reina así decía:

«Oh miserabilísima señora,  
 ¿Conóceme, mujer, ó el hado fuerte  
 Me transformó la cara? Mira agora  
 Si aquel tu Ceix soy, que por mi suerte  
 En truco del marido que te adora,  
 Hallaras sombra del que con la muerte  
 Tus ruegos tan continuos no valieron,  
 Pues de ella defenderme no pudieron.

»Muerto soy ya; no creas al deseo  
 Ni á la esperanza vana, porque sabe  
 Que destrozó en el hondo mar Egeo  
 El nubiloso Ábrego mi nave.  
 Las olas una á una, y mil arreo,  
 Entraron por mi boca, que el süave  
 Y amado nombre tuyo allí nombraba,  
 Que tu favor en vano yo imploraba.

»No es el autor de la funesta nueva  
 Dudoso, ni oyes cuentos de camino.  
 Yo mismo te lo digo, que á la prueba  
 Estar del mar airado me convino.  
 Levántate á llorar, bien es te mueva  
 A llanto el hado inicuo, tan malino.

Pon luto; no permitas que yo muera  
Sin lloro tuyo y pena lastimera.»

A tal razonamiento fué añadido  
Semblante y voz por Morfeo, de manera  
Que creyó cierto ser de su marido.

Y parecía su ansia verdadera,  
Y lágrimas ardientes, y aun el gesto  
De manos, mientras habla suyo era.

Alción gimió, oído aquesto  
Dormida, echó los brazos, no halló nada,  
Que la triste visión huyó de presto.

«Espera (dijo á gritos la cuitada),  
¿Adónde vas? partamos juntamente,  
Que no quiero quedar desamparada.

La forma del marido, y lo que siente  
La despertó, miró si le veía  
(Que luz había metido ya su gente);

Mas desque no halló lo que quería,  
Heríase en la cara con despecho,  
Rasgando los vestidos que tenía.

Y dándose de golpes en el pecho,  
De las madejas de oro no se cura,  
Antes también allí lo mismo ha hecho.

Al ama (que del llanto y pena dura  
Pregunta, y de la ver así moría)  
Cual verdadera tonta y loca pura,  
Diciendo de esta forma respondía:

«Alción se acabó, ya no hay ninguna  
Alción, que murió con su marido.

Deja el consuelo, nadie sea importuna  
Al ánimo penado y afligido.

Mi bien quedó en la mar, cruel fortuna;  
Yo le ví, yo he sus manos conocido.  
Partiéndose, tenerle yo quisiera;

Su sombra tuve, cuya verdadera.

»No fué fantasma ó sueño lo que he vido,  
Su sombra misma vi, yo le vi cierto;  
Mas no con aquel rostro esclarecido  
Y acostumbrado, no, sino de muerto.  
Desnudo estuvo aquí, descolorido,  
El cabello mojado, y aun por cierto  
Que es este mismo el sitio donde estaba,  
(Y si señal dejado había, buscaba).

»Aquesto era mi bien, lo que temía,  
Y lo que el alma mía adivinaba  
Cuando dejar mi amada compañía,  
Tomando la del viento, te estorbaba.  
Y cierto en aquel punto yo quería  
(Pues yéndote tu vida se acababa)  
Contigo me llevaras, y tal hecho  
Me fuera grandemente de provecho.

»Porque sin tí momento no viviera,  
Ni muerte padeciera diferente.  
Ausente tú, mi pena es muerte fiera,  
La mar me anega ahora estando ausente.  
Sin mí te tiene el agua, y yo me muera  
Con muerte más cruel extrañamente,  
Que el piélago nos fué, si más viviere  
Ó á tal dolor un punto resistiere.

»No se dirá de mí que te he dejado;  
Mi parte quiero yo de tu ventura.  
El epitafio nos habrá juntado,  
Pues no lo pudo hacer la sepultura.  
Los huesos apartó el inicuo hado,  
Mas juntará los nombres la escritura.»  
Y tras cada palabra que decía,



Sospiraba mil veces y plañía.

Ya era de mañana; sale luego,  
Y al sitio desde do le vió embarcado  
Se torna sin contento y sin sosiego.

Y habiéndose la triste allí parado,  
Mientras decía: «en este mismo suelo  
A mi marido y bien tuve abrazado.

Aquí se despidió, y al leve vuelo  
Soltó la nave», y mientras que notaba  
Lo que pasó con sumo desconsuelo,

Miró el furioso mar, vió que bajaba  
Por él un no sé qué, que parecía  
Ser cuerpo, y al principio se dudaba

Lo que era; mas al fin, ya que venía  
Más cerca, aunque estaba bien distante,  
Que fuese cuerpo muerto conocía,

Y náufrago; mas viéndose ignorante  
Quién era, del agüero conmovida,  
De lágrimas piadosas fué abundante,

Y dijo: «Desdichada fue nacida  
Tu mujer, si la tienes, oh cuitado,  
Que acabaste en el mar la triste vida.»

Más cerca con las olas allegado  
El cuerpo, cuanto más le está mirando,  
Más fuera de jüicio se ha quedado.

Y á la ribera misma ya llegando  
Que puede conocerse, vido que era  
Su Ceix, y al momento lamentando,

Diciendo: «Éste es», con rabia fiera  
La cara, y el cabello, y el vestido  
Destroza, cuan furiosa lastimera.

Y las temblantes manos ha extendido  
A Ceix muerto, y dice de esta suerte:  
«¿A mí volveis, carísimo marido?»

De cal y canto hecho estaba un fuerte

Cercano al agua, cuya furia y ola  
Se quiebra en él, y en mansa se convierte.

Aquí se sube, y harto fué que sola  
Pudiese; mas no fué, porque volaba,  
Y con las nuevas alas con que vola,

Las enemigas aguas apretaba,  
Y en ave miserable convertida,  
Un llanto con el pico comenzaba

A do su queja está bien conocida.  
Mas ya que el mundo cuerpo muerto toca,  
Con las recientes alas á él asida,

Hizo el oficio el pico de la boca,  
Porque besó mil veces al marido,  
De donde no ha nacido duda poca.

Que el pueblo no sabía si conmovido  
El cuerpo, de las olas se movía,  
Ó porque realmente lo ha sentido.

Mas verdaderamente lo sentía,  
Que la misericordia soberana  
A cada uno en ave convertía.

Y aun entonces se amaron tan de gana,  
Que la matrimonial fe que tenían,  
En aves transformados quedó sana.

A su tiempo se juntan, juntos crían  
En el invierno, y días sosegados  
Sobre el mar, de quien algo ya se fian,

Pendientes nidos forjan, y contados  
Siete continuos días está echada  
Alción en sus huevos muy amados.

La vía por la mar es sosegada  
Entonces, que en el piélago espumoso  
Al viento la licencia le es negada

Por Eolo, solícito y ganoso  
De regalar los nietos, procurando  
Que en aquel tiempo gocen de reposo.

Algún anciano que los vió volando

Sobre las anchas aguas, su fe pura  
 Y amor sincero está solemnizando.  
 Y alguno cerca de él, ó por ventura  
 El mismo, de otro caso contaría,  
 Hallando en los oyentes coyuntura,  
 Y puédesse creer que así diría:

«Este que veis tocar el mar furioso  
 Con piernas encogidas (enseñando  
 El cuervo, cuyo cuello es espacioso,  
 Que á dicha por allí pasó volando),  
 Sabed que es de linaje generoso,  
 De reyes descendiente, que contando  
 Por orden hasta él, se verá claro  
 Su tronco ser ilustre y muy preclaro (1).

»Asaraco, con Ilo, y el robado  
 De Jove Ganimede, y el anciano  
 Laomedonte, con Priamo desdichado,  
 Que vió la fin del nombre y ser Troyano,  
 De aqueste son principio sublimado,  
 Que de Héctor valeroso ha sido hermano;  
 El cual, si en tierna edad no feneciera,  
 No menos fama que Héctor mereciera.

»Si en la virtud pasar más adelante  
 A éste el hado inicuo concediera,  
 Aunque era Héctor nieto de Dimante,  
 En armas más nombrado no se viera.  
 En Ida, de mil sombras abundante,  
 Se dice que Alixothoe le pariera,

---

(1) Esaco, héroe de esta fábula, fué hijo de Priamo, rey de Troya, y de la ninfa Alixothoe, y hermano bastardo de Héctor.



Sobre una horquilla flaca recostada,  
Y fué generación medio hurtada.

»La ciudad y palacio aborrecía,  
Los montes escogiendo por de porte;  
Y en los secretos campos (do vivía  
Sin ambición) gozaba su consorte.  
Y muy contadas veces acudía  
A los corrillos vanos de la corte;  
Mas no por eso resistencia ha hecho,  
Al tierno Amor en su no agreste pecho.

»Por las umbrosas selvas ha seguido  
Mil veces (pero poco aprovechando)  
A Heperie, que á la orilla agora vido  
De Cebrinis su padre, al sol secando  
El cabello en los hombros esparcido;  
Vista, huyó cual cierva suele cuando  
El lobo carnicero la persigue,  
Ó ánade al halcón que más la sigue.

»Cual ánade cogida en escampado,  
Lejos del agua, huye presurosa  
Del pájaro ligero acelerado,  
Que con vuelo prestísimo la acosa,  
Huye. Mas el Troyano apresurado,  
Siguiéndola, ni para ni reposa;  
A ella el miedo hace correr presta,  
A él Amor sus mismas alas presta.

»Y mientras va huyendo diligente  
La Ninfa, y el varón la va acosando,  
Entre la hierba estaba una serpiente  
Que la picó en un pie, y en él dejando  
La ponzoña maligna y pestilente,  
El resto de su cuerpo inficionando,

La vida y la corrida cesó, junto  
Con el contento de Esaco en un punto.

»Abrazando su dama (ya sin vida,  
Como él sin seso) á gritos la decía:  
«Corrido quedaré de la corrida,  
»Mas no temí yo tal, señora mía.  
»Querer vencerte como estás vencida,  
»Fuera tratar hacerte alevosía.  
»La víbora y yo mismo te acabamos,  
»Juntos los dos, señora, te matamos.

»Hirióte la culebra, mas yo he sido  
»La causa miserable de ofenderte.  
»Yo más traidor, yo soy el fementido,  
»Mas yo lo enmendaré de alguna suerte.  
»Pagar quiero el delito cometido,  
»Tu muerte consolando con mi inuerte.»  
Así diciendo, de un peñón bien alto  
Hizo en la mar un peligroso salto.

»De la caída grave fuera muerto,  
Si la piadosa Tetis consintiera,  
Que con blandura grande y gran concierto,  
Nadando, le sustenta que no muera.  
De plumas al momento le ha cubierto,  
Y no se le cumplió lo que él quisiera;  
Está el amante de vivir mohino,  
Y el alma que al salir no halló camino.

»Y con las nuevas alas recibidas,  
En vuelo se levanta y va hacia arriba,  
Y en este mismo punto recogidas,  
Caer se deja sobre el agua esquivá.  
Su gusto es reiterar cien mil caídas;  
No bastan, que la pluma le es nociva;

---

Enójase y chapúzase de suerte,  
Que nunca cesa de buscar la muerte.

»Amor la causa fué de su flaqueza,  
Y el mismo las canillas le ha alargado;  
Es su cerviz muy larga, y la cabeza  
De quien el cuerpo está bien apartado.  
La mar es su contento, y su riqueza,  
En ella gusta verse chapuzado,  
De donde el nombre dicen que le vino  
Porque se hunde en ella de contino.

---



---

## LIBRO DUODÉCIMO.

---

Ignorando que Ésaco vivía  
En cuervo convertido, sentimiento  
Tiernísimo el rey Príamo hacía.

Exequias vanas, vano enterramiento,  
Con los hermanos Héctor celebraba,  
Ajenos de alegría y de contento.

Excepto Paris, que éste ausente estaba,  
El cual (ya concluída la jornada,  
Que del oficio triste le excusaba)

A Troya trajo á Helena robada,  
Y guerra tan terrible como ciega,  
Cruel y peligrosa y porfiada.

Pesó la injuria tanto, á tanto llega,  
Que van tras él mil naves conjuradas,  
Y la comunidad de gente griega.

Sus voluntades fueran bien vengadas,  
Y presto, si los vientos no impidieran  
Las aguas que no fuesen navegadas.

Y en tierra de Beocia no estuvieran  
En la piscosa Aulide detenidas  
Las naves, que de buena gana fueran.

Adonde cuando andaban embebidas  
Las gentes conservando su costumbre,  
Sacrificando á Jove, ya encendidas

Las velas en el fuego y santa lumbre,  
En el antiguo altar, esclarecido  
Con ella, vió trepar la muchedumbre

De Griegos un ladrón, y ya subido  
Por un plátano arriba allí cercano,  
En la cima del cual estaba un nido  
Con ocho pajarillos. El tirano  
Comiólos con la madre, que volaba  
En torno al mismo daño suyo llano.

La novedad á todos admiraba,  
Mas Calchas (1), prudentísimo agorero,  
De esta manera á los demás hablaba:

«Sin duda venceremos, yo lo espero;  
Tomad contento, Griegos valerosos;  
Empero no está cerca el paradero.»

Y de los nueve pájaros penosos  
Sacó la duración de la batalla,  
En otros tantos años trabajosos.

El dragón enroscado, cual se halla  
Entre los verdes ramos se hace canto  
Su imagen, pero pudo conservalla.

El odio de Nereo dura tanto,  
Que no deja pasar la furia griega  
En Troya, do causó terrible espanto.

Y aun pensamiento de hombres hay que llega  
A creer que Neptuno se remira  
En defender su muro, lo cual niega

El hijo de Testoro, ni suspira

---

(1) Calchas, hijo de Thestor, era un adivino rival de Mopso. Después del saqueo de Troya, fijó su residencia en Colophon, en la Jonia, donde murió de desesperación por haberle vencido en su arte Mopso.

Por no decir lo que tenía sabido;  
Mas antes publicaba que la ira  
De la injuriada virgen (que había sido  
De tal estorbo causa) cesaría  
Con sangre de otra virgen ofrecido.  
El rey (en cuanto tal) anteponía  
A lo que en cuanto padre deseaba  
Lo que la causa pública pedía.  
Vencida la piedad, y ya que estaba  
Para ser Ifigenia degollada,  
Y cada cual ministro suspiraba,  
Ante el ara que estaba aparejada,  
La Diosa fué vencida, y arrojando  
Una nube en sus ojos, fué sacada  
De entre los que en el templo están orando,  
Y el sacerdote que hace el santo oficio,  
Micénida, una cierva allí dejando.  
Pues ya que con decente sacrificio  
Aplacada Diana, y juntamente  
Su ira y la del mar entró en su quicio,  
Mil naves recibieron de repente  
El viento en popa, y por el mar profundo  
Surcando, en Frigia entró la griega gente.  
Hay un lugar. En medio está del mundo,  
Entre la tierra dura y la marina,  
Y el cielo, cuyo ser es tan jocundo.  
El cual con todos tres así confina,  
Que se oye y ve de allí lo dicho y hecho  
En todo el universo muy afna.  
La Fama habita en él, la cual ha hecho  
En la más alta torre su aposento,  
Con mil luceras horadando el techo.  
Entradas tiene tantas que no hay cuento,  
Sin puertas, que cualquiera muy sin pena  
De día y noche entre á su contento.  
Es toda de metal y toda suena,



Habiendo lo que oye referido,  
De descanso y silencio siempre ajena.

No con clamor tampoco, mas rüido  
Pequeño, cual del mar no muy airado,  
Desde algo lejos suele ser oído.

Ó como en el negrísimo nublado,  
Cuando le aprieta la superna mano,  
Del fin del bravo trueno ha resultado.

En el zaguán pasean mano á mano  
La turba popular de servidores.  
Yendo y viniendo el vulgo tonto y vano,

Mentiras y verdades con rumores  
Confusos y mezclados, murmurando  
Por el portal y patio y corredores,

De mil en mil veréis andar vagando,  
Y de éstos las orejas de cualquiera,  
Los unos hinchen sin cesar hablando.

Mas otros en contar de otra manera  
Lo que han oído siempre se ejercitan,  
Y lo que fingen crece, que á lo que era

Continuamente añaden y no quitan.  
Aquí de camarada y compañía,  
Creer ligero y loco error habitan.

El desmayado miedo, el alegría  
Sin peso vive allí, con el rüido  
Reciente y la dudosa parlería.

La misma Fama con atento oído  
Y con alertos ojos, está presta  
Para inquirir lo hecho y sucedido

En todo el mundo, y por aviso d ésta  
Se supo que la armada ya llegaba  
De Grecia, y gente en ella bien apuesta.

El enemigo apercebido estaba,  
Y haciendo cada cual como valiente,  
El paso de los Griegos se estorbaba,

Y en la primer refriega fatalmente,

Prothesilao, (1) caíste traspasado  
 Con el asta de Héctor excelente.  
 Y perderte, á los Griegos ha costado  
 Caro, por conocer á los valientes  
 De Troya, y á Héctor, de ánimo esforzado,  
 Ni el gran valor y fuerzas excelentes  
 De las grecianas diestras fué sabido  
 Con poca sangre de las frigias gentes.  
 Ya la ribera en sangre se ha teñido;  
 Ya Cisne, de Neptuno procreado,  
 Mil hombres á la muerte había traído;  
 Ya el carro está de Aquiles preparado,  
 Y él mismo con su lanza destruía  
 A los Troyanos de uno y otro lado,  
 Y por los escuadrones inquiría  
 A Cisne ó Héctor. Porque escrito estaba  
 Que éste el año deceno moriría.  
 Con Cisne se encontró, ya enderezaba  
 Su coche al enemigo bravo y fuerte,  
 Y hablando desta forma comenzaba:  
 «Quienquiera que tú seas, buena suerte  
 Será la tuya, oh mozo, pues el griego  
 Aquiles te honrará con darte muerte.»  
 A la voz se siguió la lanza luego,  
 Mas aunque no hubo error en la herida,  
 El hierro no le dió desasosiego;  
 Y como con la punta rebatida  
 El pecho atormentó tan solamente,  
 Sin le quitar (como pensó) la vida,  
 Estábase admirando el muy valiente

---

(1) El oráculo había anunciado que el primer guerrero que pisara la tierra de Troya caería inmediatamente muerto. Prothesilao, hijo de Iphico y padre de Alcimedes, madre de Jason, sacrificó su vida saltando el primero á la playa. Al saberlo su mujer, Saodamia, desesperada, se mató.

Aquiles, á quien Cisne, respondiéndole,  
 La causa le descubre de repente  
 De no poder herirle, así diciendo:

«¿De qué te espantas, hijo de la Diosa  
 (Que ya tu fama te hace conocido),  
 Si con herida tal y tan furiosa  
 Me ves sin sangre, sano y no herido?  
 El yeimo y el escudo no de cosa  
 Me sirven más que adorno, y he seguido  
 El orden y costumbre, en esta parte,  
 Que suele cuando se arma el fiero Marte.

»Cese el oficio del acero y malla,  
 Que con la gracia sola que poseo,  
 Sin herida saldré de la batalla.  
 Mas algo es ser, no nieto de Nereo,  
 Sino hijo de aquel en quien se halla  
 Gobierno á todo el mar, quien el deseo  
 Modera de los Dioses y las Ninfas  
 Que habitan en las transparentes linfas.»

A questo dicho, Cisne muy gallardo  
 Con la presteza misma que de un trueno,  
 Al valeroso Aquiles tiró un dardo.

Pasó el acero del escudo bueno  
 Con nueve dobles de taurino cuero,  
 Mas su furor detuvo en el deceno.

Sufriólo el animoso caballero,  
 Y vuelve á herir á Cisne con su lanza  
 De aquella misma forma que primero.

No hizo en él herida ni mundanza,  
 Ni la tercera vez, aunque pretende  
 Herirle con grandísima pujanza.

De ver lo cual, en ira así se enciende  
 Cual suele hacer el toro agarrochado



En el abierto coso, cuando entiende  
 Que ha su furor en vano ejecutado  
 Contra la musaraña arremetiendo,  
 Que suele ser de paño colorado.

Mirando con cuidado, y advirtiendo  
 Si el hierro de la lanza se ha caído,  
 Y visto que le tiene, así diciendo  
 Contra sí mismo estaba embravecido:

«¿Así que la flaqueza está en mi diestra,  
 Y pierde en éste sólo aquel exceso  
 De fuerzas en que siempre ha sido diestra?  
 Porque hasta agora fuélo, y del proceso  
 De ésta verdad (á mi pensar) di muestra  
 Cuando deshice el muro de Lirneso (1),  
 Ó á Thebas de Ethión dejé sangrienta,  
 Haciendo á Thenedón la misma afrenta.

»Ó cuando con mi fuerza y gran pujanza,  
 De sangre popular ensangrentado,  
 Corrió Cayco, y mi terrible lanza  
 En Thelefo dos veces he empleado (2).  
 Pues diestra que tal brío y fuerza alcanza  
 Cuanto en esta ribera se ha mostrado,  
 Donde á tantos varones di la muerte,  
 Ha siempre sido y es agora fuerte.»

(1) Lirneso era una ciudad de la Mysia, junto al Eveno, que tomó y saqueó Aquiles, cautivando en ella á Briseis.

(2) Telepho, hijo de Hércules, era rey de Mysia. Al marchar los griegos contra Troya invadieron la Mysia, y en un combate hirió Aquiles con su lanza á Telepho. Consultado el oráculo para saber si la herida era mortal, contestó que sólo podía curarla la misma arma que la había ocasionado. Fue entonces Telepho al campamento de los griegos suplicando el remedio, y Aquiles le curó aplicando á la herida el cuento de su lanza.

Así diciendo, como si no fuera  
La lanza acreditada con lo hecho,  
Contra un Nemetes, que de Licia era,  
La arroja, y la loriga con el pecho  
Le pasa, y ya que estaba perneando  
En el sangriento suelo á su despecho,  
Sacó la misma lanza vaheando  
De la caliente herida prestamente,  
Y así consigo estaba razonando:  
«Esta es mi mano; yo vencí al presente  
Con esta lanza, y de ésta misma quiero  
Usar con el que tengo aquí presente;  
»Y plegue Dios suceda lo que espero.»  
Diciendo de ésta suerte á Cisne tira,  
Y el tiro no fué menos que certero.  
El hombro izquierdo recibió su ira,  
Sonó como si diera en algún canto,  
Y resultó de allí como una vira.  
Mas donde el golpe fué, quedó algún tanto  
De sangre señalado, y ya contento  
Aquiles vanamente tanto, cuanto  
El alegría no duró un momento,  
Que aquella sangre era de Nemetes;  
De ver lo cual quedó como sin tiento.  
Del alto carro baja y arremete  
Al enemigo suyo, bien seguro,  
Y con espada blanca le acomete,  
Al filo de la cual no estaba duro  
El acerado arnés, y vió embotarse  
Dando en su carne cual si diera en muro.  
No pudo el bravo Griego comportarse,  
Y dióle tres ó cuatro cuchilladas  
En el frontero rostro, ni apartarse  
Le deja con el pomo, y á puñadas  
En las hundidas sienes le va dando,  
Siguiendo muy de veras sus pisadas.

El enemigo vase retirando,  
Aquiles le persigue, turba y trata  
De suerte que lugar aun no le dando  
De descansar, al triste así maltrata,  
Que atónito le deja y sin sentido  
Y toda su braveza desbarata.

Entonces con sus ojos sólo vido  
Tinieblas, y medroso reculando,  
Estropezó en un canto y ha caído.

Y boca arriba el miserable estando,  
El fuerte Aquiles, bravo, fiero y crudo,  
Saltó sobre él, su cuerpo rodeando,

Y de rodillas puesto, como pudo  
Le aprieta con la tierra fría y dura,  
Y le apretó también con el escudo.

Quitado le ha del yelmo el atadura,  
Y su pisado cuello en el momento  
Con ella reciamente atar procura.

No pudo resistir á tal tormento  
La apretada garganta, ni ha podido  
Dar más lugar á su vital aliento.

Trataba despojar al ya vencido;  
Las armas solas halla, porque el hombre  
Había ya el dios Neptuno convertido

En ave blanca de su mismo nombre,  
Trabajo que causó por varias vías  
Al valeroso Aquiles gran renombre.

Fué causa que cesase muchos días  
La guerra, con descanso de ambas partes  
Y cuidado mayor de las espías.

Y mientras los troyanos baluartes  
La veladora guarda cuidadosa,  
Remira, vela, guarda, y de sus artes

Usando, con cualquier reparo ó fosa,  
De que está defendido el campo griego,  
La veladora guarda no reposa.



Llegó un festivo día, que fué luego  
Sacrificando á Palas celebrado  
Con oración devota y manso ruego  
Del victorioso Aquiles, que ha tratado  
Matar una becerra en su servicio,  
Y en el altar y fuego consagrado  
Ya puesto lo decente al sacrificio,  
Y penetrando el cielo de tal arte  
El grato olor á Dios que el sacro oficio  
Llevó lo que le cupo, la otra parte  
Quedó para la mesa reservada  
Y gente aficionada al fiero Marte,  
Que estando de varones rodeada  
Se hartaron todos ellos cual convino  
De carne de ternera bien asada.

Y aliviando el cuidado y sed con vino,  
Ni cítaras, ni gaitas, ni canciones  
Su ánimo apetece peregrino.

La noche empero gastan en razones,  
Hallando en la virtud, á lo que digo,  
De platicar materia y ocasiones.

Refieren el valor del enemigo  
Y el suyo, cada uno presentando  
Su riesgo y su suceso por testigo;

Y todos sus peligros recontando,  
Su acometer, su resistir valiente,  
Se estaban grandemente recreando.

Mas ¿qué diría Aquiles excelente?  
Ó por mejor decir, ¿qué se diría  
El grande Aquiles siendo presidente?

Lo más que se trataba y se decía,  
Era de la batalla peligrosa  
Do fué vencido Cisne poco hacia.

Y estimaban por cosa milagrosa  
El no poder con armas ser herido,  
Y que embotase el hierro, rara cosa.

Aquesto á Aquiles, esto ha parecido  
A todo el campo griego, cosa brava,  
Y como de esta suerte estarles vido,  
Así el anciano Néstor comenzaba:

«En vuestra edad jamás se vió ninguno,  
Excepto Cisne, ser del hierro exento,  
Con quien herir de lanza ó golpe alguno  
No fueron de provecho ni momento;  
Empero en otro tiempo yo ví uno,  
Natural de Perrhebo, que era viento  
Herirle, porque el cuerpo resistía  
A todo hierro, y Ceneo (1) se decía.

»A mil heridas Ceneo no mudaba  
Semblante, que ninguna no le daña,  
Y con sus hechos, claro, se holgaba  
En Otris, famosísima montaña.  
Y porque la virtud de que gozaba  
Tenida fuese en él por más extraña,  
Negocio fué certísimo y sabido  
Haber, cuando nació, mujer nacido.»

Con tal monstruosidad la griega gente  
Se mueve, y con instancia le pedía  
Cualquiera por extenso se lo cuente,  
Y Aquiles entre todos le decía:

«Decid, pues en decir sois tal maestro,  
Oh viejo tan facundo como justo,  
Prudencia y discreción del siglo nuestro,

---

(1) Cenis, hija de Elato, cuya doble metamorfosis se refiere en este libro, convertida en hombre, formó parte, con el nombre de Ceneo, de la expedición de los Argonautas.

Que todos oïremos con gran gusto.  
 ¿Quién fué Ceneo? ¿cómo fué tan diestro  
 Que se volvió de hembra hombre robusto?  
 ¿En qué guerra lo habéis vos conocido?  
 ¿Quién fué el que le venció, si fué vencido?\*

Entonces el buen Néstor respondía  
 Al animoso mozo, como cuerdo:  
 «Aunque me estorbe la vejez tardía,  
 Y la memoria de mil cosas pierdo,  
 Notables, que yo vi en la niñez mía,  
 Con todo, de las más muy bien me acuerdo,  
 Y de ninguna tanto en cuanto he hecho,  
 Cuanto de ésta, que fija está en mi pecho.

»En paz ni guerra hice cosa alguna  
 Que tanto conservase en la memoria;  
 Y si hay alguno en bajo de la Luna  
 Que pueda dar razón de alguna historia,  
 Yo soy, por mi vejez tan importuna,  
 A todos manifiesta y bien notoria,  
 Pues he doscientos años, y viviendo,  
 Voy por el tercer siglo discurriendo.

»La virgen Cenis, hija de Elateo,  
 Entre las de Thesalia fué más bella.  
 En las ciudades próximas deseo,  
 Y aun en las tuyas (que de allí era ella,  
 Aquiles), de gozar su raro aseo  
 Se vió en mil mozos, que cualquier tenella  
 Por su mujer trataba y pretendía,  
 Mas á ninguno á gusto sucedía.

»Peleo por ventura pretendiera  
 Esposa de belleza tan cumplida,  
 Mas con tu madre ya casado era,



Ó ya le estaba Tetis prometida.  
 Cenis en conclusión vivió soltera,  
 Y en tanto que se andaba embebecida  
 Por las riberas, sola y descuidada,  
 Del Dios del hondo mar se vió forzada.

»Así fué fama, y dicen que Neptuno  
 En pago de la flor que había gozado,  
 La dijo: «Pide don, que á fe ninguno  
 »Que pidas ha de serte denegado.  
 »Tan gran agravio, caso así importuno  
 »(Cenis responde), me han necesitado  
 »A demandar supremo don, y pido  
 »Que más tal cosa no haya padecido.

»No quiera Dios jamás que por mí vea  
 »Pasar lo que ha pasado á mi despecho.  
 »Hazme merced que más mujer no sea,  
 »Y piensa que del mundo me la has hecho.»  
 Al fin de declarar lo que desea,  
 No halló el sonido paso tan estrecho.  
 Que la postrer palabra que decía,  
 Voz de hombre, no de hembra parecía.

»Como lo era, habiendo consentido  
 El Dios del alto mar, con tal intento,  
 Sobre lo cual le ha sido concedido  
 De todo yerro libre ser y exento,  
 Y de ninguna suerte ser herido.  
 Con tal merced se parte bien contento,  
 Y por los campos por do va Peneo,  
 En cosas de varón vivió Ceneo.

»El hijo de Ixión (1), desvergonzado,

(1) El hijo de Ixión y de la Nube era Perithoo, rey de

Libidinoso, tonto y atrevido,  
Con Hipodamia habiéndose casado,  
Los hijos de la Nube había traído  
Á su convite, y hanse ya asentado  
En un lugar umbroso, proveído  
De mesas y manjares y concierto,  
Con frescas ramas de árboles cubierto.

»Allí los de Thesalia principales  
Estaban; yo también me hallé presente;  
Sonaban las trompetas y atabales  
Con otros instrumentos dulcemente  
En el Real banquete, con los cuales  
Cantaban á Himeneo, y ya la gente  
De que venía la virgen rodeada  
De dueñas y doncellas es llegada.

»Venida ya Hipodamia muy hermosa,  
Cualquier juzgaba bienaventurado  
Á Perithoo con tan bella esposa,  
Y casi nos hubimos engañado,  
Porque á ti, Eurito, bestia perniciosa,  
Por crudo entre Centauros señalado,  
La nueva novia te abrasaba el pecho,  
No menos que el buen vino ya había hecho.

»La borrachez de vino y de lujuria  
Con fuerza redoblada reina y crece,  
Y su desenfrenada y loca furia

---

los Lapithas, pueblo de la Tesalia que habitaba á lo largo de las márgenes del Peneo, de donde había arrojado á los Perrhebos. Vencedores de los centauros en el combate que refiere Ovidio, fueron después expulsados por éstos de las orillas del Peneo, refugíandose unos en Malea al sud del Peloponeso, y otros en Pholoe en la Arcadia.

Las mesas derribando se parece.  
 Contúrbase la boda, mas la injuria  
 Mayor en la casada se embravece,  
 Que Eurito del cabello la arrebató,  
 Y cada cual á la que le es más grata.

»La que cada uno puede ó más le agrada,  
 Con ánimo arrebatan inhumano,  
 De llanto de mujeres atronada  
 Está la casa toda, pero en vano.  
 Parecía tal revuelta, retratada  
 Ciudad vencida puesta á sacomano.  
 Levantámonos visto el caso feo,  
 Y el que primero dijo fué Theseo.

«Eurito, ¿qué locura te ha movido  
 »Que á Perithoo ofendas yo viviendo?  
 »¿No ves, desatinado y atrevido,  
 »Que estás en uno á entrambos ofendiendo?»  
 Y porque á su decir se ha ya seguido  
 Obrar proporcional, así diciendo,  
 Apartando la gente que estorbaba,  
 La presa de las manos le quitaba.

»No le replica, pero ¿qué podía  
 Decir que defendiera tan mal hecho?  
 Mas con proterva mano le hería  
 Al vengador la cara y en el pecho.  
 Acaso estaba cerca una bacía,  
 Y no ser lisa fué de gran provecho.  
 Grande era, mas Theseo no repara,  
 Que al Centauro con ella dió en la cara.

»El vino, sesc y sangre juntamente  
 Por boca y por herida vomitaba.  
 Y papó arriba estando, tal se siente,



Que la empapada arena coceaba,  
La muerte de su hermano á la ctra gente  
Bimembre tan de veras inflamaba,  
Que todos por lo mucho que les toca  
«Al arma, al arma» dicen á una boca.

»El vino les anima tan de veras,  
Que en el primer encuentro se arrojaron  
Las copas y los jarros y calderas,  
Los platos y escudillas que hallaron,  
Que agora fueron armas verdaderas  
Las cosas que otro tiempo aprovecharon  
Y habian aprovechado á la contina  
Para banquete y usos de cocina.

»Amico el atrevido fué el primero  
Que los altares de su adorno priva,  
Y arrebatando de un pesado hachero,  
Las hachas y las lámparas derriba.  
Y levantado en alto, crudo y fiero,  
De aquella misma suerte con él iba  
Cual quien novillo á cogotar prepara,  
Y á Celedón Lapita dió en la cara.

»El golpe fué tan bravo, y de manera  
Que abollando los huesos la herida,  
Ninguno el rostro suyo conociera,  
Que al paladar fué la nariz hundida,  
Los ojos le faltaron y mollera;  
Mas él lo pagó presto con la vida,  
Que Belates Peleo le ha herido  
De talle que le deja allí tendido.

»Con un pie de una mesa que ha tomado  
Le dió dos encontrones tan valientes,  
Que cabizbajo se quedó el cuitado,

La sangre vomitando con los dientes.  
Partióse de la vida y fué enviado  
A visitar á las tartáreas gentes,  
Y porque acaso no le resucite,  
Con uno y otro juega de revite,

Grineo, que cercano se ve puesto  
Al encendido altar, y le miraba  
Con semblante terrible y fiero gesto,  
A hablar de ésta manera comenzaba:  
«¿Por qué se pierde agora el uso de ésto?»  
Y aunque el altar es grande y abrasaba,  
El fuego y el altar y todo junto  
A los Lapitas lo tiró en un punto.

»El tiro que tiró tan bien le sale,  
Que á Orión con Brotea deja muerto.  
Orión era hijo de Micalé,  
Tan gran encantadora, que es muy cierto  
Que á la cornuda Luna no la vale  
Tratar de su defensa al descubierto  
Cuando ella encanta, porque á su despecho  
Los cuernos muchas veces la ha deshecho.

«No te irás sin castigo (dicho había  
»Exadio) como tenga yo recado  
»De armas»; y en lugar de ellas venía  
Con un cervino cuerno denodado.  
Dos gajos por los ojos le metía  
Al triste de Grineo desdichado;  
Salió en las puntas de ellos buena parte,  
Y parte por la barba se reparte.

»Acude Rheto, el cual arrebatando  
Del ara un gran tizón bien encendido,  
Y á Charaso con el muy recio dando,

La diestra sien le quiebra y el oido,  
 De las madejas de oro no curando  
 De que adornado estaba y proveido,  
 Que cual si á seca mies pegara fuego,  
 Con tanta llama se encendieron luego.

»Y la quemada sangre así chirría,  
 Que parecía sonido verdadero  
 De hierro albo echado en agua fría  
 Con la tenaza y mano del herrero.  
 De los cabellos yertos sacudía  
 El fuego, y mal herido, no primero  
 Su gran coraje y loca furia doma,  
 Que un gran umbral de puerta á cuestras toma.

»Tomó un umbral de puerta bien pesado,  
 Que era de un carro suficiente carga,  
 Y por su mucho peso fué excusado  
 Al enemigo herir, y se descarga  
 Sobre Comete, amigo desdichado  
 Que estaba cerca, y dióle muerte amarga.  
 Rióse Rheto, y dijo: De tu gente  
 »Plega á Dios cualquier sea tan valiente.»

»Con el medio quemado leño y cuanta  
 Fuerza tenía, renueva la herida,  
 La coronal juntura le quebranta,  
 Rompiéndole los sesos y la vida.  
 Contento con victoria y dicha tanta,  
 Pasó con osadía embravecida  
 A combatir con tres, y se ponía  
 Contra Corito, Ebagro y contra Dría.

»De quienes como fuese ya vencido  
 Corito, que aun apenas tenía bozo:  
 «¡Qué honra (dijo Ebagro) has adquirido



»Con la inmadura muerte de este mozo!»  
Hablar más no le ha Rheto permitido,  
Que con las llamas hizo tal destrozo,  
Que las entró en su boca á su despecho,  
Y el fuego por la boca entró en el pecho.

»Contra tí, crudo Driás, meneaba  
Aquel tizón en torno á tu cabeza.  
A tí persigue, á tí; mas no gozaba  
Suceso cual pensaba su destreza.  
Con tantas muertes Rheto blasonaba,  
Cuando un quemado palo con braveza  
Le clavaste, metiéndole la punta  
Por donde al hombro la cerviz se junta.

»Muy mal herido Rheto está gimiendo  
Del hueso el palo apenas arrancando;  
Bañándose en su sangre va huyendo,  
Y vanle Arneo y Licida imitando.  
En una espalda herido, va haciendo  
Lo mismo Medón; Pisenor, llevando  
A Caumas, en el miedo compañía,  
Con pasos ligerísimos huía.

»Mermero, que en correr había adquirido  
Con todos poco antes gran trofeo,  
Con menos ligereza va herido.  
Valían los pies á Feolo y Menaleo,  
Y á Abbas contra puercos atrevido;  
Astilo el agorero, con deseo  
De persuadir la paz, tomo por medio  
Poner para escaparse tierra en medio.

»El mismo dijo á Neso, que tenía  
Heridas como todos: «Tú no huyas,  
»Que aun no es venido el tiempo ni tu día,

»Aun no han llegado las heridas tuyas.  
»Para la hercúlea fuerza y valentía  
»Te guardas, y las fuerzas bravas tuyas.»  
Mas Licida, Eurinomo y Areo  
Murieron, juntamente con Imbreo.

»Contra los cuales tres valió Driante,  
Hiriendo á tí, Ceneo, aunque huiste,  
Porque entre entrambos ojos poco ante  
Un hierro muy pesado puesto viste.  
Y no pensando verte semejante,  
Herida peligrosa recibiste,  
Pesándote á tí de ello grandemente,  
Do la nariz se pega con la frente.

»Afidias empero estaba echado,  
Las venas de lo mucho que ha bebido,  
Tan llenas que jamás ha despertado  
Con todo aquel estruendo y ruido.  
Más aún, la flaca mano no ha dejado  
El jarro de buen vino proveído;  
Sin defenderse duerme á sueño suelto  
En un pellejo de osa todo envuelto.

»Y como Forbas vió tan descuidada  
Bestiaza sin mover arma ninguna,  
Tomó su dardo, y puesto en la lazada  
El dedo, no perdió tan oportuna  
Sazón, diciendo: «Beberás mezclada  
»Con ese vino la infernal laguna.»  
El hierro por el cuello le clavaba,  
Que acaso boca arriba el tonto estaba.

»La herida fué tan presta y repentina,  
Y en tal lugar, tan fiera, brava y fuerte,  
Que por el sueño y borrachez tan fina,

Se queda muerto sin sentir la muerte.  
La sangre negra de la rota odrina  
Con tanta furia sale y de tal suerte,  
Tan abundantemente y tan apriosa,  
Que en el jarro ha caído y en la mesa.

»Yo ví á Petreo que arrancar quería  
Un roble de la tierra, y porfiaba,  
Y mientras le abrazaba y sacudía,  
Y conseguir su intento procuraba,  
Con no pensada fuerza y gallardía,  
El bravo Perythoo le clavaba  
La lanza, y se quedó cosido el pobre,  
Espalda y pecho con el duro robre.

»Decíase también que había caído  
Por Perythoo Lyco y por su brio.  
Y el mismo Perythoo había vencido  
A Cromis, que quedó tendido y frío.  
Mas nadie de los dos ha engrandecido  
Su título, valor y poderío  
(Aunque ambos á sus manos fenecieron)  
Cuanto Dictis y Helops lo hicieron.

»Porque Helops por la sien con una flecha  
Y con destreza tal quedó clavado,  
Pasando de la izquierda á la derecha,  
Que fué manifestísimo el horado.  
Y mientras, Dictis de la cumbre se echa  
De un arriscado monte, amedrentado  
De Perythoo, al caer quebró un quejigo,  
Rompióse el vientre, dando en él consigo.

»Al punto á le vengar llegó Fereo,  
Y queriendo arrojar del monte un canto,  
Con un bastón de roble el buen Theseo



Le quebró el brazo, que causaba espanto.  
 No hizo de acabarle más meneo,  
 Ni cura dél, ni le vagaba tanto.  
 Tras Bianor, que ancas no sufría,  
 Tiró, y de un salto en ellas se subía.

»Saltó sobre las ancas bravo y presto,  
 Aunque el Centauro va más que de trote,  
 Y en sus costillas la rodilla ha puesto,  
 Y á su mal grado le pagó el escote.  
 De pelo con la izquierda, y en el gesto  
 Con la derecha juega de garrote,  
 Correspondiendo á fieros y amenazas  
 Con le romper la cara á garrotazos.

»Mydimio con Lyceto, gran puntero,  
 Con el bastón nudoso fué tendido,  
 É Hippasón, cuya barba al pecho fiero  
 Bajaba, con Rifeo, que ha vivido  
 En las florestas altas, y el grosero  
 Thereo, que en los montes ha podido  
 Cazar los osos vivos, y solía  
 Traerlos á su casa cada día.

»Demoloon, envidioso del suceso,  
 Al animoso Theseo fué á la mano,  
 Procurando arrancar un pino grueso,  
 Con fuerza no pensada y fiera mano,  
 De un espinal breñoso y muy espeso;  
 Mas no pudiendo hacerlo, el inhumano,  
 Con muy mayor braveza que yo digo,  
 Quebróle y arrojóle al enemigo.

»De la divina Palas avisado  
 (Él mismo lo contaba y lo decía),  
 Con mucha ligereza se ha librado

Del bravo tronconazo que venía.  
Mas no por eso fué mal empleado,  
Que al bien dispuesto Crántor sacudía,  
Y el golpe tal estrago en él ha hecho,  
Que le quitó del cuello el hombro y pecho.

» Aquél, oh Aquiles, escudero ha sido  
Del padre tuyo, á quien le fué dejado  
De Amintor, rey de Dólopas vencido,  
En señas de la paz que le ha otorgado.  
Al cual, como Peleo lejos vido  
Con tal herida muerto, destrozado,  
« Recibe, amado Crántor, porque entiendas  
» Mi voluntad (le dijo), estas ofrendas. »

» Y vuelto á Demoloon, mostró en su lanza  
Las fuerzas de su brazo y de su ira,  
Porque con valentísima pujanza  
Al enemigo asesta y se la tira.  
Por entre las costillas se la lanza;  
Del golpe trema y de dolor suspira;  
El asta saca apenas con las manos,  
El hierro queda asido á los livianos.

» Las fuerzas el dolor le acrecentaba;  
Volvióse á su contrario fiero y crudo,  
Y con los pies traseros disparaba  
Mil coces, tan de veras como pudo.  
Peleo sus encuentros reparaba,  
Valiéndose del yelmo y del escudo.  
Por las espaldas le metió la espada,  
Y penetró dos pechos la estocada.

» Mas antes de ganar este trofeo,  
Usando de las armas como fuerte,  
A Hylen había muerto, y á Flegreo,

A Clavis y á Hifonoo dado muerte,  
Y á Dorilas también mató Peleo,  
Con quien probé primero yo mi suerte.  
Las sienes el Centauro se cubría  
Con una piel de lobo que traía.

»De dos cuernos de buey estaba armado,  
Con mucha sangre cada cual sangriento,  
A quien yo, con mis fuerzas animado,  
Le dije sin temor y con contento:  
—Advierte la ventaja que han llevado  
Mis armas á tus cuernos;—y al momento,  
Con gran coraje y brío, lleno de ira,  
Hacia su frente disparé una vira.

»Y como de la aguda y leve flecha  
Librarse no pudiese, prestamente  
Delante puso su mano derecha,  
La cual quedó clavada con la frente.  
Y estando así vencido, sin sospecha,  
Con gritos atronado de la gente,  
Peleo (estaba cerca) se abalanza,  
Y le metió la espada por la panza.

»Saltó el feroz, las tripas arrastrando,  
Y arrastradas las pisa y acocea;  
Acoceadas, las está rasgando;  
Rasgadas, á los pies se las rodea,  
Y con ellas las piernas estorbando,  
No pudo conseguir lo que desea.  
En conclusión, consigo, sin consuelo,  
Sin tripas y sin vida, dió en el suelo.

»Ni á tí que peleabas te ha valido,  
Oh Cillare, tener tan gran belleza,  
Si tal renombre es dado y permitido



A los que tienen tal naturaleza.  
La barba le apuntaba, y ha salido  
Dorada, y adornaba su cabeza,  
Cubriendo las espaldas aun con ello,  
Un rubio y hermosísimo cabello.

»Con esfuerzo agradable en el semblante,  
Los hombros, cuello y manos eran tales,  
Y pecho, cual tuviera una elegante  
Estatua, de bellísimas señales.  
En lo que es hombre, y no es desemejante,  
Ni son sus partes menos que cabales.  
Caballo, pues, de Cástor digno fuera (1),  
Si cabeza y cerviz se le añadiera.

»A Cástor bien hubiera satisfecho,  
Según para la silla era decente,  
El lomo y el toroso y ancho pecho  
Más negro que la pez, tan solamente  
La cola y piernas blancas. Sin provecho  
Le han demandado muchas de su gente,  
Pero llevóle Hylónome, que entre ellas,  
Como la luna es con las estrellas.

»Ninguna en las florestas habitaba  
Entre las medio fieras tan hermosa.  
La cual con sus regalos le gozaba,  
Amándole y mostrándose amorosa.  
Y aquellos miembros suyos adornaba  
Con el posible adorno muy curiosa,  
Porque tenía grandísimo cuidado  
Que anduviere continuo bien peinado,

»Y que con varias flores adornase

---

(1) Cillare era también el nombre del caballo de Cástor.

Las hebras de oro fino tan hermosas,  
Tejiéndole guirnaldas que llevase,  
De violetas, romero y frescas rosas.  
A veces suplicándole que usase  
De blancas azucenas olorosas.  
Haciéndole lavar la hermosa cara  
Al día dos veces en el agua clara.

»Ni al hombro y lado izquierdo le ponía  
Alguna cosa pobre ó no decente,  
Mas antes lo más rico que podía,  
Según el aderezo de su gente.  
De igual amor el uno y otro ardía,  
Andaban en los montes juntamente;  
Juntos en cuevas, juntos aun entraron  
En esta fiesta, y juntos pelearon.

»Incierto es el autor de tan mal hecho,  
Mas de la parte izquierda vino un dardo  
Que á do se junta el cuello con el pecho  
Se te ha clavado, Cillare gallardo.  
Hirió tu corazón, y en poco trecho  
Sacada el asta no con paso tardo,  
Se exhala su calor, y fué de modo  
Que se ha enfriado en el cuerpo todo.

»Hylónome, que estaba con él junto  
Y vió su bien estar tan mal herido,  
La herida con su bella mano al punto.  
Tapaba del carísimo marido;  
Su rostro cabe el rostro ya difunto  
Cerrar el paso al alma ha pretendido,  
Y viendo que había sido sin provecho,  
Con la misma arma traspasó su pecho.

»Diciendo las razones que ha estorbado

Oírlas yo el clamor, ya que entendía  
Que Cillare hermosísimo ha espirado,  
Sobre el dardo que á él clavado había  
Se arroja, y al marido se ha abrazado,  
Al tiempo que la triste se moría.  
Porque vivir sin él juzgó tan grave,  
Que darse muerte tuvo por sūave.

» Ante mis ojos tengo aquí presente  
Aquél que con dos cueros que ha ligado  
De dos leones, vino juntamente  
El hombre y el caballo encubertado,  
Feócomes, centauro muy valiente,  
El cual con un troncón que hubo arrojado  
Al hijo de Fonóleno, de suerte  
Quebró los cascos, que le dió la muerte.

» Con dos pares de bueyes bien uncidos,  
Apenas el madero se moviera,  
Y al hijo de Fonóleno rompidos  
Con él los cascos fueron y mollera.  
Por boca, por narices, por oídos  
Y por los ojos salen de manera  
Los sesos, y la frente quebrantada,  
Cual suele por la encella la cuajada.

» Ó cual debajo suele del arnero  
Salir cualquier licor, siendo oprimido  
Del poco peso, por cada agujero  
Manar, si siendo espeso es exprimido.  
Mas yo, cuando ya estaba el crudo y fiero  
Intento en despojar al que ha vencido  
(Tu padre sabe bien no finjo nada),  
Las tripas le rompí de una estocada.

» Mi espada (pues con ella han acabado)



A Chtonio y á Theléboas no perdona.  
 Vino el primero con un ramo armado:  
 El arma fué del otro una hazcona;  
 Con ella me hirió, y aun señalado  
 Quedé, veis la señal en mi persona.  
 Si agora fuera entonces, estas manos  
 Hicieran me soñaran los Troyanos.

»Entonces con mis armas yo pudiera,  
 Si no vencer á Héctor excelente,  
 Al menos resistirle, y no hiciera  
 El estrago que hizo en nuestra gente.  
 En aquel tiempo Héctor, ó no era,  
 O era niño el que hoy es tan valiente.  
 Y yo que entonces tuve valentía,  
 Por mi vejez no soy quien ser solía.

»¿Qué presta referirte á Perifante,  
 Por quien Pyreto fué sobrepujado?  
 ¿Ni de Ámpico decir que con pujante  
 Furor tiró una lanza, y ha clavado  
 El rostro á Oyclo? y porque más te espante,  
 Sin hierro, y por Macáreo, fué postrado,  
 Con una barra traspasado el pecho,  
 El centauro Erigdupo á su despecho.

»Por las ingles, me acuerdo, de Neseo  
 Cymelo entró un venablo muy de veras.  
 De Mopso, el hijo de Ámpico, no creo  
 Que aunque te lo afirmase yo, creyeras  
 Haber vivido sólo con deseo  
 De adivinar las cosas venideras (1).

---

(1) A Mopso, que, según dice aquí Ovidio, era hijo de Ampico, se le consideraba como hijo de Apolo ó de Ti-

Flechando á Odites enclavó una flecha,  
Y aunque quisiera hablar no le aprovecha.

»No le aprovecha, no; que el mozo fuerte  
La vira le clavó con fuerza tanta,  
Que lengua y barba le pasó, de suerte  
Que le mató, clavando aun la garganta.  
A cinco había entregado ya á la muerte  
Ceneo, con braveza tal, que espanta.  
De las heridas la memoria pierdo;  
De cuántos y quién fueron bien me acuerdo.

»A cinco derribó de aquella gente,  
Antimacho, Helymo y Estifelo,  
Pyragmo y Bromo, Ceneo el excelente,  
Tornando con su sangre rojo el suelo.  
Mas Latreo, en cuerpo y miembros muy valiente,  
Sin estimar á nadie en solo un pelo  
(Vencido Alesso muy poquito ante),  
Pasó por entre todos adelante.

»La edad del que brioso se abalanza,  
Ser entre viejo y mozo lo declara  
El pelo ya entrecano; la pujanza  
De mozo ser, fué cosa más que clara.  
El cual con un escudo y gruesa lanza,  
A fuer de Macedonio se repara  
Entre ambos escuadrones, sacudiendo  
Las armas, comenzaba así diciendo:

«¡Qué! ¿tengo yo de ser tan bien sufrido  
»Que á ti te sufras, Cenis? porque digo

---

resias. Fué el que venció como adivino á Calchas, que se  
mató de despecho.

»Que hembra fuiste, eres y habrás sido,  
 »Y siempre lo serás para conmigo.  
 »Tu nacimiento, dí, ¿no te ha movido?  
 »¿No basta presentarte por testigo  
 »El modo y la manera que tuviste  
 »Para volverte en hombre, y lo que hiciste?

»¿Por qué, cuitada, el tiempo, dí, no gastas  
 »En lo que padeciste imaginando?  
 »De ruecas trata, husos y canastas,  
 »De aspar ó rastrillar ó estar hilando.  
 »Deja á los hombres dense de las astas.»  
 Y estando de ésta suerté braveando,  
 Al tiempo que corriendo se alargaba,  
 Ceneo por el lado le clavaba.

»Clavóle con la lanza por la parte  
 Que se juntaba el hombre y el caballo;  
 Con el dolor furioso tras él parte,  
 Y con la lanza procuró vengallo.  
 A Ceneo dió en la cara de tal arte,  
 Que tal parada el golpe, según hallo,  
 En el rostro de Ceneo sólo hizo  
 Cual en tejado suele hacer granizo.

»Como el granizo salta ó la chinilla  
 Que al atambor acaso fué tirada,  
 Llegado cerca de él se maravilla,  
 Pensando le pasar de una estocada.  
 Mas aunque fué con fuerza no sencilla,  
 El cuerpo está más duro que la espada.  
 «No pienses escaparte (le decía);  
 »De tí me vengará la espada mía.

»Si está la punta bota, con el medio  
 »Serás (tenlo por cierto) degollado.»



Con un revés que le ciñó por medio,  
 Sonó como si en piedra hubiera dado.  
 Tiróle al cuello, y vió que no hay remedio,  
 Que se ha la fina espada remachado.  
 Mas Ceneo de esta suerte le hablaba  
 A Latreo, que de verle se admiraba:

«Tentar quiero yo agora si está dura  
 »Tu carne, herida con la espada mía.»  
 Y luego hasta la misma empuñadura,  
 Por una espalda á Latreo la metía.  
 La mano mete dentro, y aún procura  
 Herirle más, y así, la revolvía;  
 Y como vieron esto los hermanos,  
 Contra este solo vienen á las manos.

»Con un clamor terrible han acudido,  
 Sus armas arrojando al gran Ceneo.  
 Las armas botas todas han caído,  
 Saliéndoles en vano su deseo.  
 De todo se ha escapado y ha salido  
 Sin sangre el fuerte hijo de Elattheo.  
 Gran maravilla á todos les parece,  
 Y tanta novedad les entontece.

«¡Oh grande infamia (Mónico decía),  
 »Y pérdida de nuestro gran renombre!  
 »¿Que un pueblo de tan brava valentía  
 »Vencido reste de un apenas hombre?  
 »Aunque él es el varón, lo que él solía  
 »Ser somos, y nos cuadra bien su nombre.  
 »¿De qué nos sirven más que de vileza  
 »Los miembros señalados en grandeza?»

»¿A qué juntó la doble y poderosa  
 »Natura en cada cual dos animales,

»Cuyo valor y fama es tan briosa,  
 »Que no los tiene el mundo tan cabales?  
 »Ni creo somos hijos de la Diosa,  
 »Ni de Ixión; que no engendrara tales  
 »El que voló más alto que ninguno,  
 »Pues esperó gozar de la alta Juno.

»Un medio hombre nos tiene tan á raya,  
 »Que vence nuestras fuerzas tan extrañas.  
 »Peñascos, vigas, montes, todo caya  
 »Sobre él: si le venciésemos por mañas,  
 »Saquémosle ya el alma, ¡vaya, vaya!  
 »Aprieten su garganta las montañas,  
 »Y servirá la carga de herida,  
 »Con que será privado de la vida.»

»Diciéndolo, arrebatada prestamente  
 Un árbol que halló acaso allí arrancado  
 Del ábrego furioso, y al valiente  
 Contrario suyo luego le ha tirado,  
 Ejemplo fué, pues toda aquella gente  
 A Otris monte hubieron despojados,  
 Y á Pelion acudieron con deseo  
 De descargarse todos en Ceneo.

»Con tanta rama y troncos oprimido,  
 Forceja con los hombros, pretendiendo  
 Salir el bravo mozo, y no ha podido,  
 Sobre su cara aquel montón creciendo,  
 Y siendo al aire el paso prohibido,  
 Fuése el vital vigor enflaqueciendo.  
 En vano levantarse procuraba,  
 Y revolver los árboles do estaba.

»Tan grande carga á veces es movida  
 Cuando el aliento suyo más se ayuda,

Cual vemos en el alto monte Ida,  
Si el terremoto alguna parte muda.  
Qué se hiciese el cuerpo, ya salida  
El alma, fué negocio de gran duda.  
Decían los unos que habría sido hundido  
Con tanto peso; Mopso no ha querido.

»A Mopso se le hizo cosa grave  
Decirse tal, supuesto que él había  
Visto salir de aquella leña un ave  
Que por el aire lúcido subía,  
Con alas rojas. Y quien tanto sabe,  
No es de creer que allí se engañaría,  
Ni yo jamás vi ave semejante  
Hasta aquel día, en ese mismo instante.

»Y luego que advirtió que rodeaba  
El amigo real con leve vuelo,  
Mopso viendo el clamor con que sonaba,  
Surcando con las alas por el cielo,  
Con el alma y los ojos le miraba,  
Diciendo: «De Lapitas, oh consuelo,  
»Sálvete Dios, varón ya muy valiente,  
»Agora ave única excelente.»

»La cosa por su autor quedó creída,  
Y cada cual de todos muy airado  
De que un varón de fama esclarecida  
De tantos juntos fuese sojuzgado.  
Dolímonos á costa de su vida,  
Que con perderla muchos han pagado,  
Ni nadie se escapara, ni pudiera,  
Si la noche y correr no le valiera.»

La guerra entre Centauros refiriendo  
Y los Lapitas Néstor, se admiraba



Tlepolemo, y se estaba deshaciendo  
 De ver que de contar no se acordaba  
 Del valeroso Alcides, que aquel día  
 Mostró quién era, y no disimulaba,  
 Mas antes de esta suerte le decía:

«Facundo Néstor, cierto yo me admiro  
 Que de alabar á Hércules te olvides;  
 Que haber á los centauros hecho tiro,  
 Mil veces me contó mi padre Alcides.»  
 Entonces Pylio dijo con suspiro:  
 «¿Por qué de semejante cosa pides  
 Me acuerde, y de los daños olvidados,  
 Después de tantos años ya pasados?»

»¿Por qué me fuerzas vuelva á la memoria  
 El luto ya pasado y sentimiento,  
 Y á vueltas de contar su fama y gloria,  
 Su odio te confiese y mi tormento?  
 Las cosas tuyas cierto son fruncimiento,  
 Aunque parecen todas fruncimiento.  
 El mundo dejó lleno de hazañas  
 Casi increíbles, tanto son extrañas.

»Pluguiera á Dios negarte yo pudiera  
 Las obras de tu padre, de que digo,  
 Con gran contentamiento lo hiciera;  
 Que ¿quién podrá loar al enemigo?  
 No es cosa conveniente ni hacedera,  
 Aunque el valor presente por testigo  
 Deyfobo ó Polydamas, loemos  
 Sus hechos, ni aun á Héctor si podemos.

»Los muros de Miscina ha derribado  
 Tu padre; y aunque no lo ha merecido,  
 A Elis ha con Pylo destrozado,

Donde abrasó mi casa embravecido.  
Por no contar de otros que ha acabado,  
Doce hijos de Neleo (1) habemos sido,  
Y cada cual bizarro, bravo y fuerte:  
A todos, yo sacando, dió la muerte.

»Matar los diez de aquellos mis hermanos,  
Parece en parte cosa sufridera;  
Pero que no escapase de sus manos  
Periclimeno, espanta en gran manera.  
Gozaba privilegios soberanos,  
Neptuno nuestro abuelo se los diera,  
De transformar figuras á contento,  
Mudando y remudando formas ciento.

»El cual, como se hubiese transformado  
En todas las figuras, siempre en vano,  
En ave se transforma, que ha agradado  
Más que ninguna á Jove soberano,  
Porque en sus uñas mismas agarrado,  
Le lleva el rayo, y dásele en la mano,  
Y tal al gran varón desgarró el gesto,  
De uñas y de pico echando el resto.

»Mas el señor Tyrintio, procurando  
Vengarse, diestramente el arco flecha  
Contra el hermano mio, que volando,  
Del aire y de las nubes se aprovecha,  
Y venturosamente disparando,

---

(1) Neleo, hijo de Neptuno y de Tyro y hermano de Pelias, se apoderó con su hermano del reino de Iolcos, donde reinó algún tiempo; pero expulsado por Pelias, se refugió en Mesenia, y allí fundó un pequeño reino cuya capital fué Pylos, casó con Chloris, hija de Amphión, y tuvo de ella doce hijos, uno de los cuales fué Néstor.

Hirióle con la aguda y leve flecha,  
 Cuando él pensaba iba ya escapado,  
 A do se junta el ala con el lado.

» La herida no era grave; mas rompidos  
 Los nervios de aquella ala, en el momento,  
 Quedando de vigor destituidos,  
 Negaron el nativo movimiento.  
 Sus miembros, de su peso compelidos  
 (Faltándoles las plumas en el viento)  
 Cayeron en la tierra, y la herida  
 Pequeña la hizo grande la caída,

» Por la ligera vira que en el vuelo  
 A la ala quedó asida solamente,  
 La cual, porque sobre ella dió en el suelo,  
 Al otro lado sale de repente.  
 ¿Por dicha debo yo subir al cielo  
 Tus cosas, oh Tlepólemo valiente?  
 Yo soy tu amigo, y vengo mis hermanos  
 Sólo en callar los hechos soberanos.»

Aquesto habiendo dicho el dulce viejo,  
 Levantáronse todos, y mojaba  
 La boca cada cual con vino añejo.

La parte de la noche que restaba,  
 Cada uno en su aposento retirado,  
 Al sosegado sueño se entregaba.

Empero al dios que templó el mar airado  
 Con afecto de padre le ha dolido  
 Al hijo ver en cisne transformado.

Al fiero Aquiles tiene aborrecido,  
 Teniendo en la memoria aquella ofensa,  
 Hasta vengarse duro, empedernido.

Y para ejecutar su furia inmensa  
 (Habiéndose la guerra dilatado



Diez años casi), dice lo que piensa,  
A Smyntheo de esta suerte habiendo hablado:

«Carísimo sobrino, el más amigo  
De los restantes hijos de mi hermano,  
El cual los muros frágiles conmigo  
Edificaste á Troya, pues fué en vano,  
¿Qué gimes, viendo bravo al enemigo,  
Y degollado tanto del Troyano?  
¿Por qué te duele el caso acerbo y duro  
Del arrastrado en torno de su muro?

»Por no contar de todos, ¿qué aprovecha  
Pesarte del desastre de esta tierra,  
Pues vive el fiero Aquiles sin sospecha,  
Más crudo y más sangriento que la guerra,  
Nuestra obra destruyendo tan bien hecha,  
Con voluntad cruel, perversa y perra?  
A fe si le cogiese con su gente,  
Sintiese lo que puede mi tridente.

»Si yo pudiese haberle, yo te digo  
Que no se iría sin pena al otro mundo,  
Pues vería claramente en su castigo  
Qué cosa es gobernar el mar profundo.  
Mas, pues venir á manos él conmigo  
Es imposible, en tu poder me fundo.  
Traspásale una oculta y leve flecha,  
Te ruego, cuando esté más sin sospecha.»

Al ruego de su tío soberano  
Consiente Delio, y luego se ha venido  
En una niebla al escuadrón troyano.  
Y en medio de los muertos estar vido  
A Paris, disparando raras viras  
Al escuadrón contrario obscurecido.

Mostrando que era dios, le dijo: «Tiras  
 Saetas vanas; son tus tiros vanos,  
 Pues la gente que ofendes bien no miras.  
 »No ves que es vulgo; vuélvanse tus manos  
 Contra el furioso Aquiles, haz venganza  
 Del fiero que te ha muerto los hermanos.»  
 Diciéndolo, mostróle la matanza,  
 Y al hijo de Peleo, que la hacía  
 Mostrando en los Troyanos su pujanza.  
 Contra él el arco Paris revolvía;  
 La vira fué mortal, el tiro cierto,  
 Y vióse solamente en este día  
 Alguna cosa en que, después de muerto  
 El valeroso Héctor, recibiese  
 Su padre algún contento descubierto.  
 Así que aquel valiente Aquiles, ese  
 Que á tantos y tan fuertes ha vencido,  
 Los hados permitieron que cayese.  
 A manos de un adúltero atrevido,  
 Cobarde, robador de la troyana  
 Elena, afeminado, enternecido,  
 Que habiendo de morir, de mejor gana  
 Quisieras te acabara una Amazona,  
 Que no tan flaca mano y holgazana.  
 En fin, aquel temor que no perdona  
 Troyano alguno, aquel amparo griego,  
 Aquella valentísima persona.  
 En guerras invencible, ya en el fuego  
 Había ardido, y el que le eterniza  
 Por fama, le hizo ahora el postrer juego (1).  
 Su enterramiento ya se solemniza,  
 Y de tan gran Aquiles sólo escoria

---

(1) Refiérese á Vulcano, dios del fuego, que forjó las  
 armas de Aquiles.

Restó, y un vaso aun falto de ceniza.

Mas vive en todo el mundo su memoria,  
Y apenas corresponde tal medida  
A tal varón, á tan inmensa gloria.

La cual ha de gozar eterna vida,  
El mismo escudo (porque bien se entienda  
Quién fué su dueño) tiene guerra urdida.

Porque sobre llevarle hay gran contienda,  
No osó pedirle el hijo de Tideo,  
Aunque de pensamiento le pretenda.

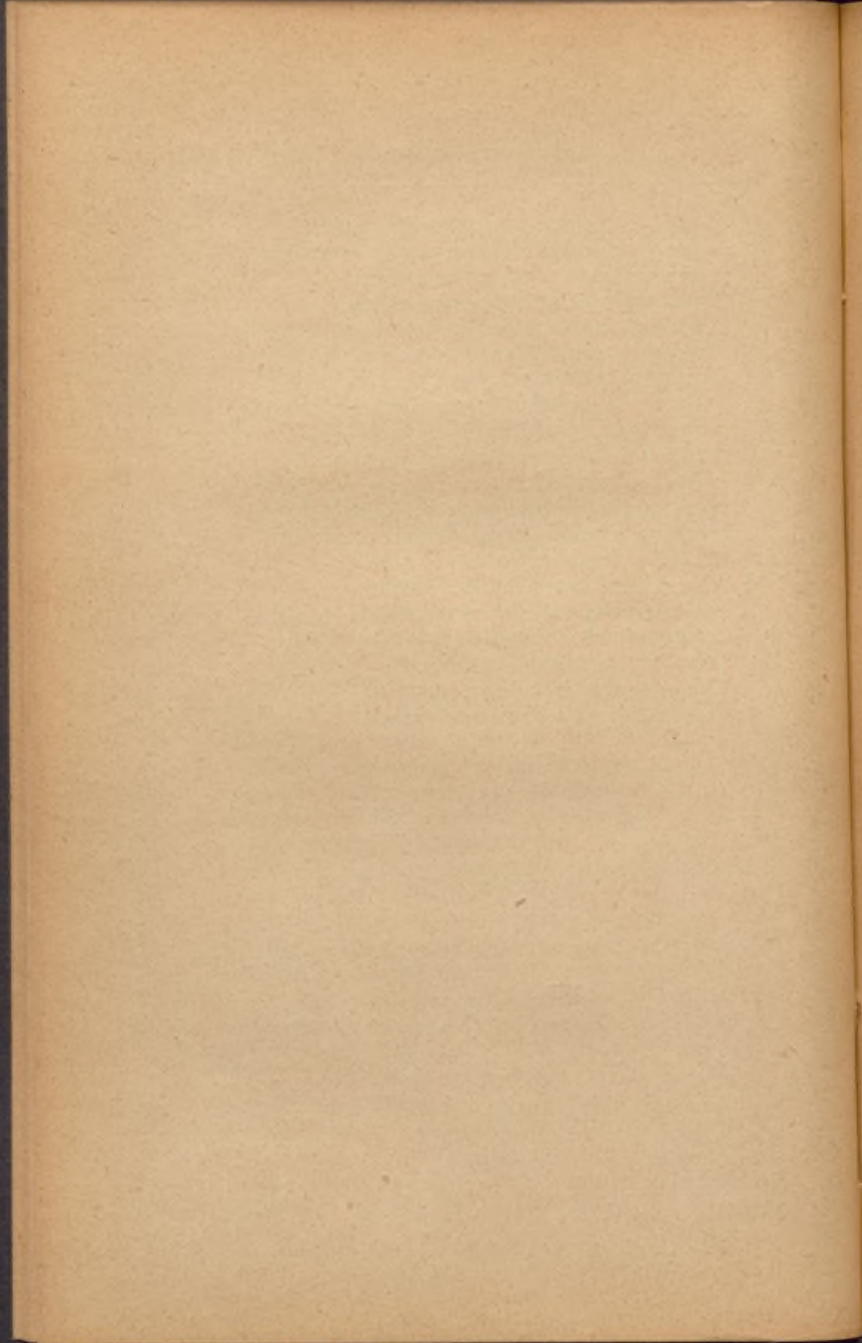
No se atreve el menor hijo de Atreo,  
Ni el que es de más edad y valentía,  
Ni se ha atrevido Ajax Oyleo.

De los demás ninguno se atrevía;  
Sólo Ajax Telamonio publicaba,  
Y Ulises, que tal gloria merecía.

Agamenón á sí se recusaba,  
Los capitanes llama soberanos,  
Y del negocio en que se litigaba,  
El albedrío se dejó en sus manos.

---





---

## LIBRO DÉCIMOTERCERO.

---

Aquellos capitanes se sentaron,  
Estando el vulgo en torno levantado,  
Que todos al debate se hallaron.

Ajax, valerosísimo soldado,  
A ellos se levanta, y parecía  
Venir con ira bien apasionado.

Y con aquel semblante que solía,  
Miró hacia el mar Egeo y su ribera,  
Adonde estar la armada griega vía,  
Y comenzó á decir de esta manera:

«¡Oh Júpiter! ¿la armada por testigo  
Y tanto valeroso y fuerte Griego,  
Se atreve Ulises competir conmigo,  
El cual las consintió quemar del fuego  
De Héctor? y es verdad como lo digo,  
Que hasta librarlas no me ví en sosiego.  
¿Mejor luego es hablar azucarado,  
Que obrar como bravísimo soldado?»

\*Mas yo para decir soy poca parte,

Como éste para hacer, que en una paja  
Le estimo si tratamos del Dios Marte,  
Como él en bien hablar se me aventaja.  
No pienso es necesario ningún arte  
Para contar mis hechos; la ventaja  
Es clara, oh Griegos, pues cualquier la sabe.  
Los suyos cuente Ulises, él se alabe.

»Cuenta lo que él ha hecho sin testigo,  
Siendo la sola noche sabedora (1);  
Ser grande el premio cierto yo lo digo,  
Mas mucho de tal honra me desdora  
Que Ulises quiera competir conmigo;  
Pues no es gran cosa obtener yo ahora  
(Aunque tan rica prenda nos parece)  
Lo que publica Ulises que merece.

»Haber llevado el precio en la contienda  
Podrá decir, y así se habrá entendido  
En ese mismo punto que se entienda  
Haber conmigo el dicho competido.  
Nadie podrá creer que más pretenda,  
Irá con lo mejor aunque vencido;  
Que si mi gran virtud no se entendiera,  
Más poderoso por linaje fuera.

»De Telamón soy hijo; fué soldado  
De Hércules, brioso y muy valiente,  
Que los troyanos muros ha tomado,  
Y entrado en Colchos valerosamente.  
De Eaco nacido, que ha juzgado  
En el Infierno á la bajera gente,

---

(1) Modo ingenioso de dar á entender que las hazañas de Ulises no eran ciertas, ó debían ser puestas en duda.



A do Sisifo se fatiga tanto,  
Volviendo y revolviendo el grave canto.

»Eaco el sumo Jove testifica  
Ser su progenie é hijo verdadero.  
Lo cual con evidencia significa  
Ser Ajax desde Júpiter tercero,  
Y si mi sangre no se comunica  
Con el valiente Aquiles, yo no quiero  
En el presente caso y diferencia  
Valerme de tan alta descendencia.

»Mi primo era, armas del pariente  
Demando; por herencia se me debe.  
A tí, hijo de Sisifo (1) (sumamente  
En engañar, hurtar y hacer aleve  
Al padre semejante), ¿entre tal gente  
Entremeterte, dime, qué te mueve?  
Porque á la guerra vine sin llamarme,  
¿Será bien tales armas denegarme?

»¿Será de mayor mérito el que ha sido  
Postrero en aceptarlas? ¿el que vino  
Después que en la locura que ha fingido  
Le convenció Nauplides (2), es más digno?  
¿Que en discreción habiéndole excedido,  
Mostró que era ficción su desatino,  
Y descubrió que haber venido tarde

---

(1) Conforme á una tradición, no era Ulises hijo de Laertes, sino del ladrón Sisifo, que había sorprendido á su madre Anticlea.

(2) Echa en cara á Ulises el haberse ocultado y fingido loco para no acudir á la guerra de Troya, y que hubiera permanecido oculto si Palamedes no le hubiese descubierto valiéndose de un ardid.

Fué, más que por ser loco, de cobarde?

»¿Pues las mejores armas es derecho  
Se den al que ningunas ha aceptado,  
Y yo, contra razón y á mi despecho,  
De honra quede y de ellas despojado,  
Porque con gran esfuerzo y bravo pecho  
Estuve de continuo aparejado,  
Las cargas de la guerra sustentando,  
Desde el primer peligro peleando?

»Pluguiera á Dios que verdadero fuera  
Aquel furor (1), ó que por tal tenido,  
Este traidor á Troya no viniera,  
Que á tí, hijo de Peante (2), así ha ofendido.  
Lemnos á do quedaste no supiera  
(Por verte entre peñascos escondido)  
La culpa nuestra y la desgracia tuya,  
Ni la traición y tiranía suya.

»El cual (según se cuenta) con tus llantos,  
Por ver cómo te ves desamparado,  
Mueves á compasión los duros cantos.  
Habiendo sumamente suplicado  
Los Dioses benignísimos y santos,  
El hijo de Laerte sea pagado  
Cual fué su merecer falso y tirano,  
Y el ruego (si Dios hay) no sera vano.

(1) La supuesta locura de Ulises.

(2) El hijo de Peante ó Pean era Philoctetes. Requisito indispensable sin el cual no podía ser tomada Troya era poseer las flechas de Hércules, que al tiempo de su muerte las había dado á Philoctetes. Fué enviado Ulises para que trajera á éste al campamento de los griegos, y volvió sin él, dejándole abandonado en la isla de Lemnos.

»Y agora aquel que había de haber venido  
 Jurado en nuestra misma compañía  
 Por capitán, y había de haber traído  
 Consigo las saetas que tenía  
 De Hércules, gastado y consumido  
 De enfermedad y de hambre (¡oh tiranía  
 Malvada), con las aves tiene cuenta,  
 Que de la caza de ellas se sustenta.

»Y aquellas sus saetas escogidas,  
 Para el favor de Grecia reservadas,  
 Que en despojar Troyanos de sus vidas  
 Habían de ser, señores, empleadas,  
 A las ligeras aves dan heridas  
 Del arco de su dueño disparadas,  
 Que vive con todo eso, y no viviera  
 Si con el falso Ulises se viniera.

»Holgara Palamedes desdichado (1)  
 Que cual á Filoctete le dejara.  
 Viviera, ó á lo menos no infamado,  
 El aliento vital se le acabara.  
 Al cual porque se acuerda que ha mostrado  
 Su oculta furia y cobardía clara,  
 Le levantó el falsario que vendía  
 Al enemigo el campo do vivía.

»Fingió que á los Troyanos entregaba  
 Las cosas de los Griegos, fementido,  
 Y el testimonio falso le probaba  
 Con el oro que él antes ha escondido.  
 Así que desterrando ó con la brava  
 Muerte, Ulises los suyos ha valido.  
 En semejantes cosas él se emplea;

(1) Porque murió por una calumnia de Ulises.



Así se hace temer, así pelea.

»Que aunque más que el fiel Néstor sea elo-  
No me persuadirá que haber dejado [cuenta,  
Al mismo no fué crimen evidente;  
Pues por su nombre Ulises fué llamado  
De Néstor que huía tardamente,  
Herido su caballo y él cansado  
Con tanta edad, y pues no le ha valido  
Puédese bien decir que le ha vendido.

»Muy bien lo sabe el hijo de Tideo,  
Que le llamó mil veces por su nombre,  
Reprehendiendo caso en él tan feo  
Do de cobarde mereció renombre.  
Los altos Dioses miran el deseo  
Con ojos sin pasión de cualquier hombre.  
Veis de favor agora aquel carece,  
Que, pues que no le dió, no le merece.

»Como él midió conviene ser medido,  
Y cual desamparó, desamparado.  
Los compañeros llama; he acudido,  
Vile temblando y de temor turbado.  
Debajo de mi escudo le he metido,  
Que de la muerte estaba ya cortado.  
Díle la vida, no hay que hacer alarde,  
Pues defendí de muerte un vil cobarde.

»Si todavía competir conmigo  
Porfias, á aquel sitio nos volvamos.  
Tu herida y cobardía sea testigo;  
Debajo de mi escudo nos metamos.  
Escóndete tú allí del enemigo,  
Y allí debajo es bien que compitamos.  
Del cual peligro ya que le he sacado

Con paso ligerísimo ha escapado.

»Aquel que por la herida que tenía  
A estar en pie la fuerza le faltaba,  
Para escapar huyendo no sentía  
Lesión, que para huir muy sano estaba.  
Estando en esto, Héctor que venía,  
Con él sus Dioses, y tan fiero andaba,  
Que le temblaban, de las griegas gentes,  
No sólo Ulises tú, mas los valientes.

»Al cual yo derribe de una pedrada  
Al tiempo que triunfaba más gozoso,  
De ver que su valor y aguda espada  
Le hacían en aquel tiempo victorioso.  
Con él yo combatí, la suerte echada,  
En singular pelea muy brioso;  
Que para pelear con Héctor fuerte,  
Por vuestro ruego, cúpome por suerte.

»Y si queréis que del combate cuente  
El fin que sucedió, no fué vencido.  
Con fuego, hierro, y Júpiter, la gente  
Troyana á nuestra armada han acudido.  
¿Entonces dónde estaba el elocuente  
Ulises? con mi pecho he defendido  
Mil naves (1), y mi brío y mi pujanza,  
De vuestra vuelta, oh Griegos, esperanza.

»En truco de tan próspero suceso,  
De resistir al fuego y defendellas,  
Dadme esas armas; que si yo confieso  
Verdad, mayor honor reciben ellas

---

(1) Libró Ajax la escuadra griega del fuego que contra ella arrojaban los troyanos.

En mi poder, y más valor por eso,  
Que puedo yo adquirir en poseellas.  
Las armas piden á Ajax, yo no pido,  
Sino á ser dueño suyo me convido.

»Habr  con estas cosas cotejado  
El de Itaca su brava valentía,  
Con que   Dol n cobarde ha cautivado  
Y   Rheso, pero nada fué de día.  
Si   Heleno con Palas ha robado,  
Fué por llevar en guarda y compa a  
A t , Diomedes. Cosa es bien probada  
Que fuera sin tu ayuda para nada.

»Y si por estos hechos os parece  
Se deben dar las armas de algún arte,  
Div danse, y Diomedes, que merece  
Lo más, es bien que lleve mayor parte.  
 Tal peso para qué te pertenece,  
Ulises? muy bien es desocuparte.  
Neg ndote las armas que procuras,  
Pues todos tus negocios son   obscuras.

»Quien desarmado,   hurtas, encubierto  
Al enemigo incauto siempre daña,  
Pretender tales armas juro cierto  
Que si yo no me engaño, que el se engaña.  
 l refulgente yelmo descubierto  
Habr  su trat  doble y su maraña;  
Y su cabeza flaca (de más de eso)  
Podr  mal sustentar tan grave peso.

»En su debilidad claro se muestra  
Que la lanza de Pelias (1) tan pesada,

(1) La lanza de Aquiles se llamaba lanza Pelea.



De aquella para poco y débil diestra  
 Será no cual conviene gobernada.  
 Pues el cargado escudo á la siniestra  
 Medrosa, para hurtar no más criada,  
 Que todo el mundo tiene en sí esculpido,  
 ¿De qué pensáis le puede haber servido?

»¿Qué pides, falso? ¿don para flaqueza?  
 El cual si te le hubiere concedido  
 De los jueces puestos la rudeza,  
 Antes serás robado que temido  
 Y para usar de huida y ligereza,  
 Con que medroso á todos has vencido,  
 Tan gran merced te habrá de ser amarga,  
 Ocupando tus pies tan grave carga.

»Allende de esto, puede aprovecharse  
 Tu escudo, casi nuevo, poco usado,  
 Y el mio es justa cosa renovarse,  
 Que está con mil heridas traspasado.  
 En conclusión, no debe más hablarse;  
 Anden las manos, armas de esforzado  
 En el real contrario sean echadas;  
 Quien las trajere dádselas por dadas.»

Habiendo sus razones concluido  
 De Thelamón el hijo de esta suerte,  
 El murmurar del vulgo se ha seguido.  
 Hasta que el sabio hijo de Laerte  
 Se levantó modesto y mesurado,  
 Los ojos en el suelo (1), y ya que advierte  
 El rum rum de la gente haber cesado,

---

(1) Actitud estudiada para conciliarse la atención y benevolencia del auditorio.

Los ojos á los grandes levantando,  
Principio dió al sonido deseado,  
Con gracia y elocuencia comenzando:

«Si fueran con los míos vuestros ruegos,  
Señores valerosos, aceptados,  
El heredero y mil desasosiegos  
De tal contienda fueran excusados.  
Tú, Aquiles, de tus armas, y los Griegos  
Gozáramos de ti bien fortunados;  
Que cuando nos privaron de tal hombre,  
Cesó nuestro valor y nuestro nombre.

«Mas, pues los duros hados han querido  
Quitarme á mí tal bien (asi diciendo,  
Como si hubiera lágrimas vertido,  
Los ojos se ha limpiado), yo no entiendo  
Al gran Aquiles quién habrá podido  
Suceder, justamente procediendo,  
Mejor que aquel que hizo sucediere  
Al campo de los Griegos y viniese.

«Con tal que á éste no sea de provecho,  
Que así como él es rudo lo parece,  
Ni á mí tampoco me haya daño hecho  
Mi ingenio, que en serviros permanece;  
Ni la facundia mía en tal estrecho  
(Si alguna es) me dañe, pues merece  
Se le hayan por su dueño oídos dado,  
Habiendo por vosotros siempre hablado.

«Por su virtud y partes y proeza,  
Es justo que los hombres sean honrados.  
Que apenas llamo nuestra la grandeza  
De los mayores nuestros ya pasados.  
Mas, pues Ajax de Júpiter empieza

Sus méritos famosos alabados.  
Diciendo que es biznieto del Tonante,  
También diré de mi lo semejante.

»Soy hijo de Laertes, engendrado  
De Arcesio, de quien Júpiter es padre.  
Ni de éstos hay alguno desterrado (1),  
Con quien el parentesco bien no cuadre.  
También Cilenio me hace haberpreciado  
De noble por la parte de mi madre (2).  
Y así se ven patentes mis dos lados,  
De dioses ambos ser autorizados.

»Mas no porque mi madre (como es llano)  
Es más ilustre, ni por ser nacido  
De padre que en la muerte de su hermano  
No fué culpado, tales armas pido.  
Dadlas (consejo claro y soberano)  
A quien mejor las haya merecido.  
Como Ajax no haya el fin de su deseo,  
Por ser su padre hermano de Peleo.

»En esta pretensión y competencia,  
Virtud se honre sola de este arreo.  
Ó si ha de hacerse caso de la herencia,  
Su hijo es Pyrrho, y su padre es Peleo.  
¿Qué pide Ajax? no haya diferencia;  
A Phithia y Scyro llévase el trofeo (3).

---

(1) Echa así en cara á Ajax el destierro de su padre Telamón.

(2) Anticlea, madre de Ulises, era hija de Antiloco, y por tanto, nieta de Mercurio.

(3) Phithia, donde habitaba Peleo. Scyros, donde quedó Pyrrho, que tuvo Aquiles, durante su permanencia en esta isla, de Daidamia, hija del rey Lycomedes.



De Aquiles primo es Teucro, como es ése,  
Y no las pide, ¿y qué que las pidiese?

»De suerte que, pues sólo el fundamento  
Para adquirir un premio así excelente  
Está en desnudas obras, soy contento  
De referir algunas al presente  
Que todas no es posible, á lo que siento,  
Poderlas yo decir tan de repente.  
Mas para las más raras y famosas  
Será me guía el orden de las cosas.

»La madre Thetis, cierta de la muerte  
Que había de haber su hijo (1) padecido,  
En hábito de virgen de tal suerte  
Le tuvo disfrazado y escondido,  
Que en tal engaño nadie da ni advierte,  
Ni de Ajax el ensayo fué entendido.  
Yo sólo, de lo que era sospechoso,  
Usé un ardid discreto y valeroso.

»Disimuleme en traje de mercero,  
Llevando niñerías de doncellas;  
Mas una lanza y un broquel de acero,  
Procurando llevar también entre ellas.  
Moviése el disfrazado caballero  
En ver las armas, y echa mano de ellas.  
No dejando el vestido las tenia,  
Cuando de esta manera yo decia:

—»¡Oh hijo de la Diosa soberano!  
Tan gran empresa á tí está reservada.  
¿Qué dudas deshacer el ser Troyano,

---

(1) Aquiles.

Pues ha de ser por tí Troya asolada?— (1)  
 Diciendo de esta suerte, échele mano;  
 A causa mía vino tal jornada.  
 Las obras luego claras que él ha hecho,  
 A mí se deben todas de derecho.

»Yo á Telefón domé con fuerte lanza (2)  
 Y remedié después al ya vencido;  
 Por mi valerosísima pujanza  
 La miserable Tebas ha caído.  
 Haber tomado yo crüel venganza  
 De Lesbo y Tenedón, tened sabido.  
 A Chrise y Cyla sujeté yo solo,  
 Que son ciudades del dorado Apolo (3).

»Pensad que han sido obras de mi diestra  
 A Scyro y á Lyrneso haber tomado,  
 Y si queréis más llana y clara muestra  
 (Cuando callase de otros), yo os he dado  
 Quien solo defendió la parte vuestra  
 De Héctor crudo, y fué por mí postrado.  
 Las armas del despojo agora pido  
 Que Aquiles adquirió, de mí traído.

»¿Qué mucho, si de mis obras recibo  
 El fruto que á virtud se debe cierto?  
 Aquiles, que á venir estuvo esquivo,  
 De mí fué pesquisado y descubierto.

---

(1) Una de las condiciones que según el oráculo eran indispensables para la guerra y toma de Troya era que Aquiles concurriese á ella.

(2) Se aplica todas las hazañas de Aquiles por haber sido el que le llevó á la guerra.

(3) Todas estas conquistas previas y necesarias para la de Troya fueron hechas por Aquiles.

Por mí ganó estas armas siendo vivo;  
Yo las demando agora que él es muerto.  
Por mí mató él á Héctor, y yo escojo  
En premio de mis obras su despojo.

»Luego que vino á Grecia el sentimiento  
Del daño de uno solo (1), y se fletaron  
Mil naves por vengar un descontento,  
Y en el puerto de Aulide se juntaron,  
Ó ninguno ó contrario vino el viento,  
Aunque muy mucho tiempo le esperaron.  
Mandó de Agamenón la suerte insana  
Su hija degollar ante Dïana.

»El padre airado niega el caso feo,  
A la inocente hija aficionado.  
Mas, por ser rey, también tenía deseo  
Por los demás del Reino deseado.  
Yo fuí quien le dobló, que á lo que creo  
Estaba á no lo hacer más inclinado,  
Porque con mis razones persuadido,  
El pro común al suyo ha preferido.

»Confieso (aunque perdone la presencia  
De Atrides, pues el caso me descarga)  
Que fué bien necesaria mi elocuencia  
Á persuadirle cosa tan amarga.  
En fin, el pueblo, hermano y la conciencia,  
Del cetro dado la pesada carga,  
Le mueven que comprase gloria tanta  
Por sangre virginal de tal garganta.

---

(1) El robo de Helena por París, causa de la guerra de Troya.



»Estando concedido por el padre  
El sacrificio honroso, pero extraño,  
Al punto me enviaron á la madre,  
No á convencerla, sino á usar de engaño.  
Si fuera Telamonio, aunque más ladre,  
No sólo no cesara nuestro daño,  
Mas aun agora cierto, á lo que siento,  
Faltara á las ligeras velas viento.

»Embajador de todos fui enviado,  
Por mi facundia electo y mis razones.  
De la alta Troya visité el Senado;  
De gente estaba llena y de varones.  
La acusación propuse muy osado  
De Paris relatando las traiciones.  
A Helena y tesoro ante ellos pido,  
Y á Príamo y Anténor he movido.

»Mas Paris robador y sus hermanos,  
Y toda su cuadrilla y compañía,  
Apenas resistieron á sus manos.  
Bien sabes, Menelao, que fué aquel día  
Primero donde mis peligros llaños  
Contigo tuve. Mucho tardaría  
Si en este largo tiempo lo que he hecho  
Contase, y cuánto he sido de provecho.

»Después de los reencuentros tan extraños  
Primeros, los Troyanos se cerraron  
En su ciudad por excusar los daños,  
Y nunca cara á cara pelearon.  
En conclusión, no menos que diez años  
El dar de la batalla dilataron.  
Pues más que pelear tú no sabías,  
En este tiempo todo, ¿qué hacías?

»¿En qué eras á los Griegos de provecho?  
 Que yo de mí diré lo que hacía.  
 Los enemigos ásperos asecho,  
 Guardo el real con fosos noche y día.  
 Los compañeros libro del despecho  
 Que de la duración les procedía.  
 Voy donde es menester, y nunca paro,  
 De bastimento y armas los reparo.

»Estando así la guerra. Amonestado  
 De Júpiter en sueños, manda y quiere  
 El rey que del negocio comenzado (1)  
 Desistan y estará (cuando pusiere  
 Tan buen autor) seguro y disculpado,  
 Defiendásele Ajax, si supiere,  
 Enhile la batalla, ponga el caso,  
 ¿Por qué no estorba á los que estan de paso?

»¿Por qué no se arma? diga y represente  
 Alguna cosa tal que sea seguido  
 Del vulgo instable, que hombre tan valiente  
 No fuera mucho haberlo merecido.  
 Como lo había de hacer, pues con la gente  
 En la tornada estaba ya embebido.  
 De verte huir vergüenza tuve, cuando  
 Estabas el navío aparejando.

»Al punto dije yo:—¿Qué hacéis, amigos?  
 ¿La victoria dejáis que esta presente?  
 ¿No veis rendidos ya los enemigos?  
 ¿Qué lleváis sino infamia muy patente,  
 Diez años presentando por testigos?—  
 La pena me hizo entonces elocuente.

---

(1) Véase la *Iliada*, II.

Con estos y otros medios los atraje,  
Y de la flota á todos los retraje.

»Llamó su gente, de temor ya loca  
(Que de su fama estaba descuidada),  
Agamenón, á quien la honra toca  
Del buen suceso de esta gran jornada.  
Mas Telamonio allí no abría la boca  
Para agraviar los reyes tan osada.  
Por mí quedó Thersites bien pagado  
De haber sido protervo y deslenguado.

»Levántome, y los ánimos incito  
Contra los enemigos, y en el pecho  
La virtud casi muerta resucito.  
Mí voz entonces fué de tal provecho,  
Desde entonces la mía está en el hito,  
Que cuantas valentias éste ha hecho  
Han sido por mí causa; que el huyera,  
Si con mi lengua yo no le tuviera.

»En conclusión, de todo el pueblo griego  
Yo no sé quién te pida ni te alabe.  
Yo con Thideides fuerte á cuánto llego  
Y cuánto con él valgo bien se sabe.  
Verá muy bien cualquier que no sea ciego  
Lo que en un pecho sabio mora y cabe,  
Pues que Diomedes no escogió ninguno  
De tantos mil, sino á mí, sólo uno.

»Yo no fuí compañero, no, por suerte (1),  
Sino escogido para ser espía.

---

(1) Moteja en esto á Ajax, quien, si salió al desafío con Héctor, no fué voluntariamente, sino porque le tocó por suerte.



Yo soy quien á Dolón troyano, y fuerte  
 (Que con mi mismo intento acá venía) (1),  
 Le traje con tormentos á la muerte,  
 Haciéndole decir lo que sabía,  
 Y de lo en Troya puesto y concertado  
 Me pudiera volver bien enterado.

»Pudíerame volver con buen suceso,  
 Gozando del renombre prometido.  
 Mas no me contentando yo con eso,  
 En el real contrario me he metido.  
 Y dentro de su tienda mato á Rheso (2),  
 Y á su gente con él, y me he salido  
 En su carro triunfal, y entré triunfando,  
 Del premio al enemigo despojando.

»Negadme á mi las armas, prefiriendo  
 A Ajax por mayor merecimiento.  
 ¿De qué me sirve á Lycio ir refiriendo  
 Y de su gente aquel acabamiento  
 Que hice? pues con ánimo estupendo,  
 Éxtraña valentía y ardimiento,  
 A Alastor, Halión, Cromio, con Cerano  
 Maté y á Alcandro, Nemon y Pritano.

»Yo degollé á Thoón, y dí la muerte  
 A Foridamas, y he también pagado  
 A tí, Carope, de la misma suerte;  
 Lo mismo fué de Eunomo desdichado,  
 Sin otros que con brazo bravo y fuerte,  
 Debajo de los muros he acabado.

(1) Dolón exigió promesa de que se le darían los caballos de Aquiles como premio de su expedición nocturna.

(2) Resho era un aliado de los troyanos que acudió á socorrerles.

Los cuales por no ser de tal renombre,  
No hay para qué decirlos por su nombre.

\*También yo tengo heridas muy hermosas  
Por el lugar do están; que al decir vano  
No es bien creáis; mirad si son honrosas  
(Y apartó los vestidos con la mano).  
Mi pecho en mil refriegas peligrosas  
Anduvo por vosotros muy ufano.  
En tantos años Ajax no hizo nada,  
Ni mostrara señal de cuchillada.

\*Mas ¿qué aprovecha, si el armada griega  
Contra Júpiter mismo, y los Troyanos  
Ha defendido? Nadie se lo niega,  
Que hechos animosos y tan llanos  
No sufriré los cubra noche ciega,  
Con tal que deje parte á vuestras manos,  
Teniendo lo que hicistes en memoria,  
Sin se tiranizar toda la gloria.

\*Que aunque es verdad que él hizo lo que pudo,  
Patroclo defendió su buena parte  
Debajo del arnés y del escudo  
De aquel Aquiles, fiero más que Marte;  
Por cuya causa, Héctor, yo no dudo,  
Con los demás de nuestra armada parte,  
Que el retrato de Aquiles hizo luego  
Cesar su furia loca y bravo fuego.

\*También se precia que con Héctor fuerte  
En campo uno por uno salió armado,  
Mas, pues uno de nueve ser no advierte,  
Del rey y capitán esta olvidado.  
De mí también, y electo fué por suerte,  
No por ser más valiente reputado,

Y fué de la batalla tan reñida  
El fin partirse Héctor sin herida (1).

»¡Oh Dios! ¡con cuántas lágrimas me acuerdo  
De aquel infausto tiempo que caído  
Ví al muro nuestro Aquiles! ¡cómo pierdo  
Del gran dolor y lástima el sentido.  
Mas por temor ni ansia no fui lerdó:  
Tómele acuestas, y he con él partido.  
Sobre estos hombros, digo, fué llevado  
Aquiles, de sus armas todo armado.

»Pues fuerzas que tuvieron tal exceso,  
Merecen bien las armas que pretendo.  
Que suficientes son á tanto peso,  
Y dignas de este honor, á lo que entiendo.  
¿La verdinegra madre para eso,  
Con arte milagroso y estupendo,  
Las armas hizo al hijo y el escudo,  
Para emplearse agora en un tan rudo?

»Porque aunque entienda mucho de la guerra,  
No entiende aquel escudo tan grabado,  
A dónde está el Océano y la Tierra,  
El cielo y sus estrellas, sin celado.  
Por eso en pretender sin duda yerra  
Lo que él ignora. Porque ver pintado  
Las Pleyadas, ó Hyadas, ó la Osa,  
Ú Orión, para el es nueva cosa.

»Su mal considerar es evidente  
En pretender las armas que pretende,

---

(1) Por rebajar á su rival no dice aquí Ulises la verdad; porque Homero asegura que Ajax hirió á Héctor. Véase la *Iliada*, XVI, 260 y siguientes.



Do se muestra la espada refulgente  
De Orión, de quien Ajax nada entiende,  
Y ciudades diversas, y aun no siente  
Con cuánta libertad y culpa ofende,  
Y llama al gran Aquiles de cobarde,  
Si á mí me acusa porque vine tarde.

»Si ser delito la ficción estimas,  
Entrambos le hicimos, y si culpa  
Fué no acudir tan presto, más lástimas  
A Aquiles que no á mí, pues me disculpa  
Venir primero que él, y lo que limas  
Con lengua maldiciente que nos culpa,  
Parecerá piedad y no pecado  
A quien lo hubiere bien considerado.

»Mujer piadosa á mí me ha detenido,  
Piadosa madre á él, y así no es vicio.  
El primer tiempo á ellas fué debido,  
El resto se empleó en vuestro servicio.  
No temo, aunque no me haya defendido,  
De crimen tal, y quiero por oficio  
Merecer de culpado fama y nombre,  
En compañía siendo de tal hombre.

»Pecar en lo que Aquiles ha pecado,  
Es merecer renombre grande y raro.  
Mas tal varón de Ulises ser hallado,  
Y Ulises no de Ajax, está claro.  
Y porque no os admire haber osado  
Culparme, en mis injurias no reparo,  
Pues con su torpe lengua y necia boca  
En vuestro mismo honor, señores, toca.

»Si yo acusé por dicha falsamente  
A Palamedes, ¿quién habrá que crea

Que vuestro condenar fué conveniente,  
 Si fué mi acusación traidora y fea?  
 Nauplides vió su culpa tan patente,  
 Que no se defendió; porque se vea  
 Que esto es verdad, ¿su crimen no le oisteis?  
 Mas visto el precio, es cierto que le visteis.

»Y que quedase el hijo de Peante  
 Enfermo en Lemnos, isla de Vulcano,  
 ¿Qué culpa tengo yo, si semejante  
 Negocio sucedió de vuestra mano?  
 Vosotros consentisteis, bien que ante  
 Le aconsejé que hasta se ver más sano  
 Gozase del descanso de la tierra,  
 Dejando los caminos y la guerra.

»Obedecióme y vive, y mi sentencia  
 No sólo ha sido fiel, pero dichosa.  
 Y así mi buen aviso y diligencia  
 No me puede dejar de ser honrosa.  
 Mas, pues el hado pide su presencia  
 Para asolar á Troya (1), tanta cosa  
 No se me encargue á mí, que no me pesa;  
 Ayax irá mejor á tal empresa.

»Que según es facundo y elocuente,  
 Ablandará al varón que está furioso  
 De ira y de dolor, del mal que siente,  
 O le traerá por arte, que es mañoso.  
 Volverse ha Symois antes á su fuente,  
 Y en Ida no habrá hoja, y el reposo  
 Querrá de Troya Grecia (si yo os dejo)

---

(1) Quiere decir sin las flechas de Hércules, que estaban en poder de Philoctetes.

Que os sea de algún fruto su consejo.

»Aunque te muestres ser más que enemigo  
Del rey, de mí, de toda nuestra gente,  
Oh Filoctete duro, yo te digo  
Que no te bastará ser maldiciente.  
Si beberme la sangre, si conmigo  
Mostrar tu furia quieres evidente,  
No pienses dudaré de acometerte,  
Ni dejaré conmigo de traerte.

»Veámonos los dos una por una,  
Que te diré razones tan discretas,  
Que si me favorece la fortuna,  
Así gozaré yo de tus saetas  
Como de Heleno, y sin dejar ninguna  
De todas las palabras más secretas,  
Respuestas de los Dioses y del hado,  
En que el Troyano pueblo se ha fiado,

»Traeréte, cómo fué de mí robado,  
De entre los enemigos, y traído  
El Paladión (1). ¿Y haberse comparado  
Conmigo Telamonio se ha sufrido?  
Sin el Paladión el duro hado  
Poderse tomar Troya ha prohibido.  
¿A dó está el fuerte Ajax? Su braveza,  
Su blasonar, ¿dó está? ¿dó su fiereza?

»¿Por qué quien cuenta tantas valentías  
Se teme? ¿Por qué Ulises, más osado,  
Se atreve á ir por todas las espías,

---

(1) Ulises, acompañado de Diomedes, entró en Troya á robar el Paladión ó estatua de Minerva.



Del ánimo y la noche confiado,  
 Y entrar en su ciudad por tales vías,  
 Y en el alcázar, y aun haber sacado  
 La Diosa de su templo, por testigos  
 Las armas y los mismos enemigos?

»Que á no haber atrevidome á tal hecho,  
 De Telamón el hijo (1), yo no dudo,  
 Sino que hubiera andado sin provecho  
 Cargado de sus armas y su escudo.  
 De Troya la victoria de derecho  
 Gané yo aquella noche, pues se pudo  
 Vencer, y cuando estuvo constreñida  
 A se poder perder, quedó perdida.

»No hay por qué darme en rostro con tu extraña  
 Manera de semblante, y entonarte  
 Con mí, Diomedes, pues en mi hazaña  
 Confieso yo tener también su parte.  
 Que cuando usaste tú de fuerza y maña  
 En nuestras naves, no podrás loarte  
 Que fusite sólo, mil habfa contigo,  
 Mas uno fué no más quien fué conmigo.

»El cual, si la ventaja no entendiera  
 Que hace el sabio al bravo é indiscreto,  
 Las mismas armas cierto pretendiera  
 Con Ajax más modesto y más discreto.  
 Thoante, con Eurípilo, acudiera,  
 Merión é Idomeo, te prometo,  
 Con Menelao, varones tan valientes (2),  
 Que no menos que tú son excelentes.

(1) Ajax era, según hemos dicho, hijo de Telamón.

(2) Todos ellos próceres y capitanes del ejército griego.

»La flor de nuestro campo y aun del mundo  
A mis consejos todos se han rendido.  
Tener contigo nombre de segundo,  
Ninguno de ellos pienso habrá querido.  
Yo toda mi justicia pongo y fundo  
En que de más provecho soy y he sido.  
Peleas bien, mas ¿qué aprovecha eso?  
Que has menester regirte por mi seso.

»Tú tienes mucha fuerza sin prudencia,  
Mas yo en lo porvenir soy cuidadoso.  
Tú puedes pelear; mi providencia  
Escoge para el trance peligroso  
Atrides, de la guerra y diferencia.  
Tú en cuerpo, yo en el alma provechoso,  
Te excedo cuanto excede el marinero  
Al bajo miserable y vil remero.

»Cuanto es el general más que el soldado,  
Tanto soy más que tú, pues que de hecho  
Mi fuerza corporal he gobernado  
Con un sagaz y valeroso pecho.  
La valentía y brío está cifrado  
En un ingenio tal, y de derecho  
Se debe dar renombre de valiente  
A quien por serlo siempre fué prudente.

»Así que, capitanes excelentes,  
Premiad al que velando os ha servido,  
Y por cuidados tantos diligentes,  
Concededme este título que pido.  
El trabajar de todas vuestras gentes  
Es casi con el hado concluído.  
Cuando hice que pudiese ser vencida  
El alta Troya, fué por mí rendida.

«Suplícoos, por aquellas esperanzas  
Que á Troya tienen ya desesperada;  
Por estos Dioses mismos y balanzas  
En que la puse, de ellos despojada;  
Por los restantes casos y mudanzas  
En que será quizá bien empleada  
Mi discreción, á todos tan notoria,  
Mis méritos tengáis en la memoria.

«No permitáis se entierren en olvido  
Mis hechos, pues la fama los preserva.  
Si tenéis pensamiento concebido  
Que en algo á Troya el hado la conserva;  
Si me negáis las armas, ruego y pido  
Las deis á ésta» (y señaló á Minerva).  
Oídos tales medios y razones,  
En su favor juzgaron los varones.

Movióse la ilustrísima presencia  
De los jüeces; vióse claramente  
Entonces cuanto puede la elocuencia.  
Pues supo y pudo tanto el elocuente,  
Que se llevó las armas que habían sido  
De aquel varón clarísimo y valiente.

Y quien á Héctor sólo ha resistido,  
Al fuego, al hierro y Júpiter mil veces,  
A una ira sola no ha podido.

Sintió el agravio así de los jüeces,  
Que dél hizo el dolor (con ser tan fuerte)  
Lo que aun apenas hace en los soeces.  
Tomó su espada, y dijo de esta suerte:

«Esta que tengo creo que es mi espada,  
¿Mas si la pide Ulises? de esta quiero  
Usar en mí, la cual ensangrentada  
Con mucha frigia sangre fué primero.



Con la de su señor será manchada;  
 Agora yo me hago desafuero.  
 Porque no pueda nadie haber rendido  
 A Ajax, de Ajax solo soy vencido.»

Diciendo así furioso de despecho,  
 Traspasa con la punta de la espada  
 El invencible y nunca herido pecho.

No pudo de las manos ser sacada;  
 La sangre la expelió, de quien teñida  
 La tierra, procreó la flor morada

Que antes había nacido de la herida  
 Del hermoso Hiacinto; vese en ella  
 En cada hoja escrita y esculpida

La letra de los dos media, que en vella,  
 Del niño y del varón habra memoria,  
 Aquí del nombre, allí de la querella (1).

Ulises navegó con la victoria  
 A la tierra de Hypsipile y Toante,  
 La cual padece infamia muy notoria

Con muerte de varones semejante (2)  
 Por las saetas de Hércules, traídas  
 Con su señor, se hizo lo restante.

Las guerras, aunque tarde, concluidas,  
 Troya cayó, cayendo juntamente  
 Su rey, do se acabaron muchas vidas.

La desdichada reina (que su gente  
 Vió padecer tan grave desventura)  
 No sabe dónde está del mal que siente.

(1) El diptongo *ai* que se encuentra en el nombre Ajax, y que á la vez era exclamación de dolor.

(2) Los hombres de Lemnos abandonaron á sus esposas por sus esclavos, y durante una noche las Lemnianas los degollaron á todos, menos á Thoas, á quien salvó su hija Hypsipile.

A cabo de lo cual, de su natura  
Y ser quedó privada (caso amargo),  
De perra recibiendo la figura.

A do se estrecha el Helesponto largo,  
Ardía aún Ilión, que el bravo fuego  
Convertirlo en ceniza tenía cargo.

Ante el altar de Jove, el sin sosiego  
Priamo degollado ya se vía,  
Su poca sangre consumida luego.

Casandra desgüeñada ya venía,  
Las manos hacia el cielo levantadas  
En vano, pues su ruego no se oía.

Las troyanas matronas abrazadas,  
Con los quemados Dioses, han sacado  
Los Griegos vencedores arrastradas.

Y fué de aquella torre despeñado  
Astianax, de do mil veces vido  
Su padre pelear como esforzado.

Mostrándole su madre, y defendido  
Por él su ser, y reino, y su contento (1).  
Y todo de esta forma concluido.

La vuelta aconsejaba el frío viento,  
Las velas desplegadas meneando  
Con próspero sonido y movimiento.

Los cautivos troyanos, sollozando,  
Se han de su patria Troya despedido,  
Dejándola en mil partes humeando.

En la armada la última ha subido  
Hécuba, miserable y desdichada  
Sobre cuantas mujeres han nacido.

Entre las sepulturas fué hallada

---

(1) El modo artificioso con que Ulises descubrió al niño Astianax, hijo de Héctor, á quien su madre Andrómaca tenía oculto, lo refiere Séneca y es el episodio más tierno é interesante de su tragedia *Las Troyanas*.

De sus amados hijos, con espesos  
Suspiros á las mismas abrazada.

No la podían quitar de aquellos huesos,  
Adonde con tristezas no livianas  
Los daba, como atónita, mil besos.

Tomó de las cenizas soberanas  
De Héctor, con todo eso, por ofrenda  
Dejando de sus lágrimas y canas.

En su sepulcro, que es su pobre hacienda,  
Y por mano de Ulises fué llevada (1),  
Entró con vista á todos estupenda.

De los varones tracios habitada,  
Está una tierra rica, puesta enfrente  
De donde estuvo Troya edificada.

Allí el rey Polimnéstor su excelente  
Palacio poseía, muy ufano,  
Con gran riqueza y valerosa gente.

Al cual secretamente el rey troyano  
Envió á Políodoro, su hijo amado,  
Y fuera su consejo cierto sano,

Si no hubiera tesoros enviado  
Con él, de la traición irritamento  
En codicioso ánimo y malvado.

Vencidos los Troyanos, al momento  
Al inocente deudo dió la muerte  
El impío rey, tirano y avariento.

Echó en la mar el cuerpo, de la suerte  
Que si con él la culpa se arrojara  
De crimen tan extraño, bravo y fuerte.

La armada de los Griegos se repara  
(Mandándolo su rey) (2) en la ribera  
De Tracia, mientras el mar se aplaca y para

---

(1) En el reparto de cautivos, Hecuba tocó en suerte á Ulises.

(2) Agamenón.



El viento, ó corre otro de manera  
Que puedan navegar alegremente,  
Porque el de entonces su contrario era.

Aquí se abrió la tierra, y de repente  
Salió el feroz Aquiles cual solia  
Cuando era vivo, áspero y valiente.

Y el rostro semejante parecia  
Al que en el tiempo tuvo que, enojado,  
A Agamenón sin causa acometia.  
Habiendo de esta forma comenzado:

«¿De suerte que partís sin la memoria  
De mí, Griegos ingratos, y enterrada  
Quedó conmigo aquella ilustre gloria,  
De mi virtud y fuerzas conquistada?  
No me hagáis una injuria tan notoria;  
Porque mi sepultura quede honrada,  
Matadme á Polixena (1), que codicio  
Se me haga con su sangre sacrificio.»

Consienten con su plática acabada  
Los fieros compañeros, y traida,  
Del seno de la madre arrebatada,  
La virgen fué, que no tenía otra vida,  
Y desdichada tanto como fuerte,  
Más varonil que hembra, ya entendida  
Su más que miserable y dura suerte.  
La llevan al sepulcro del tirano,  
Do cuando fué llegada, y bien advierte  
Quién es, y á Neptolemo (2) vió inhumano

---

(1) Polixena fué hija del rey de Troya, Priamo. De ella se prendó Aquiles, y después de muerto quiso le sacrificasen la que había amado en vida.

(2) Epiteto de Pirro, hijo de Aquiles, que fué quien

Que estaba (lo restante aparejado)  
 Con la desnuda espada ya en la mano,  
 Mirándola, de esta arte ha comenzado:

«Mi sangre generosa ya de hecho  
 Podrás crüel sacar por larga vena;  
 Degüella la garganta, pasa el pecho  
 (Mostraba uno y otro muy serena).  
 ¿Había de ser yo esclava? Sin provecho  
 Será mi sangre y vida á nadie buena.  
 Contento de una cosa recibiera:  
 Que muerte tal mi madre no entendiera.

»En un acabamiento de tal suerte  
 Mi madre estorba al alma su salida,  
 Hurtándome el contento de mi muerte,  
 Que es menos de doler que no su vida.  
 No me toquéis, señores, porque acierte  
 A ser ofrenda santa y escogida,  
 Y agrade á quien queréis, doncella siendo,  
 Mi sangre casta y libre aquí vertiendo.

»Si á algunos, por ventura, mueve y toca  
 En esta desventura que me anega  
 El razonar postrero de mi boca,  
 La Reina, ahora cautiva, os pide y ruega  
 Que el cuerpo mío, á do se gira y troca  
 La rueda de Fortuna instable y ciega,  
 A la que me parió deis, sin que trate  
 Ninguno de algún precio por rescate.

»Pues su pobreza veis y desventura,

---

sacrificó á Polixena á los manes de su padre; cuyo epíteto  
 significa *juvenis novus*.

Y el fin de su poder y su tesoro,  
 No la forcéis que el darne sepultura  
 La cueste más que lágrimas y lloro (1).  
 Cuando ella pudo y tuvo más ventura,  
 Tratando de rescate, dábaos oro.\*  
 Decíalo muy serena, y no podía  
 Estarlo todo el pueblo, que la oía.

Sin lágrimas, sin pena y sin espanto,  
 Había ya sus razones acabado,  
 Y en todos de su lástima hubo llanto.

El mismo sacerdote (2), lastimado,  
 Llorando, la ha privado de la vida,  
 Mas no de voluntad, sino forzado.

Con un semblante intrépido, perdida  
 La fuerza, cae con ánimo estupendo,  
 Sin que la derrocasse la caída.

Y cuidadosa estuvo que cayendo  
 Las partes se cubriesen que era justo,  
 Aun después de ya muerta casta siendo.

Los suyos la lloraron con disgusto,  
 Contando los hermanos, y el ultraje  
 De muertes inhumanas tan injusto.

Y cuánta sangre solo de un linaje  
 Real se ha derramado y derramaba,  
 Sin ser ninguno parte á que se ataje.

La virgen Polixena se lloraba;  
 Llorábase su madre, que antes era  
 Espejo donde el Asia se miraba.

Señora, reina y madre verdadera

(1) La creencia en que estaban de que los no honrados con el honor de la sepultura no podían entrar hasta pasados cien años en la barca de Aqueronte ni pasar la Estigia, les hacía solícitos y cuidadosos del sepulcro.

(2) Pirro, hijo de Aquiles.



De tanto valeroso y tanto fuerte,  
 Y agora ya abatida de manera,  
 Que aun es indigna de que se eche suerte  
 Sobre cuya ha de ser, y aunque ha cabido  
 A Ulises, la dejara. Mas advierte  
 Que de aquel bravo Héctor madre ha sido.  
 Por esto sólo halla, y aun apenas  
 Quien la haya por esclava recibido.

El cuerpo muerto abraza, cuyas venas  
 Están sin sangre y alma, y suspirando  
 Con la memoria dura de sus penas,

La está de aquellas lágrimas bañando  
 Que estuvo por sus hijos y marido  
 Y patria tantas veces derramando.

Besándola se mesa, y ha herido  
 Su pecho, acostumbrado á tal tormento;  
 La sangre con sus canas ha barrido,  
 Y dijo de esta suerte en el momento:

«¡Oh hija mía, ansia y desconsuelo  
 Y de tu madre ya dolor postrero!  
 (Que no sé qué me reste en este suelo).  
 Postrada estás, y tal, que en verte muero.  
 Y porque no me quede á mí consuelo  
 Haber la muerte usado de otro fuero  
 Contigo que con todos tus hermanos,  
 Matáronte también crüeles manos.

»Pensaba yo que hubieras escapado,  
 Por ser mujer, de muerte con heridas;  
 Caíste con el hierro que ha privado  
 A tantos tus hermanos de las vidas.  
 El destruidor de Troya, aquel airado  
 Aquiles que causó nuestras caídas,  
 Viviendo en nuestros daños tan despierto,  
 Agora te mató después de muerto.

»Cuando el feroz Aquiles vino á muerte,  
De Paris y de Febo traspasado,  
Yo dije:—Ya no tengo que temerte,—  
Y agora siento cuánto me he engañado,  
Pues la ceniza suya de esta suerte  
Del bien que me restaba me ha privado.  
Fecunda para Aquiles sólo he sido,  
Por él mi reino ilustre está caído.

»La pérdida de Troya y el estrago  
Común se concluyó con fin terrible (1);  
Mas al fin se acabó; yo duro, y pago,  
Que para mí su muro es invencible,  
Pues aun agora paso un triste trago  
Y me atormenta pena tan horrible.  
Yo reina y potentísima señora  
Me ví, y esclava triste soy agora.

»Con hijos, yernos, nueras y marido  
Tan claros, yo me hallé muy encumbrada;  
Agora mi ventura tal ha sido,  
Que pobre voy, cautiva y desterrada.  
De aquellas sepulturas, do metido  
Mi bien estaba, á golpes arrancada,  
Y tengo ya por claro y evidente  
Que seré de Penélope presente.

»Á su mujer habráme presentado  
Ulises por esclava, y yo, teniendo  
La rueca con el huso, mi mal grado,  
Dirá á las otras Griegas presumiendo :

---

(1) Los griegos, según parece, allanaron hasta las ruinas, dejando la ciudad convertida en campo, como se colige de la expresión de Virgilio: *Et campus ubi Troia fuit.*

«Aquella es madre de Héctor esforzado;  
 »De Príamo, mujer.» ¡Oh caso horrendo!  
 ¡Oh Polixena, alivio de mi duelo!  
 ¿Dó estás, mi bien, mi único consuelo?

»Que ya perdidos tantos, tú restabas  
 Contra mi desventura y su contraste,  
 Y agora que mis penas aliviabas,  
 Los Dioses por Aquiles aplacaste.  
 Vejez dañosa, dí, ¿por qué no acabas?  
 ¿Para qué tanto tiempo me guardaste?  
 ¿Ofrendas parí yo de mi enemigo?  
 Crúeles Dioses, que esto usáis conmigo

»Para que nuevas muertes sufra y vea,  
 Prolongáis mi vivir triste y penoso.  
 Quemada Troya, ¿quién habrá que crea  
 Poder llamarse Príamo dichoso?  
 Creíble es que su muerte le recrea;  
 Cualquiera le tendrá por venturoso,  
 Perdido el reino y vida juntamente,  
 Pues, hija mía, no te ve presente.

»Quizá los aparatos funerales  
 Con que serías, oh virgen, enterrada  
 Fueran con pompa ó tñmulos reales,  
 Quedando entre los tuyos sepultada.  
 Los casos de Fortuna no son tales;  
 De mi llorar serás acompañada.  
 No te podré ofrecer sino mi pena,  
 Y algún puñado de extranjera arena.

»Perdido todo, aun causa tengo honesta  
 Porque el vivir sustente y aflicciones;  
 Un hijo solo agora que me resta,  
 Que era el menor de todos los varones,



Dado al rey Polimnéstor, cuya es esta  
 Región, él será alivio á mis pasiones.  
 ¿Por qué con agua en tanto no he lavado  
 El cuerpo herido y rostro ensangrentado (1)?»

Diciendo así, mesándose sus canas,  
 Con paso tardo y ansia lastimera,  
 Un cántaro ha pedido á las Troyanas  
 Para coger del agua en la ribera,  
 Y á Polidoro muerto vió en llegando,  
 Herido de fierísima manera.

Estaban los Troyanos exclamando,  
 Mas el dolor á ella la enmudece,  
 Las lágrimas y voces estorbando.

Y como piedra dura se entorpece,  
 Clavando ora los ojos en el suelo,  
 Mas otras veces fiera, no parece  
 Sino que con el gesto culpa al cielo.  
 Agora al rostro, agora el cuerpo mira  
 Herido y maltratado tan sin duelo.

De ansia, ni se muda ni respira,  
 Y como si tuviera su corona,  
 Determinó vengarse, llena de ira.

Y cual furiosa sigue la leona  
 A aquel que del hijuelo la ha privado,  
 Buscando por el rastro la persona;

Tal Hécuba, después de haber mezclado  
 La ira con los llantos, olvidaba  
 De su vejez su brio no olvidado.

A Polimnéstor parte enderezada  
 Como el autor de hecho tan horrendo,  
 De muerte, de traición tan no pensada.

---

(1) Uno de los ritos funerarios era lavar los cadáveres y ungirlos con preciosos ungüentos y aromas.

Y que le quiere hablar entró diciendo,  
 Para mostrarle y darle en escondido  
 Mucho oro para el hijo: aquesto oyendo  
 El codicioso Odrisio lo ha creído,  
 Y vino al momento do ella estaba  
 De amor de aquel tesoro entontecido,  
 Y con astucia blanda comenzaba:

«No te detengas, Hécuba, con lloro;  
 Descubre tu secreto á buen seguro;  
 Empléese en tu hijo tu tesoro,  
 Que sin dudar te afirmo y aseguro,  
 Y por los Dioses del supremo coro  
 Si es menester, señora, yo te juro  
 De dar lo que me dieres, y me diste,  
 A Poliodoro el hijo que pariste.»

Con gran fiereza y crueldad remira  
 Al que juraba falso con su boca;  
 Hinchada de coraje, ardiendo en ira,  
 Echóle mano; en su favor invoca  
 A las cautivas madres y al culpado  
 De caso tan atroz, que á todos toca.

Los ojos con los dedos ha sacado,  
 Y en su traidora sangre se ensangrienta;  
 La ira la hace de ánimo esforzado,

Y con tenerle ciego no contenta,  
 No de vista, que ya no la tenía,  
 Sino de vida, despojarle intenta.

La gente de los Tracios, que veía  
 Su rey de aquella forma maltratado,  
 La Troyana cautiva perseguía.

Saetas y guijarros la han tirado;  
 Mas ella, murmurando roncamente,  
 Las piedras va á morder, y transformado  
 Su hablar en un ladrido de repente,

En perra se fué luego transformando,  
Y aun agora el lugar está patente (1).

Anduvo muchos tiempos aullando  
Por los montes (misérrima) de Tracia,  
Sus males y miserias no olvidando.

La mala suerte suya, su desgracia  
A amigos y á enemigos ha movido,  
Y aun en los Dioses todos halló gracia  
Y de tal arte en todos, que ha rendido  
A Juno á confesar que tal suceso  
Hécuba no le había merecido.

No le vacó á la Aurora de hacer eso,  
Aunque era en el favor de los Troyanos  
El doméstico llanto y el proceso

De su Memnón (2), á quien las fuertes manos  
De Aquiles despojaron de la vida,  
La tienen en tormentos inhumanos.

La misma madre triste, dolorida,  
Le vió morir, y su color rosada  
Fué luego en amarilla convertida.

Y aquella luz (que tanto al mundo agrada,  
Con que se ilustra el refulgente cielo)  
Quedó de negras nubes anublada.

Mas ver los miembros suyos en el suelo  
Para quemarse y hecha la hoguera,  
La dió terrible pena y desconsuelo.

Y pártese, del arte y la manera  
Que estaba, al sacro asiento del Tonante,  
Sin recoger la hermosa cabellera.

---

(1) Este lugar se llamaba Cynossema, ó sea, tumba de la perra.

(2) Memnón, hijo de la Aurora y de Tithón y Rey de Etiopía, era sobrino de Príamo, por ser éste hermano de Tithón. Fué Rey de Abydos; acudió en socorro de los troyanos, y le mató Aquiles.



Y no se desdeñó de estar delante  
De Júpiter, postrada de rodillas,  
Y comenzar querella semejante  
Con lágrimas y ansias no sencillas:

«La ínfima de todos los del cielo  
(Pues en el mundo pocos templos tengo),  
Mas diosa al fin, y no con gana ó celo  
De sacrificio, á tu presencia vengo.  
Ni quiero nuevos templos en el suelo,  
Aunque si en lo que trato y me entretengo.  
Reparas, hallarás que es gracia mía  
Dar á la noche fin, principio al día.

»Y habiendo mi servicio remirado,  
Entenderás merezco ser premiada;  
Mas no es agora ese mi cuidado,  
Ni quiero (como es justo) ser pagada.  
Huérfana de mi hijo muy amado  
Memnón, á tu presencia soy llegada,  
Que ayudando á su tío, como fuerte,  
En tierna edad me le robó la muerte.

»En los primeros años de su vida  
Fué muerto por las manos de aquel griego  
Aquiles (que su muerte estaba urdida  
Por vuestra voluntad, yo no lo niego);  
Agora empero ha sido mi venida  
A demandar con blando y justo ruego  
(Sumo rector de dioses, tierra y cielo)  
Que de su fin me des algún consuelo.

»El daño del morir (bondad inmensa,  
Señor de los señores, Rey eterno)  
Con privilegio alguno recompensa,  
Pues todo reconoce tu gobierno.

Porque mitigará tal recompensa  
 El sentimiento y el dolor materno,  
 Consiente, Jove, al suplicar al punto  
 Que el fuego y humo de Memnón fué junto.»

Del humo negro el día se ha nublado,  
 Cual suele con las nieblas exhaladas  
 El mundo carecer del sol dorado.

Del cisco y las pavesas volteadas  
 Se hizo un cuerpo espeso, recibiendo  
 Figura con colores agraciadas.

El ánimo del fuego procediendo,  
 Y de la liviandad la ligereza,  
 Y alas al principio pareciendo

Ser ave; mas después con más certeza  
 Lo era, y por el aire va volando  
 Y mudando también naturaleza.

Con alas sus hermanas resonando  
 Partieron, y tres veces la hoguera  
 Rodean, cada tres veces graznando.

Al cuarto vuelo parten de manera,  
 Que en dos diversas bandas divididas  
 Pelean, cada cual terrible y fiera,

Y con uñas y picos bien asidas,  
 Con alas, y los pechos se han herido,  
 Quitándose las plumas y las vidas.

Los cuerpos por ofrendas han caído  
 En las cenizas caras sepultadas,  
 Origen de do todas han nacido.

Pelean como fuertes, no olvidadas  
 Que de varón tan fuerte procediendo,  
 Del propio nombre suyo son llamadas (1).

---

(1) Del cadáver de Memnón, puesto en la hoguera, salieron unas aves que se llamaron Memnónidas, que, según

Aniversario honor continuo haciendo,  
En torno del sepulcro todas vuelan  
El Sol los doce signos concluyendo.

Así que, aunque de Hécuba se duelan  
Los otros, no lo pudo hacer la Aurora,  
A quien los propios lutos desconsuelan.

Ni la ha curado el tiempo, que aun agora  
Se ve la tierra y campo rociado  
De las piadosas lágrimas que llora.

Hundida Troya y todo destrozado,  
Aun la esperanza suya viva resta,  
Que no se la han los hados denegado.

Cargado con la sacra diosa Vesta  
Y el padre, sale Eneas afligido,  
Sobre sus hombros tanta carga puesta.

Que de tan gran tesoro no ha elegido  
Otra presea, con piedad muy viva,  
Y á Julo Ascanio, su hijo muy querido,

En una nave pobre, fugitiva,  
De Antandro parte, siempre declinando  
La ribera de Tracia tan nociva

A Polidoro; y del favor gozando  
Del viento deseado, aporta á Delo,  
Do de Anio recibido fué en llegando.

Rey era y sacerdote de tal celo,  
Que eran las gentes de él bien gobernadas,  
Y el sacrificio suyo acepto al cielo.

La ciudad y las cosas señaladas  
Y templos conocidos le ha mostrado,  
Y aquellas sacras plantas reservadas  
Del parto de Latona. Preparado

---

la fábula, concurrían todos los años al sitio del sepulcro, é hiriéndose unas á otras, hacían con su sangre las exequias de su padre.



El sacrificio, y siendo derretido  
 Incienso y sacro vino derramado,  
 Y habiéndose en las llamas consumido  
 Lo que de los becerros (que mataron  
 Para aplacar á Dios) había salido,  
 A su real palacio se tornaron  
 Y á ricas mesas llenas de manjares,  
 Sobre tapetes finos se sentaron.  
 Y ya que Baco y Ceres sus pesares  
 En algo mitigaron, y que advierte  
 Anquises que en sus sitios y lugares  
 Estaban todos, dijo de esta suerte:

«¡Oh sacerdote electo del dios Febo!  
 ¿Engañome por dicha, ó poseías  
 Un hijo y cuatro hijas, si me muevo  
 Con falso sospechar? Cierto en los días  
 Que en esta tu ciudad entré de nuevo,  
 Paréceme, señor, que los tenías.»  
 A quien (moviendo Anio su cabeza  
 Vendada) dió respuesta con tristeza:

«Así es verdad, señor muy excelente,  
 Que tuve cinco hijos, aunque agora  
 Apenas tengo uno, y ese ausente  
 (Tanta mudanza en este mundo mora)  
 En Andros de su nombre, es mi teniente,  
 La gente de la cual casi le adora.  
 A éste concedió (por mi consuelo)  
 Saber profetizar el dios de Delo.

»Mis hijas, con mercedes nunca oídas,  
 El padre Baco hizo señaladas;  
 Que en pan, aceite y vino convertidas  
 Las cosas son que de ellas son tocadas,  
 Y con tan gran merced enriquecidas

Por todo el mundo fueron divulgadas,  
Súpolo Agamenón, el crudo Griego  
Destruidor de Troya y mi sosiego.

»En ese mismo punto él fiero parte,  
A fuerza de armas muy determinado  
(Porque entendáis, señor, cuán buena parte  
De vuestra tempestad me ha á mí anegado)  
De me quitar mis hijas, y del arte  
Le sucedió que lo hubo imaginado.  
A mí se acogen; quítalas de hecho  
Del paternal regazo á su despecho.

»Robadas, las constriñe incontinente  
Que con el don del cielo tan subido  
Sustenten el real y griega gente;  
Mas como mejor pueden han huido  
A Eubócados, y dos ligeramente  
En Andros con su hermano se han metido.  
Amenazando gente de armas llega  
Su destrucción si no se las entrega.

»Temor á la piedad venció de suerte,  
Que á las hermanas tristes ha entregado  
Á cruda pena, á desdichada muerte;  
Hubiérate su miedo lastimado.  
No estaba allí un Eneas ó Héctor fuerte  
Que á Andro pretendiera haber librado  
Por quien es (resistiendo á tantos daños)  
Durastes en la guerra por diez años.

»Ya para las cautivas sin consuelo  
Se aparejaban lazos inhumanos,  
Cuando ellas, levantando al alto cielo  
Con libertad las no ligadas manos,  
Dijeron con devoto y santo celo:

«Libranos, padre Baco, de tiranos.»  
Oyó el autor del don su justo ruego,  
Librólas de una suerte extraña luego.

»Si destruir sus formas fué librarlas,  
Al punto las sacó de suerte dura.  
Yo no sé cómo pudo transformarlas,  
Mas sé que allí perdieron su figura  
Y que de plumas y alas ví dotarlas  
Y en aves convertir de gran blancura,  
A la sagrada Venus consagradas  
(Oh Anquises), á quien sé que tanto agradas.»

En tales y otras cosas platicando  
El convite real se concluía,  
Y fuéronse á dormir luego en cenando.  
Levantáronse todos con el día,  
Y al oráculo santo se demanda  
Consejo en lo que hacer les convenía.  
El sacro Febo les responde, y manda  
Buscar la antigua madre y su ribera (1);  
Y satisfechos ya de su demanda,  
El Rey volvió con ellos de manera  
Que cuando ya el partir se aparejaba,  
Con dones les mostró ser bien quién era.  
Al padre Anquises luego un cetro daba,  
Don para tal persona conveniente;  
Al nieto un rico manto y una aljaba.  
Al pío Eneas dió una hermosa fuente  
Que Therses el Tebano le había dado,  
Hecha de mano de Alcon excelente,

---

(1) Respuesta obscura del oráculo, cuyo verdadero sentido era que buscasen á Italia, de donde fué natural y salió Dárdano, uno de los reyes de Troya, y á esto alude Virgilio en el verso *Dardanida duri*, etc.



A do gran argumento ha fabricado:  
Éste era una ciudad con siete puertas,  
Con que su nombre estaba declarado,  
Delante de la cual, de gentes muertas  
Estaban esculpidas sepulturas,  
Hogueras, tumbas, ceremonias ciertas  
De funerales honras, y figuras  
De madres que llorando se herían  
Manifestando luto y desventuras.  
Llorar también las Ninfas parecían  
Y pesquisar las fuentes agotadas.  
Los árboles sin hoja estar se vían,  
Y estaban las cabrillas trashijadas  
Lamiendo los guijarros sequerosos,  
Estando ya las hierbas agotadas.  
Las hijas de Orión, con sus briosos  
Esfuerzos, sin celadas se parecen,  
Con ánimos viriles no medrosos,  
Y en medio están de Tebas, do se ofrecen  
A muerte por su patria bien de hecho (1),  
Y la inmortalidad de allí merecen.  
La una descubriendo cuello y pécho  
Para sufrir el golpe y dar la vida;  
La otra el mismo juego á sí se ha hecho,  
Y en pago de la muerte recibida,  
En ricos ataúdes son llevadas  
Por la ciudad con pompa esclarecida.  
Y para ser con honra veneradas,  
Reliquias de doncellas, que eran tales,  
En parte celebrada son quemadas.  
Y porque descendencias tan reales

---

(1) Asolada Tebas por la peste, declaró el oráculo que cesaría la plaga mediante el voluntario sacrificio de dos doncellas. Metiochea y Menippa, hijas de Orión, se ofrecieron al sacrificio.

No tengan fin, dos mozos resultaron  
De las cenizas tuyas virginales.

Coronas los antiguos los llamaron.  
Los cuales, yendo en orden con la gente,  
Las pompas maternales celebraron.

Con esta historia bella y excelente  
Estaba lo de dentro sin celada  
Y con acanto el borde de la fuente.

No con menores dones fué pagada  
La voluntad del Rey (á lo que pienso)  
De la troyana gente señalada.

Un vaso para guarda del incienso  
Al sacerdote dan, y á la persona  
Real (do está valor y seso inmenso)

Le presentaron de oro una corona,  
De perlas orientales guarnecida,  
Y de una rica copa le hacen dona.

Y luego (la memoria recorrida)  
Se acuerdan que en ser Teucros descendieron  
De Teucro; enderezaron su partida

A Creta (1), donde mucho no estuvieron;  
Que el aire de la tierra detestando,  
Los recibió de suerte, que se fueron (2),

Y cien ciudades tuyas olvidando,  
A Italia estaban todos inclinados,  
Y embarcan á sus puertos navegando.

Del crudo invierno fueron destrozados,  
Y en los infieles puertos recibidos  
De Estrofado, quedaron espantados

Del ave Aello. Y siendo ya partidos

---

(1) Entendiendo mal el oráculo, creyeron que la anti-  
gua madre que les mandaba buscar era la tierra de Creta,  
de donde habia sido natural su rey Teucro.

(2) Alusión á la tempestad descrita por Virgilio en el  
libro 1 de la *Eneida*.

De allí, á Duliquio é Ítaca dejaron,  
 Y á Samos y los pueblos deshabidos  
 Del engañoso Ulises, aportaron  
 A Ambracia, do los dioses han tenido  
 Revueltas, pues en ella litigaron;  
 A do el juez en piedra convertido (1)  
 Se vía; la ciudad es bien nombrada  
 Del templo del dios Febo (2) allí elegido.  
 Pasaron por la tierra celebrada  
 Del roble Dodoneo, pues que luego  
 De oráculos se vido frecuentada,  
 Y los Caonios senos, do del fuego  
 Los hijos de Moloso se escaparon,  
 Naciendo con las alas su sosiego (3).  
 Y á los dichosos campos navegaron  
 De Córcega, de frutos bastecidos,  
 Y de éstos por Butrotros luego entraron,  
 Cuyos habitantes son regidos  
 De un Frigio rey profeta cuyo trato  
 Les fué bien agradable, pues venidos,  
 Su patria Troya hallaron en retrato,  
 Allí de los sucesos avisados  
 Por Heleno amoroso y nada ingrato.  
 En la feliz Sicilia son entrados,  
 Que dentro de la mar salada envía  
 Tres promontorios suyos bien nombrados.

(1) Apolo, Hércules y Diana se disputaban Ambracia. Elegido por juez Cragaleo, decidió la cuestión á favor de Hércules, y Apolo le metamorfoseó en roca.

(2) Ovidio llama á este templo de Apolo *Actiacus*, porque se decía que había ayudado á Augusto en el combate naval de Actium.

(3) Munycho, rey de los Molosos, tenía tres hijos y una hija. Incendiado su palacio por unos facinerosos, Júpiter los transformó en aves para salvarles.



Paquino enfrente está del Mediodía,  
Y del Favonio blando Lilibeo,  
Peloro, de la tierra helada y fría.

Con aire á la medida del deseo  
La flota entró por la Zanclea arena  
Mostrando ya la noche el rostro feo.

Con Scyla y Caribdis sienten pena,  
Una al siniestro, otra al diestro lado,  
Que para atormentar cualquiera es buena.

Las aves traga, y halas vomitado  
La una, mas la otra su cintura  
Se la han diversos perros ocupado.

Teniendo de doncella la figura (1),  
Y fuélo (si del todo no es fingida  
La poesía antigua y escritura)

De muchos deseada y aun pedida;  
Mas ella (al mar y Ninfas inclinada)  
Les daba desdeñosa despedida.

Estábase mil veces ocupada  
Contándolas las burlas que hacía  
A la cautiva gente enamorada.

Peinaba á Galatea acaso un día,  
La cual con un suspiro y ansia fuerte,  
Unos amores suyos refería,  
Con Scyla razonando de esta suerte:

«Oh virgen que los hombres son contigo  
Benignos, pues les pagas el deseo  
Con tal desdén (cual sueles) sin castigo.  
Mas yo, de Doris hija y de Nereo,  
Con tanta hermana, te prometo y digo

---

(1) De Caribdis también fingieron haber sido una rapacísima que hurtó algunos bueyes á Hércules, y éste, en castigo, la arrojó al mar, donde quedó convertida en escollo.

Que escapar del amor de Ciclops (1) feo  
 No fué sin luto» (y cuando lo decía,  
 De lágrimas la voz se interrumpía).

Enjutas con el liso y blanco dedo  
 De la doncella Scyla, y consolada  
 Con un gracioso aire y buen denuedo,  
 La suplicó diciendo muy osada:  
 «Señora, si contigo valgo y puedo  
 Alguna cosa, no me encubras nada;  
 ¿De qué es tu pena? que me muerdo en verte.»  
 Y replicó Nereys de esta suerte:

«Había un Acis (2), mozo bien nacido,  
 De Fauno y de Symethide (3) engendrado,  
 Que de sus padres gran regalo ha sido,  
 Mas mucho más de mí fué regalado,  
 Porque por su señora me ha escogido,  
 Hermoso, mancebito, desbarbado,  
 Que apenas diez y seis años había:  
 Por éste yo, por mí el Cyclops moría.

»Ni si me preguntases cuál sería  
 Mayor en mí, el odio del Gigante  
 Ó la afición de Acis, lo diría,  
 Porque era igual, de un arte y semejante.

---

(1) El ciclope Polifemo, gigante de estatura, que tenía un solo ojo en medio de la frente, el cual le sacó Ulises quemádoselo con un tizón; y Virgilio describe la monstruosidad de este gigante en aquellos versos:

Monstrum horrendum, informe, ingens cui lumen demptum  
 Trunca manus pium egis et vestigia forma.

(2) El Acis, llamado hoy *il Fiume freddo*, es un río que nace en el Etna y desemboca en el mar.

(3) Era hija de un río de este nombre, que corre en Sicilia, cerca de la ciudad de Catanea.

¡Oh Venus! ¡cuánta es tu tiranía!  
De tu poder ninguno ya se espante,  
Pues siente que es amor aquel horrible,  
A todos los mortales tan terrible.

»Aquel salvaje fiero y enemigo  
Del gran Olimpo y todo ser divino,  
Que nunca fué mirado sin castigo  
Del inocente y pobre peregrino,  
Por mí se abrasa, y por estar conmigo  
Con su ganado y cueva está mohino,  
Y vive de su casa cuidadoso  
Por agradarme y parecerme hermoso.

»Ya con un rastro el pelo enerizado,  
El fiero Polifemo y mal gigante  
Se peina, y ya la barba se ha cortado  
Con corva hoz ó cosa semejante.  
En la pura agua se ha considerado,  
Componiendo el fierísimo semblante;  
La sed de sangre cesa y el ser duro,  
Las naves van y vienen al seguro.

»En este tiempo vino allí Telemo (1)  
Gigante, mas certísimo agorero,  
Y díjole: «Ese ojo, Polifemo,  
»Te ha de sacar Ulises.—Yo no quiero  
»(Le respondió) creerte, ni tal temo;  
»Pues otra me ha cegado ya primero,—  
Llamándolo vanísimo, burlaba  
De quien tan gran verdad le amonestaba.

»El cierto adivinar así reprueba,

---

(1) Era uno de los gigantes Cíclopes que habitaban en el monte Etna.



Y gasta el tiempo el nuevo enamorado  
 En pasearse á ratos, y á su cueva  
 Sombría se recoge, ya cansado,  
 Y algunas veces su ganado lleva  
 Bien dentro de la mar sobre un collado  
 Que el agua por entrambos lados cerca.  
 Siéntase él, las ovejas andan cerca.

»Y puesto ante los pies un grueso pino  
 Que le servía de báculo, y pudiera  
 Servir de antena, á la zampoña vino,  
 Compuesta de cien cañas y de cera,  
 Su pastoril silbar, el mar vecino  
 Sintiólo, oyólo el monte y la ribera.  
 Yo en brazos de mi Acis, tuve asco  
 De su sonido, en bajo de un peñasco.

»Estábamos debajo de una peña  
 Oyéndole cantar, y así decía:  
 «Oh blanca más que flores de la alheña,  
 »Florida más que el prado, Diosa mía;  
 »Derecha más que el álamo y senceña,  
 »Y clara más que el vidrio y más que el día  
 »Serenos, y más lascivos que el cabrito  
 »Cuando es recién nacido, tiernecito.

»Más lisa que la concha, más graciosa  
 »Que el sol de invierno y sombra de verano.  
 »Más noble que un manzano, y más hermosa  
 »Y más de ver que un plátano lozano.  
 »Más lucía que la helada, y más sabrosa  
 »Que la madura uva, y á la mano  
 »Más blanda que la pluma regalada  
 »Del blanco cisne, y más que la cuajada.

»Y si no huyes, linda más que huerto

»De dulces aguas siempre proveído;  
 »Mas pues que no me esperas, eres cierto  
 »Más brava que novillo embravecido;  
 »De corazón más áspero y más yerto  
 »Que durísimo roble envejecido,  
 »Mucho más que las ondas engañosa,  
 »Y más que mimbre ó nueza correosa.

»¡Oh Galatea mía, do crueza  
 »Se halla, nunca vista semejante,  
 »Que vences estas penas en dureza,  
 »Y en no moverte nunca y ser constante!  
 »Tú tienes más rigor y más braveza  
 »Que el río cuando corre más pujante,  
 »Más que el pavón soberbia vana y ciega;  
 »El fuego en ser quemante no te llega.

»Más pungente que abrojos, y enojada,  
 »Más que parida osa estar se siente,  
 »Y mucho menos mansa que pisada  
 »Culebra, y más fugaz extrañamente  
 »(Que es lo que más me pesa y más me enfada)  
 »No sólo que al rüido de la gente  
 »El acosado ciervo va al momento  
 »Mas, mucho más que el aire y más que viento.

»Por cierto que si bien me conocieses,  
 »De haber huído á ti te pesaría,  
 »Culpando tus desdenes é intereses,  
 »Y te procurarías la gracia mía.  
 »Y si una vez mi cueva tú supieses,  
 »Que no la hiere el sol de mediodía  
 »Ni el frío del invierno más helado,  
 »No hubieras mis amores desechado,

»Mil árboles con ramas apandadas

»De frutas hermosísimas poseo,  
»Y uvas como el oro y coloradas.  
«Las unas y las otras yo deseo  
»Para tí sola sean reservadas,  
»Que en solo contentarte me recreo.  
»Tú misma con tus manos matadoras  
»Podrás coger maduras zarzamoras.

»Las silvestres cerezas, las endrinas  
»Podrás cortar tú misma en la ribera,  
»Con otras generosas y más finas,  
»Rosadas y amarillas como cera.  
»Y si con tal marido no te indinas,  
»No faltarán castañas á doquiera.  
»Ni el montañés madroño colorado;  
»Todo árbol le tendrás á tu mandado.

»Este rebaño todo es de mi marca,  
»Y sólo para tí, si te contenta;  
»Más tengo en el corral, como en el arca  
»Y en las montañas mucho se apacienta.  
»Y de otro tengo llena la comarca,  
»Si preguntas cuánto es, no tiene cuenta;  
»De pobre, de mendigo y apocado  
»Es reducir á número el ganado.

»De su alabanza no me creas nada,  
»Tú misma lo verás, que no te engaño,  
»Que apenas de la ubre tan hinchada  
»Se puede menear mi gran rebaño.  
»Y tengo de corderos gran manada  
»En su corral, por los librar de daño,  
»Y de cabritos otra, en otra parte,  
»Iguales en edad, manera y arte.

»Continuo tengo dulce y blanca leche,



»De la cual parte bebo y cuajo parte.  
»El servicio que hiciere se deseche  
»Si yo no procurare contentarte  
»Con cosa no vulgar, ni me aproveche  
»Para rendir tu pecho y ablandarte,  
»Si mi regalo, dádiva ó presente  
»Se puede ejecutar de cualquier gente.

»Daréte corzas, liebres que he tomado,  
»Silvestres cabras y otras cosas ciento,  
»Y un par de palominos que he hallado,  
»Con que recibirás todo contento.  
»Dos nidos he de un árbol alcanzado  
»Con que podrás tomar contentamiento,  
»Sus pájaros tan unos y tan bellos,  
»Que tú podrás apenas conocellos.

»Hallé dos cachorrillos de una osa  
»En la cumbre del monte, y á la hora,  
»Estos, dije, serán para mi Diosa,  
»Yo los quiero guardar á mi señora.  
»Saca del mar tu cara tan hermosa ;  
»Ven ya, mi Galatea, á quien te adora;  
»No desdeñes los dones, oye el ruego  
»Del que por tí se abrasa en bravo fuego.

»Que cierto bien conozco mi figura ;  
»No ha mucho rato estuve bien atento  
»Mirándome en el agua clara y pura,  
»Y dióme mi belleza gran contento.  
»Si miras mi grandeza y estatura,  
»Mayor no es quien rige el firmamento,  
»Porque soléis decir que un Jove eterno  
»Es el que á cielo y tierra da gobierno.

»Con estos mis cabellos prolongados,

»Que por mi rostro abajo van caídos,  
 »Los hombros tengo como que emboscados.  
 »Ni pienses que mis miembros proveídos  
 »De pelos como sedas, estimados  
 »Serán por eso en menos, pues tenidos  
 »Sin colas los caballos y sin crines,  
 »Y árboles sin hojas, son por ruines.

»Cada ave con su pluma está galana,  
 »Natural ornamento suyo, hermoso;  
 »Ni menos las ovejas con su lana,  
 »Y así está bien al hombre ser velloso.  
 »La barba del varón es cosa llana  
 »Mostrar que es para mucho, y belicoso.  
 »Un ojo tengo en medio de la frente,  
 »Como un escudo grande y excelente.

»El Sol, que alumbra tierra, mar y cielo  
 »Con su cara hermosísima redonda,  
 »No tiene más de un ojo, y en el suelo  
 »¿Qué cosa puede haber que se le esconda?  
 »Y porque más te duelas de mi duelo,  
 »Mi padre es rey, que rige la mar honda,  
 »Al cual te doy por suegro desde luego,  
 »Si quieres admitir mi manso ruego.

»Y aquel que al sumo Jove con su rayo  
 »Estimó en poco, porque no me admira,  
 »Al nombre de tí sola me desmayo.  
 »Sus armas son más flacas que tu ira;  
 »Y sería sufridero el mal que trayo,  
 »Si como tu belleza no me mira,  
 »Húyese á todos; mas ¿por qué te inclinas  
 »A Acis, y conmigo así te indinas?

»¿Por qué, señora mía, te recrea

»Amar á Acis, siendo yo olvidado?  
 »Mas aunque más bizarro esté y se vea  
 »En cuernos de la luna levantado,  
 »Y aunque á tí te contente, Galatea  
 »(Que es lo que á mí me tiene atormentado),  
 »Si yo le cojo, aprenderá en sus males  
 »Que mis fuerzas y cuerpo son iguales.

»Sacarle he las entrañas vivas tuyas;  
 »Sembrarle he por los campos á pedazos,  
 »Y esparciréle por las aguas tuyas  
 »Si yo le veo gozar de tus abrazos.  
 »Abraśóme mi alma, no me arguyas  
 »De crudo, que estos bravos amenazas  
 »Me nacen de este fuego, pues me atiza  
 »Tu agravio, y me convierte ya en ceniza.

»Páreceme que tengo aquel fogoso  
 »Etna en mi triste pecho trasladado,  
 »Y el tuyo, Galatea, no amoroso,  
 »Mas antes debe estar cual nieve helado.»  
 Levántase (esto dicho) cual furioso  
 Becerro de su vaca despojado  
 (Que yo lo vía todo), y al momento,  
 No pudiendo estar quedo, fué sin tiento.

»De aquesta suerte yendo el Ciclops feo,  
 Viónos á mí y á Acis descuidados.  
 Dando un terrible grito, dijo: «Veo  
 »Mi daño; yo haré que más juntados  
 »Jamás en vuestra vida (á lo que creo)  
 »Seais.» Temblaron montes y collados  
 Con voz tan espantosa y semejante  
 A la que había de dar un tal gigante.

»Yo, espantada, arrojéme al mar vecino ;



El hijo de Symethio fué huyendo,  
«¡Favor, mi Galatea, mi divino  
Padre, favor, favor!» corrió diciendo.  
El fiero gigantazo tras él vino,  
Y un peñasco le tira, y de él cayendo  
Pequeña parte en Acis, fué cubierto,  
Maltratado, herido y casi muerto.

»Mas yo, con sentimiento y desconsuelo,  
Dando lugar al hado, hice al punto  
Que las fuerzas tomase de su abuelo  
El cuerpo de Acis, casi ya difunto,  
De do un licor sangriento por el suelo  
Corrió, y luego sangre y agua junto,  
Quedando al punto dentro de un momento  
El agua turbia sin color sangriento.

«Y la que muy poco antes turbia era,  
Que de avenida propia parecía,  
La fué aclarando el tiempo, de manera  
Que por mil hendeduras se hundía,  
Por do salió una verde cañavera,  
Sonando cuando el agua allí batía.  
Y luego un mozo (cosa bien extraña)  
Con cuernos, y en los mismos mucha caña.

»Salió un mancebo grande coronado  
De cañas, que en el gesto y la figura  
Pudiera ser por Acis reputado,  
Sino que era mayor y verde obscura  
Su cara, y así lo era transformado  
En río, con un agua clara y pura,  
Y aunque perdió el antiguo ser de hombre,  
Retuvo y aun retiene el propio nombre.»

Su cuento Galatea ya acabando,

La conversación cesa de aquel día,  
Las Ninfas por el mar se van nadando.

\* A la ribera Scyla se salía,  
De todas despedida, muy serena,  
Que del mar alto poco se confia.

Y agora por la blanca y seca arena,  
Sin vestiduras anda, ó ya cansada  
En un secreto golfo y agua amena

Se baña, y en aquello está empleada.  
Y veis estando en esto, Glauco vino,  
Que por el hondo mar ligero nada,

Del agua morador, recién vecino,  
En la Antedón Euboyca trasformado  
De pobre pescador en dios marino.

La virgen vista, al punto se ha abrasado,  
Sin resistir el agua á tanto fuego ;  
Y como verdadero enamorado ,

La comenzó á decir palabras luego,  
Que á su pensar pudieran detenella.  
Pero sin dar oído al manso ruego,

Con miedo y ligereza la doncella  
Un monte arriba sube, no parando  
Hasta la cumbre, y mal segura en ella,

En un despeñadero procurando  
Subirse, que ante el mismo mar estaba,  
Allí al seguro se paró mirando.

Y si era dios ó monstruo no atinaba ;  
Admírala el color y cabellera  
Que en hombros y en espaldas le colgaba.

Estando bien atenta, vió que era  
De las ingles abajo pez grosero,  
A la cual él habló de esta manera,  
Estribando en aquel despeñadero:

«No soy prodigio, oh virgen, ni alimaña,  
Mas dios del mar profundo, tan pujante

Como Tritón (1) y Protheo (2), y de tamaña  
 Virtud como Palemon de Atamante.  
 Bien que antes fui mortal, con gana extraña  
 De estar siempre en la mar, y semejante  
 Deseo declaraba mi ejercicio,  
 Porque pescar continuo fué mi oficio.

»Daréte cuenta aquí, pues lo mereces,  
 Del principio y origen de mi estado.  
 Pescaba yo con redes muchas veces,  
 Y en cualquier peña á ratos asentado,  
 Sacaba con la lisa caña peces,  
 Con el sedal y anzuelo disfrazado;  
 Y si algun pez asido me huía,  
 Del hilo y del carrete me valía.

»Una ribera está cabe un hermoso  
 Y fresco prado lleno de verdura,  
 Un lado de la cual el suelo hervoso,  
 Y el otro ciñe una agua clara y pura,  
 Que de cornudas vacas y el goloso  
 Diente de cabras siempre fué segura;  
 Ni allí pacieron plácidas ovejas,  
 Ni cogieron las flores las abejas,

»Ni para hacer guirnaldas se ha cortado  
 Su hierba con la hoz ó con la mano.  
 En este fresco sitio reservado  
 De todos, entré yo el primero humano,  
 Y en tanto que en un céspedes asentado

---

(1) Los Tritones eran de la comitiva de Neptuno, cuya  
 venida anunciaban con el toque del caracol.

(2) Los latinos le llaman Portumno. Fué deidad marina,  
 hijo de Atamante y de Ino, y su transformación queda re-  
 ferida en el libro iv.



Mis redes seco, tiendo en aquel llano  
 Los peces en la red acaso entrados,  
 O por su tiranía cautivados.

»Parece que es ficción, mas no te espante  
 (Que á mí, ¿de qué me sirve haber fingido?)  
 Dió mi pesca en la hierta, y al instante  
 Se comenzó á mover; yo embebecido  
 Mientras me admiro y miro semejante  
 Prodigio, todos ellos han huído.  
 Desamparando el dueño y la verdura,  
 Al agua se acogieron clara y pura.

»Estuve como estúpido dudando  
 Buen rato, y con estudio y vehemencia  
 La causa del efecto pesquisando,  
 El cual había pasado en mi presencia,  
 Si fuese Dios ó hierba imaginando.  
 Y dije:—Qué, ¿es posible que hay potencia  
 De hierbas tan extraña?—Incontinente  
 Cogilas y mordilas con el diente.

»No bien llegó su zumo á mi garganta,  
 Cuando sentí nacerme un apetito,  
 Ajeno de mi ser, con fuerza tanta,  
 Que pude resistirme muy poquito.  
 Y con la voluntad que á mí me espanta,  
 De la afición terrena libre, y quito,  
 —Adiós—dije á la tierra, y al momento  
 Me zabullí en el mar con gran contento.

»Los Dioses de las aguas me aceptaron  
 Con honra en su divina compañía,  
 Y á Océano con Tetis suplicaron  
 Quitasen lo que de hombre en mí traía;  
 Purgáronme ellos mismos, y rezaron

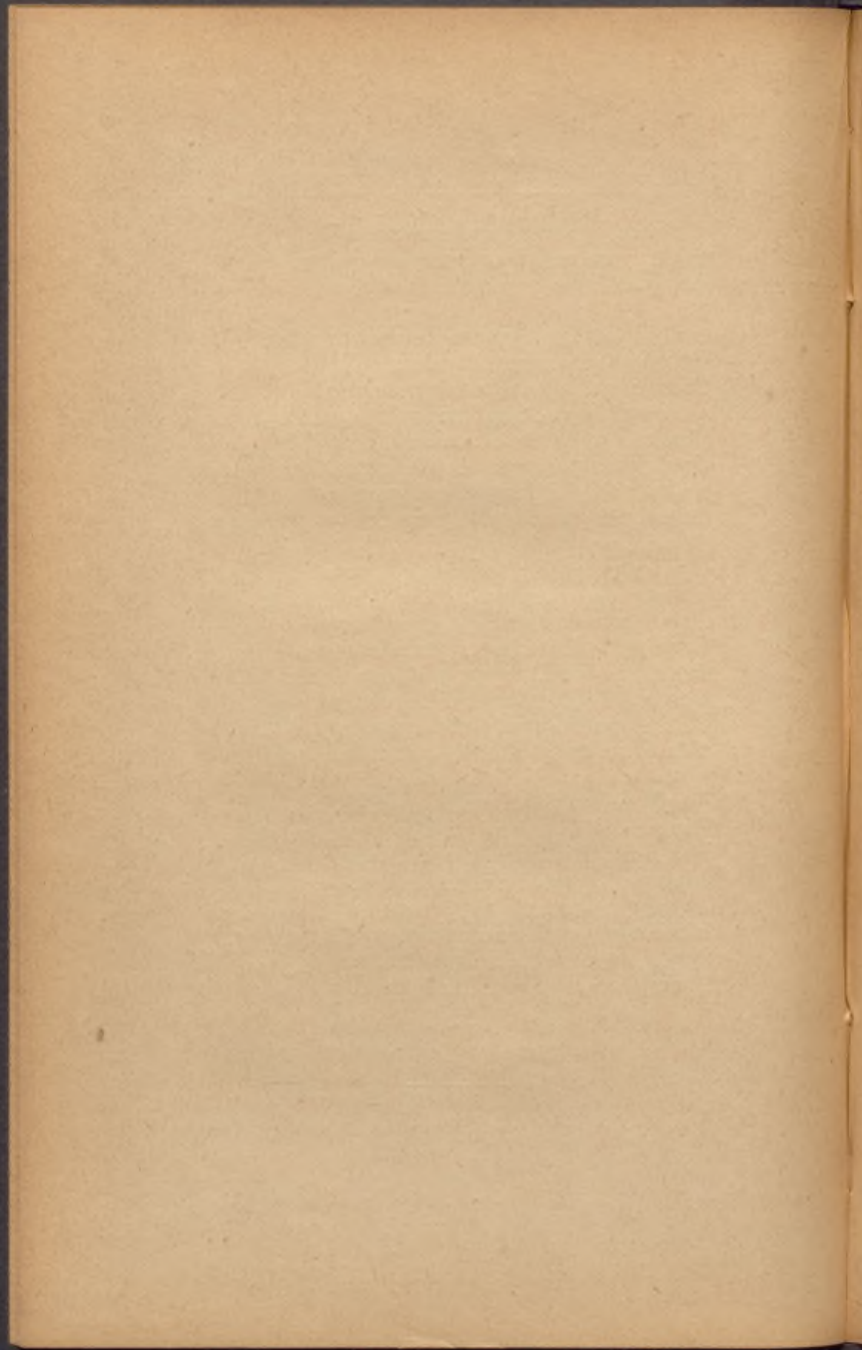
Un verso nueve veces, que tenía  
Poder para absolver cualquier culpado,  
Aunque fuese gravísimo el pecado.

»Mandáronme poner los pechos míos  
Debajo de las aguas excelentes,  
Fresquísimas y santas de cien ríos,  
Y al punto en mi cabeza sus corrientes  
Cayeron, acudiendo con sus bríos  
Con aguas, y de partes diferentes.  
Volviéndose, dejáronme al momento,  
Otro en el cuerpo y de otro entendimiento.

»Hasta aquí sé decirte; lo restante,  
Porque no se me acuerda no lo digo.  
Aquesta barba verde, y abundante  
Cabello, de lo dicho es buen testigo;  
Los brazos verdinegros y el semblante  
De pez en lo postrero, el ser antiguo  
Haber cesado, prueban claramente,  
Y la experiencia de ello en mí se siente.

»¿Mas esta forma mía y ser divino,  
Esme por dicha á mí de algun provecho?  
Por cierto no, pues es adamantino  
Agora, si acerado era tu pecho.»  
La virgen Scyla le dejó mohino  
Hablando, y del desdén con gran despecho.  
Con pena desabrido, tan sabrosa  
A casa fué de Circe prodigiosa.

---





---

## LIBRO CATORCE.

---

Ya el nuevo Dios Beótico marino  
A Etna el giganteo (1) había pasado,  
Siguiendo su intención y su camino.  
Y el campo de los Cíclopes dejado,  
Que de la agricultura sabe nada,  
Ni debe cosa á buey ni corvo arado.  
Pasó á Mesina, y Rezzo edificada  
Frontero de olla, y va por el estrecho  
A do más de una nave fué anegada,  
Que de dos mares juntos está hecho,  
A Italia de Sicilia dividiendo,  
Que están distantes por pequeño trecho.

---

(1) El Etna, bajo el cual estaban oprimidos los gigantes. Indicase aquí la fábula de los gigantes que pretendieron escalar el cielo, y, vencidos por Júpiter, fueron encerrados en las cavernas del monte Etna; y sobre esta ficción se forjó la otra de que los terremotos procedían de los impulsos y movimientos violentos de los gigantes encerrados y oprimidos en la tierra.

Y por el mar Tirreno discurriendo,  
 A los herbosos montes ha llegado  
 De Circe, del Sol hija, la cual viendo,  
 Y ya que saludada y saludado  
 Con mucha urbanidad y cortesía,  
 Su pena descubriendo y su cuidado,  
 Diciendo de esta forma procedía:

«Conduélete de aqueste dios marino,  
 Te ruego, pues también eres tú diosa,  
 Que para remediarme (si soy digno)  
 Bien sé que sola eres poderosa  
 Hija del Sol. La fuerza y ser divino  
 Y la naturaleza prodigiosa  
 De hierbas (pues por ellas fuí mudado,  
 Mejor que yo ninguno lo ha notado.

»Y porque sepas bien la causa fiera  
 De mi locura rara y peregrina,  
 A Scyla ví en la Itálica ribera,  
 Frontero de los muros de Mesina.  
 Decirte las promesas y manera  
 De ruegos, todo en vano, me amohina  
 Y me avergüenza, y pues que sabes tanto,  
 Suplícote que ordenes un encanto.

»Mueve tu boca y lengua consagrada  
 Si en las palabras hallas fundamento;  
 Aplica alguna hierba ya probada  
 En semejante caso, con intento  
 No de sanar mi llaga enamorada,  
 Porque sería dar fin á mi contento,  
 Del fuego que me abrasa está el remedio  
 En que mi Ninfa sienta de él lo medio.»

Mas Circe (cuyo ingenio es más dispuesto

Que todos los del mundo para amores,  
Ó que su complexión sea causa de esto,  
Ó Venus por vengarse en sus ardores  
El crimen de su padre), oído aquesto,  
Responde con semblante de favores:  
«Mejor será seguir á quien te adama  
Y se quema en tu mismo fuego y llama.

»No sé quién pudo ser contigo dura,  
Mereciendo por cierto ser rogado,  
Y si esperanza dieres, te asegura  
Serás y muy de veras suplicado.  
Tu cuerpo, gentileza y hermosura  
Te puede con razón tener fiado:  
Vesme divina é hija del dios Febo,  
Y á ser tu enamorada ya me nuevo.

»Con ser hija del Sol y sabia diosa  
En hierbas y palabras, ya mi pecho  
Rendido está á tu amor, y es justa cosa  
Me quieras, y que tengas en despecho  
A la que se ha mostrado rigurosa,  
Vengándote de dos en solo un hecho.»  
De esta manera Circe le decía,  
Mas Glauco desdeñoso respondía:

«Veráse de arboleda el mar plantado,  
Y los montes de ovas ocupados,  
Primero que de ser enamorado  
De Scylla mis intentos sean mudados.  
En tanto que viviere, aunque penado,  
Jamás descuidaré de mis cuidados.»  
Con esta despedida repentina,  
La desdeñada Diosa se amohina.

Y el mal que al nuevo amado no podía



Hacer, ni lo quisiera, pues le adora,  
 Revuelve contra aquella que él había  
 Tenido en más, y en esa misma hora,  
 De infame hierba y zumos que era espanto (1),  
 Picada de desdén, la encantadora  
 Hizo un terrible hechizo, y entretanto  
 Que lo revuelve todo y ha molido,  
 Y lo mezclaba, dijo cierto encanto.  
 De verde obscuro lleva su vestido,  
 Y en el momento parte de su casa  
 Habiéndola mil fieras recibido,  
 Y todas con halago por do pasa,  
 A Rezzo prestamente fué á pararse,  
 Frontero de Mesina, y aunque abraza  
 El mar, pasaba libre, sin quemarse,  
 Con el encantamiento que sabía  
 Las aguas paseando sin mojarse.  
 Un enarcado golfo fresco había  
 Que Scyla le tenía por floresta,  
 A do se retiraba y defendía  
 Del fuego de la mar y de la fiesta.  
 El cual con sus ponzoñas hechizando,  
 Inficionó la Diosa deshonesta.  
 Tres veces mueve, un verso murmurando  
 Con lengua encantadora y habla obscura,  
 Maldito, endemoniado, detestando.  
 Llegada Scyla, entró hasta la cintura,  
 Y al punto vió sus muslos ocupados  
 De perros de fierísima figura.  
 Y no pensando luego estar juntos  
 A ella, con temores los ahuyenta,  
 Mas los que huye á sí los trae pegados.

(1) La fuerza de los encantos la atribuían á la eficacia de las hierbas y á las voces y cláusulas que creían mágicas y encantadoras.

Las piernas y los muslos busca, y tienta  
 En su lugar cabezas de mastines,  
 Sobre quienes su vientre está y se asienta (1).

Glauco lloró tan desastrados fines,  
 Y de la encantadora el casamiento  
 Aborreciendo, huyó de sus confines.

Allí se quedó Scyla, y al momento  
 Que pudo destrozó la compañía  
 De Ulises (2), sin tener más fundamento

Que el odio con que á Circe perseguía,  
 É hiciera á los Troyanos tiro fiero,  
 Sino que en peña vuelto ya se había,

De quien aun huye el diestro marinero.  
 Después que la han las naves ya pasado  
 De Eneas, y el peligro verdadero

De la voraz Caribdis, casi entrado  
 El puerto ya de Italia, el bravo viento  
 En Africa las naves ha tornado.

A do en la tierra y alma halló aposento,  
 De la Sidonia Dido, el que la había  
 De hacer después morir de descontento.

Porque la fe de aquel que bien quería  
 Como á marido, vió que la llevaba  
 El aire con las velas que movía.

A causa de lo cual aparejaba  
 Un fuego, publicando muy callada  
 Que hacer un sacrificio deseaba.

---

(1) Dió ocasión á esta fábula el ser Scyla un escollo que tiene figura de una mujer rodeada de perros; y como las olas que le baten hacen un ruido como el ladrido de perros, se forjó sobre esto la fábula de la transformación de Scyla en este escollo.

(2) Algunos de los compañeros de Ulises naufragaron á la vista del escollo llamado Scyla. Véase la *Odisea*, XIII, v, 245 y siguientes.

Y luego se arrojó sobre la espada  
 Estando sus criados bien seguros,  
 A quienes ha engañado la engañada.  
 De la arenosa tierra y nuevos muros  
 Partió huyendo, y fué al fiel asiento  
 De Acestes, do en sacrificios puros  
 Honró del caro padre el monumento.  
 Y los navios mismos suelta luego,  
 Los cuales por la ira y mandamiento  
 De Juno porfiada, y odio ciego,  
 Pensó por Iris fueran abrasados,  
 Habiéndoles pegado bravo fuego.  
 Y los sulfúreos reinos ya pasados  
 De Eolo, Sirenas y su casa  
 Con los peñascos duros y arriscados,  
 Sin su piloto ya la nave pasa  
 A Inarime y Prochyte, con la tierra  
 Sin fruto, sequerosa, ruin y escasa  
 De aquellos á quien Jove allí destierra,  
 Llamada Pythecusa (1), pues hicieron  
 A Dios con sus pecados cruda guerra.  
 Que aquel de quien los dioses procedieron  
 Los Cercopas (2) perjuros desamando,  
 Porque en engaños y mentiras dieron,  
 En tiempo ya pasado castigando,  
 En animales feos los transforma  
 De hombres, por su vicio detestando,  
 Mudándoles las caras de tal forma,  
 Que no parece humano su semblante  
 Y al mismo de ios hombres se conforma.  
 Los miembros son menores que eran ante,

(1) Pythecusa, procede de una palabra griega que significa mono.

(2) Los Cercopas eran un pueblo de Lydia, cuya mala fe había dado ocasión á un proverbio griego.



Narices remachadas, y arrugada  
 La cara, á la de vieja semejante;  
 Y vestidos de vello y piel dorada  
 En esta tierra cumplen el destierro,  
 En pena de la culpa perpetrada.  
 Y para castigar el crudo y perro  
 Designio, del hablar los ha privado,  
 Que ha sido el instrumento de su yerro.  
 Poderse querellar les ha dejado,  
 Con un chillido que su pena muestra.  
 Habiendo, pues, su tierra ya pasado,  
 Y á Nápoles dejando á mano diestra (1),  
 Y el sepulcro de aquel cantor ilustre  
 Miseno (2) ya dejado á la siniestra,  
 En una tierra húmeda y palustre  
 Entró por consultar la muy anciana  
 Sibila (3), y suplicarla que le ilustre  
 La senda, porque está con mucha gana  
 De verse con su padre y su consuelo  
 En la región de Ditis. La Cumana  
 Los ojos enclavados en el suelo  
 Habiendo buena pieza detenido,  
 Alzándolos á Eneas y hacia el cielo,  
 Con semejante voz hirió su oído:

(1) En tiempo de Ovidio y de Virgilio se llamaba Par-ténope por la Sirena de este nombre que se decía haber sido sepultada en ella.

(2) Fué hijo de Eolo, célebre trompetero, de quien dice Virgilio:

Que non præstantior alter  
 Aere cetero viros, Martemque ascendere cantu.

(3) La Sibila Cumea. Ovidio dice de ella: «La única Sibila que vivía», por ser en su época opinión corriente que los libros sibilinos se perdieron, y sólo llegaron al tiempo de Ovidio los de la Sibila Cumea.

«Varón en quien virtud posada halla,  
De fama siempre digno y de sosiego,  
Pues tu valor probaste en la batalla  
Y tu piedad, cual oro por el fuego.  
Gran cosa pides, mas podrás gozalla,  
Confía, que movida de tu ruego,  
Y siendo yo tu guía y tu gobierno,  
Verás el campo Elisio y el infierno.

»Yo quiero acompañarte, y determino  
De serte guiadora aficionada.  
No hay parte tan obscura y sin camino  
Que á la ínclita virtud no dé la entrada  
La ínfima región del rey divino  
Plutón y Proserpina gobernada.  
Verás, y allí podrás haber hablado  
La sombra de tu padre muy amado.»

Acabó de decir, é incontinente  
El ramo de la selva Averno umbrosa  
Le muestra, que era de oro refulgente.  
Mandósele cortar; cortado, osa  
Entrar por el infierno y sus temores,  
Riquezas de la casa tenebrosa.

Allí las almas vió de sus mayores,  
Con la del viejo Anquises animoso,  
Y vistos los bajeros oidores,  
Las leyes del lugar triste y penoso  
Le enseñan, y el trabajo que restaba  
En otro nuevo trance belicoso.

De allí con tardos pasos caminaba  
Por un sendero arriba prosiguiendo,  
Por donde la Sibila le guiaba.  
Y engañando el trabajo, va diciendo:

«¡Oh Diosa, oh de los Dioses muy amada!

Por Diosa mía pienso yo tenerte,  
Pues que por causa tuya tuve entrada  
En el lugar (do salgo) de la muerte.  
Por el cual tu serás sacrificada,  
Hallándome allá arriba de tal suerte,  
Que de agradecimiento daré ejemplo  
Haciéndote en el mundo más de un templo.»

Miróle la Sibila, y luego empieza,  
Y dijo suspirando, muy penosa:  
No merece tal honra mi cabeza,  
Que soy mujer y no divina diosa,  
Y para que tú tengas más certeza,  
Te quiero declarar toda la cosa,  
Que eterna vida cierto poseyera,  
Si mi virginidad á Febo diera.

»Y no desesperando (á lo que creo)  
Corromperme con dádivas intenta,  
Diciéndome: «Señora, yo deseo  
Cumplir tu voluntad; si te contenta,  
Demanda á tu placer, que del deseo  
Y mi satisfacción irás contenta.»  
Yo descubrí mi intento muy sin pena  
Mostrando un puño de menuda arena.

»Mostrándole el montón desvanecida,  
En este mismo punto le pedía  
Que igualase los años de mi vida  
Á los granos de arena que allí había;  
Y que fuese mi edad siempre florida  
(Que era lo que importaba y convenía)  
Se me olvidó pedirle, y me lo diera,  
Si yo con su deseo consintiera.

»Ni quise á tanta costa eternizarme,



Y el don del sacro Febo despreciado,  
 Viviendo de continuo sin casarme  
 La vida más dichosa se ha pasado.  
 Ya la vejez penosa viene á darme  
 El gusto y el contento acostumbrado,  
 Y mira si será breve mi pena,  
 Pues tengo vida hasta cumplir la arena.

»Vivido he siete siglos, y me resta  
 De vida, de vejez y muchos daños  
 Carrera bien prolija, pues aquesta  
 Se cumple con vivir trescientos años.  
 A todos los trabajos estoy presta,  
 Que en mí veré sucesos muy extraños,  
 Pues vendrá tiempo que mi cuerpo grande  
 De chico y consumido no se mande.

»Abreviará su curso mi estatura,  
 Ni nadie creerá que he sido amada,  
 Ni que dió gusto á Febo mi hermosura,  
 Y del mismo amador seré negada,  
 No será para verse mi figura,  
 En tanto extremo me veré mudada;  
 Mas por la voz, del hado concedida,  
 Seré perpetuamente conocida.»

Hablando la Sibila mano á mano  
 Salió del reino obscuro, y se ha hallado  
 En la ciudad Eubóica el Troyano.  
 Y haciendo el sacrificio acostumbrado,  
 Llegóse paso á paso á la ribera  
 Que aun de su ama no se había nombrado (1).

(1) En esta ribera fundó Eneas una ciudad, llamándola Cayeta (hoy Gaeta), nombre de su nodriza. Por ello, dice

Do había Macareo (1) estado, ya la fiera  
Fortuna mitigada, que le había  
Tratado de malísima manera.

Que fué de la afligida compañía  
Del trabajado Ulises, y al presente  
A Aquimenides (2) vió que conocía,  
El cual desamparado de la gente,  
Y en los peñascos de Etna fué dejado,  
Y luego que le vido de repente,  
De que viviese dijo así admirado:

«¿En gracia de qué dios, ó de qué suerte  
Dí, vives, Aquimenes? ¿Dónde cabe  
Que siendo Griego quiera á tí traerte,  
Ó consentirte en si troyana nave?  
¿Adónde navegáis?» A quien advierte  
Aquimenes, y de lo que no sabe  
Le comenzó á informar, ya suyo siendo,  
Sin hábito espinoso así diciendo:

«En la boca de aquel gigante fiero,  
Terrible Polifemo ensangrentado  
Me vea yo otra vez, si yo no quiero  
Más que mi casa y nave del doblado  
Ulises, la do estoy, y si yo espero,  
Aunque haya más que á padre venerado  
A Eneas, las mercedes recibidas  
Pagarle, si por él diese mil vidas.

---

el traductor que la ribera no se había nombrado aún con el nombre del ama de Eneas.

(1) Macareo es llamado *Neritius*, porque Neritus, uno de los fundadores de Itaca, dió su nombre á esta montaña de la isla.

(2) Otro de los compañeros de Ulises que, por lo que poco después se refiere, no pudo seguirle y se quedó en Sicilia.

»Que hablo y respiro, oigo y veo  
 El sol, el cielo, es cierto, claro y llano  
 (¿He yo de ser ingrato?) que es trofeo  
 De Eneas, pues lo gozo de su mano.  
 Que con la boca fiera el Ciclops feo  
 No me ha tragado y dádome el tirano  
 Su vientre por sepulcro, que me muevo,  
 Confieso que es de Eneas y lo debo.

»¿Qué ánimo pensáis que yo tenía  
 (Si dél no me privó mi miedo extraño)  
 Cuando surcar el mar la armada vía,  
 Desamparado yo y en mal tamaño?  
 Propuse bocear, pero temía  
 Que no se me siguiese mayor daño,  
 Que á la nave de Ulises fué dañoso;  
 Vuestro dar voces, y harto peligroso.

»La desventura me hizo á mí testigo  
 Del pedazo de monte que ha arrojado,  
 Y como con trabuco el enemigo  
 A la flota peñascos ha tirado.  
 Temí no la hundiese, cierto digo,  
 De que yo no iba en ella ya olvidado.  
 ¡Oh cuál anduvo el diablo y de qué suerte  
 Cuando vió que escapaste de la muerte!

»Acá y allá por Etna rodeando  
 Andaba dando voces sin sosiego,  
 Las peñas y los árboles tentando,  
 Pensando que era el cuerpo de algún Griego,  
 Los brazos de sangraza ensangrentando,  
 Sacado aquel ojazo y siendo ciego (1).

(1) Ya queda anotado el modo con que se lo sacó Ulises y quedó ciego.



Tendiólos hacia el mar á do se llega,  
La nave maldiciendo y gente griega,

»Diciendo: «¡Oh si algún caso me volviese  
»A Ulises ó algún otro de su gente!  
»En quien á mi placer me embraveciese,  
»Rasgando sus entrañas cruelmente,  
»A quien viviendo en piezas deshiciese,  
»Bebiendo de sũ sangre bien caliente!  
»¡Cuán poco (si cumpliese tal antojo)  
»Se me daría de haber perdido el ojo!»

»Esto, y aun más, decía el endiablado;  
Estaba tamañito yo temblando,  
Aquel rostrazo feo ensangrentado  
Y el asiento del ojo contemplando.  
La barba, que con sangre se ha pegado,  
Y las crueles manos. Cierito, cuando  
Le ví presente de tan fiera suerte,  
Ante mis ojos tuve ya la muerte.

»Y aunque el morir en mi presencia vía,  
Aquello era lo menos que pasaba;  
Que más que el acabarme me aflagia  
Pensar que me comía y me tragaba  
En el infausto tiempo y triste día,  
Con un horror continuo imaginaba,  
Cuando en la tierra á dos mis compañeros  
Le ví despepitar á golpes fieros.

»Y cuando cual león le ví tendido  
Sobre ellos medio muertos en el suelo  
Comiéndolos, quedé descolorido,  
Con un temblor helado más que el hielo.  
Y viendo vomitar lo que ha comido  
Con vino juntamente, ¿qué consuelo

Podía tener con semejante espanto?  
Fingía que me vía en otro tanto.

»Muy muchos días tuve por guarida  
Estar muy escondido y muy atento,  
Pensando que era muerta ya mi vida  
Con el menor rüido y movimiento.  
Bellotas era entonces mi comida,  
Las hierbas y las hojas mi alimento,  
Andaba de la muerte temeroso,  
Y de la misma siempre deseoso.

»Sin esperanza, solo, pobre, á fiera  
Fortuna largos tiempos entregado,  
Ví este navío, y dije desde afuera  
Por señas que esperasen; hanse estado.  
Entonces fui corriendo á la ribera,  
Habiéndoles pedido y suplicado  
(Aunque Troyanos eran y yo Griego)  
Me recibiesen, y alcancélo luego.

»Pues yo tan por extenso te dí cuenta  
De mis sucesos ásperos y fieros,  
Los tuyos, caro amigo, tú me cuenta  
Y los del capitán y compañeros.  
Declárame, te ruego, y representa  
Qué fines han tenido y paraderos  
Áquellos que contigo se embarcaron.  
¿Qué se hizo de ellos? dime, ¿en qué pararon?»

Él le refiere á Eolo, descendiente  
De Hypotas, que del mar Toscano airado  
Y los furiosos vientos es regente (1),

---

(1) La fábula de que Eolo era rey de los vientos y los tenía á su arbitrio, tomó su origen del estudio y co-

Los cuales en un cuero bien atado  
 (Don exquisito extraño y memorable)  
 Al capitán Duliquio los ha dado;

Y cómo con buen tiempo favorable,  
 En solos nueve días allegaron  
 A vista de su tierra muy amable.

Al décimo, de envidia, sospecharon  
 Los compañeros ser gran suma de oro  
 Lo que en el odre iba, y desataron

Los vientos, y pensando hallar tesoro,  
 Hallaron ocasión de daño cierto,  
 De penas, de tristezas y de lloro.

Y cómo había tornado al mismo puerto  
 De Eolo, la fuerza y tiranía  
 Del viento, de su culpa y desconcierto  
 Sufriendo, y prosiguiendo así decía:

«A la ciudad antigua nos partimos  
 De Lamio Lestrigón (1), á do reinaba  
 Antifates (2) entonces, y vinimos  
 (Que á mí con otros dos se encomendaba  
 Hablarle), ante quien cuando nos vimos  
 El uno de los míos que llevaba,  
 Apenas con huir salió conmigo,  
 Corrió el tercero el pérfido enemigo.

»Arrebatado un mi compañero,  
 Comiósele el cruel, y con estruendo  
 Corrió más que la misma muerte fiero  
 Tras mí y el otro, que íbamos huyendo;

---

nocimiento que tenía de ellos, y de que anunciaba los que habían de reinar.

(1) Los Lestrigones habitaban Formium, en la Campania. Lamio fué su primer rey.

(2) Fué un tirano cruelísimo, descendiente de Lamio.



Y un escuadrón (á quien llamó primero),  
 Con piedras y maderos acudiendo,  
 Y furia muy soberbia y denodada,  
 Anegan nuestra gente y nuestra armada.

»La nave escapó sola, do vinimos  
 Ulises y con él su compañía,  
 Y ya que amargamente nos dolimos  
 De la desgracia grande de aquel día,  
 Tomamos puerto todos, y acudimos  
 Allí en aquella tierra, que sería  
 Ventura (aunque está lejos) estuviere  
 Mucho más, y nadie allí viniere.

»¡Oh compañeros! es tan peligrosa  
 La vista de la Isla, que te digo  
 Que á tí también (1), oh hijo de la Diosa  
 (Que acabada la guerra ya enemigo  
 Llamarte no es razón ni justa cosa),  
 Te ruego y amonesto como amigo,  
 Que con la nave, gente y fuerzas tuyas  
 De Circe y sus riberas siempre huyas.

»Atada ya la nave á la ribera  
 De Circe, nadie tuvo atrevimiento  
 A entrarse por la tierra, que no fuera  
 Antifates, y el Cíclope escarmiento.  
 Temimoslo pasado, de manera  
 Que para visitarla en su aposento  
 Echamos suertes, y hame á mí cabido  
 Y al fiel Polyte y Euríloco ha caído.

---

(1) Aquí empieza á hablar á Eneas, en cuya compañía halló á Aquemenides, y le aconseja huya de la isla de Circe, que después se unió al continente y se llamó el promontorio Circeo.

»A Elpenor (1) el amigo, de harto vino,  
Le cupo acompañarnos juntamente:  
La misma suerte echada cual convino,  
Mandó diez y ocho ir de nuestra gente,  
Tomamos todos juntos el camino;  
Llegados al palacio refulgente,  
Paramos al umbral, y de allá dentro,  
Mil lobos nos salieron al encuentro.

»Mil lobos, y con ellos osos fieros,  
Leones y otras bestias ocurrieron (2),  
Y á la primera vista, verdaderos  
Temores en nosotros sucedieron;  
Mas visto por los mismos compañeros  
Que no sólo á ninguno acometieron,  
Sino antes con las colas se halagaban,  
Cesó el pavor y todos se holgaban.

»Entrando en el alcázar, siempre fueron  
Siguiendo nuestros pasos muy contentos,  
Hasta que las criadas nos salieron  
A recibir, y oídos sus intentos,  
Hicimos su mandado, y nos metieron  
A Circe, por marmóreos aposentos.  
Hallámosla sentada en excelente  
Estrado, con vestido refulgente.

»El manto que la cubre era dorado;  
Las Ninfas y Nereydas que allí estaban  
De hilar ni de tejer tenían cuidado;

---

(1) Cuenta Homero en la *Odisea*, x, 552, que Elpenor, después de haberse embriagado, cayó desde lo alto del palacio de Circe, y se mató.

(2) Eran los muchos hombres que la encantadora Circe había convertido en fieras.

En concertar las hierbas (1) se ocupaban,  
Y flores que sin orden se han cortado,  
Y en varios canastillos las echaban.  
La misma hace lo mismo, y no se ofende,  
Porque mejor que todas las entiende.

»De cada hoja la virtud sin duda  
Conoce, y cuando muchas son mezcladas,  
La que resulta de ellas, que no duda,  
Estando en cantidades ordenadas.  
En viéndonos al punto nos saluda,  
Y siendo saludada, y saludadas  
Sus damas, prometiónos su meneo  
Mercedes á medida del deseo.

»Y sin tardar, con granos de cebada  
Tostados, y con miel, y queso, y vino,  
Y zumos de ponzoña, disfrazada  
Con la dulzura dicha cual convino,  
Ordena una bebida enhechizada,  
Y dióla á los venidos de camino.  
Tomámosla y bebimos al momento,  
Que cada cual llegaba bien sediento.

»Apenas la metimos en la boca,  
Cuando con una vara en el cabello  
La hechicera diabólica nos toca  
(No tengo de dejar de conocello),  
Dirélo con vergüenza, y aun no poca:  
En puerco me convierto, y para sello  
De cerdas todo el cuerpo se me henchía;  
Quisierame quejar, pero gruñía.

»Inclinéme en la tierra en un momento

---

(1) Las hierbas que servian para los encantos.



Con todo el rostro mío, de manera  
Que en duro y pando hocico volver siento  
Lo que poco antes boca y labios era;  
Tomó el pescuezo mío crecimiento,  
Y con lo que tomé de la hechicera  
La copa, ya dejaba señaladas  
De puerco muy propísimas pisadas.

»Y con los de la misma desventura  
(Que tanto los encantos han podido)  
En las pocilgas sucias de estrechura  
(Moradas de lechones) fui metido.  
Retuvo solamente su figura  
Sin ser en la de puerco convertido,  
Euryloco; lo mismo padeciera,  
Si del beber del vaso no huyera.

»Del cerdoso ganado fuera parte  
Agora, si no hiciera lo que hizo,  
Ni hubiera quien á Ulises diera parte  
De tal estrago é infernal hechizo.  
Al punto que lo supo, luego parte  
Seguro, sin temor del bebedizo  
De celestial consejo preservado  
Con una flor que le ha Mercurio dado.

»El portador de paz, Mercurio, ha dado  
La blanca flor (1) á Ulises, y el consuelo  
Cuya raíz es negra, y se ha llamado  
Moly, de los que habitan en el cielo.  
A casa va de Circe, confortado  
Contra el encanto suyo y desconsuelo;

---

(1) Planta descubierta por Mercurio, que entre las deidades llamábase *moly*, y tenía virtud contra los encantos. De ella hace mención Plinio, lib. xxv, cap. iv.

Rehusa la bebida, y de la vara  
Con la desnuda espada se repara.

»Quedóse Circe atónita, espantada  
De tanta resistencia, y temerosa  
Por ver puesta á los pechos el espada,  
Mostrósele benigna y amorosa.  
Y desde allí, la mano y la fe dada,  
Le recibió en su cama como esposa,  
En dote demandándola hiciese  
Que cada compañero allí viniese.

»Al mismo punto fuimos rociados  
Con mejor zumo de una ignota planta,  
Y con la vara vuelta (1) ya tocados  
En la cabeza, fué la fuerza tanta,  
Que con contrarios versos encantados,  
Cuanto ella más murmura y nos encanta,  
Más de la tierra levantados siendo  
Las cerdas se nos iban despidiendo.

»Las cerdas y los pelos se cayeron,  
En pie se convirtió la pata hendida,  
Los brazos y los hombros nos volvieron  
La antigua nuestra forma recibida.  
Llorando le abrazamos, y se vieron  
Sus ojos de alegría tan cump'ida  
Llorar, y lo primero que dijimos  
Fué que por sus esclavos nos rendimos.

»Por término de un año allí morando,  
Yo ví y oí mil cosas, os prometo;  
Mas una vez estándose holgando  
Con Circe el capitán nuestro discreto;

---

(1) Quiere decir con la punta ó extremo contrario.

Y yo con una moza solo estando,  
De un caso me dió cuenta en gran secreto  
Origen de una fiesta que hacía  
A do con otras tres ella servía.

»En una capillica consagrada  
Sobre un altar muy rico, me mostraba  
Una estatua de un mozo, fabricada  
De mármol blanco, en cuya cima estaba  
Un pico (1), con guirnaldas coronada;  
Y cuando de quién era me avisaba,  
Del ave y sacrificio yo inquiría,  
Y lo demás, de este arte me decía:

«Escúchame, Macareo; estáme atento,  
»Y entenderás de la presente cosa  
»El gran poder, el bravo encantamiento  
»Con que esta mi señora es poderosa.  
»Pico de Italia tuvo el regimiento,  
»Progenie de Saturno milagrosa,  
»Y siendo rey de toda aquella tierra,  
»Curioso de caballos fué de guerra.

»Su forma natural y gentileza  
»La que ves era, y cree su hermosura  
»No ser menos que aquesta gran belleza  
»Que en esta estatua ves, que es su figura.  
»El ánimo era igual y la braveza,  
»Y cuando le mudó su desventura,  
»Mostrando en el luchar gran valentía,  
»Apenas de veinte años parecía.

»Las diosas de los montes y las fuentes

---

(1) El *pico* es un ave que taladra los troncos de los árboles para hacer su nido dentro de ellos.



»Nacidas en Italia se morían  
 »De amor de su belleza y excelentes  
 »Semblantes y donaires que en él vían,  
 »El fin era uno, y ellas diferentes,  
 »Que de Albula (1) y Numico allí venían,  
 »Y de Almo, cuyo curso es muy pequeño,  
 »Y todas pretendiendo un mismo dueño.

»El despeñado Nar también envía  
 »Sus Ninfas, las de Fáfaro acudieron  
 »Dejada el agua suya tan sombría,  
 »Y todas por sus damas se ofrecieron.  
 »Aquella muchedumbre que tenía  
 »La Scítica Diana (2), también fueron,  
 »Sus aguas olvidando soberanas  
 »Y las de las lagunas comarcanas.

»Las cuales desdeñadas de contino,  
 »Amaba con amor sincero y llano  
 »A una, que en el monte Palatino  
 »Parió Venilia, del bifronte Jano (3).  
 »Y cuando de casarse el tiempo vino,  
 »Tomando á Pico, á todos dió de mano,  
 »Tan rara en hermosura, que era espanto,  
 »Mas muy raro el arte de su canto.

(1) Albula se llamaba entonces el río Tiber.

(2) Creíase que Orestes, después de encontrar á su hermana Ifigenia, llevó de la Tauride á Italia la estatua de Diana, y de aquí el epíteto de *Scítica* dado á Diana.

(3) Jano fué rey de Italia, hombre prudentísimo, á quien figuraron con dos caras para significar que veía lo pasado y preveía lo futuro, que son dos dotes de la prudencia. Veneráronle por dios; edificáronle los Romanos un templo que sólo se cerraba en tiempo de paz, y de su nombre se llamó Janículo, uno de los siete montes sobre que estaba fundada Roma.

»Y de la dulce voz y melodía  
»Canente fué llamada de las gentes,  
»Las piedras y las peñas atraía,  
»Domesticando fieras y serpientes;  
»Las aves y las aguas detenía.  
»Y mientras canta versos excelentes,  
»Pico iba á montería, el aposento  
»Dejado por los campos de Laurento.

»A los monteses puercos procuraba  
»Clavar (que es el contento que pretende);  
»En un feroz caballo cabalgaba  
»Con dos venablos, armas con que ofende.  
»De grana era la ropa que llevaba,  
»Que con corchete de oro fino prende.  
»Al mismo monte Circe había venido,  
»Que está de nuevas hierbas proveído.

»A pesquisar las cuales inclinada,  
»Del campo de su nombre fué partida;  
»Y viendo aquella forma señalada  
»De Pico, entre las matas escondida,  
»Quedó fuera de sí, quedó abobada,  
»De las cogidas hierbas se la olvida.  
»Que de las manos todas se han caído,  
»Como ella en las del ciego dios Cupido.

»Y ya que el alma suya se repara  
»Del fuego que sus huesos tiene asados,  
»El gran deseo suyo confesara,  
»Mas estorbó el correr y los criados.  
« -No te me irás por ahí (dijo), que para  
»Dar vado de algún arte á mis cuidados,  
»Aunque te lleve el más ligero viento,  
»Te haré venir y estar á mandamiento.

»Si sé quién soy, si no se me han perdido  
 »Las fuerzas de mis hierbas y mi encanto,  
 »No te me escaparás.»—Y fué fingido  
 »Un jabalí bravísimo entretanto.  
 »Por ante el Rey corriendo se ha venido  
 »Al más espeso bosque, donde tanto  
 »Arbol había, que no pudo el caballo  
 »Pasar; él baja luego por buscallo.

»Para buscar el puerco, reputado  
 »Por verdadero, salta codicioso;  
 »Y de esperanza vana acariciado,  
 »Se mete por el bosque espeso umbroso.  
 »Mas ella prometiendo, ha suplicado  
 »A Dios, con un encanto poderoso  
 »(Con que el cielo á las veces mismo enreda,)   
 »Que como deseaba la suceda.

»Con este ignoto verso (1) vez alguna  
 »Obscureció la faz rutila y pura  
 »Al padre, y enturbió la clara luna  
 »Más de una vez quitando su blancura.  
 »Y viendo hora ocasión tan oportuna,  
 »La luz del aire torna en niebla obscura  
 »Que de la tierra fría se exhalaba:  
 »El Rey sin guarda y sin criado estaba.

»Con tal lugar y tiempo, al punto empieza:  
 «—Oh Pico, por los ojos (cuya vista  
 »Prendió la mía) y por tu gran belleza,  
 »Que (aunque soy Diosa) agora me conquista,  
 »Remedia de mi fuego la braveza,

---

(1) La clase de tales versos se puede rastrear y comprender por los que Séneca, en el principio de la tragedia *Medea*, pone en boca de esta famosa encantadora.



»Porque no hay discreción que la resista;  
 »Acepta al Sol por suegro claro y puro,  
 »No desprecies su hija, no seas duro.»

«—Quienquiera que tú seas, no soy tuyo  
 »(Responde el Rey, feroz y desdeñoso);  
 »Otra me tiene preso ya por suyo,  
 »Y plega á Dios me tenga por esposo  
 »Por largo tiempo; las restantes huyo,  
 »Que yo jamás podré serla alevoso,  
 »Mas antes he de amarla eternamente  
 »Mientras me diere el hado á mi Canente.»—

»Mil veces retentado y despedida,  
 »Replica la hechicera:—«Yo te digo  
 »No te irás alabando, ni en tu vida  
 »Verás más á Canente. Que el castigo  
 »De hembra enamorada y ofendida,  
 »Del cual he yo de usar hora contigo,  
 »Que soy amante, hembra y agraviada,  
 »Hará la demás gente escarmentada.»—

»Dos veces se convierte al Occidente  
 »Entonces, y otras dos do nace Febo;  
 »Y dijole tres versos brevemente,  
 »Tocando con el báculo al mancebo  
 »Tres veces. Él huyó ligeramente,  
 »Y admírase de su correr tan nuevo.  
 »La forma y ser antiguo despedido,  
 »El cuerpo vió de plumas revestido.

»Y viéndose en los montes nueva ave,  
 »Con gran indignación así se enfada;  
 »Que con el duro pico, como él sabe,  
 »Los árboles durísimos horada.  
 »La púrpura le dió color suave,

»De la hebillita de oro fué dorada  
 »Su pluma en la cerviz, y del ser hombre  
 »Tan sólo se ha quedado con el nombre.

»Buscado en vano Pico de su gente,  
 »Que por el monte andaban voceando,  
 »Topáronse con Circe, que consiente  
 »Que el sol y el viento vaya desterrando  
 »La niebla, y acusada sumamente,  
 »La piden á su rey amenazando;  
 »Y para echarla mano se movían  
 »Y las crueles armas prevenían.

»Mas ella esparce zumos venenosos  
 »Dotados de ponzoña muy dañosa,  
 »Llamando con encantos poderosos  
 »Los dioses de la noche tenebrosa,  
 »Y á Erebo con Caos (1): los frondosos  
 »Arboles (cosa cierta, milagrosa)  
 »Al punto de las gaviás se han salido  
 »Y el suelo dió un fierísimo gemido.

»Gimió la tierra, y de ponzoña tanta  
 »Quedó amarilla, y del verdor privada  
 »Y su frescura, la vecina planta.  
 »La hierba ha parecido colorada,  
 »Mostrándose en el campo tal que espanta  
 »De sangre en abundancia goteada;  
 »Las peñas fueron vistas dar bramidos;  
 »Oyéronse de perros mil ladridos.

»Los perros y las piedras parecían

---

(1) Invocación casi igual á la que hizo Medea en la fábula de la rejuvenescencia de Esón, padre de Jasón, y á la de Séneca en la citada tragedia *Medea*.

»Ladran, mas con sonidos diferentes,  
 »Y por los campos todos se veían  
 »Verbenear fierisimas serpientes.  
 »De las almas que andar allí creían  
 »Atónitas están aquellas gentes,  
 »Y estando todos ellos admirados,  
 »De Circe con la vara son tocados.

»Apenas los tocó, cuando cualquiera,  
 »La forma natural que poseía  
 »Dejada, se convierte en bestia fiera,  
 »Quedando á nadie el gesto que solía (1).  
 »Había acabado Apolo la carrera  
 »Que suele dar principio y fin al día,  
 »Y por demás Canente había inquirido  
 »Con el alma y los ojos su marido.

»El pueblo y los criados discurriendo  
 »Por todas las montañas le buscaron,  
 »Con hachas encendidas procediendo,  
 »Mas de ninguna cosa aprovecharon.  
 »Ni le bastó á la Ninfa estar gimiendo,  
 »Ni que sus hebras de oro se mesaron,  
 »Haciendo el sentimiento que conviene,  
 »Y en esto solamente se entretiene.

»Mas por pensar dar vado á sus cuidados  
 »Partióse del palacio como loca,  
 »Y fuése por los valles y collados.

---

(1) Cuando las pasiones se exaltan hasta un grado desmedido convierten á los hombres en fieras, como la ira en león, la lascivia en cerdo, etc.; y como las ramera, de quien es símbolo Circe, desentonan en los hombres las pasiones, de aquí provino la fábula de que Circe se convertía en fiera.



»Guiarla á la ventura sólo toca;  
 «Seis días con sus noches ya pasados,  
 »Sin sueño y sin meter bocado en boca,  
 »A la orilla del Tibre (1) fué llegada,  
 »Del llanto y del camino fatigada.

»Y allí con sus dolores concertando  
 »Las lágrimas y tierno sentimiento,  
 »Con gran tristeza estaba pronunciando  
 »Palabras con que muestra el descontento.  
 »Cual suele el cisne estándose acabando  
 »Cantar su fin con dulce son y acento.  
 »En conclusión: su cuerpo derretido  
 »Se ha poco á poco en aire convertido (2).

»La fama es del lugar autorizada,  
 »Pues de los de la tierra rectamente,  
 »Del nombre de la dama transformada  
 »Llamado desde entonces fué Canente.»  
 En término de un año de mi estada,  
 Tuve experiencia clara y evidente  
 De casos semejantes al que os digo,  
 Sirviéndome la vista de testigo.

»A navegar de nuevo compelidos  
 Estando con el vicio perezosos,  
 Titania (los caminos referidos  
 Del hondo mar, inciertos y dudosos)  
 Nos dijo que trabajos nunca oídos  
 Restaban de pasar, bien peligrosos.

(1) El Tiber.

(2) En esta ninfa Canente están personificados la melodía y el sonido de la voz, y se desvaneció como éste va poco á poco desvaneciéndose, luego que el aire deja de ser herido.

Temí, os confieso, aquí el peligro cierto,  
Y no quise partirme de este puerto.

Macareo concluyendo, ya se vía  
Un túmulo de mármol fabricado  
Y un epitafio en el que así decía:  
«Aquí, como debía, me ha quemado  
A mí, Cayeta, el que del fuego griego  
Me defendió, cual pío y fiel criado.»

Desatan la maroma, parten luego,  
Dejando de la infame encantadora  
La casa, propia en dar desasosiego.

Y al bosque se va Eneas á la hora,  
Do el Tíbre furibundo y nublado  
Con su bermeja arena la mar dora.

Y en casa de Latino poderoso  
Fué recibido (y no con poca guerra)  
De la nieta de Fauno por esposo.

Trabóse con la gente de la tierra  
Batalla, porque Turno desdeñado,  
Furioso, de contento se destierra.

Porque la fe y palabra que le han dado  
De la mujer le faltan, y Toscana  
En guerra contra Italia se ha juntado.

Y con valor extraño y buena gana  
Vinieron muchas veces á las manos,  
Buscando la victoria soberana.

Los pueblos solicitan comarcas,  
Y muchos han los Rútulos seguido,  
Mas otros favorecen los Troyanos.

Ni en vano á Evandro fué favor pedido  
De Eneas. Pero nada satisfizo  
A Venulo (por Turno allí venido)

Diomedes. Que en Apulia advenedizo,  
De Dauno recibido fué por yerno,  
A donde una ciudad insigne hizo.

Gozaba del estado y del gobierno  
 Del reino, ó de la parte encomendada,  
 Y Vénulo llegó con blando y tierno  
 Afecto, y referida la embajada  
 De Turno, por favor le ha suplicado,  
 Mas la suplicación sirvió de nada.

El hijo de Tideo se ha excusado,  
 Diciendo que en ventura no pondría  
 La gente que su suegro le había dado.

Y de los suyos nadie ya tenía  
 Que pueda responder con ardimiento,  
 Y respondiendo á Vénulo decía  
 De esta arte, y escuchábale él atento:

«Que es falso, pensaréis, ó que me alargo  
 Diciendo la gran falta de mi gente;  
 Mas aunque relatar un cuento amargo  
 Renovará mi llaga, yo al presente  
 El daros cuenta de ello tomo á cargo.  
 Y sufra el alma mía lo que siente,  
 Que no daré á la pena tal licencia  
 Que pueda hacerme falto de paciencia.

»Después que desde el techo al fundamento  
 Quedó quemada Troya, y que se vido  
 Su muro ser propísimo alimento  
 Del fuego por los Griegos encendido,  
 Y tuvo el de Naricia atrevimiento  
 De corromper la virgen, ha caído  
 La ofensa de la Diosa, que él debía,  
 Y pena, en toda nuestra compañía.

»Dimos la vela al viento, y esparcidos,  
 La flota por el mar contrario tira;  
 De rayos y tinieblas oprimidos,  
 Del cielo y de la mar sufrimos ira,



Y en las Cafáreas peñas rebatidos (1)  
 Más recios fuimos todos que una vira,  
 Y fué el naufragio tal, que pareciera  
 A Príamo entonces Grecia lastimera.

»Con todo, fui yo libre y reservado  
 Por obra de Minerva poderosa,  
 Mas de mi misma patria fui lanzado  
 A causa de la Venus santa diosa (2).  
 De la herida antigua se ha vengado (3);  
 Paso tan adelante aquesta cosa,  
 Que aquellos que en la mar sufrieron muerte  
 Tuvieron más ventura y mejor suerte.

»En alta mar pasé peligros tantos,  
 Y tantos con las armas por la tierra,  
 Que tuve por dichosos y por santos  
 Los muertos en las aguas y en la guerra,  
 Y ser quisiera de ellos. Los espantos,  
 La suerte dura á todos así aterra,  
 Que los míos tomaran con contento  
 La muerte, faltos ya de sufrimiento.

»Mas Agmón, muy feroz y embravecido  
 Con tanto mal, nos dijo: «¿Ya qué resta,

---

(1) Las rocas Cefáreas formaban en la región Eubea un promontorio, en el que Nauplio, padre de Palamedes, por un engaño y ardid hizo zozobrar á algunas naves de Ulises, en venganza de la calumnia con que éste acusó á su hijo y fué causa de su muerte.

(2) Al llegar Diomedes á Argos, su patria, descubrió la desordenada vida de su esposa, y vióse obligado á abandonar su patria por segunda vez.

(3) Habla Diomedes del combate que tuvo con Eneas, en el que hirió á Venus, que concurrió á defender á aquél.

»Varones, por sufrir? Ha ya querido  
 »Que Venus dar mayor pena que aquesta  
 »No puede. Y ojalá hubiera podido;  
 »Que en tanto que hay temor el ruego presta;  
 »Mas no pudiendo ser peor la suerte,  
 »No hay miedo de más mal ni de más muerte.

»Aunque ella misma lo oiga, y se embravezca  
 »Con los que por Diomedes padecemos,  
 »Persíganos, y en darnos penas crezca,  
 »Que su poder y odio escarnecemos.  
 »No puede nadie haber que más padezca;  
 »Bien caro es el poder que poseemos;  
 »En Venus del Pleuronio así agraviada,  
 »La ira antigua fué resucitada.»

»A pocos agradó tal desatino,  
 Y á Agmón sus amigos corregimos,  
 Queriendo responder con poco tino  
 La vía de la voz tomada vimos (1).  
 En trueco del cabello pluma vino,  
 Y el cuello estar con plumas advertimos,  
 Con ellas las espaldas, cuerpo y pecho  
 Y de los brazos alas se le han hecho.

»Gran parte de los pies han ocupado  
 Los dedos, y con cuerno endurecida  
 La boca en pico agudo se ha mudado.  
 Estábanle mirando Lico é Ida,  
 Pithenor, Abbas, Nictéo le han mirado  
 Cómo la forma de hombre ya es perdida;  
 Y en tanto que admirándose le advierten,

(1) Los gentiles conocieron la gravedad de la blasfemia, y la castigaban con penas extraordinarias que aterrorizasen á los blasfemos.

En aves semejantes se convierten.

»Del escuadrón partió la mayor parte  
Volando entre los remos con estruendo;  
Si de su forma quierés informarte,  
Apenas sé decirte lo que entiendo.  
De cisnes sé que tienen algún arte,  
Mas no lo son. Yo, visto el estupendo  
Negocio, con los menos de mi gente  
Me recogí, do vivo alegremente.

»Apenas escapé del descontento  
Con muy poquita gente en compañía,  
Y de Dauno aceptado en el momento  
Por yerno suyo, en esta tierra mía  
Apenas gozo paz y quieto asiento,  
Teniendo los trabajos que solía;  
Labrando el campo seco me mantengo,  
Y en esto me recreo y me entretengo.»

Diomedes respondió con este cuento,  
Y Vénulo se parte de su casa  
Y Reino (1), sin recaudo y sin contento.  
Por Pozuelo y Mesapia corre y pasa  
A do posee Pan una sombría  
Cueva, manantial, de luz escasa,  
Que de las Ninfas antes ser solía,  
Las cuales de un pastor de Apulia huyendo  
Se fueron por no ver lo que hacía.  
Amedrentáronse del fiero estruendo,  
Pero tornando en sí menospreciaron  
Al que las va arrentando y persiguiendo.

---

(1) Ovidio llama á Diomedes *Oenides* y á su reino *Calydonia regna*, porque Diomedes era nieto de Oenco, rey de Calydón.



Y al corro con su danza se tornaron.  
 Vituperolas él con enfadoso  
 Hablar rústico y sucio; ni pararon  
 Las pullas del villano malicioso,  
 Hasta que su garganta se ha ocupado  
 De un tronco, porque aun árbol es frondoso.

En cuyo zumo claro se han mostrado  
 Sus pérfidas costumbres con que mengua  
 A las que con razón se han de él vengado.

Porque azebuche siendo, por su mengua,  
 Las aceitunas suyas amargosas  
 Indicio dan de su maligna lengua (1).

De aquí cuando con nuevas no gustosas  
 Llegó el Embajador, y á Turno cuenta  
 La excusa y la razón, y muchas cosas,

La gente de los Rútulos intenta,  
 Sin las Etolias armas, la batalla  
 Tan triste y desastrada cuan sangrienta.

A do la crueldad y el furor halla  
 La puerta abierta, pues de cada parte  
 Murieron sin valer arnés ni malla.

En esto Turno, fiero como un Marte  
 A las Troyanas naves pega fuego,  
 Y el agua á resistirlo no fué parte.

El miedo daba ya desasosiego;  
 La brea ya la llama consumía;  
 Tras esto la madera quemaba luego.

El mástil con sus velas encendía  
 Con los bancos el hondo de la nave  
 Sin resistencia alguna ya se ardía.

La madre de los Dioses santa sabe

---

(1) Esta transformación indica lo difícil que es desprenderse de la índole y propiedades que ya han llegado á ser hábito robusto, pues se conservan en el hombre aunque mude de hábito y fortuna.

Que aquellos pinos son del monte Ideo (1)  
 Y antes que tal incendio los acabe,  
 Tomó su carro y del asiento astreo  
 (Que dejan sus trompetas retumbando)  
 Se baja por el aire, su deseo  
 Con voces semejantes declarando:

«Muy por demás con temerario brío,  
 Sacrilega, maldita y loca mano,  
 Oh Turno, con la llama y desvarío  
 Te atreves, pues verás que es todo en vano.  
 Los árboles que son del bosque mío,  
 No quiero que los queme fuego insano.»  
 La diosa Berecinta así decía  
 Cuando un trueno grandísimo se oía.

Apenas las palabras acabadas,  
 Y el trueno, se siguió muy gran granizo,  
 Cayendo de agua gruesas algaradas.

Y el mar hinchado súbito se hizo  
 Sujeto, do los vientos han mostrado  
 Ser cada cual soberbio y banderizo.

Al uno de los cuales ha mandado  
 La Diosa quebrantar las ataduras  
 De la troyana flota. Su mandado

Cumplido, las chapuza en las honduras  
 Y vuelta la madera en cuerpo blando,  
 Dejaron en el agua de ser duras.

Las popas, de cabezas aceptando  
 Las formas, y los remos ya deshechos,  
 Cual piernas, pies y dedos van nadando.

Los senos de las naves se hacen pechos;  
 Volviéronse espinazos las carenas

---

(1) El monte Ida, que era uno de los de Frigia, estaba consagrado á Cibele.

Sobre que los navíos eran hechos.

En brazos se convierten las antenas,  
Y en un lugar las cuerdas ayuntadas  
Para hacerse cabellos fueron buenas.

En su color quedaron. Muy pagadas  
Del agua (ya mudadas en doncellas)  
De quien andaban antes espantadas.

Y Nayades marinas siendo bellas,  
Aunque en montañas duras han nacido,  
Gustan del mar sin acordarse de ellas.

Y habiendo desterrado del olvido  
Lo que por ellas mismas ha pasado,  
A muchas naves han favorecido.

Sino es en las que Griegos se han hallado,  
Que de la destrucción y furia griega  
Sentidas, han los dichos desamado.

El odio y su rencor á tanto llega,  
Que vieron los tablones con gran gusto  
De la nave de Ulises que se anega.

Y de Alcinoo (1) las naves sin disgusto  
Volverse en piedras. Vista tal mudanza,  
Que escarmentara Turno fuera justo.

Algunos se cebaron de esperanza  
Que en ver en Ninfas vueltos los navíos  
Cesara de temor su espada y lanza.

Quedóse en su porfia y desvarios;  
Válese de sus diosas cada parte,  
Y en su lugar del ánimo y los bríos.

Ni ya, Lavinia, virgen por gozarte,  
Ni por la dote ó cetro se pelea,  
Usando de valor, de fuerza y arte.

---

(1) Alcinoo, rey de los Pheasienos, había dado á Ulises una nave en que volvió á Itaca; pero al retornar el barco lo transformó en roca Neptuno, irritado por la forma y manera con que Ulises trató á su hijo Polifemo.



Por ser el vencedor en la pelea  
Porfia cada uno la batalla,  
Por otro fin ninguno se desea.

Que la vergüenza sólo de dejalla  
Enciende más la guerra sanguinosa  
Que no la voluntad de ejecutalla.

En fin, la diosa Venus poderosa  
Al hijo vió vencer, y vió tendido  
A Turno con su gente belicosa.

Y Ardea, su ciudad (que había tenido,  
Viviendo Turno, nombre soberano),  
Muerto su rey, al punto se ha caído.

La cual, después que dada á sacomano  
Y en cada parte puesta á sangre y fuego  
De la cruel espada y fiera mano,

De en medio del incendio salió luego  
Una ave nunca vista ó conocida  
Hasta el tiempo de aquel desasosiego,

Moviendo la ceniza, conmovida  
Cada ala. Su graznido representa  
Una ciudad tomada y destruída.

Con su flaqueza y pluma cenicienta  
Conserva el mismo nombre é importuno  
Llorar, y vuelta en garza se lamenta.

A todos los del cielo, y aun á Juno,  
La gran virtud de Eneas ha vencido;  
Y viendo que era tiempo ya oportuno

Que aquel trabajo suyo concluído  
Voíase al alto coro, trasformado  
En Dios, como él lo había merecido,

Los dioses ha la Venus negociado  
Para que den su voto, y abrazando  
El cuello de su padre, le ha hablado,  
Su plática de este arte comenzando:

«Oh padre, nunca duro á mi deseo,

Suplicote blandísimo ahora seas,  
 Dando la deidad que yo deseo  
 Al nieto tuyo é hijo mio Eneas.  
 Basta una vez al reino odioso, y creo  
 Haber bajado, y por las aguas feas  
 De Aqueronte, Cocito y lago averno,  
 Haber ya navegado en el infierno.»

Los dioses consintieron, y el semblante  
 De Juno (que antes era desdeñoso)  
 Pareció conceder, no ya cual ante,  
 Y luego dijo el Todopoderoso:  
 «Merced de tal quilate y semejante,  
 Subir al alto cielo luminoso  
 Y ser como nosotros de él vecino,  
 Es justa cosa, y de ello es él bien dino.

»Pues tú, sagrada hija, así te mides  
 Conmigo, que agradarte siempre gusto,  
 Concédote de grado lo que pides,  
 Pues para quien lo pides es tan justo.»  
 Viendo que el negociar con sus ardides  
 Le había salido en todo tan á gusto,  
 Al padre dió las gracias, y al momento  
 La llevan sus palomas por el viento.

Paró su ilustre coche donde baña  
 El agua de Numicio (1) la ribera,  
 Cubierta de verdura y mucha caña.

A quien mandó con cara placentera  
 Limpiar con su corriente al buen Troyano

---

(1) Créese que Eneas murió en las orillas del Numicio, en una batalla contra los Etruscos ó los Rútulos; y como no se encontró su cuerpo, esparcióse el rumor de que había subido al Olimpo.

Cuanto en él de mortal y flaco era.

Ejecutó el mandado soberano  
El río, y con sus aguas bien lavado,  
Quedó lo que era eterno más lozano.

Su madre le ha en el punto perfumado,  
Ungiéndole con un color divino  
De ambrosía y sacro néctar bien mezclado,

Y vuelto en dios, la turba de Quirino  
Le puso nombre, Indígete, y le ha hecho  
Altar y templo honroso cual convino.

De allí fué Julio Ascanio de derecho  
Rey del latino reino y pueblo Albano,  
Con valeroso, ilustre y bravo pecho.

Sucedió Silvio al hijo del Troyano,  
Que procreó á Latino, el heredero  
Del cetro antiguo y nombre más anciano.

Siguióse luego Épito, gran lucero,  
Tras quien Capeto y Capis luego vino;  
Mas Capis de los dos reinó primero.

Y luego sucesor fué Tiberino,  
Que en Albula ahogado, puso nombre  
Á las furiosas aguas, cual convino (1);

Que á Rémulo y á Acrota, bravo hombre,  
Dejó por hijos; fué el mayor hermano  
Rémulo, pero no de tal renombre.

El cual, porque imitar al soberano  
Con rayos quiso, de uno quedó muerto,  
Punido del intento suyo vano.

Mas Acrota, varón de más concierto,  
Le sucedió. Después de éste, Aventino,  
Que fué del monte (á do reinó) cubierto,

De quien al mismo monte el nombre vino,  
Y ya la gente ilustre gobernaba  
Latina, y de Alba el claro Palatino,

(1) El nombre de Tiber al río Albula.



Cuando la ninfa Pómona (1) gozaba  
 Gran fama entre las otras de hermosura,  
 Porque entre las demás se aventajaba,  
 Y en huertos y trazar de agricultura  
 Y recoger la fruta fué famosa,  
 De donde tiene nombre, que hoy la dura.  
 No busca el fresco río ó selva umbrosa;  
 En el labrado campo se entretiene.  
 De los frutales solos cuidadosa  
 Ni con pintada aljaba ó arco viene;  
 Mas en su diestra (el gusto pretendiendo)  
 La podadera aguda siempre tiene,  
 Agora la lujuria reprimiendo  
 De los furiosos árboles crecidos  
 Sin orden, otras veces ingiriendo  
 Y haciendo que los árboles hendidos  
 Las adoptivas púas de alimento  
 Provean y se le muestren bien crecidos.  
 Ni puede consentir que esté sediento  
 Ningún frutal, que el agua correntía  
 Echar por sus raíces la es contento.  
 Su estudio y su gran gusto noche y día  
 Es ocuparse en esto, sin cuidado  
 De Venus y su ciega niñería.  
 Empero, su vivir es recatado,  
 Que por guardar los huertos de vilianos,  
 En ellos por de dentro se ha cerrado.  
 Y, no sólo no admite los humanos  
 Coloquios, mas huyendo eternamente  
 Escapa de su vista y de sus manos.  
 Los Sátiros con baile conveniente,  
 Y los monteses Panes, coronados  
 Con verde pino la cornuda frente,

(1) Vieno de *pomus*, palabra latina que significa manzana.

Para mostrarse muy enamorados,  
¿Qué no hicieron, que dejó Sileno (1)  
Su mucha edad y años disfrazados?

Y aquel que á los ladrones pone freno  
Con la guadaña y miembro (2), por gozalla,  
¿Qué no intentó por ver si fuese bueno?

Mas en servilla siempre y agradalla,  
Vertuno á todos ellos vence y pasa,  
Y la ventura misma que otros halla.

¡Oh, cuántas veces, con calor que abrasa,  
En segador anduvo transformado  
Segando, y cuántas vino por su casa

De heno recién corto coronado,  
De suerte que su forma remirada  
Por aguadañador fuera juzgado!

Otras traía en la mano una aguijada  
De forma que cualquiera que le viera  
Jurara que venia del arada.

De leñador tomaba la manera  
Y podador de vides, en la mano  
Trayendo la recorva podadera.

Subiendo en las escalas muy ufano,  
Querer quitar la fruta parecía  
Madura del peral ó del manzano.

Soldado con la espada, y si traía  
La caña, en pescador se transformaba;  
Que por trescientas vías pretendía

La entrada, por mirar á la que amaba,  
Y con lo que ella quiere se conforma;  
Para ver á la cual imaginaba

Tomar últimamente nueva forma,

(1) Este era un dios que mudaba de formas y figuras cuando se le antojaba, como Proteo, etc.

(2) Era el obsceno dios Priapo, de quien hace burla Horacio en una de sus sátiras.

Diversa de las ya tomadas ante,  
 Y en vieja desdentada se transforma,  
 Con canas, con rugas y semblante  
 De tal, tomando un báculo y vestido  
 Al de una de sus años semejante,  
 Y entrando en el jardín fresco, pulido,  
 Ya que de tanta fruta se ha admirado,  
 El rostro á su señora convertido,  
 Su plática de este arte ha comenzado :

«Cuanto mejor labrado y más curioso,  
 Y puesto por más orden y concierto,  
 Y de mejores frutas abundoso  
 Que todos los demás está tu huerto,  
 Tanto es mayor tu seso y tu reposo  
 En obras semejantes descubierto  
 Que el de las Ninfas todas que aposentan  
 En Ábula y sus aguas más frecuentan.

»Sálvete Dios, oh virgen excelente,  
 Corona y flor del virginal recato.»  
 Diciendo así, besóla, y sumamente  
 Pareció serla el beso dulce y grato;  
 Que quien mirara atento y diligente,  
 Hallara aquel afecto y aquel trato  
 No ser la vieja, y luego se ha sentado  
 En un terrón con cuerpo corcovado.

Un ramo de un manzano sustentando  
 Que la fruta del mismo le apandaba,  
 Enfrente está de un olmo que trepando  
 Una vid con sus uvas abrazaba,  
 Y ya que su belleza remirando,  
 Con las razones suyas le alababa.  
 «Si el tronco sin la vid (dijo) estuviera,  
 ¿Qué fruto más que hojas produjera?



»También la vid que al olmo está abrazada  
Y su frescura y fruto en él sustenta,  
Sin él quedara triste y aterrada,  
Viuda, sin arrimo, descontenta.  
De tal ejemplo no se te da nada,  
Pues que vivir á solas te contenta.  
Ojalá que mudases tal intento;  
Tendrías servidores á contento.

»No la que entre Centauros y Lapitas  
Movi6 la disensi6n, ni en Troya Elena,  
De quien se cuentan gracias infinitas,  
Ni la mujer de Ulises di6 tal pena.  
Que aun quitando ocasiones como quitas,  
De tanta perfecci6n te muestras llena,  
Que no s6lo te siguen los humanos,  
Mas dioses, semidioses y egipanos.

»Pero si t6 me crees, y casarte  
Pretendes bien, admite mi consejo,  
Que puedes de mi seso confiarte  
Con experiencias ya maduro y viejo.  
Y cierto que en quererte y adorarte  
Gran trecho á tus amigos atr6s dejo.  
Vulgares matrimonios da de mano,  
Pues debe ser el tuyo soberano.

»Escoge por esposo y por amante  
Al dios Vertuno, y c6sate conmigo;  
Haz cuenta que le ves aqu6 delante,  
Que yo por 6l me caso aqu6 contigo.  
Y porque lo que digo no te espante,  
Has de saber que me es tan caro amigo,  
Que todo su contento y albedr6  
Regula con el tuyo y con el m6o.

»No creas (aunque tenga de ello fama)  
 Que se anda en varias formas por el mundo.  
 Á do tú vives, vive; sólo llama  
 Dichoso á quien tu rostro tan jocundo  
 Merece ver; ni pienses quiere y ama  
 Cual el vulgo de amantes vagabundo  
 Que agora ha visto. Tú su amor primero  
 Has sido, y has de ser también postrero.

»Sin duda, Diosa mía, sé decirte  
 Que los años de vida que tuviere  
 Te los ofrece todos. Pues servirte  
 Pretende todo el tiempo que viviere.  
 Mancebo, hermoso, y más quiero advertirte,  
 Que tomará las formas que quisiere,  
 Ó las que á tí te dieren más contento,  
 Siguiendo el gusto tuyo y mandamiento.

»Y más que profesáis el mismo oficio  
 Y amáis lo mismo, y con la fruta nueva  
 Le hacen los mortales sacrificio (1),  
 Queriendo que de todas se le deba.  
 Y por pensar que te hace á tí servicio,  
 En su derecha mano siempre lleva  
 Manzanas, aunque ya la fruta y flores  
 Olvida por vivir en tus amores.

»Ablándete un amor tan firme y puro;  
 Ten lástima de su martirio y fuego;  
 Rinde tu exento pecho, hasta ahora duro,  
 A lo que en nombre suyo pido y ruego.  
 Teme á la diosa Idalia, que te juro  
 La sabe bien vengar el niño ciego,

(1) Las primicias de los frutos se consagraban al dios Vertumno.

Y á Rhamnusia también, que siempre entiende  
En castigar á quien á alguno ofende.

»Y para que escarmientes y avisarte  
Que es la vejez en mí de gran provecho,  
Quiero una cosa agora relatarte  
Que en Chipre fué notísima de hecho.  
Quizá para rendirte será parte;  
Por dicha ablandaré tu duro pecho;  
Acaso la noticia de mi cuento  
Te servirá de ejemplo y de escarmiento.

»Había de sangre ilustre una doncella,  
Del generoso Teucro descendiente,  
Llamada Anaxarete, y fué tan bella  
Cual suele ser la estrella del Oriente.  
Ífis se enamoró de sólo vella,  
De gran valor, aunque de baja gente;  
Luchó con la razón contra su fuego;  
Vencida, vino humilde al manso ruego.

»Tan grande fué la fuerza de su llama,  
Que ni bastó razón ni resistencia.  
La hermosa Anaxarete tenía una ama,  
Y puesto el triste amante en su presencia,  
Su miserable amor confiesa y clama,  
Mostrando la ocasión de su dolencia,  
Y pide (así la goce) se la hable,  
No le sea dura, antes favorable.

»Y agora algún amigo que tenía  
(Entre los otros muchos) por discreto,  
Con gran solicitud le descubría  
Aquel ardor bravísimo secreto,  
Y su favor y ayuda le pedía,  
Y á veces declaraba su conceto



En carta con dulcísimas razones,  
Haciendo con sus lágrimas borrones.

»De noche muchas veces coronaba  
Su puerta con amor sincero y puro  
Y floridas guirnaldas, que bañaba  
Con agua de sus ojos. Y en el duro  
Lumbral el blando cuerpo recostaba,  
La puerta maldiciendo y fuerte muro;  
Mas ella está más cruda y más exenta  
Que el mar cuando comienza la tormenta.

»Más dura, desdenosa y más entera  
Que el hierro de Norico (1), y muy más recia  
Que está la viva piedra en la cantera,  
Le amenaza, desecha y menosprecia.  
Él, viéndola tan áspera y tan fiera,  
Y que su fe vivísima desprecia,  
Estando de dolor cercano á muerte,  
Ante sus puertas dijo de esta suerte:

«Ya, Anaxarete, diosa de mi alma,  
»Venciste, ya el enfado y el despecho  
»Que yo te daba, tienes puesto en calma.  
»No te haré más enojo de lo hecho;  
»A punto ten el triunfo, lauro y palma  
»Por la victoria, y ese crudo pecho  
»Se huelgue, que por sólo no ofenderte,  
»Con gran contento quiero darme muerte.

»Sin falta que has de verte constreñida  
»A serme en algún tiempo favorable,  
»Y pues que te enfadaba con la vida,

---

(1) La Nórica, hoy Babiera, era, sin duda, abundante en mineral de hierro.

- »En no quererla te seré agradable.
- »Confesarás, en viéndola perdida,
- »Que mi merecimiento fué notable;
- »Bien es verdad que faltará mi aliento
- »Primero que de amarte á tí mi intento.

- »Dos luces faltarán al alma mía
- »Al tiempo de mi triste y fiera muerte:
- »La vida y el contento que tenía
- »Crudísima señora, sólo en verte.
- »Que pues tan brava es tu tiranía,
- »Más quiero yo acabarme que ofenderte,
- »Yo tengo por mejor y por más justo,
- »Morir, que darte un punto de disgusto.

- »No quiero que mi muerte te la cuente
- »La fama venidera, que sin duda
- »Yo muerto la diré, pues que presente
- »Me has de mirar y hartarte de ser cruda.
- »¡Oh Dioses! si está claro y evidente
- »Que veis lo que acá pasa, y nadie duda,
- »Pues que mi lengua pide poca gloria,
- »Suplícicos que tengáis de mí memoria.

- »Y pues que mi ventura fué tan corta
- »Sirviendo tan cruel y yerta dama,
- »Lo que de edad y vida se me acorta
- »Haced se alargue en sempiterna fama.
- »Mucho más que vivir, á mí me importa
- »Que sepa todo el mundo de mi llama,
- »Y oyendo su desdén y mi firmeza,
- »Cualquiera tome ejemplo en mi cabeza.»

- »Diciendo así, la cara levantada,
- Y lagrimosos ojos, dolorido
- Miró la puerta, que antes coronada

Con rosas y guirnaldas de él ha sido.  
Ató á la sobrepuerta una lazada  
Diciendo: «Tal corona has tu querido,  
»Malvada, que te precias aún de sello»;  
Y echóse un fuerte lazo al débil cuello.

»Atada la garganta, está colgado,  
Colgado, mas la cara vuelto á ella.  
Con los pies ha tan recio coceado,  
Y ansias de su muerte y cruda estrella,  
Y tales golpes en la puerta ha dado,  
Que no pudiendo abrir, pudo movella.  
La gente de criados que despierta,  
Acuden al rüido de la puerta.

»Y en el momento mismo que llegaron,  
Las puertas meneadas han abierto.  
Del caso desastrado se espantaron  
Que con abrir hallaron descubierto.  
Y remediado en vano, al fin llevaron  
A casa de su madre al triste muerto  
(Que el padre era difunto poco había),  
La cual en su regazo le ponía.

»Abraza el cuerpo frío, y con despecho  
El hijo muerto llora amargamente,  
Y ya que ha dicho todo, y ya que ha hecho  
Lo que á una triste madre es conveniente,  
El cuerpo iba puesto ya en el lecho,  
Acompañado de llorosa gente.  
De Anaxarete (acaso) cerca estaba  
La casa, y ya la pompa que llegaba.

»Llevándole en las andas por la calle,  
La sin ventura madre y compañía,  
Anaxarete vino, que lloralle



Los lastimados deudos bien oía.  
 Y dijo: «Quiero al triste ver llevarle»  
 (La vengadora Diosa (1) la impelia  
 Para castigo á su cruieza insana);  
 Y púsose á mirar de una ventana.

»A Ifis muertero apenas ha mirado,  
 Puesto en el ataúd, serena y leda,  
 Cuando sus ojos yertos se han quedado;  
 Sin sangre y sin color al punto queda;  
 Volver quisiera atrás, y fué excusado,  
 Ni el rostro no hay volver, estáse queda.  
 Que la áspera dureza de su pecho  
 Cundió en el cuerpo y la ha de canto hecho.

»Y porque entiendas que esta es verdad pura  
 Y no ficción ó burla de mí indina,  
 Su reina convertida en piedra dura  
 Conserva la ciudad de Salamina.  
 Y en nombre de la Venus (que procura  
 Favorecer al que al amor se inclina),  
 Movidos del prodigio y del ejemplo,  
 Edificaron un solemne templo.

»Así que, Ninfa mía, escarmentada  
 En el castigo de ésta, escucha el ruego:  
 No estés tan desdeñosa y enfadada  
 Con quien por tí se abrasa en vivo fuego,  
 Así tu flor y fruto de la helada  
 Sé libre, ni te dé desasosiego  
 Con su soberbio soplo y movimiento  
 Sacudiendo tus árboles el viento.»

Aquesto en vano dicho, se transforma

---

(1) Nemesis.

Veterno en graciosísimo mancebo,  
Dejando la arrugada y vieja forma.

Y tal se la mostró, cual suele Febo  
Salir de en bajo alguna nube obscura  
Con rayo y resplandor ilustre y nuevo.

Por fuerza de ella ya gozar procura,  
Y no fué menester, porque ella estaba  
Como él aficionada á su hermosura.

Ya en Alba en este tiempo gobernaba  
El falso Amulio, y ya restituído  
El reino, que el traidor tiranizaba,

Al viejo Numitor, favorecido  
De los ilustres nietos suyos era,  
Y á Palas sacrificio instituido (1).

Cércase la ciudad, y guerra fiera  
Por Tacio y los Sabinos se ha trabado  
Con la romana gente, de manera

Que habiendo con instancia procurado  
Entrar la fortaleza, se concierta  
Que sea por Tarpeya el paso dado.

Movida de codicia, dió la puerta,  
Y el alma, por sus graves desatinos,  
Con las doradas armas siendo muerta.

De allí á las guardas fueron los Sabinos,  
Dormidos, á cuchillo los metieron,  
Callando como lobos muy malinos.

Las puertas en el punto combatieron,  
Que Rómulo cerrado las había,  
Y al tiempo que llegaron advirtieron

Que Juno callandico les abría  
La una, que ni el quicio no sonaba;  
Con tanto aviso y cuenta lo hacía.

(1) Fiestas á Palas, diosa de los pastores, y en un día de estas fiestas se principió la fundación de Roma, de modo que eran aniversario de dicha fundación.

La diosa Venus sola oyó el aldaba,  
Aunque con gran silencio y sin rüido  
La hija de Saturno la quitaba.

Y la tornara á echar, si permitido  
Fuera quitar un dios lo que otro hace,  
Lo cual es á cualquiera prohibido.

Empero de esta forma satisface  
A su deseo. Fuése cabe Jano  
A las Hesperias Ninfas, donde nace  
Una agua frigidísima en verano,  
Y en este menester socorro pide  
A todas con semblante soberano.

A la servir cualquiera se comide,  
Pues era cosa justa su demanda,  
Y á su deseo su poder se mide.

Porque ante el templo abierto, donde estaba  
El de dos frentes Jano, la corriente  
(Que había de ser estorbo) aun no pasaba,

Cuando en lo más bajero de su fuente  
De azufre y de betún se puso fuego,  
Y el agua helada se mudó en ferviente.

Los postes de la puerta humean luego  
Que siendo á los Sabinos concedida,  
Se la ha negado Venus con su ruego.

Y aquella fuente allí recién nacida,  
En tanto que se armaron los Romanos,  
Y Rómulo á batalla los convida.

Vinieron tan de veras á la manos,  
Que fué tan sanguinosa aquella guerra,  
Que con feroces golpes é inhumanos,  
Cubierta de los muertos fué la tierra,  
Sabinos y Romanos, de tal arte,  
Que su intención se vió ser cruda y perra.

Los suegros caen aquí, de la otra parte  
Los yernos, cada cual tan bravo y fiero  
Con el espada en mano como un Marte.



De tal discordia el fin y paradero  
 Fué buen concierto y paz, que no quisieron  
 Que el hierro lo acabase y el acero.

Tacio y su gente á Roma se vinieron,  
 Mas el romano pueblo y el sabino  
 (Ya muerto Tacio) unánimes tuvieron

A Rómulo por rey, y cual convino  
 Los gobernaba justa y santamente,  
 Cuando en el cielo Marte armado vino,  
 Y dijo ante el Señor omnipotente:

«El tiempo es ya llegado, Padre eterno,  
 Pues el romano pueblo se está quieto,  
 A solo un rey de seso y de gobierno,  
 Divino y valeroso, muy sujeto,  
 En que debeis pagar el don supérno  
 Y prometido á mí y al digno nieto,  
 Y quitando tal príncipe del suelo,  
 Ponerle en el Empíreo y claro cielo.

«Vos mismo me dijisteis, señor mío,  
 Pretende de los Dioses el senado  
 (Que de vuestra palabra en que me fio,  
 Estoy como es razón bien enterado),  
 Uno será por su valor y brío  
 De tí sobre los cielos sublimado.  
 Ejecutemos deuda tan expresa,  
 Y cúmplase, señor, esta promesa.»

Consiente Jove omnipotente luego,  
 Tronidos disparando, con que el mundo  
 Hizo temblar, estando el aire ciego  
 De nubes. con que el rostro tan jocundo  
 Del claro Sol se cubre, y al momento  
 Subió en su carro Marte furibundo.  
 Uniendo los caballos al sangriento

Timón, y sacudidos cual convino,  
Partieron con ligero movimiento.

Tomando cuesta abajo su camino,  
Hendiendo el aire, pára en el collado  
Más alto del umbroso Palatino (1),

Do Rómulo fué al tiempo arrebatado,  
Que el pueblo como padre gobernaba,  
No como rey soberbio y entonado.

Y cuanto al alto cielo penetraba,  
De la inmortalidad se revestía,  
Y la mortal librea desnudaba,

Que el aire la gastaba y consumía  
Como aplomada bala, y forma hermosa  
(Cual á quien ya era Dios) le sucedía.

Estaba su mujer triste y penosa  
Llorando por perdido á su consorte,  
Cuando la reina Juno poderosa,

A Iris despachó que la conforte.  
Bajóse por su arco, en cumplimiento  
De lo mandado, y con gracioso porte  
A Hersilia, descubriendo así su intento :

«¡Oh principal honor, lustre y decoro  
Del pueblo italiano y del sabino!  
Matrona ilustre, pues del alto coro,  
Quien tu marido ha sido, agora es dino,  
Si verle quieres, pon ya fin al lloro,  
Y ven tras mí; verás en el Quirino (2)  
Collado un fresco bosque, do está el templo  
De Rómulo (3), romano rey y ejemplo.»

(1) Uno de los siete collados sobre los que está edificada Roma.

(2) El Quirinal, otro de los siete collados que sirven de base á Roma.

(3) Templo dedicado á Rómulo con el nombre de Quirino.

Hersilia la obedece, consolado  
Su llanto; bájase Iris al instante  
A tierra por su arco tan pintado.

Llamóla, vino, púsose delante  
Hersilia muy humilde y vergonzosa,  
Y con los ojos bajos y semblante,  
Así diciendo respondió á la Diosa:

« ¡Oh Diosa! (que aunque yo no he conocido  
Quién seas, sé que Diosa eres de cierto).  
Guíame donde vea mi marido,  
Que (como dices) creo que no es muerto.  
Si tal merced hubiese merecido,  
Vería ciertamente el cielo abierto;  
Estimaría en tanto tal consuelo,  
Cual si señora fuera ya del cielo.»

Y sin tardar, los pasos virginales,  
Siguiendo de la Diosa Tgaumantea,  
Llegaron á los altos Quirinales.

Allí bajo de la región Astrea,  
Una estrella divina, refulgente,  
Que al cabello de Hersilia se rodea,  
Subióse por el aire prestamente.  
Recíbela en el cielo el Rey divino  
Que puso ley á la romana gente.

Con nuevo nombre al nuevo ser previno,  
Y vuelta en diosa, la ha llamado Hora (1),  
Que un mismo altar y templo con Quirino,  
Y un mismo sacrificio goza agora.

---

(1) Hora era lo mismo que Hebe, diosa de la juventud.



---

## LIBRO DÉCIMOQUINTO.

---

De rey segundo, en tanto, se trataba,  
Que pueda sustentar la carga suma  
Como el primero rey la sustentaba,  
En quien lo necesario se presuma.  
Nombró por tal (muy digna y justamente),  
La pronosticadora Fama á Numa (1).  
No se tenía por hombre suficiente,  
Aunque sabía los ritos en que vive  
Con buen gobierno la sabina gente.  
Mayores cosas trata, y las concibe  
Con ánimo capaz, y su cordura  
A cargas más pesadas apercibe.  
El orden de las cosas y natura  
Pesquisa con grandísimo cuidado,  
Y por poder saber lo que procura,

---

(1) Rómulo estableció con la fuerza el reino de los Romanos, y Numa organizó y consolidó el Estado con los ritos y ceremonias.

La patria y los Sabinos ha dejado,  
 Y fuése á la ciudad do recibido  
 Fué Hércules del dueño, y hospedado.  
 Ycuando el sitio y muro hermoso vido  
 En los confines suyos comarcanos,  
 Del fundador pregunta, y respondido  
 De esta arte le ha un varón de los ancianos:

«Con la victoria y bueyes que en España  
 Gerión, muerto Alcides, ha ganado,  
 En la Lucinia orilla, que el mar baña,  
 Dichoso y rico se ha desembarcado.  
 Según se dice, estando en la campaña  
 Apacentando todo su ganado,  
 A casa de Crotón rogado vino,  
 Do relevó el cansancio del camino.

»Y ya volver queriendo á su viaje,  
 Al huésped dijo: «Yo te certifico,  
 »En pago del regalo y hospedaje,  
 »Que este palacio tuyo, agora chico,  
 »Será ciudad ilustre, y tu linaje  
 »En ella gozará de un pueblo rico,  
 »Con gente clara, en todo muy perfecto.»  
 Y á la promesa se siguió el efecto.

»Porque un Mycillo hubo, que engendrado  
 En Argos fué de Alemon, el cual era  
 Devoto y justamente regalado  
 De la divinidad de aquella era;  
 A quien en sueños se ha manifestado  
 Hércules, y le habló de esta manera:  
 «Tu patria desampara, y vete al punto  
 »Donde Esaro (1) se ve con el mar junto.»

(1) El Aesar, río de la Calabria que pasaba por Crotona.

»Y añade, que no habiendo obedecido,  
Le afligirá con daño y pena tanta,  
Cuanto merece aquel descomedido  
Que su mandato ó ley tuerce ó quebranta.  
Después que el dios y el sueño despedido,  
Atónito Mycillo se levanta,  
Y en la visión pensando y mandamiento  
Discurre su secreto entendimiento.

»De lo que había de hacer dudoso estaba,  
Y anduvo mucho tiempo pensativo.  
Partirse de su pueblo le mandaba  
El dios, contra su patria muy esquivo.  
La ley de aquella tierra castigaba  
Cualquiera ciudadano fugitivo,  
Y era el castigo y pena de tal suerte,  
Que no pagaba menos que con muerte.

»El blanco Sol su cara rutilante  
En el Océano mar metido había,  
Y la morena Noche, con semblante  
Obscuro y estrellado, ya salía.  
Párecele que ve lo semejante,  
Y al mismo dios, que airado proponía  
Mayor castigo que antes, más tormento,  
Si luego no obedece al mandamiento.

»Temiendo, procuraba diligente  
Con todas sus alhajas nuevo asiento.  
Murmura la ciudad, y no consiente  
Quebrar su ley: acúsanle al momento.  
No fué menester prueba, que patente  
Está el delito suyo y el intento.  
El pleito estaba dado por concluso.  
El reo á Dios en oración se puso.



» Mirando al cielo está de hito en hito,  
 Las manos ambas puestas sin consuelo,  
 Diciendo: «Oh santo Dios fuerte y bendito  
 » Que por tu gran virtud ganaste el cielo,  
 » Pues fuiste la ocasión de mi delito,  
 » De mi prisión amarga, de mi duelo  
 » Séla, Señor, agora con tu ayuda,  
 » De defenderme de esta gente ruda.»

» Con piedrecillas blancas absolvían,  
 Con negras los antiguos condenaban;  
 Los pleitos de esta suerte dirimían,  
 Con esta ceremonia los votaban.  
 De aquesta misma forma dado habían  
 Sentencia. Ya las piedras se sacaban.  
 Con negras los jueces sentenciaron,  
 Mas al salir en blancas se tornaron.

» Resuelto ya el debate, por clemencia  
 De la deidad oculta, que ha mudado  
 En blanca y favorable la sentencia,  
 Mycillo fué por libre luego dado.  
 Al padre Alcides dió con vehemencia  
 Las gracias por favor tan señalado.  
 Entró en el mar Jonio, y con buen viento  
 Pasó el Lacedemónico Tarento,

» Asybari también, y al Salentino  
 Neetho dejó atrás, y navegando  
 Pasó los senos todos de Turino,  
 A Japigya con Temesén dejando.  
 No bien pasadas ya con su camino  
 Las tierras que á la mar están mirando,  
 De Esaro halló la hadada (1) boca,

(1) El sitio que le había prescrito el hado.

Por do su agua á la salada toca.

»Hallado ya el asiento que procura  
 Con mucha diligencia y gran cuidado,  
 No lejos vió la noble sepultura  
 Do el buen Crotón estaba sepultado.  
 Edificó su muro en la verdura,  
 Conforme al mandamiento de antes dado,  
 Nombrando la ciudad (1) del propio nombre  
 Del enterrado, digno de renombre.»

Principio tal mostraba en su respuesta  
 El viejo á la ciudad en do vivía,  
 Que en el confín de Italia estaba puesta.

Aquí vivió un varón, el cual había  
 Nacido en Samos (2), mas dejó su tierra  
 Por el estrecho grande en que la vía.

Por no ver los tiranos se destierra (3)  
 De propia voluntad, determinado  
 De hacer á tiranía siempre guerra.

El cual (aunque del cielo desviado)  
 Con el entendimiento cada día  
 Los altos dioses ha comunicado.

Y lo que el cuerpo suyo no podía  
 Saber, por su flaqueza, con el alma  
 Y velador cuidado lo aprendía.

Estaban sus discípulos en calma,  
 Admirando maestro tan profundo,  
 Que con doctrina llana cual la palma,

La causa de las cosas y del mundo  
 Mostraba, y el poder de la Natura,

(1) Crotona créese que sea hoy Cortona.

(2) Samos, isla del mar Icario.

(3) Reinaba entonces en Samos el tirano Polycrates.

Con estilo tan grave cuan facundo.

Qué cosa fuese Dios, de qué hechura

La nieve, y rayo ardiente se forjaba,

Con mucha claridad mostrar procura.

Si el trueno de las nubes resultaba,  
Rompiéndolas la fuerza de algún viento,  
O Júpiter airado le causaba.

La causa les decía y fundamento  
Del terremoto, y con saber curioso,  
De las estrellas muestra el movimiento (1).

De suerte que lo más dificultoso,  
Lo incógnito á los hombres descubría  
Con el ingenio suyo poderoso.

Aqueste fué el primero que impedía  
Matar para comer los animales;  
Y la opinión que el vulgo no creía,  
Fundaba con razones, y eran tales:

«Dejad de hoy más, oh hombres, las v'andas  
Que vuestros mismos cuerpos contaminan;  
Mirad que vuestras mesas tan nefandas  
Los inmortales dioses abominan.  
Manzanas hay dulcísimas y blandas,  
Y tantas, que los árboles se inclinan;  
Hay pan, maduras uvas y crecidas;  
Hay hierbas para crudas y cocidas.

»Ninguno es bien, mortales, que sospeche  
Que el alimento suyo se le acorta;  
Come cualquier manjar que le aproveche,  
Que esto es lo que hace al caso y más le importa.  
Á nadie se deniega blanca leche,

---

(1) Todo esto es un breve compendio de la filosofía de Pitágoras.



Ni miel, que con olor sólo conforta.  
La tierra siempre es pródiga en criaros  
Con que podáis muy bien alimentaros.

» Empléase criándoos muy de veras  
Viandas, mas ninguna os da sangrienta:  
Las carnes son manjar de bestias fieras,  
Y aun es verdad que á todas no contenta.  
Susténtanse de hierbas las vaqueras,  
De hierba aun el caballo se sustenta;  
El ser de los ganados se conserva  
En las dehesas sólo con la hierba.

» Al bruto Rey furioso y tigre Hircana  
Y al lobo carnívero da contento  
Comer con insaciable y fiera gana  
Manjar hecho pedazos y sangriento.  
El oso fiero, con su furia insana,  
De tal vianda gusta y alimento.  
Terrible mal, traiciones son extrañas  
Alimentar entrañas con entrañas.

» ¡Oh Dios, qué bravo insulto, ó caso fuerte,  
Que un cuerpo de otro cuerpo sea comida,  
Y engorde la una carne de tal suerte,  
Que se ha de ver la otra consumida!  
¡Que muera un animal, y con su muerte,  
A otro se conserve el ser y vida!  
¡Que para mitigar uno la hambre  
Se corte á otro la vital estambre,

» De modo que aun en tanta muchedumbre  
De cosas que te cria y alimenta  
La tierra, liberal de servidumbre,  
Ninguna, si no hay sangre, te contenta!  
¿Y gustas parecerte en la costumbre

Al fiero Polyfemo? ¿Ni se asienta  
Tu estómago malvado y apetito  
Sino con muerte de otro, dí, maldito?

»Aquella edad antigua, que dorada  
Llamamos con razón y justo nombre,  
Con frutas y con hierbas, fortunada,  
Su fama ha conservado y su renombre.  
De heridas ni de sangre supo nada;  
Y no sólo seguro andaba el hombre  
Entonces de traiciones y de males,  
Mas aun los peces, aves y animales.

»Seguro estaba el mundo y con reposo,  
De amor y paz y de contento lleno.  
Después que aquel autor, cierto envidioso  
A nuestro modo de vivir tan bueno  
(Quienquiera dios que fuese), fué dañoso,  
Inventando manjar perverso, ajeno  
De fraternal concordia, seso y tino,  
A toda la maldad se abrió camino.

»Ni fué al principio la maldad tan fuerte  
Que se manchase el ya caliente hierro  
Con sangre, con heridas y con muerte  
Más que de fieras, cuyo intento perro  
Era acechar las gentes, de tal suerte,  
Que así como matarlas no fué yerro,  
Pues perseguían crueles nuestra vida,  
Lo fué muy grande usarlas por comida.

»Pasó adelante el mal y tiranía,  
Y el primer animal que ha padecido  
La puerca fué, que hozaba y destruía  
El pan recién sembrado, no nacido.  
Su vida en sacrificio se ofrecía.

La del cabrón á Baco se ha ofrecido (1),  
 Porque mordió la parra, y la disculpa  
 Es, que ha dañado á entrambos propia culpa.

» Mas vosotras, ovejas, apacible  
 Ganado, todo lleno de provecho,  
 ¿Qué ofensa fué la vuestra tan terrible,  
 Para que tal agravio os hayan hecho?  
 Aprovecháis al hombre lo posible,  
 Y queda de vosotras satisfecho;  
 De leche le servís con vuestra ubre;  
 La lana que le dais le viste y cubre.

» Mátaos la gente dura, entontecida,  
 De condición perversa, fiera y fuerte,  
 Con ser más importante vuestra vida  
 Para el servicio suyo que la muerte,  
 Los bueyes ¿qué pecaron? Res nacida  
 Sin fraude, sin doblez, y de tal suerte  
 A tolerar trabajos aplicada,  
 Que en todo es de provecho, y daña en nada.

» En conclusión, ingrato me parece,  
 Y de memoria falto é inhumano,  
 Y tal que el don precioso no merece  
 De Ceres, el durísimo villano  
 Que al buey, con cuya industria se enriquece,  
 Con quien hizo el barbecho y el verano,  
 Quitada la melena y corvo arado,  
 Con la segura le haya acogotado.

» Y es lo peor, que su maldad disculpa  
 Y cubre con fingido intento y velo,

---

(1) Por estas razones y las demás que siguen, eran sacrificados el cerdo á Ceres y el macho cabrío á Baco.



Atribuyendo la traición y culpa  
 A los sagrados dioses en el cielo.  
 Y si la obra suya alguno culpa,  
 Por defensor presenta un santo celo,  
 Creyendo que en la muerte del becerro  
 Se aplaque el alto Dios, con ser gran yerro.

»La más hermosa res (porque si agrada  
 Es por su mal) se ofrece en sacrificio,  
 Con vendas y con oro señalada (1),  
 Sin mancha, sin defecto ni otro vicio;  
 Y ante el altar y fuego presentada,  
 Al sacerdote escucha y ve el oficio,  
 De espigas coronado cada cuerno,  
 Para agradar con ella á Dios eterno.

»Y estando la inocente de esta suerte,  
 Con el cuchillo agudo siendo herida,  
 Se queja con bramidos de la muerte,  
 Privada de la sangre y de la vida.  
 Y el sacerdote nota, mira, advierte  
 En sus entrañas vivas la escondida  
 Voluntad de los dioses sacrosanta.  
 La carne come la voraz garganta.

»¿Qué hambre de manjares prohibidos  
 Es ésta, crudos hombres? ¿qué apetito?  
 ¿Osáis comer mortales? dadme oídos,  
 Que yo os descubriré vuestro delito;  
 Y si (como yo os ruego) arrepentidos  
 Estáis de atrevimiento tan maldito,

(1) Era rito dorar las astas y frente de las víctimas, y adornarlas con cintas y guirnaldas, y á esto aludió Virgilio en aquel verso:

*Et statuam ante aras aurata fronte juvenum.*

Amad mantenimiento más modesto,  
Notando lo que enseño y amonesto.

»Gustad de la doctrina, pues yo gusto  
De os la manifestar como maestro,  
Y entended que comiendo á vuestro gusto  
De un buey, quizá coméis de un siervo vuestro.  
Y pues me mueve Dios, será muy justo  
Seguir su inspiración, y como diestro  
Mi Delfos descubrir y el alto cielo,  
Y aquel secreto oráculo de Delo.

»Cantar pretendo cosas encubiertas  
Gran tiempo, y en el mundo nunca oídas;  
Que así como ellas son sin duda ciertas,  
De los antiguos fueron no entendidas.  
Para volar las alas tengo abiertas,  
Las plumas desplegadas y tendidas;  
Ya sobre las estrellas altas vuelo,  
Dejando el apocado y bajo suelo.

»Dejar la tierra quiero y el asiento  
Que como los demás humanos tuve;  
Sobre Atlas va mi alto entendimiento;  
Seguirle quiero y ver adónde sube.  
Y para conseguir mi fin é intento,  
Pretendo aprovecharme de una nube,  
Los hombres sin razón teniendo en poco  
Y amonestarles sigan lo que toco.

»Con los bestiales hombres me amohino  
De ver que el más cabal, discreto y fuerte,  
Tan insensato es y tan sin tino,  
Y sigue su apetito de tal suerte,  
Que como un azogado de contino  
Le trae temblando el miedo de la muerte;

Consolarle los míseros cuitados,  
Desenvolviendo el orden de los hados.

¡Oh especie humana, atónita, medrosa  
De muerte, sin razón ó causa alguna!  
¿Por qué teméis la casa tenebrosa  
De Ditis, Aqueronte, ó la laguna  
Estigia? ¿Pues es cierto todo cosa  
Fingida? (1) Lo cual tiene en sí ninguna  
Fuerza más de ser sólo fundamento  
Do inventen los poetas á contento.

Que tengan fin los cuerpos con flaqueza,  
Que el fuego con su llama los consume,  
Sabed que gozan siempre de entereza,  
Ni pesan esos daños una pluma.  
El alma es inmortal; naturaleza  
De suma duración, de vida suma,  
La cual muy de ordinario muda casa,  
Y si de aquesta sale, á aquella pasa.

»Y porque lo que agora enseño y digo  
No pueda á los oyentes dar espanto,  
De la Troyana guerra soy testigo (2),

(1) Para establecer Pitágoras su desconcertado dogma de la trasmigración, empieza por afirmar la frugalidad de aquella primera edad que se llamó de oro, en que los hombres se mantenían con frutas, queriendo reducir las cosas á estos tres primeros alimentos, y proscribir el uso de las carnes, apoyándose para ello en su errado dogma de la trasmigración, bien opuesto á la razón y á la creencia que hasta él tuvieron todos los gentiles, de que las almas no pasaban á animar á otros cuerpos, sino que eran inmortales, y según sus méritos eran destinados á tormentos ó á delicias eternas en el desagradable reino de Plutón.

(2) Es Pitágoras, en cuya persona va hablando el poeta.



Adonde era yo Euforbo hijo de Pantho (1).  
 Clavóme Menelao como enemigo  
 El pecho, y aun me acuerdo, tanto cuanto  
 De las armas que traje; por más señas  
 Que ví en el templo de Argos mis enseñas.

»En Argos en el templo ví de Juno  
 Mis armas, y el escudo de mi diestra,  
 Aunque se muda todo uno por uno,  
 No hay para qué temer la muerte nuestra.  
 No muere nada; cuerpo halla oportuno  
 El alma si dejó la carne vuestra;  
 Otro hombre, ó bruto, ó pez, ó ave encuentra,  
 A quien anima al punto que en él entra (2).

»De aquí se va acullá, do no parando  
 Se torna acá el espírtu, de manera  
 Que cualquier cuerpo ó miembros ocupando,  
 Con ser el mismo, no es cual antes era.  
 Que el alma de una bestia está animando  
 Un cuerpo humano á veces, y á una fiera  
 Un alma racional la da gobierno,  
 Y así no hay parecer insepiterno.

»Y como se renueva la figura  
 Que en blanda cera el vario sello forma,  
 Que aunque en la misma cera se figura  
 Se representa en ella nueva forma;  
 Así perpetuamente el alma dura,  
 Pero de un cuerpo en otro se transforma

---

(1) Fué Euforbo, hijo de Pantho, uno de los más bravos guerreros de los troyanos. Su alma emigró á Hemotimo, después á Pirro, y últimamente á Pitágoras.

(2) Este es el principal fondo del error de la trasmigración.

Esta verdad ciertísima os revelo;  
Creed á mi doctrina, que es del cielo.

»Pues es mi profecía soberana,  
Como la oís, mortales, sea creída;  
No es bien que al apetito y sucia gana  
Del vientre, la piedad esté rendida.  
Mirad que es tiranía fiera, insana,  
Las ánimas privar de su manida,  
Hiriendo el cuerpo suyo y aposento,  
Y es mal que sangre á sangre da alimento (1).

»Y pues en alta mar desplego vela,  
Y me levanto al cielo, do converso,  
Los que seguís los pasos de mi escuela  
Estad atentos todos á mi verso.  
No hay cosa (según Dios me lo revela)  
Que permanezca en todo el universo;  
Las cosas todas tienen ser mudable,  
Cualquiera cosa es vaga y variable.

»Y lo que digo puede claro verse  
En el continuo flujo y movimiento  
Del tiempo, que no puede detenerse  
Un día, ni una hora, ni un momento.  
Cual el corriente rápido volverse  
Atrás es imposible; así es intento  
Vanísimo querer que se entretenga  
El tiempo volador, ó se detenga.

»Porque como una ola en la avenida

---

(1) En la hipótesis de su error quiere decir que el espíritu del animal que se mata puede haber sido el que antes animó á algunos de los abuelos ó ascendientes del que quita la vida al animal.

Empuja á otra, y ésta que persigue  
 De la que viene al punto es perseguida  
 Y así su curso el agua lábil sigue;  
 El fugitivo tiempo va en huída,  
 Y tras un año otro año se prosigue,  
 Con tiempo nuevo siempre y nuevo estado,  
 Porque el que fué presente ya es pasado (1).

»Renuévanse los tiempos de manera  
 Que no les dura el ser por un momento.  
 Ya en este punto es lo que no era,  
 Y luego ve su fin y acabamiento.  
 Tras la estrellada noche, que ligera  
 Camina con su presto movimiento,  
 Se sigue la rosada y bella Aurora,  
 A quien sucede el Sol que el mundo dora.

»Ni el mismo es el color del alto cielo  
 Al tiempo del descanso más entero,  
 Con el que vemos cuando muestra al suelo  
 Su cara lucidísima el lucero.  
 Y aun es diverso manto y otro velo  
 El que le cubre cuando, de su fuero  
 Usando, la engendradora de Palante (2)  
 Entrega el mundo á Febo rutilante.

»Aun el escudo mismo bermejea  
 Del claro Sol, si sale ó si se encierra  
 Mudando su semblante en la pelea,  
 Que tiene con los humos de la tierra  
 Apenas creeréis que el mismo sea,

---

(1) Horacio describió bien esta sucesión y vicisitud de las estaciones del año en aquella célebre oda que empieza *Diffugere nives*.

(2) La luna.



Si libre de la infame y baja guerra.  
Estando subidísimo en la altura  
Notáis su faz purísima y blancura.

»Nunca es igual ni juzgaréis que es una  
(Según son las mudanzas que padece)  
La cara de la instable y blanca Luna,  
Porque es siempre mayor mientras que crece.  
Si llega á decrecer, noche ninguna  
Se ve que más pequeña no parece.  
¿Y en el año no veis las variedades  
Que imitan á las nuestras cuatro edades? (1)

»Que en el verano es cual niño tierno,  
Herboso y matizado de colores,  
Mas sin firmeza alguna y sin gobierno  
Ni fruto á los granjeros labradores.  
Pero la Cópia muestra lleno el cuerno  
De rosas, esperanzas y de flores;  
En breve de verano pasa á estío,  
Cobrando más robusta fuerza y brío.

»De niño pasa á mozo muy valiente,  
Con juventud firmísima y pujante,  
Edad de las edades más ardiente,  
De bizarría y bríos abundante,  
Sucédele el otoño brevemente,  
Faltándole el ardor que tenía ante.  
Entre mancebo y viejo, edad madura,  
De menos presunción y más cordura.

---

(1) Nuestro poeta hace cuatro las edades del hombre, comparándolas á las cuatro estaciones del año; pero otros las hacen siete con respecto al número de los planetas y las cuentan de este modo: infancia, adolescencia, juventud, edad viril, decadente, senectud y decrepitud.

»Entre caliente y frío está templado  
 El año, pero no de canas salvo,  
 Estando Apolo en Libra aposentado  
 Alumbrando á los hombres á su salvo.  
 Luego el invierno viene enerizado,  
 Con el cabello débil, cano ó calvo,  
 Temblando, perezoso, paso á paso,  
 De todo bien y de contento escaso.

»También la frágil nuestra carne humana  
 No tiene un solo punto de sosiego.  
 Lo que fuimos ó somos no es mañana,  
 Que el tiempo nos altera y muda luego (1).  
 Y aun es averiguado y cosa llana,  
 Que no lo negará ni aun el más ciego,  
 Que el más aventajado y más valiente  
 Fué día en que no fué sino simiente.

»Y siendo sólo carne sin figura,  
 Que con lo que ha de ser conforme ó cuadro  
 La forma con sus manos la Natura,  
 Metido allá en el vientre de su madre,  
 Y cuando nos congoja la estrechura,  
 Del aposento obscuro de la madre,  
 Nos permite y ayuda en la salida  
 Al aire, autor del alentar y vida (2).

»En saliendo á la luz el pequeñelo

(1) A semejanza de esto dijo Horacio: *Singula de novis anni prædantur euntes*, con lo que describió el lento estrago que van causando los años cuando empiezan á declinar, que eso significa la voz *euntes*.

(2) Esto comprueba la opinión de que el feto no respira en el útero materno, ni hasta que nace y sale al aire exterior.

Reciën nacido y sin vigor infante,  
 Está postrado, y luego por el suelo  
 Con cuatro pies, á fiera semejante,  
 Rastrea, y poco á poco toma vuelo,  
 Temblando, no de fuerzas abundante,  
 Y teniendo los nervios aun no finos  
 Comiënzase á soltar haciendo pinos.

»El niño flaco, mozo es ya valiente,  
 Ligero y encendido como brasa,  
 La juventud se sigue, y brevemente  
 Corriendo, á la vejez amarga pasa (1).  
 Flaqueza, enfermedad, dolor se siente  
 En esta edad de todo gusto escasa,  
 Y todo se consume de tal suerte,  
 Que cuesta abajo vamos á la muerte.

»Milón ya viejo (2) llora, contemplando  
 Sus miembros, no del arte que solian  
 Al tiempo que con fieras peleando  
 A los hercúleos mismos parecían.  
 Su cara en el espejo está mirando,  
 Y las rugas que arada la tenían,  
 Elena, y de sí misma está admirada  
 Sabiendo que dos veces fué robada (3).

(1) Todo esto conforma bien con lo que leemos en el libro de Job acerca de la vida del hombre: *Fugi velus umbra et nunquam in eodem statu permanet.*

(2) Fué en su juventud un célebre atleta de la ciudad de Crotona, de tan grandes fuerzas, que de una puñada mataba á un novillo, y cogiéndole sobre sus hombros, le llevaba por el espacio de un estadio, que son doscientas cincuenta varas castellanas.

(3) La primera por Teseo, y la segunda por el troyano Paris.



»¡Oh tiempo comedor, y tú envidiosa  
Antigüedad, y cómo sois extraños!  
Destruís y tragáis cualquiera cosa  
Mascada con las muelas de los años (1),  
Y poco á poco llega la penosa,  
Inevitable muerte, que los daños  
De la vejez aguza de manera  
Que deja ya de ser el que antes era.

»Y aun éstos que llamamos elementos,  
En un estado nunca permanecen.  
Preténdoos enseñar, si estáis atentos,  
Las muchas variedades que padecen.  
El mundo eterno cuatro fundamentos  
Posee que jamás le desfallecen,  
El engendrar es obra de sus manos;  
Pesados son los dos, los dos livianos.

»La tierra y agua son los que su peso  
Los lleva al centro y su naturaleza;  
El aire y fuego, por faltarles eso,  
Habitan un lugar de más alteza.  
Los cuales, aunque distan por exceso  
De aquella liviandad ó ligereza,  
Se engendra de ellos todo cuanto nace,  
Y en ellos se resuelve y se deshace.

»Si la pesada tierra se hace rara,  
Se trona en agua líquida y se vierte.  
El agua en aire, el aire en fuego para,

---

(1) El tiempo es significado por el planeta Saturno, cuya pintura mitológica es la de un hombre membrudo, descarnado y decrepito con alas en los pies, un reloj de arena con alas sobre la cabeza, signos todos de su velocidad, y una guadaña en la mano, con que todo lo destruye.

Adelgazados de la misma suerte,  
Y si la liviandad le desampara  
Al fuego, torna atrás y se convierte  
En aire, el aire en agua, el agua en tierra,  
Y siempre se continua aquesta guerra.

«De suerte que en ninguno permanece  
La especie propia suya ni figura;  
De uno se hace otro, y obedece  
A la inventora universal natura.  
Y en todo el universo no perece,  
Creedme, de cualquiera criatura  
Un punto, sino muda el ser y forma,  
Y en otro nuevamente se transforma.

«De que esto se corrompa y se resuma,  
Aquello toma ser y nueva vida;  
Lugar se muda, pero digo, en suma,  
Que cosa no hay ninguna consumida.  
Ni mucho tiempo conservar presume  
Su forma cosa alguna, ni lo pida,  
Que tengo para mí sería gran yerro,  
Que así viniste, siglo de oro, á hierro.

«De oro á hierro fué la edad dorada,  
Que no hay constancia en bajo de la Luna;  
Así mil veces viene á ser mudada  
De los lugares varios la Fortuna.  
Yo he visto tierra firme transformada  
En mar estrecho, y tierra sé más de una  
Que antes fué mar; y de esto que aquí digo  
El Anchora en el monte fué testigo.

«Bien lejos de la mar conchas marinas  
Halladas esto mismo comprobaron;  
El llano con las aguas muy continas

Se hizo valle, y sé que chapuzaron  
Diluvios en el hondo mar encinas,  
Y en piélagos los montes transformaron,  
La seca tierra se hace paludosa,  
La húmeda lastriza y sequerosa.

»Aquí Naturaleza ha producido  
Fuentes de nuevo, allí las ha cegado;  
El mundo antiguamente conmovido  
Produjo ríos, y otros ha secado.  
Y así cuando la tierra le ha sorbido  
A Lyco (1), le ha bien lejos vomitado;  
Por una boca entró debajo el suelo,  
Otra le arroja á ver el claro cielo.

»Erasino (2), que tuvo antiguamente  
Su curso oculto, en Argos sale agora,  
Sus aguas concediendo y su corriente  
A reses y la gente agricultora.  
Haberse amohinado de su fuente  
Y madre antigua, es la Fama autora,  
Caico en Misia, y fué de forma y arte  
Que agora corre y va por otra parte.

»También por la Sicilia discurriendo  
Con arenosas olas Amaseno,  
Se seca su corriente, suprimiendo  
A veces, y otras corre de agua lleno.

---

(1) Tito Livio le llama Marsio, y es un río que corre en la Lidia, cerca de la antigua ciudad de Laodicea.

(2) Río de la Arcadia que nace en una laguna llamada Estinfale, de la cual se llama Estinfalo hasta que se oculta debajo de la tierra, y cuando vuelve á salir se llama Erasino.



Anigro (1) se bebía, y de un horrendo,  
Pernicioso y malísimo veneno  
Que en sus pestilenciales ondas mora,  
Tendréis asco del agua suya agora.

»Después que los Centauros las heridas  
Que Hércules les dió con sus saetas  
En él lavaron, fueron corrompidas  
Sus aguas (si no mienten los poetas).  
¿Qué mucho, pues las ondas conocidas  
De Hipanis (2) en dulzura por perfetas  
(Que de los montes Scíticos descienden)  
Con amargura extraña el gusto ofenden?

»De todo la mudanza es tan precisa  
Que de cualquier que sea no me admiro.  
Faros solía ser isla con Antisa,  
Solía ser isla la Fenisa Tyro.  
Agora no lo son. Está divisa  
Por el contrario Léucada (3) de Epiro;  
Divide el mar á Italia de Micina (4),  
Con quien (la raya en medio) fué vecina.

»Mojones llevó el mar, borró la raya,  
Y las tierras de en medio rempujadas,  
Al agua dió camino por do vaya,  
Y Hesperia y Zancle quedan deslindadas.  
Si preguntáis por Hélice en Acaya,

(1) Río del Peloponeso en la Elida: y se advierte que todos estos nombres son según la geografía antigua.

(2) Río de la antigua Salmacia, que desemboca en el Ponto Euxino, hoy mar Negro.

(3) Isla del mar Jonio, llamada hoy San Mauro.

(4) De ésta ya queda anotado antes llamarse Mesina, en Sicilia.

Ó Bura, sus ciudades, anegadas  
 Las hallaréis, que suele el marinero  
 Mostrar el rastro de ellas verdadero.

»De los húmedos pueblos rastro resta  
 Debajo del profundo mar insano;  
 Hacer los mareantes suelen fiesta,  
 Mostrando muro y torres con la mano.  
 Vecina está á Trecén una gran cuesta,  
 Sin árboles, que campo fué antes llano  
 Y agora cumbre altísima notable,  
 Y es la razón horrenda y admirable.

»La fuerza de los vientos encerrada  
 En las cavernas ciegas de la tierra,  
 Deseando de verse libertada  
 Y fuera de la cárcel do se encierra,  
 Con soplos furibundos, porfiada,  
 Al suelo que la estorba mueve guerra,  
 Y no pudiendo hacer lo que pretende  
 En redondez el mismo suelo extiende.

»Abrir era su intento verdadero  
 La tierra que le oprime, su enemiga;  
 Mas no pudiendo hallar respiradero,  
 Y ya que ve que en vano se fatiga,  
 Hinchíola, cual se suele hinchar el cuero (1),  
 Ó como suele el soplo á la vejiga.  
 Quedó el tumor, y el tiempo le ha encallado,  
 Y el campo llano hizose collado.

»Mil cosas sé de oídas y experiencia  
 Que se me ofrecen todas al presente,

---

(1) La misma opinión sigue Séneca sobre las causas que producen los terremotos.

Y pues me dais, oyentes, grata audiencia,  
 Enseñaréos alguna brevemente.  
 El agua, ¿no advertís la diferencia  
 De nuevas formas que ella da y consiente?  
 Al mediodía está la fuente helada  
 De Hamón; mañana y noche está templada.

»El agua de Athamante (1) es cierta fama  
 (Por causas no muy claras y razones)  
 Que en la creciente luna así se inflama  
 Que vuelve los maderos en tizonas.  
 Con su ruin calidad también se infama  
 Un río que poseen los Cycones (2),  
 Que todo lo que toca torna en piedra;  
 Bebido, los estómagos empiedra.

»De Cratis y de Síbaris (3), que baña  
 La Calabrés ribera, no es obscuro  
 Enrubiar los cabellos, con tamaña  
 Virtud, que son cual ámbar ú oro puro.  
 Y fuerza hay en las aguas más extraña,  
 Que los ánimos mudan, aunque duro  
 Se os haga de creer. ¿A quién la linfa  
 De Salmacis (4) se encubre obscena Ninfa?

»Con ciertas experiencias conocido  
 En Ethiopia hay también un lago  
 Que el que á beber sus aguas se ha atrevido  
 En ese mismo punto lleva el pago:  
 Ó se enloquece, ó queda tan dormido,

(1) Eran unos pueblos de la región de Epiro.

(2) Pueblos de la Tracia.

(3) Ríos de la Calabria.

(4) De esta fuente ya se habló en el libro IV en la fábula de Hermafrodito y la ninfa Salmacis.



Que da en letargo el capital estrago.  
 Quien bebe de Cletorio (1) cierta fuente,  
 De vino es enemigo eternamente.

»Es el que de allí bebe aguado fino,  
 Ó porque á la sed suya satisfizo  
 Con agua de virtud contraria al vino (2),  
 Ó (como sus vecinos cuentan) lo hizo  
 Melampo (3), que curó como convino  
 (De hierbas componiendo un bebedizo)  
 A las furiosas hijas del rey Preto (4),  
 Haciendo como médico discreto.

»Y lo que con aquel medicamento  
 Purgaron, que causaba su locura,  
 Echaron en la fuente, que al momento  
 Contrajo el odio al vino, que hoy la dura.  
 La causa es ésta, aqúeste es el comento  
 Que dan á tal milagro de natura.  
 También de efecto bien contrario á éste  
 Por Macedonia corre el río Lynceste.

»Porque cualquier persona que se atreve  
 A de él beber inmoderadamente,  
 Cual que de un puro y fuerte vino bebe,  
 Veréis quien titubea de repente.  
 Hay en Arcadia un lago, que se debe

(1) Estaba en el Peloponeso no lejos del istmo de Corinto.

(2) No es punto decidido si el vino es ó no cálido ó frío, y Macrobio en el libro VII de las Saturnales sostiene con eficaces fundamentos que el vino es frío.

(3) Fué un médico hijo de Amitaon.

(4) Baco enloqueció á las hijas del rey Preto por haber despreciado su culto.

Saber, y le llamó la antigua gente  
Feneo, que beber del agua extraña  
De día no hace mal, de noche daña.

»Según el tiempo y varios movimientos,  
En sí conciben fuerzas diferentes,  
Por unos ó por otros fundamentos,  
Los lagos y los ríos y las fuentes.  
Agora Ortigia (1) tiene sus cimientos  
Muy firmes, y la vieron otras gentes  
Nadar, y las Simplégadas, estables  
Agora, sé que fueron variables.

»Las Simplégadas islas esparcidas  
Causaron otro tanto miedo en Argo  
Con el agua y el viento conmovidas  
En el furioso mar, instable, amargo.  
Agora pero están tan bien asidas,  
Que no podrán mudarlas á mi cargo  
Ni hacer que se meneen sus cimientos  
Las olas espumosas ni los vientos.

»Ni aun Etna, que de azufre está inflamado,  
Será fogoso siempre, ni lo ha sido;  
Porque ó la tierra cuerpo es animado  
Y su calor vital, que está encendido,  
Ha por lugares muchos respirado  
Y los humos y llamas expelido,  
Cuando se mueve, puede en este caso  
A su respiración mudar el paso.

»Ó los ligeros vientos so la tierra  
En las cavernas hondas peleando

---

(1) Era la isla de Delos, en la que Latona parió á Apolo  
y á Diana.

Unos con otros mueven cruda guerra  
 Con duros pedernales encontrando.  
 De do resulta el fuego que se encierra  
 En las secretas venas, y hallando  
 Por do salir, las dejaran desiertas,  
 Y al punto se hallarán las llamas muertas.

»Ó son las llamaradas encendidas  
 Por el betún ó azufre que se enciende,  
 Y siendo las materias consumidas,  
 El fuego cesará que de ellas pende.  
 Porque sus fuerzas luego son perdidas  
 Acabado de hacer lo que pretende;  
 Que siendo tan finito el nutrimento  
 Ha de morir por falta de alimento.

»El lago Tritoniaco de Pallene  
 Hiperbórea (1) es de virtud tamaña,  
 Que en todo el universo fama tiene  
 Que se convierte en ave el que se baña  
 En él, si nueve veces se entretiene  
 Nadándose en el agua suya extraña.  
 En Scitia cuentan que hay mujeres malas  
 Que se untan y las nacen luego alas.

»Los que lo dicen puede ser que acierten,  
 Mas yo jamás les quise dar creencia,  
 Bien que hay efectos grandes que se advierten,  
 Y á cada paso vemos la experiencia.  
 ¿No veis que en gusanillos se convierten  
 Los cuerpos corrompidos? Dadme audiencia,  
 Que yo os haré decir que verdad digo,

---

(1) Era la región que se llama Scitia, tierra muy fría, y que por soplar allí á la continúa el viento Boreas fué llamada Hiperborea.



Un toro presentando por testigo.

»De un toro y sus entrañas corrompidas  
 (El uso mostrará no ser consejas),  
 Si está enterrado, luego veis nacidas  
 Enjambres de agudísimas abejas (1),  
 Que en flores y en rocío embebecidas  
 Trabajan, zumbando á las orejas,  
 Teniendo con su padre semejanza  
 En ser del campo amigas y esperanza.

»Los tábanos también es cosa cierta  
 Que nacen del caballo soterrado.  
 Si en escorpión queréis que se convierta,  
 Sin brazos sea un cangrejo sepultado.  
 A los villanos cosa es bien experta  
 Que el gusano que teje el delicado  
 Algodón, de polilla agreste nace;  
 La mariposa de él también se hace.

»El cieno está dotado de simiente  
 Apta para engendrar las verdes ranas;  
 Al principio sin piernas, brevemente  
 Para poder nadar salen lozanas.  
 Y para hacer su salto conveniente  
 (Las experiencias de esto vense llanas),  
 Como son cortas piernas las primeras,  
 Son largas y extendidas las postreras.

»Mal viva carne es la que la osa  
 Pare, si la miráis recién parida;  
 Lamiéndola la madre deseosa (2),

(1) Lo mismo afirma Virgilio en el libro iv de las *Geórgicas*.

(2) Es un simil por el cual se explican bien los efectos

Los miembros le repara, ser y vida  
 A forma de esta suerte no hermosa,  
 Mas la que cabe en ella es reducida.  
 ¿No notáis que la abeja está en la cera  
 Sin alas y sin pies, de esta manera?

»Las que han de ser enjambres podéis vellas  
 Sin alas y sin pies nacer primero;  
 Vístense de sus miembros después ellas,  
 Por discurso de tiempo venidero.  
 Y el pavo, que en la cola trae estrellas,  
 Con las venéreas aves, y el armero  
 De Jove, y las demás, ¿por dicha es nuevo  
 Nacer de lo interior de cada huevo?

»Quien no supiera ser verdad tan pura,  
 Jamás creyera que era de esta suerte.  
 Del hombre muerto allá en la sepultura,  
 La nuca diz que en sierpe se convierte.  
 Más de las cosas dichas nace, y dura  
 Cada una, porque en otra hay fin y muerte;  
 Pero una cosa hay sola, y ésta es ave,  
 Que repararse, y reseñar se sabe.

»Fénix llaman esta ave tan divina  
 Los Sirios, de la cual así se escribe,  
 Que sin simiente ó hierba á la contina  
 De amomo y lagrimoso incienso vive;  
 Y cuando de la vida se amohina,  
 Y es de quinientos años, se apercibe  
 De modo do de muerte lleva palma,

---

de la educación. Nacen los hombres estúpidos y desarreglados en sus pasiones, y los padres con la buena educación los van formando para la vida social y virtudes morales.

En la más alta cima de una palma.

»Formando con sus pies y duro pico,  
En el lugar altísimo su nido,  
De nardo y de canela lleno, y rico  
De cinamomo y mirra, se ha tendido  
En él, y ya entregada al hado único,  
Su vida se ha entre olores fenecido;  
De suerse fenecido, que del fuego  
Otra pequeña fénix nace luego.

»Del cuerpo suyo mismo se renueva;  
Teniendo en sí principios tan extraños,  
Reformase, renace, sale nueva,  
Ajena de vejez y de sus daños.  
El término de vida mismo lleva,  
Habiendo de durar quinientos años.  
Cuando la edad y fuerzas han crecido  
Lleva en las uñas de la palma el nido.

»La sepultura suya do fenecer,  
Y cuna donde fué su nacimiento,  
Ya que para volar su fuerza crece,  
Agarrada la lleva por el viento.  
Y va volando al templo (do se ofrece  
A Hyperión (1) sacrificio), y al momento  
Mostrando de piedad insigne prenda,  
A la puerta la deja por ofrenda.

»Si variar el sexo es caso extraño  
Y novedad de maravillas llena,  
Por muy cierto se tiene que cada año  
Le muda un animal que llaman hiena;  
Que la que siendo hembra sufrió hogaño

---

(1) Es probable fuese la que se llamó Heliópolis.



Al macho, y con el parto tuvo pena,  
En el siguiente en macho se convierte.  
Y el macho en hembra de la misma suerte.

»Y aun el camaleón, que come viento,  
Con el color que toca se conforma;  
Y lo que orina el lince en el momento  
Que toca el aire en piedra se transforma.  
Y dicen del coral el mismo cuento,  
Que tocándole el viento toma forma  
De piedra, y en el agua se conserva  
En su ser natural de blanda hierba.

»Primero faltará su luz al día,  
Y gozará del sol el mar profundo,  
Que pueda declarar la lengua mía  
Las cosas que se mudan en el mundo.  
En lo que pasa y vemos cada día  
La ciencia de mi escuela asiento y fundo;  
Las cosas de este suelo así se andan,  
Los que obedecen hoy mañana mandan.

»Así fué grande y llena de renombres,  
De rentas y varones tan extraños,  
Y tuvo sangre ilustre que sus hombres  
Famosos derramaron por diez años,  
La pobre Troya agora que los nombres  
Sustenta solo y rastro de los daños,  
Mostrando por riquezas solamente  
Ruina y sepulturas de su gente.

»Sparta clara fué, valió Micenas,  
Y la ciudad de Anfion poderosa.  
Pues ¿quién podrá decir que no fué Atenas  
En todo el universo muy famosa?  
El nombre todas ellas aun apenas

Conservan, que son campo y no otra cosa.  
 Por el contrario, agora diz que empieza  
 Roma á subir con obras de grandeza.

»Gozando la Dardiana Roma crece  
 De su feliz agüero y buen destino,  
 Y muy cercana al agua se parece  
 De Tíbre, que descende de Apenino.  
 Debajo del gran monte allí florece,  
 Y va mudando forma, de contino  
 Creciendo, y se verá con tal grandeza  
 Que del inmenso mundo sea cabeza.

»Por evidente cosa se publica,  
 Y es profecía antigua muy notoria,  
 Que esta ciudad que agora se ve chica  
 Será del universo reina y gloria.  
 A Eneas (cuando ya su patria rica  
 Se iba á convertir en vil escoria),  
 Me acuerdo que el rey Eleno hablaba,  
 Y adivinando, así le consolaba:

«Si de mi adivinar noticia tienes,  
 «Oh hijo de la Diosa, yo te digo  
 «Que no tendrá fin Troya ni sus bienes,  
 «Pues tú te escaparás del enemigo,  
 «Iras por fuego y hierro, y en rehenes  
 «La dulce patria llevarás contigo,  
 «Hasta que el hado justo inevitable  
 «Lugar te dé extranjero más amable.

»Ya veo la ciudad de descendientes  
 «Tuyos poblada, llena y tan pujante,  
 «Que ni será, ni es, ni vieron gentes  
 «Ciudad en excelencias semejante.  
 «Varones suyos sabios y valientes

«La harán por muchos siglos ser triunfante,  
 «Mas uno, del gran Julio (1) procreado,  
 «Del universo la dará el primado.

»De todo el mundo reina con gran gusto  
 «Será cuando la rija aquel gobierno  
 «Supremo del glorioso inclito Augusto,  
 «Don celestial, divino, sempiterno.  
 «Que siendo emperador tan sabio y justo,  
 «Es justo que posea reino eterno:  
 «El cuerpo y fama dejará en el suelo;  
 «El alma subiráse al claro cielo.»

»Esto me acuerdo yo del sabio Eleno  
 Al pio Eneas ser pronosticado,  
 Y estoy sin duda de contento lleno,  
 Porque comienza ya lo adivinado.  
 Vencer los Griegos fué por cierto bueno  
 A los Troyanos, pues de allí ha manado  
 Tan gran renombre, tan perenne gloria,  
 Que fué mejor caer que haber victoria.

»Mas por no dilatar mi vario vuelo,  
 Tornar al punto quiero do me fundo;  
 Y digo, que se muda el alto cielo,  
 Y todo cuanto cerca hasta el profundo,  
 Pues los que nos vestimos de este velo  
 Humano, como partes de este mundo  
 Que de cuerpo y de ánima constamos,  
 Negocio llano es que nos mudamos.

»De cuerpo terrenal y alma ligera,  
 Divina é inmortal el hombre es hecho,

---

(1) Dice esto por Julio César, de quien debe entenderse.



Que puede entrar en cuerpo de una fiera  
 Si el aposento suyo ve deshecho.  
 Las cosas aun suceden de manera  
 Que á veces la contenta el rudo pecho  
 (Los humos y los bríos desechados)  
 De simples y mansísimos ganados.

»Así que es justa cosa consintamos  
 Vivir sin que ningunos se lo veden  
 Los cuerpos, que, según lo que afirmamos,  
 Dar aposento á nuestros padres pueden,  
 Hermanos ó parientes desterramos,  
 O hombres á lo menos que suceden  
 A las bestiales almas; si esto cesa,  
 No sera de Thieste nuestra mesa.

»Cuan en costumbre mala endurecido,  
 Cuan apto á desgarrar el pecho humano  
 Es el que, sin moverse del bramido,  
 Acogotó el ternero con su mano;  
 Y el que al cabrito, oyendo su balido,  
 Degüella, yo le tengo por tirano;  
 Y por pèrsona en quien cualquier mal cabe,  
 Al que para comer mata algún ave.

»El que animales mata de esta suerte,  
 ¿Qué dista de hacer hechos más extraños?  
 Por cierto falta poco, si se advierte,  
 Para emplearse en los humanos daños.  
 El buey are, ó impute el fin y muerte  
 Al curso trabajoso de sus años;  
 La oveja contra el frío os aproveche;  
 Sus ubres den las cabras con su leche.

»Las redes y los lazos engañosos,  
 La liga que las aves trae sujetas

Quitad ; no persigáis los temerosos  
 Venados, con la hierba y las saetas;  
 Cese el cubierto anzuelo; á los dañosos  
 Matad y usad con ellos vuestras tretas;  
 No los comáis, mas solo os de contento  
 Vengaros, y buscad congruo alimento.»

De tales y otras cosas instruído  
 Se dice que á su patria volvió Numa,  
 Y de Roma el gobierno ha recibido.  
 Y pudo sustentar la carga suma,  
 Dichoso con Egeria su consorte,  
 En quien tal gracia es bien que se presuma.

Y á ella y á las Musas como norte  
 Mirando, proveyó de sacrificios  
 Y paz la belicosa y brava corte.

Que dejada la guerra y ejercicios  
 De Marte, con sosiego profesaron  
 Premiar virtud y castigar los vicios.

Y ya que con sus años se acabaron  
 La vida y reino suyo, amargamente  
 El pueblo y senadores le lloraron.

Porque ella con la pena y mal que siente  
 Se ha retirado al Aricino valle,  
 Donde á Diana Oresta el competente

Sacrificio impidió por más lloralle.  
 ¡Cuántas veces las Ninfas de los lagos  
 Y bosques la indujeron á que calle!

Y teniendo por graves los estragos  
 Del llanto extraño, cuando más lloraba,  
 Usando de consuelos y de halagos,  
 El hijo de Theseo comenzaba:

«Pon fin al desconsuelo y triste llanto,  
 Pues no eres sola tú malfortunada.  
 Verás por otras gentes otro tanto,

Si procurar consuelo no te enfada.  
 Pluguiera á Dios mi duelo (que fué cuanto  
 Basta muy bien á hacerte consolada)  
 No fuera tal ; mas pues al tuyo excede,  
 Con causa justa consolarte puede.

»Si alguna vez hablando habéis oído  
 De Hipólito la historia y triste suerte,  
 Cómo el crédulo padre fué inducido  
 De la madrastra falsa á darle muerte,  
 Apenas que yo soy habréis creído  
 El que pasé por aflicción tan fuerte,  
 Y apenas yo también podré proballo;  
 Pero yo soy aquél, y aquí me hallo.

»Fedra (1), madrastra y persecución mía,  
 Habiendo vanamente procurado  
 (Al tronco pareciendo do venía)  
 Que hubiese yo á mi padre deshonorado,  
 Fingió querer yo hacer lo que ella había  
 Que hiciese muchas veces deseado,  
 Si causa fué el desdén es cosa incierta,  
 Ó el miedo de no verse descubierta.

»Delante de mi padre al fin me acusa  
 De crimen tan enorme, torpe y feo;  
 Quise excusarme y no valió mi excusa;  
 Era inocente y tuvóme por reo.  
 Tan gran rigor en castigar me usa,  
 Que me maldijo el crédulo Theseo  
 Mi padre, y conmovido de su yerro  
 De su ciudad me condenó á destierro.

»En un ligero coche yo al momento

---

(1) Fedra, mujer de Teseo, y madrastra de Hipólito.



Subiendo, me partí triste y mohino,  
A la Pythea Trezén teniendo intento  
Enderezar el fin de mi camino.  
Ya con mi presuroso movimiento  
Llegaba de Corinto al mar vecino,  
Cuando ví levantarse el mismo airado  
En forma de un altísimo collado.

»Oí bramar, y ví que se hendía  
La cima de las aguas de repente,  
Y de ellas al instante ví salía  
Un toro de la mar, y brevemente  
Por boca y por narices expelía  
El agua, y hacia mí volvió su frente.  
Mi gente de temor toda temblaba;  
Yo no, que de vivir cansado estaba.

»De miedo de la muerte ví turbados  
Los compañeros míos, y con ellos  
VÍ también los caballos azorados  
Volver hacia la mar rostros y cuellos,  
Agudas las orejas, erizados.  
Doblóse su congoja de así vellos,  
Porque como de miedo se turbaron,  
El carro entre peñascos despeñaron.

»Teniendo yo las riendas en la mano,  
Procuró reprimir su furia loca;  
Los frenos espumosos tiro en vano.  
Ya que los ví bajar de roca en roca,  
Bien creo que si fuera por lo llano  
El carro, que su rubia y dura boca  
No fuera más que mi gobierno era;  
Mas ello sucedió de otra manera.

»Mi fuerza y mi destreza bien parara

Los caballos furiosos y bravazos,  
 Si el coche con las ruedas no topara  
 En un tronco do se hizo mil pedazos.  
 Cayendo di en las piedras con la cara;  
 Las riendas para mí se hicieron lazos,  
 Y las feroces bestias no parando,  
 Lleváronme entre matas arrastrando.

»Entre árboles y cantos muy espesos,  
 Lugares pedregosos y montañas,  
 Los nervios en un árbol y los sesos  
 En otro dejo, y dejo las entrañas.  
 Aquí pudieras ver quebrar mis huesos,  
 Y fueron mis desdichas tan extrañas,  
 Que mi cansado espíritu se ha salido  
 Del cuerpo destrozado y tan herido (1).

»La desventura mía fué de modo,  
 Que no pudieras bien determinarte  
 Cuál era pie, rodilla, brazo ó codo,  
 Según lisiada vieras cada parte,  
 Porque una herida era el cuerpo todo.  
 ¿Qué te parece? ¿Puedes compararte  
 Conmigo, Ninfa? Creo que no cierto.  
 No es mucho, pues al fin llegué á ser muerto.

»El desastrado caso acerbo y duro  
 Me despidió de vida y descontento,  
 Y visité también el reino obscuro,  
 Hallando en Flegetón (2) algún aliento.  
 Tomara allá mi alma, á buen seguro,

(1) Este funesto suceso lo describe bien Séneca en la tragedia que intituló *Hipólito*.

(2) Era un río de los del infierno, cuya corriente fingieron era de fuego.

En los campos Elisios aposento,  
A no me la tornar la medicina  
Del hijo del dios Febo (1) tan divina.

»Y ya después que fui resucitado  
Con el arte Peonia poderosa (2),  
Quedando el dios Plutón bien indignado,  
De nubes me cubrió la santa Diosa,  
Porque no fuese visto y envidiado;  
Y para darme vida más gustosa,  
Y andar sin miedo ya de allí adelante,  
Me acrecentó la edad, mudó el semblante.

»Porque pudiese verme sin recelo,  
Me transformo la Diosa tan discreta,  
Dudando si enviarme á la isla Delo  
Sería mejor que encaminarme á Creta.  
Pero dejando el uno y otro suelo,  
Mandóme estar en esta montañeta (3),  
Mandándome también dejar el nombre  
Que me dió mi desgracia por renombre.

»Y quiso desde entonces me llamase,  
No Hipólito por cierto, que podía  
Hacer que de caballos me acordase,  
Mas Virbio (4), que también me competía.

(1) Esculapio, á quien hacían dios de la medicina.

(2) En esto no conviene Horacio, quien en la oda *Diffugere nives* manifiesta la contraria opinión de que Hipólito quedó en el infierno y Diana no pudo conseguir de Plutón y Proserpina le restituyese á la vida.

(3) El valle de Aricia, donde estaba retirada Egeria.

(4) La etimología de esta voz es *bis vir*, esto es, dos veces hombre, porque después de destrozado volvió á recuperar su antiguo ser, según la opinión que aquí manifiesta el poeta.



Tan gran merced fué causa que yo entrase  
 En este santo bosque y compañía  
 De los menores dioses, siendo agora  
 De ellos, y muy sujeto á mi señora.»

Pero aquel sentimiento y luto extraño  
 De la divina Egeria no podía  
 Con pena relevarse ajena ó daño.

En lloro se derrite noche y día,  
 Hasta que de piedad del mal que siente,  
 La santa diosa Febe se movía.

El cuerpo la transforma prestamente  
 (Siendo todo él en aguas atenuado)  
 En una muy helada y clara fuente.

La novedad las Ninfas ha espantado;  
 El que nació de la Amazona (1) estaba  
 Estúpido, y del arte se ha admirado

Que el labrador Tirreno, que miraba  
 El hadado terrón, estando arando,  
 Que sin mudarle nadie se mudaba,

Y luego forma de hombre en sí tomando,  
 Dejaba la de tierra, y de repente  
 Con nueva boca estaba adivinando.

Y le llamaron Tajés (2), evidente  
 Maestro, excelentísimo adivino,  
 Doctor primero de la Etrusca gente.

Ó como en el collado Palatino  
 Rómulo se admiró de ver asida  
 Su lanza á la raíz, no al hierro fino,

Sin ya ser arma, y víola proveída  
 De sombras no esperadas, con que asombra  
 La gente, siendo en árbol convertida.

(1) Hipólito.

(2) Para la fábula de Tages, véase Ciceron, *de Divinatione*, II, 25.

Ó como cuando Cypó (1) vió la sombra  
 De los nacidos cuernos (2) en su frente,  
 Por donde entre los Reyes hoy se nombra,  
 Que burla ser pensando, y muy patente,  
 Lo que en el agua vía y no su daño.  
 Tentóse la cabeza prestamente,  
 Y el tacto le sirvió de desengaño,  
 Y disculpando la culpada vista,  
 Quedó admirado del prodigio extraño.  
 Viniendo vencedor de la conquista,  
 Allí se para; al alto cielo alzando  
 Los ojos y los cuernos, se contrista,  
 Y dijo á Dios de este arte suplicando:

«Altísimo señor, señor divino,  
 Cuyo gobierno el mundo todo abraza,  
 Si tal monstruosidad sobre mí vino  
 Para señal de alguna vuestra traza,  
 La patria mía, el pueblo de Quirino  
 La goce si es dichosa; si amenaza  
 Castigo vuestro de ira ó de braveza,  
 Caiga, mi Dios, en sola mi cabeza.»

De céspedes herbosos hizo luego  
 Altares, y á los Dioses sacrificio  
 En ellos de oloroso y santo fuego.  
 Y muertas ya las reses más sin vicio,  
 Y derramando el vino y acabado  
 Por el ministro su devoto oficio,  
 La significación ha especulado  
 De aquel extraño caso que le avino,

(1) Fué un ciudadano romano célebre, porque se resistió á la ambición de reinar.

(2) Los cuernos eran en la antigüedad símbolo de fuerza y de poder.

En las entrañas que ha sacrificado.

Y al punto que las vido el adivino  
Tirreno (1), se espantó de la grandeza  
De cosas que mudaba el Rey divino.

Mas no podía atinar con entereza  
Lo que ha de responder, y está dudando  
Con gran perplejidad muy buena pieza.

Hasta que de las fibras levantando  
La vista á Cypo, cuernos vió en su frente,  
Y al punto con él mismo razonando  
Le dijo de la forma consiguiente:

«Sálvete Dios, oh Cypo rey futuro.  
Tus cuernos dan señales más que ciertas  
Que te ha de obedecer el latío muro  
En el instante que entres por sus puertas.  
Pártete al punto, éntrate seguro,  
Que sin contradicción te están abiertas.  
Del hado inevitable yo concluyo  
Que entrando en la ciudad serás rey suyo.»

Oída la respuesta que le ha dado  
El sacerdote, dijo con disgusto,  
Habiendo el pie y el rostro retirado  
Del muro: «No permita Dios, ni es justo,  
Que haya lugar tan pernicioso hado;  
Yo acabaré la vida con más gusto  
En un destierro, y ojalá así sea  
Antes que el Capitolio rey me vea.»

Al punto, conturbado del agüero,  
Mandó llamar el pueblo y el senado;

---

(1) Etrusco ó de Toscana, pues ya queda dicho que los de esta nación fueron los primeros que inventaron las artes adivinatorias.



Los nuevos cuernos disfrazo primero  
De verde hierba y hojas coronado,  
Sobre un montón de piedras caballero (1),  
Tornado en orador de buen soldado,  
Y á Dios salutación habiendo hecho,  
Explica los conceptos de su pecho.

«Hay un varón indigno de renombre  
Aquí, señores (dijo), entre esta gente,  
Que si de la ciudad no echáis tal hombre,  
Será rey en entrando prestamente.  
Sus señas os diré, mas no su nombre.  
De cuernos proveída esta su frente.  
De Roma, aunque enemiga sea de reyes,  
Si él entra, será Rey, y os dará leyes.

«Pudiera haber entrado por la puerta,  
Si yo no hubiera sido en estorballo,  
Porque, como sabéis, ha estado abierta.  
Aunque pudiera bien disimulallo,  
Que digoos en verdad por cosa cierta  
Es muy pariente mío, pero hallo  
Que es bien le desterréis, altos Romanos,  
Antes que estéis sujetos á sus manos.

«No consentas entrar, pueblo Romano,  
En la ciudad ya libre un tan maligno  
Varón; ó se destierre tal tirano,  
Ó esté en cadenas, siendo de ellas digno.  
Haced el sobresalto vuestro vano,  
A tal intento dándole condigno

---

(1) Cuando el emperador ó capitán había de perorar al ejército, lo hacía sobre un poste de céspedes que formaban los mismos soldados.

Castigo, y me parece sea de suerte  
Que vuestro miedo muera con su muerte.»

Cual suele murmurar el bravo viento  
Si son los verdes pinos conmovidos  
Con su furioso soplo y movimiento,  
Ó como con sus olas y bramidos  
Las orejas el mar airado atruena  
Si son de no muy lejos percibidos;  
De aquella misma suerte el pueblo suena,  
Y entre el rum rum, murmurio y vocería  
Del vulgo, de congoja lleno y pena,  
Se oyo una voz, la cual así decía:  
«¿Quién es aquél?» y cada cual advierte  
Qué frente con los cuernos estaría,  
Cuando les dijo Cypso de esta suerte:  
«Yo soy el que pedis»; y despojado  
De su guirnalda, muestra el varón fuerte  
Sus cuernos, de que el pueblo y el senado  
Quedó confuso y lleno de disgusto,  
Los ojos en el suelo y congojado.  
Y es cosa de admirar que con ser justo,  
Y con méritos claros, le miraron  
Con poca voluntad y menos gusto.  
Pero no difirieron ni estorbaron  
La honra que sus hechos merecieron  
Más tiempo, antes luego le adornaron  
De festival corona, y concedieron,  
¡Oh Cypso! pues tú mismo te estorbaste  
La entrada que los hados permitieron,  
El campo que en un día tú cercaste  
Con un par de novillos y el arado,  
Lo cual con buen semblante tú aceptaste.  
Y para que del hecho señalado  
Quedase eternamente seña cierta,  
De parecer y voto del senado

Los cuernos se esculpieron en la puerta  
Por donde había salido el valeroso  
Soldado, que de bronce está cubierta.

Descubrid ahora, Musas (poderoso  
Amparo de poetas, cuyo oficio  
Es declarar lo más dificultoso),

La causa del divino beneficio  
Por que á Esculapio en Roma se ha ofrecido  
Con los romanos Dioses sacrificio.

De la ciudad estaba corrompido  
En otro tiempo el aire, de manera  
Que mortal pestilencia ha sucedido.

Los cuerpos amarillos como cera  
Mostraban con indicios más que ciertos  
La enfermedad pestífera tan fiera.

Y ya que de enterrar los tristes muertos  
Cansados, y de ver que no atinaban  
La cura los doctores más expertos,

Valerse de los Dioses procuraban,  
Y á Delfos, que en la tierra tiene el medo,  
Celosos sacerdotes enviaban,

Rogando al dios Apolo dé el remedio  
A tal ciudad, como ella le esperaba,  
Su calidad tomando por buen medio.

Tembló el laurel, tembló la rica aljaba  
Con el lugar; la gente que lo advierte,  
Oyó una voz divina que sonaba,  
Y respondiendo dijo de esta suerte:

«Lo que pides aquí, pueblo Romano,  
Alcanzarás más cerca en otra parte,  
Y aun en lugar más apto y más cercano  
Lo pide, que el remedio quiere darte.  
No has menester á Apolo; el soberano  
Esculapio es quien puede remediarte;  
Vé con buen pie si quieres regocijo,



Y entrégate en las manos de mi hijo.» (1)

La celestial respuesta recibida  
Del prudente senado, especularon  
Qué ciudad de Esculapio es más querida.

Y á Epidauro (2) personas enviaron  
Decentes, que ayudadas de buen viento,  
Desembarcando luego que llegaron,

Se fueron al ilustre ayuntamiento  
De la ciudad, y estando en su presencia  
Descubren la embajada y el intento.

No fué conforme el voto ni sentencia;  
A unos les parece cosa grave  
Negar favor y que es contra conciencia.

Pero muchos dijeron que no cabe  
En discreción y buen comedimiento  
Pedir los santos Dioses, pues se sabe

Que son amparo, y todo su contento,  
Y cada cual alega todo cuanto  
Parece convenir para su intento.

No saben resolverse, y entretanto  
Había la noche obscura en cumbre y llano  
Tendido de tiniebla el negro manto.

Cuando al ilustre embajador romano  
Le pareció durmiendo ver presente  
Al Dios reparador, que en una mano

Un báculo trayendo con decente  
Meneo, con la otra se atezaba  
La barba larga (forma en que la gente  
En su sagrado templo le adoraba),

(1) El hijo de Apolo era Esculapio.

(2) Con las palabras *propiore loco* no es posible que el oráculo designe á Epidauro, evidentemente más alejado de Roma que Delfos. Más natural es pensar que alude á los libros Sibilinos.

Y con semblante plácido moviendo  
Su santa lengua y labios, que explicaba  
La voluntad divina así diciendo:

«Deja el temor. Sin duda iré contigo,  
Mi imagen y mi altar desamparado.  
Advierte este culebro aquí conmigo,  
Que al báculo presente esta enroscado,  
Y nótales muy bien para testigo  
De todo tu contento deseado,  
Y para, si otra vez pudieres verle,  
Que puedas por las señas conocerle.

»Sabrás que he de seguiros convertido  
En él, pues con el suyo se conforma  
Mi ser; empero el cuerpo recibido  
Será mayor, aunque en la misma forma;  
Y en esto la costumbre habré seguido  
De cualquier otro dios que se transforma;  
De suerte que se muestre en la grandeza  
El gran valor de mi naturaleza.»

La voz, el Dios y el sueño juntamente  
Se fueron, y siguióse á su partida  
La nueva luz del día en el Oriente,  
La gente del gobierno resumida  
En que para hacer lo que conviene  
La voluntad del mismo Dios se pida.

Con los demás de la ciudad se viene  
Al templo santo suyo, y en llegando  
De devoción cualquiera se previene.

Y con humilde ruego suplicando,  
Le piden signifique en qué aposento  
Le da gusto morar: en acabando,

La devota oración de movimiento  
Divino el mismo Dios ha proveído

La lengua del serpiente en un momento,  
 Y no sólo la lengua se ha movido,  
 Mas aun lo mismo el dragón mismo ha hecho,  
 Y moverse el altar también se vido.  
 El enlosado suelo y rico techo  
 Movi6, y en medio el templo se aparece,  
 Alzándose entre todos hasta el pecho.  
 Girando con los ojos (que parece  
 Cada uno llama pura rutilante),  
 La gente amedrentada se entorpece.  
 El casto sacerdote en el instante,  
 Vendada la cabeza, ha conocido  
 La santa Deidad que ve delante,  
 Y dijo, su silencio interrumpido:

«Oh pueblo, reconoce la presencia  
 De Dios, pues que presente le tenemos,  
 Dios es, Dios es; con boca y reverencia  
 Es bien que le creamos y adoremos.  
 Diga cualquier con mucha vehemencia:  
 —El corazón y alma te ofrecemos  
 Señor, y pues tu vista nos recrea,  
 Hermosísimo Dios, para bien sea.»

Decían las palabras los Romanos,  
 Y gentes de Épidauro, que mandaba  
 El sacerdote, puestas ambas manos.  
 Y cada cual devotamente estaba  
 Con voz y entendimiento suplicando (1)  
 Favor y la merced que se esperaba.  
 Las crestas y cabeza meneando,

(1) Las súplicas y oraciones de la voz sola valen muy poco, si no van acompañadas del ánimo y de la intención, y por eso se dijo aquel sabido verso: *Si mens non orat, in vanum lingua laborat.*



Pareció consentir al manso ruego,  
Y con la lengua lo mostró silbando.

Bajóse por las gradas lisas luego,  
Y habiendo de partirse agradecido  
Del templo suyo y casa de sosiego,  
Volviéndole á mirar, se ha despedido.  
Y parte por el suelo rastreando,  
De flores olorosas proveído.

Llegado á la ciudad, por medio entrando  
Al punto pasa, do en llegando para,  
Y á la devota gente esta mirando.

Mostró su compañía serle cara,  
Y mándales se tornen con sūave  
Semblante agradecido y buena cara.

De allí se ha entrado en la romana nave,  
Que ser persona del divino coro  
Échó de ver en ser el peso grave.

A tal merced guardaron el decoro  
Los varones Latinos conveniente,  
Sacrificando luego á Dios un toro.

Las áncoras soltaron, la serpiente  
En la popa ya puesta, y entregaron  
La vela al viento blando préstamente.

Con tan felice sopro navegaron,  
Que al sexto alborear de la mañana,  
Por el Jonio mar á Italia entraron.

Y el templo de Lacinia soberana  
Dejando atrás, pasó el peñón Scileo (1)  
La nave dichosísima romana.

Dejó á Calabria, y con feliz meneo  
De las Anfrisias (2) rocas ha huído,  
Y consiguiendo el fin de su deseo  
Con remo ligerísimo ha salido,

(1) Scylaceo, ciudad de Brutium.

(2) Anfrisia, ciudad de la Calabria.

Sin daño, del Cerauno peligroso  
Por un canal que en el halló rompido.

Gozando, pues, de viento tan dichoso  
A Caulón y Nericia (1) ya dejando,  
Pasó por el estrecho trabajoso

Del angosto Peloro, enderezando  
El gobernalle suyo al soberano  
Palacio del rey Éolo; procurando

A Themesa dejar á la una mano,  
Y á la isla Leucosia, y al florido  
Pesto, á do reina Flora y el verano.

De allí paso por Cáprea, y ha venido  
Al alto Promontorio con buen viento  
Que tiene de Minerva el apellido.

Dejóle atrás, pasando por Surrento (2),  
Donde el árbol de Baco generoso  
Y su licor alegre y da contento.

Y la ciudad de Alcides valeroso,  
Y Estabias con Partenope, que emplea  
Su gente en ocio siempre y en reposo.

De aquí pasó por la ciudad Cumea,  
Por Bayas y Linterno, con Vulturno,  
Que sobre mucha arena se recrea.

Pasando por Sinuesa y por Minturno,  
Donde el vapor es siempre inficionado (3)  
Ahora sea de noche, ahora diurno.

Por Cayeta y el reino del malvado  
Antifates pasaron, y Trachina,  
Que de una gran laguna se ha cercado.

---

(1) De todos estos pueblos no ha quedado vestigio alguno, ni ha llegado noticia á nuestros tiempos, ni la pudieron adquirir los comentadores de Ovidio.

(2) Todas eran poblaciones de la costa de Italia.

(3) Minturno estaba rodeado de pantanos, cuyos miasmas eran muy dañinos.

Dejó el Circeo monte, á la contina  
Remando, y á la orilla se hallaron  
De Ancio, do la nave se avecina.  
Y á la ribera luego se llegaron  
(Embravecióse el mar en aquel punto),  
Desenroscóse el Dios, y le notaron  
Que sale de la nave y va al trasunto  
Y templo de su padre muy amado,  
Que á la ribera roja estaba junto.  
Habiéndose la mar apaciguado,  
De la paterna casa se ha salido,  
Y á la romana nave se ha tornado.  
El alentar divino recibido,  
El leño fué por Castro y por Lavino,  
Y á la boca del Tibre se ha venido.  
En orden todo el pueblo luego vino,  
Ciudadanos, matronas, con gran fiesta,  
El huésped recibiendo tan divino.  
Reconocieron tal merced como ésta  
Con himnos de alabanzas y cantares  
Tus vírgenes también, sagrada Vesta (1).  
En la ribera se hacen mil altares,  
Por donde la galera va remando,  
Con devoción ajena de pesares.  
El aire de perfumes humeando,  
Con tal color mostraba claro indicio  
Del ánimo con que le están quemando.  
Con muertas reses se hace sacrificio  
A Dios en muchas partes, y se vía  
Acabado ya ser el santo oficio.  
Por Roma entrado ya la nave había,

---

(1) Entre las cosas que Eneas sacó de Troya, fué el fuego con el que veneraban á la diosa Vesta, y para cuyo cuidado y conservación se fundó el colegio de las vírgenes vestales.



Cuando se enderezaba la serpiente  
 En la más alta parte, y parecía,  
 Mirando acá y allá, que el conveniente  
 Lugar para su asiento, y templo traza  
 Mirábale admirándose la gente.

El agua suya en dos partes embraza  
 El Tibre, y una isla hermosa forma  
 La tierra, que con sus brazos abraza.

Allí se fué el dragón, á do la forma  
 De sierpe y pestilencia se deshizo,  
 Y en su figura propia se transforma.

Con su venida á Roma satisfizo,  
 Poniendo fin á su continuo llanto,  
 Y fué su dios, mas dios advenedizo.

Dios natural, benigno, pío, santo,  
 En su ciudad es César, do se encierra  
 Valor y gloria tanta que es espanto.

Y no aquel ser corona de su tierra,  
 Con pluma y con espada tan perfeta,  
 De suma discreción en paz y guerra.

Estrella y lucidísimo cometa  
 Le hizo más que padre ser de Augusto,  
 A quien el universo se sujeta.

Que de los actos de hombre tan robusto  
 Ninguno fué mayor, ni de tamaña  
 Virtud, como adoptar varón tan justo.

¿Es más domar los bravos de Bretaña,  
 Y navegar el Nilo victorioso,  
 Y con rebeldes darse buena maña,

Y á Juba y Ponto bravo y orgulloso  
 Vencer, y haber mil triunfos merecido,  
 Y algunos hecho un príncipe animoso,

Que tal señor habernos producido,  
 Que siendo Emperador tan soberano  
 Favor de Dios ha siempre merecido?

Pues para no ser hijo de hombre humano

Aqueste, fué razón y justa cosa  
 Que fuese César dios, y siendo llano  
 En el entendimiento de la Diosa  
 Que madre fué de Eneas, lo que digo,  
 Y aquella junta oculta y alevosa,  
 Do vió determinado al enemigo  
 De dar al gran pontífice la muerte (1),  
 Perdió el color, mostrando por testigo  
 De su dolor acerbo y pena fuerte  
 La amarillez y ansia con que andaba  
 Diciendo congojosa de esta suerte  
 A cualquier de los dioses que encontraba :

«Mirad mi desventura y la grandeza  
 De una traición terrible como ésta.  
 ¿No veis con cuánto engaño á la cabeza  
 Asechan que de Julio sólo resta? (2)  
 Contra mí sola siempre se endereza  
 La flecha del cuidado tan molesta.  
 Diomedes me hirió de una lanzada,  
 A Troya ví vencida y asolada.

»En mi razón justísima se halla  
 De haberme de mi suerte querellado,  
 Pues ví bajar al reino do se calla  
 A Eneas del naufragio destrozado,  
 Y entrar en cruelísima batalla  
 Con Turno, mas con Juno bien mirado,  
 ¿Por qué me acuerdo yo de tanto ultraje

---

(1) Como César, para apoderarse de la república reunió en sí todas las supremas dignidades, no olvidó ni despreció la de Pontífice máximo, con la cual arrogó á sí y reunió en sí lo religioso y lo profano.

(2) Julio Ascanio, hijo de Eneas, de quien la adulación hizo descendiente á César.

Y daño de mis gentes y linaje?

»Tan grande es el temor del mal presente,  
Que del pasado agravio se me olvida  
Bien veís, sagrados Dioses, esta gente  
Traidora, desleal y fementida,  
Armada contra mí; tan inocente  
Sangre no deis lugar que sea vertida,  
Y que el sagrado fuego de la Vesta  
Se apague con tan gran maldad como ésta.»

En todo el cielo daba quejas tales  
La congojosa Venus, pero en vano,  
Con que movía los Dioses celestiales.

Que aunque romper el hado soberano  
Era imposible, daban con tristeza  
Indicio del suceso tan tirano.

Y dicen que se oyeron con braveza  
Sonidos de batallas en el viento,  
Trompetas y atambores buena pieza (1).

Infalible y certísimo argumento  
De la traición nefanda que se urdia;  
Y el Sol también mostro su sentimiento,

Porque negó la luz con que solía  
Dorar el mundo y alegrar las gentes,  
Anunciando á la tierra un triste día,

Faltándole sus rayos refulgentes;  
Y á los planetas muchas veces vieron  
Tener debajo hachas muy ardientes.

De sangre gotas dicen que cayeron  
Entre las algaradas, verdadero  
Presagio de la sangre que vertieron.

La Luna ensangrentada, y el lucero

(1) Señales que refiere Suetonio precedieron á la muerte de César.



Sin luz, y el triste buho en mil lugares  
Señal dió cierta de infeliz agüero.

Lloró el marfil, oyéronse cantares,  
Y en los secretos bosques consagrados  
Palabras de amenazas y pesares.

Jamás mostró que estaban aplacados  
Los Dioses res ninguna en sacrificio,  
Sino tumultos mil aparejados.

En las entrañas vieron claro indicio  
A la imperial cabeza amenazando,  
A quien se aparejaba el maleficio.

Nocturnos perros iban aullando,  
Y aun ánimas de muertos han salido,  
Y toda la ciudad se vió temblando.

Pero tantos avisos no han podido  
El orden pervertir del duro hado,  
Ni descubrir el trato apercebido.

Con espadas desnudas se han entrado  
En el sagrado templo, que tal hecho  
Había de ser por fuerza en el senado.

La santa Citherea hirió su pecho  
Con sus entrambas manos, y quería  
A César escapar de aquel estrecho.

Usando de la nube con que había  
A Paris y su hijo defendido  
De Atrides y Diomedes, su porfia  
Ha Júpiter de este arte reprimido :

«Amada hija, ¿piensas que tú sola  
Puedes mudar las leyes soberanas  
Del hado inevitable? Mira, ¡hola!  
Que en vano lo pretendes y te afanas.  
Ánegará la furia y brava ola  
Del mar, á do gobiernan las hermanas,  
No sólo á los caducos y mortales,  
Mas aun los mismos Dioses inmortales.

»Muy bien podrás entrarte al aposento  
De las tres Parcas, do veras el fuero  
Eterno y el divino mandamiento  
Señalado en metal y liso acero.  
Contra el furioso rayo y movimiento  
Celeste, para siempre duradero,  
Allí hallarás de tu linaje el hado  
En un diamante duro cincelado.

»Yo le he leído y tengo en la memoria,  
Y porque su suceso no te espante,  
Te quiero referir la clara historia,  
Porque de hoy más no seas ignorante.  
Por el que te fatigas con notoria  
Congoja, ya cumplió el postrer instante  
Del tiempo que debía al bajo suelo.  
Ser dios le haréis su hijo y tú en el cielo.

»Será su hijo no pequeña parte  
De su deidad y culto y reverencia;  
El nombre, el reino y el valor de Marte  
Le convendrá por título de herencia.  
Sera gran vengador, y en cualquier parte  
Tendrá nuestro favor en su presencia,  
Para satisfacerse como fuerte  
De tal traición y tan nefanda muerte.

»Bien sentirá Modena (1) la experiencia  
De su valor al tiempo que cercada  
Demande paz, fiando en su clemencia;  
Y se verá Farsalia (2) amedrentada,

(1) En la cual se habia hecho fuerte y se resistía Marco Antonio contra Augusto.

(2) Se debe entender los de la ciudad de Filipo de Macedonia, llamada también Hematia, donde fué la célebre

Y de sangre otra vez sin resistencia  
 Filipo Macedónica empapada,  
 Y al que de grande tiene el apellido  
 En el mar de Sicilia habrá vencido (1).

»Caeré la Egipcia Reina con el brío  
 Que la nacía de verse ya casada  
 Con Marco Antonio, cuyo señorío  
 La tuvo muchos días engañada.  
 Que á su Canopo el Capitolio mío  
 Pensó que obedeciera la cuitada,  
 Y hará en su reino un escarmiento extraño,  
 Y en su persona misma el desengaño.

»¿De qué me sirve, hija, relatarte  
 Las bárbaras naciones que rodea  
 El uno y otro mar? pues su estandarte (2)  
 Se temerá doquiera que se vea.  
 Suya será la tierra en toda parte,  
 Y el mar también, y porque bien se crea  
 Que es el ejemplo sumo de los reyes,  
 Éstando en paz al mundo dará leyes.

»Hará estatutos justos en el suelo,  
 Pacificos estando los mortales,  
 A do se mostrará su pio celo  
 Y sus costumbres altas imperiales.  
 Pondráse por dechado y por modelo

---

batalla Filípense, una de las civiles más famosa, en la que fueron destrozados Bruto y Casio.

(1) Indica la batalla naval que hubo en ellos contra uno de los hijos de Pompeyo, cuya armada de trescientas cincuenta naves quedó reducida al corto número de seis ó siete, con las cuales pudo huir.

(2) El de Octavio Augusto.



De las virtudes mismas celestiales,  
Y para proveer lo venidero  
De su santa mujer tendrá heredero (1).

»Y habiendo en él dejado el nombre Augusto,  
El soberano imperio y el cuidado,  
No menos que muy viejo, como es justo,  
Será entre sus estrellas colocado.  
En tanto, hija mía, tú á tú gusto  
Esta alma que del César ha exhalado  
Recibe, y la transforma en rayo ilustre (2)  
Que el Capitolio nuestro siempre ilustre.»

Apenas su razón hubo acabado,  
Cuando la santa Venus bajó al suelo,  
Y estúvose invisible en el senado,  
Tomando de su César y consuelo  
El alma que del cuerpo se salía,  
Para llevarla al alto y claro cielo.  
Y mientras la llevaba parecía  
Que se inflamaba y relucía ella  
Con la divinidad que en sí tenía (3).  
Y luego la dejó la Venus bella;  
Volando el alma fué más altamente,  
Tomando al punto ser de nueva estrella.  
Dotada de cabello refulgente,  
Y viendo las hazañas de su hijo,  
Confiesa que es más justo y más valiente.

(1) Alude á Tiberio, hijo natural de Libia y adoptivo de Octavio.

(2) Por esta transformación que creyeron de Julio César en estrella, le pintaban y esculpían con una estrella en la cabeza, y este distintivo tenían todas sus estatuas.

(3) Era el cometa de que antes hemos hablado y que creyeron ser el alma de César.

Y ser esta ventaja sin litijo,  
No sólo no le enfada ni entristece,  
Mas cáusale supremo regocijo.

Y aunque él estorbe al vulgo que engrandece  
Sus cosas, y á su padre dé ventaja,  
La libre Fama en esto no obedece.

Agamenón á Atreo se aventaja  
De aquesta suerte, y al valiente Egeo  
Theseo disminuye, humilla, ataja.

De esta arte vence Aquiles á Peleo (1);  
Y por usar de ejemplos más iguales,  
Así es menor Saturno, á lo que creo,

Que Jove, el cual los dioses ¡inmortales  
Gobierna con el alto y claro cielo.  
La tierra Augusto rige y los mortales.

Padre y rector de justo y santo celo  
El uno es y el otro, verdaderos  
Señores del remedio y del consuelo.

Ruégoo, dioses de Eneas compañeros,  
Que abristeis por los fuegos el camino,  
Y por refulgentísimos aceros.

Caseros dioses, tú, padre Quirino,  
Y padre de Quirino bravo Marte,  
Y Vesta sacratísima, y divino.

Apolo, y santo Jove que mostrarte  
Quisiste en la Tarpeya fortaleza,  
Y todos otros dioses, si soy parte

Para invocaros yo con mi bajeza,  
Que aquel infausto tiempo para el suelo,  
Cuando le privarán de su cabeza,

Despacio venga, y tanto desconsuelo  
No vean los nacidos, ni aquel día  
Que ha de hacer pobre al mundo y rico al cielo.

---

(1) Congerie de ejemplos de hijos que fueron más famosos que sus padres.

En el cual del gobierno que tenía  
Se suba, y de la silla prepotente  
Augusto, á la celeste monarquía,  
Y admita el manso ruego estando ausente.

Tal obra he ya compuesto y publicado  
Que no podrá borrarla la tragona  
Vejez, ni el hierro, ó Júpiter airado.

El día, que á ninguno no perdona,  
Cuando quisiere venga, que no tiene  
Derecho más que en mi mortal persona.

A la porción mejor (de do proviene  
Lo digno de alabanza que aquí escribo),  
Vida inmortal y nombre la conviene.

Y en cuanto al alma mia, seré vivo,  
Volando, levantado sobre el cielo,  
Con alas del renombre que recibo.

Y á do el romano Imperio en todo el suelo  
Sonare, volará mi dulce verso,  
Durando para siempre el leve vuelo.

Si al espíritu el suceso no es diverso,  
Será mi poesía recibida  
De todo el pueblo, en todo el universo,  
Y gozaré de eterna fama y vida.



# ÍNDICE GENERAL.

---

## TOMO I.

### LIBRO I.

#### ARGUMENTO.

Se divide el caos en los cuatro elementos, y luego que cada especie de animales ocupó el lugar que le pertenecía, fué formado el hombre de agua y tierra. Síguense las cuatro edades acomodadas á las costumbres de sus vivientes. Maldad y castigo de los Gigantes. Nacen de su sangre hombres entregados á todo género de maldad. Licaón es convertido en lobo, y todo el orbe de la tierra sumergido en las aguas. Sólo se libran Deucalión y Pirra: arrojan éstos piedras, de las que nacen hombres, y todo el universo se repara. Nacen los demás animales de la tierra, y entre ellos la serpiente Pitón. Mátala Apolo, y se establecen los juegos Pitios en memoria de esta victoria, en los que coronaban de hojas de encina á los vencedores, porque no existía el laurel hasta que Dafne fué transformada en este árbol, por cuyo suceso concurren todos los ríos á dar el parabién, ó á consolar á su padre Peneo, faltando tan sólo Inaco, que se hallaba desconsolado por la pérdida de su hija Ío, á quien transformó Júpiter en vaca: la entrega Juno á la custodia de Argos. Éste es muerto

por Mercurio; sus ojos adornan la cola del pavo real, é Ío es adorada entre los Egipcios por diosa con el nombre de Isis. Epafo, hijo suyo, tiene una contienda con Faetón, hijo del Sol. Acude ésta á su madre, quien le aconseja camine al palacio del Sol, su padre, para que le asegure de su legitimidad.

## FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO.

El caos y la creación del mundo.....	1
De la creación del hombre.....	5
La edad de oro.....	6
La edad de plata, con las cuatro estaciones del año.....	7
La edad de bronce y la de hierro.....	8
Los gigantes destruidos por el fuego de los rayos..	9
La asamblea de los dioses.....	10
Licaón transformado en lobo.....	14
El diluvio universal.....	16
Neptuno amansa las aguas.....	19
Deucalión y Pirra vuelven á poblar la tierra.....	19
La serpiente Pitón.....	23
Dafne convertida en laurel.....	24
Júpiter enamorado de Ío.....	32
Ío convertida en vaca.....	33
Siringa transformada en caña.....	38
Mercurio corta la cabeza á Argos.....	39
Júpiter aplaca á Juno.....	40

## LIBRO II.

## ARGUMENTO.

Faetón, injuriado por Epafo, el cual se atrevió á decir que Apolo no era su verdadero padre, sube al alcázar del Sol y le pide gobernar por un solo día su carro, en prueba de su legitimo nacimiento. Habiendo logrado su gusto, abrasa toda la tierra por no saber dirigirle, y los Etiopes se vuelven negros. Es herido Faetón por un rayo que le quita la vida,

y después de llorar algún tiempo esta desgracia sus hermanas y su pariente Cicno, aquéllas son transformadas en árboles y éste en cisne. Con esta ocasión baja Júpiter á recorrer todo el universo, y habiéndole vuelto á su antiguo estado, se enamora de Calixto y la viola, tomando la figura de Diana. Llena de ira Juno por esta acción, transforma á Calixto en Osa, y la hubiera quitado la vida su hijo Areas, si Júpiter no lo estorbara colocando á ambos entre las estrellas. Quejándose Juno de este suceso á Océano, fué llevada al cielo en hombros de pavos reales, que poco ha estaban adornados de varios colores; así como hacia poco que el cuervo había sido mudado de blanco en negro, por haber descubierto temerariamente el adulterio de Coronis, por no hacer caso de los consejos de Cornice, que le había referido su transformación en corneja y la de Nictimene en lechuza. Ocirae es transformado en yegua por haber pronosticado las aventuras de Esculapio. Quirón, padre de ella, invocó en vano el auxilio de Apolo; porque este dios, hecho pastor en los campos de Mesena, no haciendo ya caso de las vacas se ocupaba en otra cosa, lo que dió ocasión á Mercurio para que se las hurtase, cuyo robo no le vió sino Bato, á quien, por su perfidia, convirtió Mercurio en piedra de toque. Después, entrando en Ática, se enamoró de Herse, hija de Cecrope, de quien teniendo envidia su hermana Aglaura, fué convertida en peñasco. Últimamente, Júpiter, habiendo mandado que la vacada de Agenor fuese conducida á la playa, tomando forma de toro, se llevó á Europa por el mar de la isla de Creta.

## FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO.

Faetón sube al palacio del Sol y consigue gobernar su carro por un día.....	43
Faetón es herido de un rayo.....	62



	PÁGS.
Las hermanas de Factón transformadas en árboles y Cicno en cisne . . . . .	63
Calixto engañada por Júpiter . . . . .	67
Calixto arrojada de la compañía de Diana . . . . .	70
Calixto, transformada en Osa, creyó ser muerta por su hijo . . . . .	71
Coronis transformada en corneja . . . . .	74
Nictimene convertida en lechuza . . . . .	77
Ociroe transformada en yegua . . . . .	81
Apolo conduce rebaños . . . . .	82
Bato transformado en piedra de toque . . . . .	83
Mercurio y Herse . . . . .	85
La envidia se apodera de Aglaura . . . . .	87
Aglaura transformada en piedra . . . . .	89
Europa robada por un toro . . . . .	91

## LIBRO III.

## ARGUMENTO.

Agenor manda á Cadmo buscar á su hija; ocupado en buscarla, le sucede que quita la vida á sus compañeros el dragón de Marte, á quien él mató después, y de sus dientes nacieron algunos hombres, con cuya compañía edificó á Tebas. Tuvo este hombre primeramente la sensible desgracia de ver despedazado á su nieto Acteón por sus propios perros, lo que le ocasionó Juno por el aborrecimiento que tenía á Seucelè; por cuya causa, acercándose á ella bajo la figura de Beroe, su ama de cría, la aconsejó simuladamente su muerte. Poco después, disputando Júpiter y Juno cuál de los dos sexos participaba más de las delicias de Venus, eligieron por juez á Tiresias, que había probado de ambos. Se vió éste privado de la vista por haber dado la sentencia contra Juno; pero Júpiter le dió la ciencia de adivinar. El primero en quien se vieron realizados sus vaticinios fué en Narciso; pues después de haber despreciado á todas las muchachas, y entre és-

tas á Eco, que por la impaciencia de su amor se convirtió en voz, se mudó en flor, consumido por el amor de sí mismo. Sin embargo de esto, Penteo se reía de este adivino, aunque le había pronosticado cosas verdaderas; porque cuando se celebraban las orgías de Baco, puso en prisión á cierto criado que asistía á los sacrificios de este dios, después que supo él que unos marineros se habían convertido en peces. Ultimamente, Penteo fué despedazado por las Bacantes, cosa que granjeó á Tiresias una fama inmortal.

## FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO.

Cadmo va á buscar á Europa.— Los compañeros de Cadmo devorados por un dragón.....	93
Diana en el baño.....	100
Acteón transformado en ciervo.....	102
Júpiter y Pemele.....	105
Nacimiento de Baco.....	108
Eco transformada en voz.....	111
Narciso transformado en flor.....	119
Las fiestas de Baco.....	121
Penteo despedazado por su madre.....	132

## LIBRO IV.

## ARGUMENTO.

Alcítoe, juntamente con sus hermanas, despreciaron de tal modo las fiestas de Baco, que, no observándolas, se ocuparon, mientras éstas se celebraban, en las tareas ordinarias; y durante su labor, cada cual, para hacerla menos penosa, refirió una divertida historia. Ya contaba la una la transformación de las moras blancas en negras; ya refería la otra cómo Apolo se había transformado en la figura de Eurinome para engañar á Leucotoe, por lo que Clíctio tuvo celos y fué convertida en heliotropo por la

compasión que tuvo Apolo. Asimismo contaba otra la unión de Hermafrodito y la de Salmacis ninfa, en un mismo cuerpo. Pero por fin las hermanas, en medio de su labor, se convirtieron en murciélagos, y las telas en vides y pámpanos. Agave, alegrándose de esto, sintió un gran dolor cuando Ino y Atamante, agitados de la locura, se precipitaron al mar, y Neptuno los convirtió en dioses marinos. Como las mujeres tebanas los lloraban por muertos, se transformaron en piedras y aves. También Cadmo, afligido con esta calamidad, dejando á Tebas, partió en compañía de su esposa á la Iliria, en donde ambos se convirtieron en serpientes. De los que habían despreciado á Baco, sólo quedaba Acrisio, abuelo de Perseo, que cortó la cabeza á la Górgona, de cuyas gotas de sangre derramadas en tierra nacieron serpientes; y á Atlante lo transformó en monte, y á las varas en piedras, después que libertó á Andrómeda. Suscitándose en seguida un tumulto en las bodas de Perseo, convirtió en piedra á Fineo con los suyos, y juntamente á Preto y á Polidectes, sólo con mostrarles la cabeza de Medusa.

## FÁBULAS QUE CONTIENE ESTE LIBRO.

Piramo y Tisbe.....	138
Marte y Venus.....	145
Apolo y Leucotoe.....	147
Salmacis y Hermafrodito.....	152
Las hijas de Minio transformadas en murciélagos..	158
Tisifone vuelve furiosos á Atamante y á Ino.....	162
Cadmo y Hermione convertidos en serpientes.....	167
Atlante transformado en montaña.....	171
Perseo liberta á Andrómeda.....	174
Perseo se casa con Andrómeda..	179



## LIBRO V.

## ARGUMENTO.

Palas, que hasta allí había acompañado á su hermano Perseo, habiéndose separado de él, se dirigió al monte Helicón para reconocer la fuente de Hipocrene. Allí las musas le cuentan la desgracia de Pirineo y la transformación de las Piérides en picazas, después de vencidas en la contienda del concertado canto de varias transformaciones.

## FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO.

Fineo da una batalla á Perseo.....	182
Fineo transformado en roca.....	196
Conversación de las musas con Palas.....	197
Plutón herido por el Amor.....	205
Rapto de Proserpina.....	206
Ceres consigue que su hija viva con ella seis meses cada año y los otros seis con su marido.....	214
Alfeo y Aretusa.....	218
Lince transformado en lince.....	222

## LIBRO VI.

## ARGUMENTO.

Movida de este ejemplo, Minerva se disfrizó en vieja, y entrando en competencia sobre la hilaza con Aracne, después que cada una representó en su tela varias transformaciones, la convirtió en araña. Nada de esto impidió á Niobe para que, sin embargo de haber perdido los hijos, dejase de convertirse en piedra. Propalada esta noticia, se acordó el pueblo que Latona había transformado en ranas á los rústicos Licios, y Apolo desollado á Marsias. Concurriendo las ciudades cercanas á consolar á los Tebanos, sólo faltaron los Atenieses, porque estaban infestados por el rey Tereo; el cual, habiendo estu-

prado á Filomela, fué transformado en abubilla, del mismo modo que Filomela en ruiseñor y Progne en golondrina. Esta noticia causó la muerte de Pandión, su suegro. Sucedióle en el reino Erecreo, de cuya hija Oritia tuvo el Bóreas á Calais y á Cetes. Estos fueron después unos de los Argonautas, cuando Jasón fué á la conquista del vellocino de oro y sembró los dientes de la serpiente, de que salieron hombres armados; y habiendo después adormecido al monstruo, consiguió robar el precioso don á que aspiraba.

## FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO.

Orgullo de Aracne.....	225
Aracne convertida en araña.....	234
Niobe convertida en mármol.....	235
Unos aldeanos transformados en ranas.....	245
Apolo y Marsias.....	249
Filomela confiada á Teseo.....	252
Teseo viola á Filomela.....	257
Filomela noticia á su hermana el delito de Teseo...	260
Filomela sale de la prisión.....	261
Isis servido á su padre Tereo en un banquete.....	264
Oritia arrebatada por Bóreas.....	266

## LIBRO VII.

## ARGUMENTO.

Después que Jasón volvió con Medea á su patria, ésta redujo á Esón á su juventud. Prometiéndole que haría lo mismo con Pelias, ensayándose en un carnero, le quitó la vida con engaños. Pasando de allí por varios lugares, y ejecutando diversas transformaciones, se casó con Egeo, después de haber muerto á sus hijos. Minos movió guerra contra éste; junta tropas de todas partes, como asimismo de Paros. A ésta la había vendido Arnea, por lo que

fué convertida en graja. Eaco se declaró en favor de Egeo, y le envió por auxiliares á sus Mirmidones, que habian nacido de las hormigas con su capitán Céfalo, el cual, antes disfrazado, habia solicitado á su mujer al adulterio y habia visto á su perro con una zorra convertidos en peñascos.

## FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO.

Jasón y Medea.....	271
Jasón roba el vellocino de oro.....	281
Esón remozado por Medea.....	282
Pelias degollado por sus hijas engañadas por Medea.....	290
Medea incendia el palacio de Jasón y mata á sus hijos.....	296
Hércules encadena al Cancérbero.....	297
Eaco niega socorro á Minos.....	301
Las hormigas convertidas en hombres.....	311
Céfalo y la Aurora.....	315
Céfalo y Procris.....	316

## LIBRO VIII.

## ARGUMENTO.

Después que Minos puso sitio y tomó á Megara, Niso fué transformado en gavilán y Escila en congujada. Desde aquí aquél volvió á Creta, donde estaba el Minotauro encerrado en el laberinto. Habiendo muerto á éste Teseo, y volviendo con Ariadna á su patria, la abandonó en el camino. De aquí la llevó Baco y colocó su corona en el cielo. Queriendo Ícaro volar en pos de su padre de la isla de Creta, cayó y se ahogó en el mar; y cuando estaba aquél haciéndole las exequias fué visto por Pérdix, en que poco antes habia sido transformado Acalo, su sobrino. Llamado Teseo para matar el jabalí de Calidonia, murió Meleagro, y fueron transformadas sus hermanas en aves, llamadas, de su nombre, Melea-



grides. Después, hospedado por Aqueloo, vió á las Náyades convertidas en las islas Equinades. La posibilidad de estos hechos la prueba Lélex con el ejemplo de Baucis y Filemón, transformados en árboles, su casa en templo y su aldea en laguna. Finalmente añade Aqueloo las transformaciones de Proteo y Metra y las suyas, de que había usado en otro tiempo, cuando se vió oprimido de Hércules por causa de Deyanira.

## FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO.

Minos pone sitio á Megara.....	325
Teseo mata al Minotauro.....	336
Dédalo hace alas para sí y su hijo Ícaro.....	337
Ícaro cae al mar.....	340
Pérdix convertido en ave.....	341
Meleagro mata al jabalí de Calidonia.....	342
Teseo se detiene en casa de Aqueloo.....	357
Filemón y Baucis.....	362
El hambre se apodera de Eresictón.....	372
Metra toma diferentes formas.....	376

## TOMO II.

## LIBRO IX.

## ARGUMENTO.

Deyanira envió á Hércules el vestido con el cual perdió la vida y fué trasladado al cielo, después de haber convertido á Licas en una roca. Entonces Alcmena partió á donde estaba Yole y la contó cómo Galantis había sido transformada en comadreja, y Yole la refirió que una hermana suya había sido convertida en árbol. Durante esta conferencia se les

presenta Yolao, después de haber recobrado su juventud por medio de Hebe. Júpiter, con el ejemplo de Eaco, demuestra que esto no podía suceder á todos. Mileto, huyendo de Júpiter, se retiró á Asia y procreó á Biblis y Cauno, por cuyo amor consumida aquélla, se transformó en fuente. Lo que hubiera causado admiración á todos, á no ser por que Ifis, en el mismo día de sus bodas, se había convertido en varón.

## FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO.

Combate de Aqueloo.....	5
Rapto de Deyanira.....	13
Muerte de Hércules.....	15
Apoteosis de Hércules.....	22
Lucina retarda el parto de Alcmena.....	24
Driope convertida en loto.....	27
Biblis transformada en fuente.....	35
Ifis transformada en varón.....	48

## LIBRO X.

## ARGUMENTO.

Himeneo, que había asistido á las bodas de Ifis, partió desde ellas á las de Orfeo; pero fué con mal agüero, pues de allí á poco perdió éste dos veces á Euridice: una cuando murió mordida de una serpiente, y otra cuando la sacaba de los infiernos. Quedó Orfeo con este suceso tan asombrado como aquel á quien la vista del Cancerbero deja convertido en piedra. Después de esto, como para alivio de sus penas cantase al son de su lira en un monte muchas y varias transformaciones, vinieron á él y le rodearon todos los árboles de aquella montaña, y entre ellos el pino en que había sido convertido Atis y el ciprés en que había sido transformado Cipariso.

## FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO.

Euridice muere de la mordedura de una serpiente.	57
Bajada de Orfeo á los infiernos.....	58
Orfeo toca la lira en el monte Rodope.....	62
Cipariso transformado en ciprés.....	65
Rapto de Ganimedes.....	66
Jacinto transformado en flor.....	68
Los Cerastos convertidos en toros.....	70
Pigmalión.....	71
Myrra convertida en árbol.....	75
Nacimiento de Adonis.....	87
Venus y Adonis.....	88
Venus y Adonis sobre el césped.....	90
Carrera de Hipomenes y Atalanta.....	91
Hipomenes convertido en león y Atalanta en leona.	100
Muerte de Adonis.....	101

## LIBRO XI.

## ARGUMENTO.

Después que las mujeres de Tracia, agitadas del entusiasmo de Baco, despedazaron á Orfeo, se convirtieron en árboles. Baco se retira de la Tracia, y por la restitución de Sileno remuneró á Midas con la gracia de que convirtiese en oro todo lo que tocase. Y como este don le acarrease más daño que provecho, se bañó en el río Pactolo y trocó en oro sus cadenas. Después, por haber desempeñado mal el papel de juez, Apolo le hizo nacer orejas de asno, y en seguida edificó los muros de Troya revestido de forma humana. Habiéndose Hércules apoderado de la ciudad, dió á Telamón por mujer á Hesione, en suposición de haberse casado ya Peleo con Tetis, después de sus varias transformaciones; y habiendo ido á versé con Ceix, en parte vió y en parte entendió que Dedalión se había convertido en halcón y un lobo en piedra. Alcione, después de haber visto



en un sueño el naufragio de su marido, ella y éste se transformaron en aves. Luego que algunos los vieron volar por los aires, se acordaron de que en otro tiempo Esaco, que entonces vivía, se había transformado en cuervo marino.

## FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO.

Orfeo despedazado por las Bacantes.....	103
Baco deja la Tracia.....	107
Apolo y Midas.....	112
Proteo predice las bodas de Tetis y Peleo.....	117
Naufragio de Ceix.....	126
Hesperia huye de Esaco.....	145

## LIBRO XII.

## ARGUMENTO.

Entonces el padre Príamo, juntamente con sus hijos, hace las exequias de Eaco, que también lo era, creyéndole muerto; pero allí no se halló Paris, por haber ido á Grecia. Perseguido éste por los Griegos, vieron en el puerto Aulide que un dragón se convierte en piedra. Después el invulnerable Cicno, habiendo sido muerto por Aquiles, se convierte en cisne, así como también la doncella Cenis se transformó en otro tiempo en el joven llamado Ceneo, y después en ave. Néstor refirió todas estas transformaciones, añadiendo á ellas la de Periclimenes.

## FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO.

Una cierva sacrificada en lugar de Ifigenia.....	149
Combate de los Centauros y Lapitas.....	162

## LIBRO XIII.

## ARGUMENTO.

Después de la muerte de Aquiles, ocasionada por Neptuno, Ajax y Ulises tienen una contienda sobre sus armas. Habiendo Ajax muerto por esta causa, su sangre se convierte en la flor llamada jacinto. Después de la ruina de Troya, Hécuba se transforma en perra, cuya desgracia fué llorada de todos los dioses, mientras Aurora lloraba solamente á Memnón, ya convertido en ave. Eneas, fugitivo de Troya, se presenta á Anio, cuyas hijas habían sido transformadas en palomas; desde allí entra en varios lugares célebres por las transformaciones. Luego que por remate de sus viajes arribó al Lacio, emprende la guerra contra Turno.

## FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO.

Ajax y Ulises se disputan las armas de Aquiles....	189
Discurso de Ulises.....	197
La sombra de Aquiles detiene á los Griegos.....	218
Eneas y Anquises.....	229
Polifemo.....	236
Glauco y Scila.....	246

## LIBRO XIV.

## ARGUMENTO.

Eneas envió á Vénulo para pedir auxilio á Diomedes, cuyos compañeros se convirtieron en aves; Vénulo alcanzó el socorro, y vino mal despachado, y á su vuelta pasó por el sitio en que en otro tiempo un pastor había sido convertido en acebuche. Las navés de Eneas en un combate fueron transformadas en Ninfas, como también lo fué Ardea en ave; después de morir Turno y el mismo Eneas,

fué éste hecho dios Indigete. Sucedióronle otros reyes, y en el tiempo de Proca, uno de ellos, floreció Pomona, á la cual amaba el dios Vertumno, que, tomando la figura de una vieja, y contándole el suceso de Anaxerete, que había sido transformada en peñasco, la persuadió y conquistó, tomando después su propia figura de joven. Andando el tiempo, en el reinado de Numitor, las aguas frías se volvieron cálidas, y su sucesor Rómulo fué reverenciado con el nombre de Quirino, y su mujer Hersilia con el de diosa Ora.

## FÁBULAS QUE CONTIENE ESTE LIBRO.

Circe.....	251
Dido recibe á Eneas en su palacio.....	255
Eneas y la Sibila.....	257
Eneas llega á Cayeta.....	260
Los compañeros de Ulises transformados en puer- cos.....	268
Pico es amado de Circe.....	273
Los compañeros de Diomedes transformados en aves.....	280
Las naves de Eneas convertidas en Ninfas.....	285
Vertumno y Pomona.....	290
Ifis y Anaxerete.....	295

## LIBRO XV.

## ARGUMENTO.

Sucedió á Rómulo, Numa, que fué á la ciudad de Crotona para inquirir su origen y antiguo rito, donde supo que las piedras negras se habían convertido en blancas, y allí mismo oyó á Pitágoras, que disputaba de las perpetuas transformaciones de las cosas. Después Egeria, llorando la muerte de Numa, sin admitir consuelo de Hipólito, que le contaba sus transformaciones, se convierte en fuen-



---

te. Esto no es menos admirable que el haberse transformado la lanza de Rómulo en árbol, y que á Cipo le naciesen cuernos. Julio César, finalmente, fué convertido en una estrella después de su muerte.

## FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO.

Miscilo absuelto por la transformación de las bolas negras en blancas.....	305
Esculapio es llevado á Roma.....	349
César transformado en astro.....	362
Peroración.....	364

---

## BIBLIOTECA CLASICA.

LA BIBLIOTECA CLÁSICA se publica en tomos en 8.º elegantemente impresos en papel satinado, de 400 á 500 paginas.

Las traducciones están hechas directamente del idioma en que fueron escritos los originales y por las personas más competentes.

El precio de cada tomo en rústica es de *tres pesetas*, comprándolo á los libreros y correspondientes.

Haciendo el pedido directamente al editor *D. Luis Navarro, calle de Isabel la Católica, 25, Madrid*, y remitiendo el importe al hacerlo, *dos pesetas y cincuenta céntimos*. Encuadernados en tela, en pasta ó á la holandesa, *tres pesetas y cincuenta céntimos*.

Se publica un tomo cada mes.

Puede hacerse la suscripción recibiendo el suscriptor mensualmente los tomos que desee.

El suscriptor no está obligado á adquirir más tomos de los publicados ó que en adelante se publiquen, que los que sean de su agrado.

Todos los tomos se venden separadamente.

### OBRAS PUBLICADAS.

#### Clásicos griegos.

Tomos.

HOMERO.— <i>La Iliada</i> , traducción en verso y con notas de D. José Gómez Hermosilla.....	3
HERODOTO.— <i>Los Nueve libros de la historia</i> , traducción del P. Pou....	2
PLUTARCO.— <i>Las vidas paralelas</i> , traducción de Ranz Romanillos....	5
ARISTÓFANES.— <i>Teatro completo</i> , traducción de D. Federico Baráibar..	3
POETAS BUCÓLICOS GRIEGOS.—( <i>Teócrito, Bión y Mosco</i> .) Traducción en verso, de D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares....	1
ODAS DE PÍNDARO.—Traducción en verso del mismo.....	1
ESQUILO.— <i>Teatro completo</i> , traducción de Brieva Salvatierra.....	1
XENOFONTE.— <i>Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia</i> , traducción de D. Diego Gracián, corregida por Florez Canseco... 1	1
— <i>La Cyropedia</i> , traducción del mismo.....	1
LUCIANO.— <i>Obras completas</i> , traducción de D. Cristóbal Vidal.....	4
Se ha publicado el tomo I.	
ARRIANO.— <i>Expediciones de Alejandro</i> , traducción de Baráibar.....	1
POETAS LÍRICOS GRIEGOS.—Traducción de los señores Baráibar, Menéndez Pelayo, Conde, Canga Argüelles y Castillo y Ayensa..	1
POLIBIO.— <i>Historia Universal</i> , traducción de D. Ambrosio Rui Bamba.	3
PLATÓN.— <i>La República</i> , traducción de D. José Tomás y García.....	2
DIÓGENES LAERCIO.— <i>Vidas de los filósofos más ilustres</i> .....	1

#### Clásicos latinos.

VIRGILIO.— <i>La Eneida</i> , traducción en verso y con notas de D. Miguel Antonio Caro.....	2
— <i>Las Elogias</i> , traducción en verso, de Hidalgo.— <i>Las Geórgicas</i> , traducción en verso, de Caro, con un estudio del Sr. Menéndez Pelayo.....	
CICERÓN.— <i>Obras completas</i> , traducidas por los Sres. Menéndez Pelayo, Valbuena y Navarro.....	14
Se han publicado 10 tomos.	
TÁCITO.— <i>Los anales</i> , traducción de D. Carlos Coloma.....	2
— <i>Las Historias</i> , traducción del mismo.....	1

SALESTIO.— <i>Conjuración de Catilina.—Guerra de Jugurta</i> , traducción del Infante D. Gabriel.— <i>Fragmentos de la grande historia</i> , traducción del Sr. Menéndez Pelayo.....	1
JULIO CÉSAR.— <i>Los Comentarios</i> , traducción de Goya y Muniaín....	2
SUETONIO.— <i>Vidas de los doce Césares</i> , traducción de D. F. Norberto Castilla.....	1
SÉNECA.— <i>Epístolas morales</i> , traducción de D. Francisco Navarro y Calvo.....	1
— <i>Tragedias filosóficas</i> , traducción de D. Pedro Fernández de Navarrete y D. Francisco Navarro y Calvo.....	2
OVIDIO.— <i>Las Heroidas</i> , traducción de Diego Mexía.....	1
— <i>Las Metamorfosis</i> , traducción de Pedro Sánchez de Viana....	2
FLORO.— <i>Compendio de la Historia Romana</i> , traducción de D. Eloy Díaz Jiménez.....	1
QUINTILIANO.— <i>Instituciones oratorias</i> .....	2

### Clásicos españoles.

CERVANTES.— <i>Novelas ejemplares y viaje del Parnaso</i> .....	2
CALDERÓN DE LA BARCA.— <i>Teatro selecto</i> , con un estudio preliminar del Sr. Menéndez Pelayo.....	4
HURTADO DE MENDOZA.— <i>Obras en prosa</i> .....	1
QUEVEDO.— <i>Obras satíricas y festivas</i> .....	1
QUINTANA.— <i>Vidas de españoles célebres</i> .....	2
DUQUE DE RIVAS.— <i>Sublección de Nápoles</i> .....	1
ALCALÁ GALLIANO.— <i>Recuerdos de un anciano</i> .....	1
MANUEL DE MELO.— <i>Guerra de Cataluña y Política Militar</i> .....	1

### Clásicos ingleses.

MACAULAY.— <i>Estudios literarios.—Estudios históricos.—Estudios políticos.—Estudios biográficos.—Estudios críticos.—Estudios de política y literatura</i> . Traducción de M. Juderías Bänder.....	6
— <i>Vidas de políticos ingleses</i> , traducción del mismo.....	1
— <i>Historia de la Revolución de Inglaterra</i> , traducción de M. Juderías Bänder y Daniel López.....	4
— <i>Discursos parlamentarios</i> , traducción de Daniel López.....	1
— <i>Historia del Reinado de Guillermo III</i> , continuación de la <i>Revolución de Inglaterra</i> , traducción del mismo.....	6
MILTON.— <i>Paraíso perdido</i> , traducción en verso, de D. Juan Escoiquiz.....	2
SHAKE-PEARE.— <i>Teatro selecto</i> , traducción de D. Guillermo Macpherson con un estudio preliminar de D. Eduardo Benot.....	5
Se han publicado cuatro tomos.	

### Clásicos italianos.

MANZONI.— <i>Los Novios</i> , traducción de D. Juan Nicasio Gallego....	1
— <i>La Moral Católica</i> , traducción de D. Francisco Navarro....	1

### Clásicos alemanes.

SCHILLER.— <i>Teatro completo</i> , traducción de D. Eduardo Mier.....	3
HEINE.— <i>Poemas y fantasías</i> , traducción en verso, de D. José J. Hertero.....	1

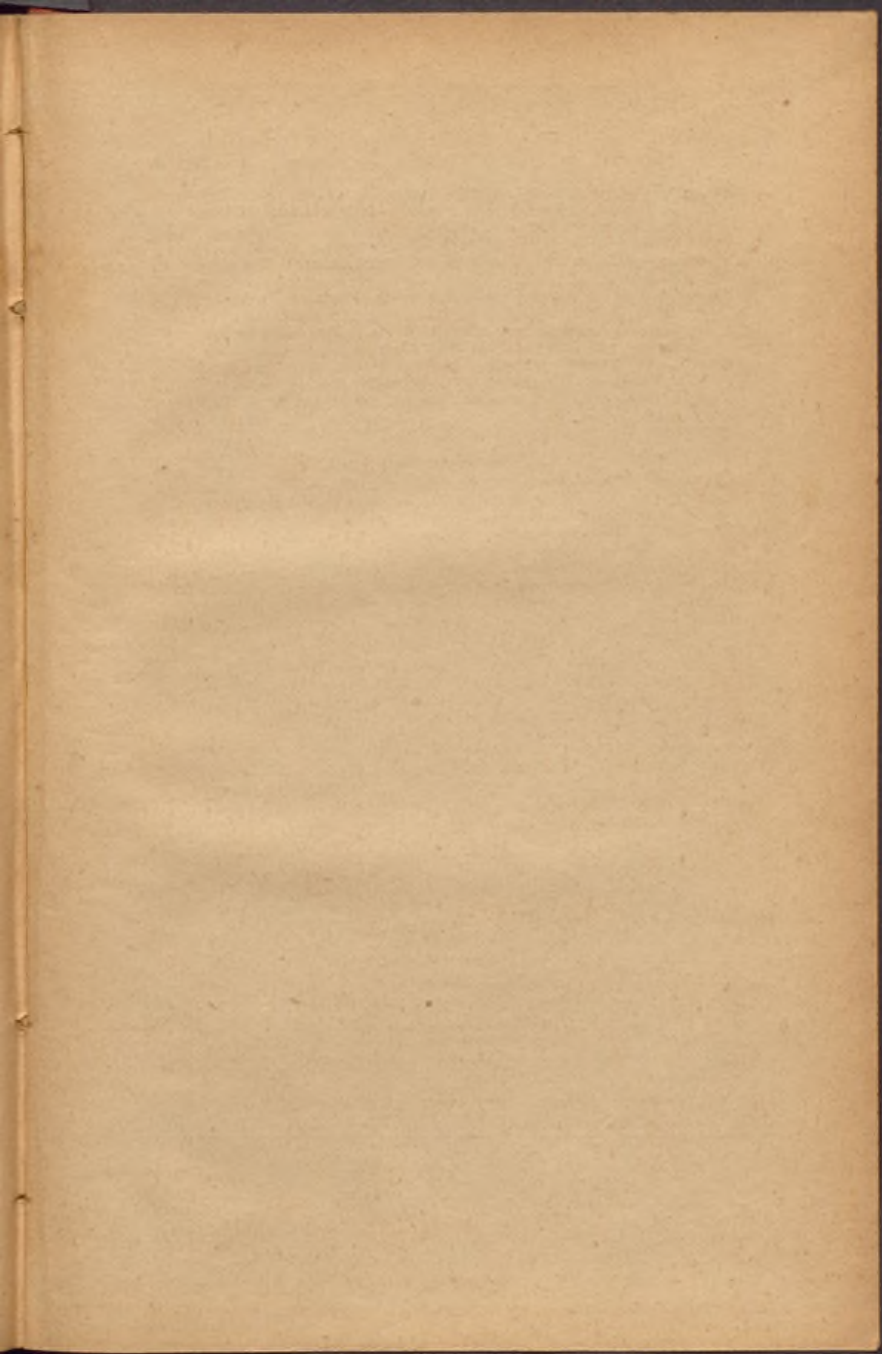
### Clásicos franceses.

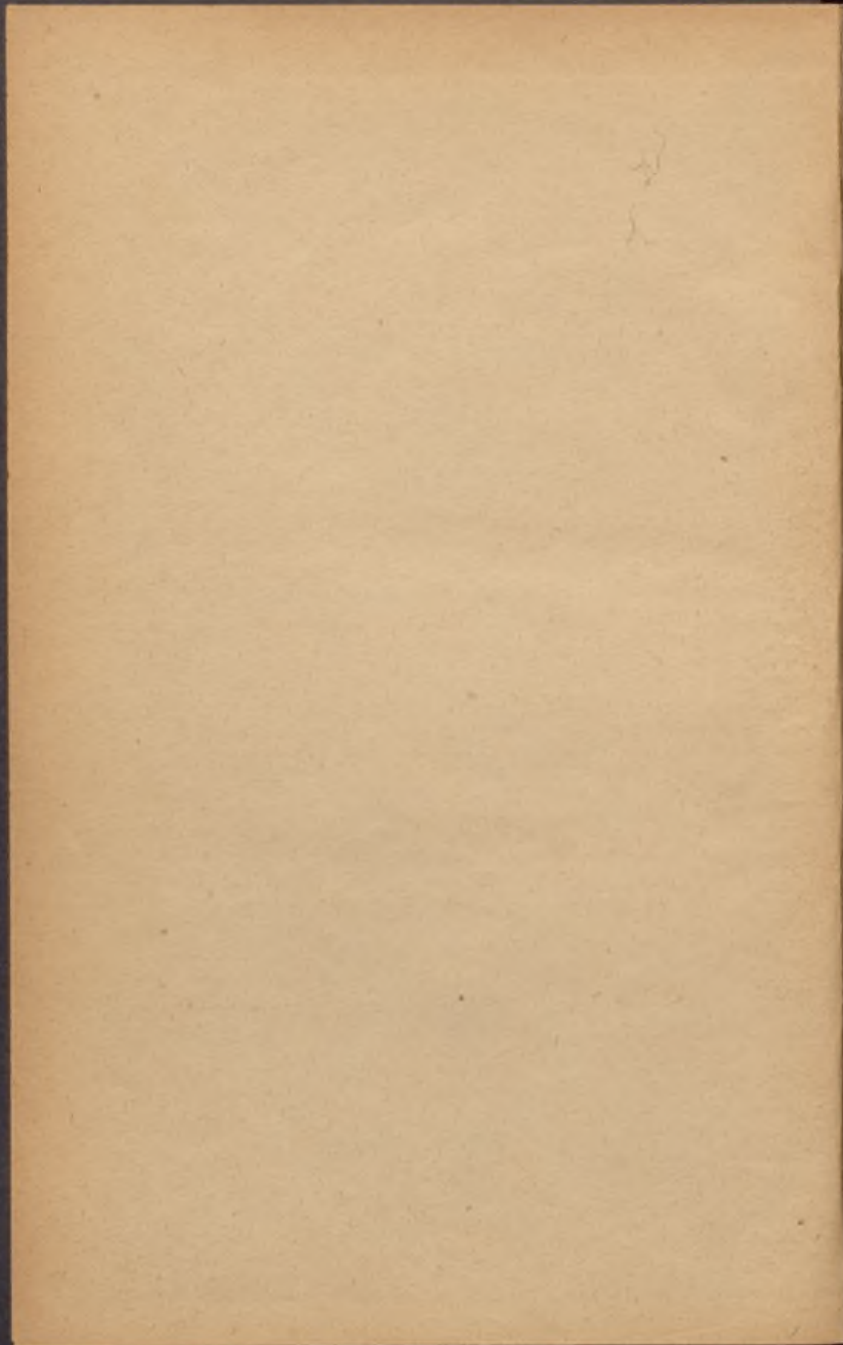
LAMARTINE.— <i>Civilizadores y conquistadores</i> , traducción de D. Norberto Castilla y D. M. Juderías Bänder.....	2
---	---

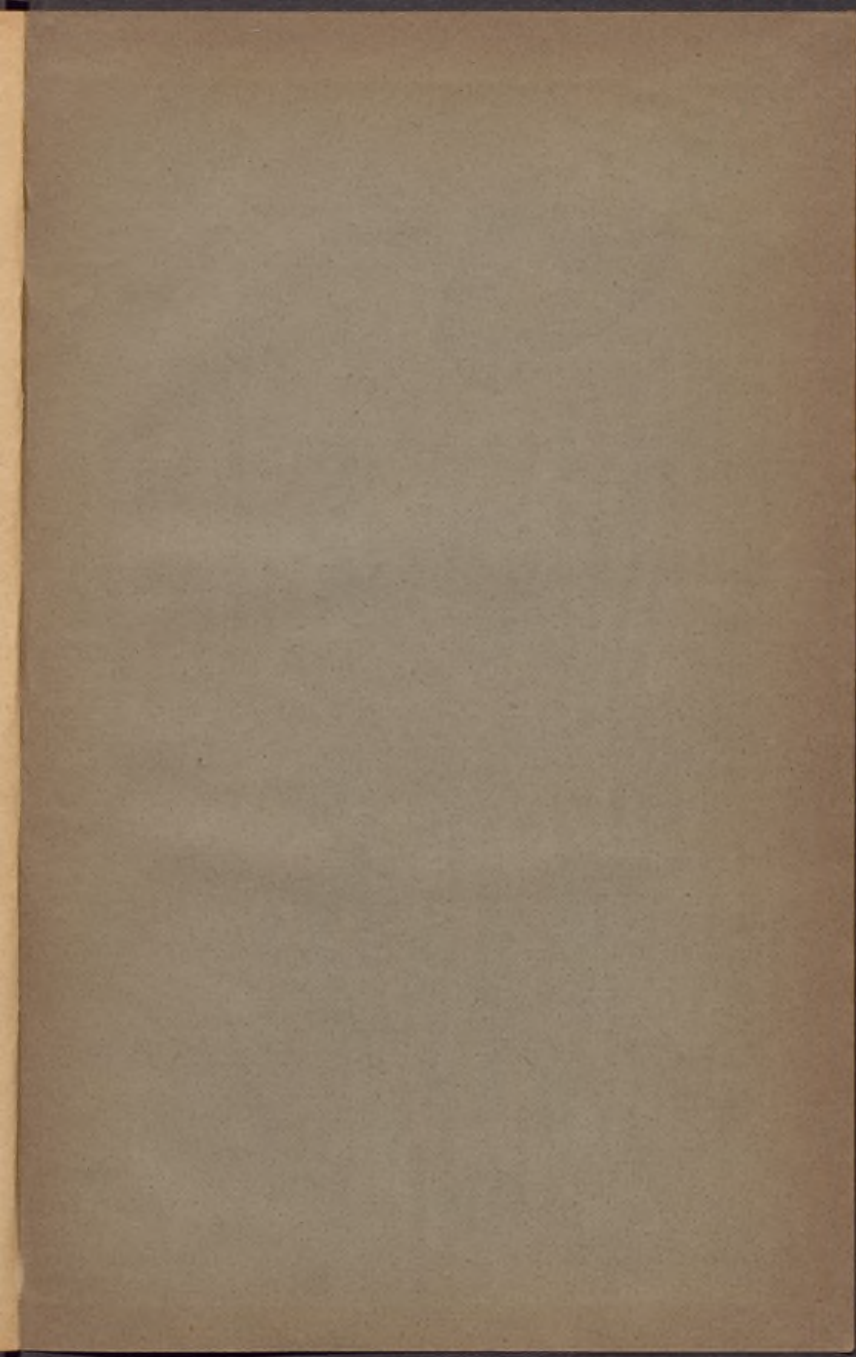
### Clásicos portugueses.

CAMOENS.— <i>Los Lusíadas</i> , traducción en verso de D. Lamberto Gil...	1
— <i>Poesías selectas</i> , traducción del mismo.....	1











500

2/2



